MARÍA BEATOBE

CUANDO LA LUNA NOS ENCUENTRE



Phoebe

MARÍA BEATOBE

CUANDO LA LUNA NOS ENCUENTRE



Phoebe

Primera edición: mayo de 2025

Copyright © 2025 María Beatobe Landrove

© de esta edición: 2025, Ediciones Pàmies, S. L.
C/ Monteverde
28042 Madrid
phoebe@phoebe.es

ISBN: 978-84-10070-87-5
BIC: FRD

Arte de cubierta: CalderónSTUDIO®

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Índice

Primera parte

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25

26
27
28
29
30
SEGUNDA PARTE
31
32
33
34
35
36
37
38
39
40
41
42
43
44
45
46
47
48
49
50
51

Tercera parte
52
53
54
55
56
57
58
Epílogo 1
Epílogo 2
Agradecimientos
Contenido especial

Para quienes han sentido la soledad entre
la gente esta novela es un abrazo en palabras.

PRIMERA PARTE

1

Leo

Era 11 de agosto, martes, y se cumplían diez años desde la noche en que todo se partió en dos. La noche en la que fui consciente de que el corazón podía doler hasta notar que te asfixias. Y es que… ¿hasta dónde podía llegar a doler el corazón? ¿Había un límite? En el caso de que lo hubiera, ¿qué ocurriría si algún día alguien alcanzara ese final?

Soñaba con esa noche más veces de las que me hubiera gustado, y eso me había llevado a depender durante una temporada de medicinas para conciliar el sueño, por no mencionar las visitas más que habituales a la sección de bebidas alcohólicas en el supermercado. «Anestesia sin receta», prefería llamarlo yo. Aunque el verbo «huir» no hubiera quedado tampoco muy lejos de la realidad.

Lo sabía, era muy mala combinación, pero en ese momento fue el mejor antídoto para el sufrimiento.

No podría explicar exactamente cuáles fueron los detalles de aquella calurosa noche del mes de agosto. Tal vez lo que recordaba no ocurriera como exactamente sucedió, y quizá el paso de los años lo hubiera maquillado de alguna manera. Era posible que mi razón lo hubiera ido transformando hasta proyectar una historia paralela en la que todo escociera un poco menos. Sin embargo, y para mi desgracia, lo crucial de aquel martes sí que se había grabado en mi jodida cabeza. A veces hasta podía visualizar cómo un tatuador, sin un ápice de su piel sin ornamentar y ajeno a toda mi angustia, lo tatuaba con tinta de fuego en mi memoria, para asegurarse de que no lo olvidara jamás.

Me levanté más temprano de lo habitual porque cada aniversario seguía un ritual bastante estudiado. Uno que, a lo largo de los años, se había convertido en algo automático, casi enfermizo, aunque a mí

me reconfortaba. No sabía exactamente en qué parte encontraba ese desahogo, pero lo hacía. Ese ritual conseguía sincronizar mi respiración, que había perdido el compás desde aquel puto día.

No me consideraba un tipo maniático, de esos que colocan la ropa por colores o ponen sus zapatos en la misma baldosa antes de irse a dormir, pero los 11 de agosto me transformaban en alguien que ni yo mismo era capaz de reconocer, y que, si no realizaba los mismos movimientos, uno a uno, podría ocasionarme una hecatombe emocional por un tiempo indefinido.

Subí la persiana y, sin asomarme siquiera para comprobar si todo seguía igual que el día anterior, fui directo a la ducha. No fueron más de diez minutos: el tiempo suficiente para desentumecerme y plantearme que, quizá, no fuera humano seguir así después de una década. Ese pensamiento se borró de mi mente nada más cerrar el grifo. Un planteamiento demasiado denso como para masticarlo y digerirlo en la fecha que era.

Me puse unos vaqueros y una camiseta negra. Dejé que el pelo se me secara sin hacer uso del secador. Cogí las zapatillas y me preparé para salir.

Abrí la puerta de casa. Me guardé las llaves en el bolsillo delantero del pantalón y llamé al ascensor. Cuando llegó, me adentré en él sin apartar el recuerdo que me abrumaba desde que me había despertado. No dejaba de rumiar esos recuerdos, y algo en mi interior me señalaba que yo mismo tampoco me daba permiso para parar de hacerlo. Una especie de masoquismo encubierto.

Una vez fuera, me monté en el coche y me dirigí al lugar donde mi dolor se expandía como si fuera una bomba nuclear y, curiosamente, mi inquietud descendía. Dolor y paz al mismo tiempo. Era, cuando menos, llamativo que un lugar así pudiera provocar sentimientos tan contradictorios. Los lugares podían ser tan diferentes en función de con qué mirada los afrontaras…

Una vez allí, mientras avanzaba por el camino, seguí la sombra proporcionada por los robles. En otro tramo hasta alcanzar mi destino, llegó hasta a mí un agradable aroma a incienso. Olores característicos de este tipo de lugares.

No duré allí mucho tiempo; al fin y al cabo, tampoco era un

entorno agradable en el que permanecer más tiempo del que la emoción fuera capaz de soportar, porque mi mente no toleraba estar allí más de cinco minutos. Y eso me hacía sentir mal, incluso egoísta. Era como si una fuerza me empujara por la espalda hasta salir del recinto y coger el aire que me faltaba de manera inconsciente en ese lugar.

Parpadeé un par de veces seguidas para despejar mi mente de reflexiones que en ese momento no me llevaban a ningún sitio, y me giré con la intención de marcharme, no sin antes dedicarle un último vistazo a mi obsesión de ese día.

Mi obsesión desde hacía diez años que se amplificaba cada 11 de agosto.

Caminé sin mirar atrás, siendo consciente en ese mismo instante del calor que empezaba a apretar según pasaban los minutos, y me arrepentí de no haber cogido la gorra que mi madre me había regalado al año anterior, cuando cumplí los veintiocho, una gorra oscura con una inicial grabada en color gris. A. No hizo falta ninguna explicación. Solo una cómplice mirada cruzada entre los dos fue suficiente. Esa letra decía más de lo que queríamos saber. Un silencio para nada vacío. En absoluto. Saturado de respuestas cuyas preguntas no nos atrevíamos a formular en voz alta desde hacía unos años.

Esperé a salir del recinto para coger una barrita energética del bolsillo trasero de mi pantalón. Me la comí apoyado en el capó del coche. No me gustaba comer en su interior. Al acomodarme dentro, agradecí el aire acondicionado. Permanecí en silencio durante unos minutos, sin arrancar, mirando al frente y pensando en por qué la vida podía llegar a ser tan jodida e injusta.

2

ALICE

Antes de trabajar, decidí pasarme por el Café Harmony, que estaba a un par de calles de la tienda que regentaba, para ver si una descarga de cafeína me hacía despertar del letargo en el que me encontraba desde que el despertador había decidido comenzar a sonar sin descanso. Tenía que cambiar la sintonía. Debía hacerlo. No era consciente de en qué momento me pareció buena idea esa elección de música como despertador. Ese sonido chirriaba demasiado en mis oídos.

Era un espacio muy acogedor, y aunque prefería el café preparado en casa, ese sitio me aportaba mucho más que un desayuno. Entrar en el Café Harmony era como adentrarse en un lugar secreto donde la madera abrazaba cada rincón. Las mesas de roble y las sillas con cojines cálidos te invitaban a quedarte un poco más. En esa época del año, la luz del sol se filtraba suavemente a través de las cortinas y creaba un ambiente relajado y grato. Colocadas estratégicamente alrededor del café, las plantas aportaban un toque de frescura y vitalidad. Unas macetas de cerámica albergaban helechos exuberantes que colgaban elegantemente en varios rincones para instaurar una atmósfera relajada y verde. Las mesas estaban adornadas con pequeños tiestos de hierbas aromáticas, como albahaca y menta, que no solo añadían belleza visual, sino también fragancias frescas y agradables.

La noche anterior no había sido especialmente tranquila. Y la mañana no iba por mejor camino. Prometía ser de las apoteósicas.

El día se presentaba como un augurio de una jornada calurosa, según la aplicación meteorológica de mi móvil. No llevaba nada bien el calor. Era de las que pensaban que las altas temperaturas provocaban que las personas se volvieran más hostiles e irritables. Pensándolo bien, a mí también me ocurría.

El Café Harmony estaba prácticamente lleno. Aguardé en la fila mientras, con la mirada, buscaba un sitio donde poder sentarme. Distinguí una mesa vacía al final del local, en una esquina. Un lugar apartado e íntimo era justo lo que necesitaba esa mañana. No me había retirado ni las gafas de sol: pensaba que así disimularía más mi agotamiento, igual que un niño pequeño cree que en el punto en el que cierra los ojos desaparece ante la vista de los demás. Quizá el cansancio físico pudiera esconderlo tras unas gafas de sol, pero el emocional era más difícil ocultarlo. Y mis últimos meses habían sido, cuando menos, desconcertantes.

Observé los carteles que exponían los tipos de café disponibles con unas imágenes tan realistas que daban ganas de pedírtelos todos. Pero me decidí por un café *espresso*.

Cuando fue mi turno, un chico joven me atendió con suma cordialidad. En una chapa de pizarra ponía «J. C.». Por un momento se me pasó por la cabeza preguntarle qué significaban las siglas. Sin embargo, un sonoro carraspeo del camarero me incitó a salir de mis reflexiones para sacar el monedero y pagar la bebida.

Busqué con la mirada la mesa «íntima» que había visto antes y, por suerte, continuaba vacía. Así que avancé con premura con el objetivo de que nadie se me adelantara. Puse el bolso sobre la mesa como si ese gesto manifestara algún tipo de pertenencia exclusiva respecto a ese lugar. En cualquier caso, posé el café y me senté, agradeciendo el aire acondicionado del local.

Eché un vistazo al móvil por si había algo importante y, tras comprobar que no había nada, cogí aire y lo expulsé con lentitud mientras contemplaba a las personas que, ajenas a mi escrutinio, ocupaban el resto de las mesas.

Entonces lo vi.

Despertó mi curiosidad una lágrima que surcaba su rostro de manera solitaria. Su ceño fruncido, la tensa línea que exponían sus labios y su miraba puesta en el infinito indicaban preocupación.

Se retiró la lágrima con el dorso de la mano y parpadeó un par de veces seguidas, como pretendiendo volver a la realidad y dejar de mostrar esa vulnerabilidad tan expuesta.

No sé si lo consiguió.

El tipo debía de tener más o menos la treintena, vestía vaqueros y camiseta blanca, y su complexión era atlética. Su pelo era moreno y corto. Las facciones de su rostro delineaban una estructura angulosa y un atisbo de barba exploraba su rostro. Pero lo que sin duda llamó más mi atención fue la tristeza que asolaba su semblante. Y no sabía por qué, pero de alguna manera empaticé con su estado de ánimo. Con lo que yo sentía. Con mi sensación de soledad. Con la percepción de estar rodeada de gente y, sin embargo, notar que esas personas se encontraban demasiado lejos de mí como para pensar que pudieran ofrecerme algo, aunque fuera una mísera palabra de aliento. Era como si cada uno de nosotros fuéramos una pequeña isla en un vasto océano humano, a veces tan alejados que incluso un simple gesto de ánimo parecía una travesía inalcanzable.

No obstante, con él fue una experiencia diferente. Podría sonar paradójico, pero experimenté una conexión tan profunda que me inspiró a querer ser la isla que finalmente le ofreciera esa palabra de aliento, aunque no precisamente a través del lenguaje verbal.

De tal manera que, si bien no solía hacer locuras de ese tipo, no pude evitar llevarla a cabo.

3

Leo

Opté por hacer una parada en el Café Harmony, ubicado en el vecindario de Meadowside, que se encontraba a tres calles de mi residencia en Arlington Park. Solía ir bastante porque quedaba a medio camino entre mi trabajo y mi piso y porque era un barrio tranquilo dentro de la locura que era Elysford; una ciudad de altos edificios y una vibrante vida urbana donde me había criado, junto a mis padres y mi hermana.

Adentrarse en ese café era como alejarse de todo el bullicio y sumergirse en una agradable serenidad, acompañada de un buen desayuno. Me gustaba el café de ese lugar. Sabía diferente. O al menos a mí me lo parecía. Casi siempre me lo preparaba un chico en cuya placa ponía «J. C.» y que frecuentaba el turno de mañana.

Ocupé una silla de madera con cojín beis junto a una mesa redonda para dos, recién limpiada por un camarero. Estaba situada en el centro del café. Desde ahí tenía una bonita vista a la calle. Dejé el café doble sobre la mesa, junto a la pequeña maceta con menta que desprendía un olor agradable. Siempre me había gustado el café intenso; me despertaba y accionaba si la noche había sido especialmente movida, por cualquier motivo, placentero o no.

Me froté la cara con las manos. Estaba agobiado. Como si me costara coger aire. Esa noche no había sido de las plácidas. Sentía el corazón encogido, y por más que intentaba llenar mis pulmones para tratar de expandirlos, sabía que no podía. Imaginaba mi corazón plegado, con pequeñas arrugas que provocaban su encogimiento. Este había envejecido demasiado pronto. Cada día se resecaba un poco más. Podía ser que se me estuviera olvidando regarlo.

El sonido que me avisaba de que me había llegado un mensaje al móvil me hizo salir de mis pensamientos. Desbloqueé el teléfono y, al ver quién era la remitente, me emocioné, cómo no hacerlo. Hasta

el punto de derramar una lágrima. Solo una. Pero eso, para mí, era un triunfo teniendo en cuenta que me había convertido en el hombre de hielo en cuanto a expresar cualquier tipo de emoción. Mejor protegerte antes que acabar jodido. Más, quiero decir.

Leí el mensaje al tiempo que me retiraba la lágrima con el dorso de la mano. Era ella. Mi madre. Dos solitarias palabras se reflejaban en la pantalla: *«Te quiero».* Dos palabras que individualmente podían no significar nada pero que unidas lo eran todo. En ese instante lo eran todo para mí. Quizá debía estar con ella y no allí, quebrándome la cabeza a base de punzantes recuerdos. Respondí con un *«Yo también te quiero»,* bloqueé el teléfono y lo coloqué en la mesa. Volví a frotarme la cara mientras inspiraba con fuerza para después espirar con más calma.

Me levanté un momento para pedirme un segundo café que me hiciera poder afrontar el día de la mejor manera posible, porque pintaba bastante jodido.

Cuando regresé a mi asiento, vi sobre la mesa una servilleta con el logo de la cafetería doblada en dos que antes no estaba allí.

Me senté sin perder el contacto visual con aquel papel. Lo cogí y, sin pensarlo dos veces, lo desdoblé. Encontré un pequeño texto en ella. La letra era clara, curvada, casi cursiva, con un trazo ligero de color azul.

«Perdona el atrevimiento. Es posible que cuando te haya entregado esta nota me arrepienta de haberlo hecho, pero llevo observándote unos minutos y te he sentido triste. Mi día tampoco está siendo de los mejores, y he pensado que, si te apetecía, podíamos compartirlo. Sé que no nos conocemos de nada; sin embargo, quizá eso lo haga más fácil.

Te escribo mi correo:
mitraviesalis@gmail.com

P. D.: Antes de que te lo preguntes…, no, no hago esto a menudo. De hecho, es la primera vez».

Levanté la cabeza instintivamente y miré a mi alrededor. ¿Quién podría haberme dejado ese papel sin yo darme cuenta? Vale que me había levantado a por un café y que una vez adentrado en mis pensamientos y cavilaciones podía llegar a marcharme muy lejos de

donde estaba en ese momento, pero ¿tanto como para no ser consciente de que alguien se acercara a mi mesa, depositara un pequeño papel junto a mi café y se marchara? Al fin y al cabo, el mostrador estaba a apenas un par de metros de la mesa que ocupaba.

Miré en derredor en busca de quién podría ser el autor de dicha nota. Aunque, quizá, tras ponerla en mi mesa se había marchado porque sabía que después de leerla iba a buscarlo. Era previsible. Di un trago largo al café mientras miraba a través del ventanal cómo la gente caminaba hacia alguna parte ajena a todo lo que a mí me estaba pasando.

Sostuve la nota en mi mano mientras la contemplaba. ¿Quién se dedicaría a escribir notas para dejarlas en la mesa de personas desconocidas?

Era evidente que no iba a responder; mi día ya era bastante complicado como para escribirle nada a un lunático. Estuve a punto de tirar el papel, pero, como por un impulso, me sorprendí al guardármelo en el bolsillo delantero del pantalón.

4

ALICE

Conocí a Cole recién cumplidos los veintidós.

Era el último día del curso en la facultad de Bellas Artes de Elysford, y una de mis amigas, Marlene, propuso acudir a una fiesta que se celebraba en una de las residencias que quedaban cercanas a la universidad.

Marlene siempre estaba al tanto de todas esas celebraciones. Me costaba entender cómo conseguía tenerlo todo tan controlado. Sin embargo, a mí me facilitaba no necesitar estar pendiente y poder centrarme en mis estudios. Me gustaba salir. Disfrutar. Alternar. Conocer gente. Y ella y yo coincidíamos bastante en ese tipo de acciones. Nos complementábamos bien. Nos encontrábamos en la veintena y teníamos claro que lo que no disfrutáramos en ese instante pasaría de largo, como las estrellas fugaces en una noche despejada, sin esperar a nadie. Ya se daría el momento de las responsabilidades, de las facturas, de pagar el alquiler o de los ajustes económicos para llegar a fin de mes.

En esa época vivía con mi abuela paterna, Eleanor. Nunca tuve una buena relación con mis padres, ni ellos conmigo. Era un sentimiento recíproco. Y la adolescencia lo ensució aún más. Podía ser que me convirtiera en una chica algo rebelde, pero a día de hoy sigo convencida de que no se comportaron bien conmigo. Porque el ser padre o madre no lleva implícito hacerlo bien. No asegura un buen trato. Y aunque entre mis compañeras no había, a simple vista, una relación familiar como la mía, yo veía cómo el apego y el vínculo entre ellas y sus familias era diferente. Había cariño, respeto, protección. A años luz de lo que mis padres tenían conmigo, y viceversa. No iba a quitarme tampoco responsabilidad en ese tema.

Una noche en la que estábamos cenando los tres en la cocina, cuando yo contaba con tan solo diez años, mi madre me confesó,

ante la ausencia de mi padre, que yo no fui una hija deseada. Que en principio se plantearon poner fin al embarazo, y, tras desechar esa primera opción, darme en adopción con la justificación de que eran demasiado jóvenes. Con el paso de los años supe que mi madre confesó a una amiga que ella no había nacido para tener hijos, que yo nací demasiado pronto como para ver claro ese tipo de decisiones.

Al final desestimaron la alternativa de darme en adopción y pensaron que probarían «a ver qué pasaba». Tú no puedes probar «a ver qué pasa» con un hijo. La díada entre «hijos» y «probar» no encaja bien. Jamás podría hacerlo.

El problema no fue lo que mi madre me dijo, sino cómo lo dijo. Con una frialdad absoluta en su mirada, sin un ápice de empatía. Como dándome a entender que no fui parte de sus planes de futuro. Que sobraba en la ecuación. ¿Cómo puedes decir eso y de esa manera a una niña de tan solo diez años cuyos padres deberían ser el pilar más importante en su vida?

Quizá haberme dado en adopción hubiera sido la mejor elección. Haber creado una familia que hubiera decidido de manera consciente y voluntaria tener hijos, me quisiera y me respetara, aunque no fuera la biológica, habría sido mucho mejor que lo que viví. Nunca me pusieron la mano encima, pero en muchas ocasiones las palabras dolían más que los propios golpes. Y verbalmente me golpearon mucho. Lo peor fue que me llegué a creer todo lo que me decían: que si era torpe, que no sería nada en la vida, que con mi presencia les había cortado las alas… O lo peor de todo. La indiferencia. Indiferencia hacia mis logros. Hacia mis aprendizajes. Hacia mi presencia en sus vidas.

Había días mejores, pero nunca ninguno podía calificarse como bueno. Y es que, con esa despreocupación, me hicieron sentir invisible y tremendamente vulnerable, hasta provocar que olvidara cualquier rastro de afecto que pudiera tener hacia ellos. Di un lugar muy importante en mi vida a alguien que nunca luchó por mí. Y lo terrible fue que terminé normalizando ese trato hacia mí, y, en alguna ocasión, el dolor me hizo ponerme a su altura. Me convencí a mí misma de que era una persona inútil e incompetente. Así que me

centré en los estudios. Me escondí tras un montón de libros que hacían que el tiempo pasara más rápido.

Mi padre trabajaba muchas horas en una fábrica y apenas estaba en casa, y mi madre, al estar yo a su cargo, estaba frustrada, y volcaba todo ese fracaso en mí.

Con el tiempo entendí que siempre me inscribieran en todo tipo de extraescolares: francés, arte, piano… Hasta en una ocasión estuve recibiendo clases de griego. Y es que todo valía con tal de pasar el menor tiempo conmigo. O al menos eso era lo que yo percibía, y nunca nadie me demostró lo contrario.

Me llevaban al colegio casi al amanecer y me recogían cuando el sol comenzaba a descender. Los únicos momentos que compartía con ellos eran en el desayuno y en la cena. Aunque utilizar el verbo «compartir» era una utopía, porque durante esos dos instantes solo conversaban entre ellos, no había preguntas para mí, ni reflexiones en las que pudiera participar. Y para una niña que no llegaba a los once años era algo difícil de entender. Cargué sobre mis espaldas durante mucho tiempo la culpa de haber sido un obstáculo para ellos. Ese concepto social tan machacante que no nos permite avanzar. La culpa. Durante mucho tiempo traté de complacerlos y ganarme su amor y aprobación, pero siempre era como si estuviera nadando en un océano de desinterés y desapego. Mis esfuerzos nunca fueron suficientes, y eso solo aumentaba mi sentimiento de culpa.

Así que cuando cumplí los dieciocho, ese mismo día, cogí las cosas y me marché. No me cortaron el paso. Ninguno de los dos. De nuevo esa indiferencia. Y eso escoció. Porque, aunque sepas que esa relación tenía los días contados y era insalvable, eran mis padres. Y yo, su única hija. Dejar atrás a mis padres y el entorno en el que crecí significaba cortar los lazos que me ataban a la culpa y al dolor. Pero también significaba abrir la puerta a la posibilidad de una vida diferente.

Acudí a casa de mi abuela paterna. Era conocedora de la situación y fue la primera en decirme que la puerta de su casa estaba abierta para mí cuando quisiera. Ella tampoco tenía relación ni con su hijo ni con mi madre. Nunca le pregunté por qué. Jamás sacó el tema. Pero

tuve mucho que ver en aquella decisión. Las cosas a veces no salen como quieres. En esos años, ni ellos ni yo intentamos ponernos en contacto, y hacía ya diez años de eso.

La única y última vez que nos vimos fue en el funeral de mi abuela. Yo contaba con veinticuatro años cuando un fallo cardíaco se la llevó de manera fulminante. En esa época trabajaba en lo que me iba saliendo y tenía mis ahorros, aparte de que ella me había pagado toda la carrera de Bellas Artes. Me fui de casa de mi abuela y me marché en busca de un alquiler asequible. Mis tíos y mi padre querían vender la casa y repartir el dinero en herencia lo antes posible.

A Marlene la conocí en el primer curso de la carrera. Era alocada y divertida. Muy segura de sí misma. Una chica valiente. Una persona que me ayudó en muchas ocasiones. Me enseñó a quererme un poquito, porque mi autoestima estaba bajo tierra. Empecé a salir con ella, a conocer su entorno, a sus amistades. Descubrí con ella, y con mi abuela antes, que las personas te podían tratar bien. Que lo que yo había vivido no era lo normal. Pero, por mucho que lo intentara interiorizar, siempre tuve ese punto de culpabilidad de no haber permitido ser felices a mis padres con mi llegada inesperada, y esa sensación de aprobación constante ante cualquiera de mis acciones, o en mi forma de vestir o de pensar, nunca se marchó. Y lo vivía mal. Ese deseo continuo de querer agradar a todo el mundo en todos los aspectos de mi vida era agotador pero, en mi caso, necesario para poder formar parte de una sociedad.

Volviendo a la fiesta universitaria, no lo dudamos y acudimos.

Mientras bailábamos alegremente, empujé sin querer a un chico que recibió el golpe con una sonrisa. Mi cerveza dejó una gran mancha en su camisa.

Me presenté con un tímido *«Lo siento»* y una mirada entre avergonzada y culpable, y me respondió extendiendo la mano a la vez que decía: *«Soy Cole. Cole Mathius».*

Esa noche lo pasamos bien. Sus amigos se unieron a mi grupo y terminamos haciendo un círculo y danzando un baile algo ridículo en el que todos creábamos un divertido tren.

Conversamos sobre banalidades como que las fiestas universitarias

eran todas iguales, que le debía el precio de la lavandería para su camisa o que la pizza con piña estaba sobrevalorada.

Propuso acompañarme a casa y denegué su invitación, emplazándolo a vernos otro día si le apetecía. Me pidió mi número de teléfono y, esa misma noche, nada más meterme en la cama, tenía un mensaje suyo preguntándome si nos veíamos al día siguiente.

Nos vimos. Fuimos al cine. Tuvo una actitud muy amable conmigo. Entramos a ver una película de acción que, aunque no era de las que más me gustaban, era lo mejor que había en la cartelera, según él. Después me invitó a cenar en un restaurante italiano y al final me acompañó a casa.

Antes de despedirnos en el portal, dijo algo, con una orgullosa sonrisa, a lo que en su momento no di mucha importancia: *«Soy un chico que logra lo que se propone, y no había razón para que fuera diferente contigo».* No me lo tomé como algo malo, todo lo contrario. Lo interpreté como una manera de hablar. Nada más allá.

En nuestra segunda cita me llevó a un museo; la fachada había sido obra de su padre. Arquitecto de carrera y profesión, era uno de los grandes referentes de la arquitectura en Inglaterra. Cole finalizaba ese mismo año la carrera que tanto le había otorgado a su familia. Una semana después, me besó ante el portal de mi casa. Siete días para darnos nuestro primer beso. Me gustó que me diera mi tiempo, que no forzara las cosas, aunque en algún momento tuviera que girar el rostro y poner la mejilla cuando se dirigía directo a mis labios. Me sentí cómoda descubriendo en él una persona comprensiva, cortés y prudente a pesar del patrimonio que amasaba su familia y las personas de las que se rodeaba. Quizá pequé de prejuiciosa.

Sin embargo, no todo lo que brillaba resultó ser auténtico.

5

Leo

Cuando tenía catorce años mi padre se marchó. Y lo hizo como un cobarde; por la noche y sin hacer ruido. Nada de una discusión con mi madre que provocara su portazo inminente, no. Simplemente, huyó. Nos dio las buenas noches antes de que mi hermana y yo nos acostáramos, como lo hacía habitualmente, y a la mañana siguiente ya no estaba en casa.

Al principio pensamos que lo mismo se había ido a por algo de desayunar y quería sorprendernos, aunque los detalles no eran parte de su forma de ser. Sin embargo, al ver que pasaba el tiempo y no venía, mi madre, preocupada, decidió llamarlo al móvil.

No lo cogió.

Nunca más lo hizo.

El hecho de que mi padre se largara como si nada agravó la enfermedad que mi madre sufría desde hacía poco más de cinco años, tras el parto de mi hermana. Con tan solo catorce años, me vi cuidando de mi hermana pequeña, de mi madre y de mí mismo.

Y todos sabemos que a esa edad las cosas son difíciles, o al menos así lo interpretamos en la adolescencia. Estaban conmigo o contra mí. Aunque nunca fui un niño que diera problemas.

Todavía hoy me pregunto qué cojones se le pasó a mi padre por la cabeza para marcharse como lo hizo. Cómo fue capaz de irse así, sin al menos dar una explicación que a mi madre, aunque en el momento no le hubiera consolado, con el tiempo, le hubiera justificado su empeoramiento.

A los pocos días de su abandono, unos tipos se pusieron en contacto con mi madre a través de una llamada. Mi padre les debía dinero. Al parecer, llevaba una doble vida, pero no se trataba de una relación con otra mujer, o al menos no lo sabíamos, sino con el juego. De naipes, para ser más exacto. No sabía si por mi edad, mi

inexperiencia o por la falta de preocupación en temas de adultos, pero no me di cuenta. Con el paso de los años supe que mi madre sí que estaba al tanto, pero que no se imaginaba que el tema alcanzara esos extremos.

Recuerdo que mi padre solía llegar a casa a la hora de cenar, después de haber salido por la mañana, y siempre me decía que era porque había mucho trabajo en la fábrica y se quedaba a hacer horas extra. En ocasiones era cierto que hacía horas para ganar más dinero. Dinero que gastaría después en el juego. Era el pez que se mordía la cola.

Achaqué la ansiedad previa de mi madre a lo que vivió durante el parto traumático de mi hermana, pero, por lo visto, se mezclaron demasiadas mechas encendidas antes de explotar la bomba.

Entendí por qué mi madre se dio por vencida tan pronto. La relación no debía de ir bien desde tiempo atrás, sin embargo, cuando yo empecé a ser consciente fue tras el nacimiento de mi hermana, Ayla.

Mi madre estuvo de baja un tiempo por depresión; pagamos la deuda de mi padre con esos tipos y ella se reincorporó a su trabajo como limpiadora en una empresa. Por la situación económica en la que estábamos, tuve que ponerme a trabajar por las tardes, ya que por la mañana estudiaba. Repartí propaganda, lavé platos en restaurantes de comida rápida e hice fotocopias en una asesoría. Cualquier trabajo era bueno para poder aportar algo en casa.

La situación empezó a normalizarse con el tiempo, hasta que, cuatro años después, todo estalló en mil pedazos. Y parte de los míos aún siguen esparcidos en los recuerdos de aquel día.

6

Leo

Hacía una semana que me habían dejado esa nota en la mesa del Café Harmony, y no entendía por qué extraña razón la acabé guardando en la cartera. A lo largo de la semana anterior y en multitud de ocasiones me había cuestionado si responder o no a ese ofrecimiento tan peculiar.

Habían pasado también siete días desde el doloroso aniversario, y parecía que las emociones estaban menos a flor de piel. Quizá fuera más fácil dar una respuesta desde otra perspectiva menos intensa que la de aquel día, en el que mi foco estaba puesto en un único lugar y una única persona, como un imán que solo atrae un tipo específico de metal.

Había de reconocer que una de las cosas que más me llamaron la atención de esa situación, cuando menos, surrealista, era la dirección del correo electrónico a la que supuestamente debía dirigirme: «mi traviesa Lis». Esas tres palabras podrían tener una variedad de significados, y el más obvio era que la nota pertenecía a una chica traviesa llamada Lis. Sin embargo, yo no era de los que se conformaban con la opción más evidente. ¿Quién me aseguraba que detrás de ese correo no había una persona que no estaba en sus cabales? No obstante, y teniendo en cuenta que la activación de mis sentimientos estaba tan bloqueada, esa dirección despertó mi curiosidad, porque decir que intuí en mí algo de ternura me habría sorprendido incluso a mí mismo.

Estaba en la oficina, revisando documentos, cuando me levanté para buscar la tarjeta de un cliente al que debía una llamada, tarjeta que guardaba en mi cartera. Y al abrirla, la servilleta doblada cayó al suelo con la levedad de una pluma.

No sabía si había sido una señal. Podía haberlo sido. Que la nota me buscaba o que el destino quería ponerme algo delante que hasta

entonces no había sido capaz de ver.

Me quedé mirando cómo descendía con ligereza. Cuando rozó el suelo, me agaché para recogerla. La abrí. Volví a leerla. Me parecía tan curiosa esa manera de mantener un primer contacto con alguien… Me apoyé de espaldas al escritorio y, mirando la nota, analicé su contenido. Afirmaba que era la primera vez que realizaba ese tipo de contacto con alguien, se disculpaba al empezar por su atrevimiento; por lo visto, me había observado en el momento en el que recibí el mensaje de mi madre, y su día tampoco estaba siendo de los mejores. Aparentemente, no era una redacción inconexa, en cuanto a que había coherencia en sus palabras. Y luego, esa dirección de correo electrónico al parecer tan personal. Durante unos minutos me debatí entre responder o no: al fin y al cabo, no tenía nada que perder. Pese a ello, quienes me conocían bien, que no eran muchas personas, sabían que lo de las habilidades sociales no era una de mis fortalezas, y no porque no las manejara bien, sino porque las evitaba.

Con todo, al final me pudo la curiosidad y terminé escribiendo a esa dirección. Tecleé midiendo mis palabras y siendo consciente de lo que escribía y, en consecuencia, quedaría grabado en el correo. No solía dejar nada al azar.

«Buenos días. No sé muy bien cómo empezar un mensaje cuando no sé a quién estoy escribiendo. Solo quiero informarle de que leí la nota y que agradezco su preocupación».

Puse el teléfono a un lado de la mesa y la rodeé hasta llegar a la silla para acomodarme y continuar con mis tareas laborales. Tenía algo de trabajo acumulado, así que, aunque mis pensamientos seguían en aquel mensaje, conseguí concentrarme.

No habían pasado ni veinte minutos cuando mi móvil vibró, mostrando en la pantalla que había recibido un correo. Miré por encima el asunto y vi que era la respuesta al mensaje que yo había mandado.

Dudé entre leerlo o no, pero me pudo la curiosidad. De tal manera que dejé de lado el documento en el que me encontraba trabajando, cogí el teléfono y abrí el correo.

«Buenas tardes. He de decir que me sorprende y alegra a partes iguales haber tenido una respuesta por tu parte. Así, pensándolo en frío, me siento un poco avergonzada por el atrevimiento. Pero me alegra que haya surtido efecto. Mi nombre es Alice».

Alice.

Una mujer se escondía tras esa nota. O al menos el nombre era femenino. O quizá alguien se hacía pasar por otra persona, como ocurría bastante a menudo en el mundo de las redes sociales. Esconderse detrás de una pantalla estaba más de moda de lo que nos gustaría. No obstante, si Alice resultaba ser real, si existía una mujer con ese nombre detrás de ese correo, ¿sería posible que «Lis» fuese un diminutivo? ¿Podría ser esa la razón del nombre del correo?

Dos toques en la puerta de mi despacho me hicieron salir de mis cavilaciones.

—Adelante.

Era Kevin, mi compañero de trabajo y mejor amigo.

—Buenos días, Leo. —Se quedó mirándome mientras fruncía el ceño—. Tienes una cara de sueño de cojones. ¿Una noche movidita? —Alzó las cejas un par de veces con gesto divertido.

—¿En serio eso es lo mejor que se te ocurre decirme después de «buenos días»?

—Tienes razón, no te relacionas ni con el gato que vive contigo. Eso descarta una noche de desenfreno sexual.

—Te agradezco tus adorables palabras.

Se rio ante mi comentario. Kevin y yo éramos amigos desde la universidad, y no tenía filtro. Era padre de una niña de un año y se había casado hacía algo más de tres. Era de las pocas personas a las que permitía entrar en mi vida.

Soltó un par de carpetas sobre la mesa. Me confirmó que la reunión programada se llevaría a cabo según lo previsto y se marchó. Pero antes de cerrar la puerta dejó su último y envenenado comentario:

—Oye, mi mujer tiene un antiojeras cojonudo. Luego te paso el enlace. —Cerró la puerta y seguí escuchando su carcajada fuera de mi despacho.

Sonreí. Kevin era… Kevin.

Miré el móvil que descansaba a un lado de la mesa y, al otro lado, las nuevas carpetas. Debía seguir trabajando o se me acumularía mucha más faena.

Quizá respondiera al correo más tarde.

7

ALICE

Estaba en mi tienda taller trabajando en una nueva escultura cuando recibí el mensaje de aquel chico al que la semana anterior había visto llorando en la cafetería. No confiaba en que, después de ese tiempo, respondiera, pero me pareció, cuando menos, valiente por su parte reaccionar ante una nota de alguien desconocido. Su respuesta era seria y educada. Breve. Clara. Concisa. De usted. Sin embargo, ya fue más de lo que me esperaba. Había sido muy atrevida escribiéndole esa nota. Jamás había hecho algo así.

Nunca.

Con nadie.

Pero me pudo el impulso. Fue como una corazonada que sabes que no puedes dejar pasar. Una intuición. No sabría muy bien cómo explicarlo porque lo que hice, visto desde fuera, no fue muy normal. Siempre me había preguntado dónde estaba el límite entre lo normal y lo anormal. Todo era cuestión de perspectiva y puntos de vista. Tal límite no existía. Dependía de nuestras vivencias y nuestra experiencia personal.

Tuve que lavarme las manos antes de coger el teléfono; estaba trabajando en mi última escultura y las tenía manchadas de virutas de madera y polvo. Me había enfrascado en una nueva colección basada en el arteterapia. Una manera de buscar el bienestar a través del arte. Elegí la madera, el cristal y los colores como puntos fuertes de mis nuevas producciones.

Llevaba tiempo buscando algo que me llenara en lo laboral y en lo emocional, y eso me estalló como una bomba en la cara.

Lo había comentado con la señora Walsh, mi vecina, casera, mejor amiga y confidente.

—Si es lo que te va a hacer sonreír de nuevo como lo hacías antes, hazlo, mi niña. Tal y como te brillan los ojos, según me lo estás

contando, estoy segura de que será algo muy especial para ti —me animó la señora Walsh, a la que de manera cariñosa llamaba Nana.

A Cole preferí no contárselo. No estábamos en nuestro mejor momento. Se pasaba las tardes nervioso, enfadado y volcando sus frustraciones en mí. Pero yo debía estar ahí para él. Al fin y al cabo, yo vivía en su casa. Era lo menos que podía hacer.

Podía ser que la discusión que habíamos tenido la noche anterior en relación a mi futuro profesional, algo que le preocupaba mucho, me hubiera empujado a escribir la nota que dejé a aquel desconocido. Quizá empaticé con él, y, con esas palabras plasmadas en una servilleta, intenté hacerle sentir un poco mejor; posiblemente, porque había proyectado algo que me hubiera gustado recibir a mí.

Me senté en un pequeño sofá que tenía en la trastienda y respondí al correo sin pensar mucho las palabras. Al fin y al cabo, solo era un mensaje a alguien que no me conocía de nada, al que me había presentado de manera extraña por un impulso de enajenación emocional pasajera. Además, después de una semana, pensaba que no volvería a saber de él.

Ese día se me hizo tarde en el taller; estaba ultimando el boceto de una lágrima de cristal y madera y se me pasó el tiempo volando. En el momento en el que me enfrascaba en mis producciones perdía el sentido y la noción del tiempo y no veía más allá de mi propia inspiración. Era una sensación tan placentera que llenaba los huecos de mis carencias emocionales.

Cole me llamó en muchas ocasiones para ver dónde estaba y cuándo iría a casa. Era algo que él hacía habitualmente. Sin embargo, era curioso que después de la discusión que habíamos tenido la noche anterior y lo enfadado que se mostró conmigo me hablara como si nada hubiera pasado. Aunque si eso significaba que, cuando llegara a casa, me lo encontraba más tranquilo, lo prefería. No le dije que estaba en el taller. Era algo que me guardaba para mí, por las consecuencias que pudieran derivar de confesárselo. Y mucho menos después de las palabras que me había dedicado la noche anterior en cuanto al futuro que el arte podía proporcionarme. Para él, nada. Cero. Era una pérdida de tiempo gastar mi vida en

algo como eso. Aun así, tenía que valorar que se preocupara por mí.

Salí de la tienda taller sobre las nueve y media de la noche, y, según caminaba hacia el coche, el móvil emitió un sonido que me dio a entender que me había entrado un correo. Debo reconocer que me puse algo nerviosa al pensar que podría ser del chico de la cafetería. Estaba tan sumergida en mi rutina que cualquier cosa que saliera de ella me generaba esa placentera sensación. Algo que me hiciera despertar del letargo rutinario y apagado de mi día a día.

Saqué el teléfono del bolso y lo desbloqueé. Mi mirada buscó enseguida el remitente del mensaje: Leo.T@gmail.com. Ese era su correo.

Lo abrí y, de manera inconsciente, sonreí.

«Encantado de conocerla, Alice. Siempre y cuando quien haya tras la pantalla sea alguien a quien corresponda ese nombre. Desconfiado. Sí. Lo soy. Me presento: soy Leo».

Su respuesta me pareció de nuevo seria, correcta, cordial. Sin un punto o una coma que pudiera hacer de ese correo algo más que un puro intercambio de palabras. Sin embargo, me alegré al haber tenido noticias suyas. Así que me apoyé en el capó de mi coche y comencé a teclear una respuesta, de nuevo, sin darle muchas vueltas antes.

«Buenas noches, Leo. Lo primero de todo, por favor, no me llames de usted: me hace parecer mayor, e intento pensar que aún no lo soy. Segundo, sí, mi nombre es Alice; al otro lado de esta extraña manera de conocernos hay una chica cuyos padres decidieron que sería un buen nombre para su única hija. Y tercero, en tu vaso en el Café Harmony vi que ponía Leo, pero no quería usar tu nombre en el primer correo a riesgo de parecer una acosadora. Aunque creo que ya es demasiado tarde para eso. Me pareció que tenías un mal día, el mío tampoco estaba siendo de los mejores y brotó mi vena tierna y, a veces, inconsciente. Espero que no te molestara. No te sientas mal por ser desconfiado; de alguna manera, todos lo somos. Además, mi abuela siempre me decía que la desconfianza y la precaución eran los padres de la seguridad».

Le di a enviar y me apoyé en el coche por si acaso lo leía en ese

momento y me respondía. Entré en Instagram para mirar las últimas historias de las personas a las que seguía y, nada más iniciar la aplicación, emergió una ventana en el móvil que me avisaba de la llegada de un nuevo correo.

Leo.

«Jamás había visto la desconfianza de ese modo. Tu abuela era sabia. Me hace sentirme menos culpable ante el escepticismo que me provoca todo lo que me rodea. Espero que tu día mejorara, Alice».

Un cosquilleo me recorrió la espina dorsal al leer mi nombre al final de su correo. De repente, con ese gesto, se había vuelto algo más personal. Por desgracia, ya no podía compartir con mi abuela que era una persona sabia, aunque en vida se lo dije en multitud de ocasiones.

No dudé en dar una respuesta a su reflexión. Al fin y al cabo, era prácticamente la única persona con la que había hablado ese día, aparte de Cole y Nana.

«Todas las palabras tienen mucho que ver con la perspectiva, ¿no crees? En cuanto a mi día, bueno, no sé si mejoró, pero intenté no darle muchas vueltas; probablemente, habría terminado mareada. Hasta el otro día parecía que vivía en el día de la marmota. Día tras día lo mismo. Pero mi vida laboral me tira siempre un salvavidas al que sujetarme».

Esperé un momento a ver si Leo respondía, pero, al ver que no lo hacía, opté por ir a casa de Nana antes de coger el coche y marcharme. Estaba tan ilusionada por cómo me había quedado la pieza que acababa de diseñar que deseaba contárselo y mostrarle el boceto, y, para qué mentir, también estaba un tanto emocionada por que el chico triste de la cafetería me hubiera respondido.

Conocí a Nana cuando, con apenas veinticuatro años, me alquiló un apartamento. Ella vivía en el mismo edificio, en el primero, y arrendaba el tercero. Era un bloque antiguo, con apartamentos no muy grandes, pero en esa época no podía permitirme nada más caro. Y ella lo alquilaba a buen precio, no porque necesitara el

dinero, sino porque decía que no quería tenerlo cerrado y lleno de polvo.

El día que me mudé nos vimos en el vestíbulo del edificio. Cuando me presenté allí con mi solitaria maleta y un bloc de dibujo bajo el brazo, ella salía con el carro de la compra. Vestía una amplia blusa blanca con botones color oro y una falda oscura que tapaba parte de sus rodillas, medias de calcetín color carne y unos zapatos planos oscuros que parecían bastante cómodos. Me llamó la atención el color rojo de sus labios. Unos labios finos enmarcados por suaves arrugas que dejaban entrever el paso del tiempo. Empastaban perfectamente con el blanco de su pelo. Corto. Algo ondulado. Escaso. Peinado hacia atrás.

—Buenos días —le dije.

—Buenos días, hija.

—¿Es usted la señora Walsh?

—Alice Hale, ¿verdad?

—Así es. —Y le tendí la mano para estrechársela—. Encantada de conocerte, hija.

Pero no me cogió la mano, sino que se acercó a mí para posar dos delicados besos en mis mejillas.

—Mira, aquí tienes las llaves —dijo mientras las sacaba del bolso—. Sube a ver que todo esté bien. No quiero demorarme mucho, querida, porque la pescadería se llena rápidamente y luego me lleva mucho tiempo. ¿Te importa?

—En absoluto. Adelante, por mí no se preocupe.

Me eché a un lado para que pudiera pasar y me lo agradeció con una tierna sonrisa. Un gesto amable que me transmitió mucha ternura. Al pasar junto a mí, un ligero aroma afrutado me inundó las fosas nasales.

—Que tengas un buen día, hija —dijo según salía.

—Igualmente, señora Walsh.

—Llámame Nana. «Señora Walsh» me hace más vieja —relató mientras se encaminaba al exterior.

Sonreí.

—Lo haré.

Esa misma tarde la señora Walsh me sorprendía llamando a mi puerta para entregarme unas galletas de canela recién hechas en un *tupper* transparente de cristal y tapa roja. El aroma traspasaba el vidrio. Se lo agradecí y ella me respondió que me las comiera, que estaba en los huesos.

Desde ese día Nana y yo fuimos inseparables.

Fue la culpable de que me interesara por el mundo de la repostería y de que cogiera unos kilos de más que no me vinieron nada mal. Llegué al edificio bastante tocada física y emocionalmente. Al final, estas cosas van de la mano. La muerte de mi abuela y el hecho de verme de un día para otro en la calle me desestabilizó, como le pasaría a cualquiera que hubiera vivido mi situación.

—¡Nana! ¡Mira, quiero enseñarte el boceto que he terminado hoy! —Me adentré en su casa como un huracán tras abrirme ella la puerta.

—Qué contenta vienes, hija —respondió mientras cerraba.

—Huele a…

—Verduras al horno. ¿Te apetece comer algo?

—No, no te preocupes —respondí, abriendo emocionada mi bloc de dibujo—. Te muestro esto y me marcho. Es probable que Cole haya llegado ya y esté preparando algo.

—Seguro que nada saludable —gruñó—, que ya os conozco yo a los jóvenes.

Nana no tenía hijos, nunca los tuvo. Su marido había fallecido hacía siete años y desde entonces vivía sola en su casa. Al fallecer el señor Walsh, sus sobrinas le propusieron que ingresara en una residencia; ella se plantó y les puso claro que hasta que no pudiera valerse por sí misma no iba a irse a ninguna parte. Y era cierto que ella se gestionaba perfectamente, pero la vida en muchas ocasiones te aplastaba con su inevitable realidad, y aunque se conservaba muy bien, no dejaba de tener ochenta y dos años. Ambas nos cuidábamos mucho. Yo era su única familia, y ella era la mía.

—No seas mala, sabes que Cole cocina bien. —Sonreí vagamente.

—Ven al sofá, no te quedes ahí de pie. Además, hoy me duelen las piernas: creo que va a cambiar el tiempo.

Para eso ella era como tener a la mujer del tiempo en persona. Si le dolían las piernas, ya podía haber cuarenta grados a la sombra en la calle que lo más probable era que, al día siguiente, lloviera.

—Recuérdame que mañana me lleve el paraguas al taller.

Ella sonrió con condescendencia.

Extendí el boceto y lo coloqué frente a ella para que lo viera. No podía parar de sonreír; me sentía realmente orgullosa de ese dibujo, y yo no era precisamente una persona que me diera palmadas en la espalda cada vez que me parecía que hacía algo bien. «Autoexigencia» podría haber sido mi apellido.

Nana ladeó la cabeza como para verlo desde otra perspectiva y se colocó las gafas, que colgaban de un cordón de plata de su cuello.

—¿Te gusta?

Se quitó las gafas y me devolvió la mirada.

—¿Te gusta a ti?

—¡Sí, claro! ¡Me encanta!

—Entonces a mí también.

—No, eso no vale, Nana. Siempre me dices lo mismo. —Le cogí la mano—. Venga, va. Ponte las gafas de nuevo, obsérvalo y me dices qué es lo que ves.

—Está bien —suspiró. Repitió el mismo ritual y frunció el ceño para después despejarlo. Achinó los ojos para enfocar mejor—. Veo colores. Aquí, rojo; este otro, verde —señaló con el dedo—, y este…, azul, ¿verdad, hija?

—Así es.

—Y la forma… Parece como… una gota de lluvia —dijo pensativa—. O una lágrima. ¿Es eso?

—Es una lágrima, pero perfectamente podría ser una gota de lluvia.

—Es preciosa. Muy bonita. —Hizo una pausa para mirarme—. Y ahora no me regañes, que te lo estoy diciendo de verdad.

—¿Y antes no? —Me reí.

—Ay, no me hagas rabiar —se quejó, fingiendo enfado.

—Entonces, ¿qué te parece?

—Me gusta mucho, hija. Dibujas muy bien. Pero ¿por qué una lágrima? ¿Estás triste? ¿Es eso? —Me cogió la mano y me miró con gesto preocupado.

—Qué va, Nana —negué con la cabeza intentando quitarle importancia—, estate tranquila. Es que pienso que las lágrimas tienen más poder del que pensamos. Creo que las lágrimas son un lenguaje misterioso y mágico a la vez que va mucho más allá de lo que podamos llegar a decir.

Nana me observaba mientras yo divagaba en alto. Y es que llevaba tiempo dándole vueltas al tema de las lágrimas. Últimamente Cole y yo discutíamos más que de costumbre, y llorar me liberaba. Siempre lo hacía en la soledad del taller o mientras él dormía. Las lágrimas componían mi intimidad en esos momentos. Y era algo que nadie más podía hacer por mí. Tenían lenguaje propio, y quise hacerlo visible a través de mi obra.

—¿Le has dicho ya a Cole que sigues yendo al taller? —me preguntó Nana con precaución.

Tragué saliva y bajé la mirada. Mis manos comenzaron a juguetear entre sí.

—No, Nana. Pero lo haré. Te lo prometo. Solo tengo que encontrar el instante adecuado.

—Han pasado tres meses, cariño. ¿No crees que ya ha pasado demasiado tiempo? Deberías empezar a pensar en ti misma y no tanto en lo que pueda pensar Cole.

—Lo sé, Nana.

—Solo quiero ayudarte. Tienes el apartamento guardado para ti para cuando quieras. Sabes que no lo voy a alquilar si no es a ti.

—Gracias.

Me levanté, le di un abrazo y, con el boceto bajo el brazo, me marché pensando en que Nana tenía razón. No podía seguir así. Tarde o temprano aquello explotaría, y la persona peor parada sería yo porque llevaba tiempo engañando a mi pareja. No con otra persona, sino con otro lugar. Le decía que iba a la biblioteca a estudiar un curso en el que él mismo me había matriculado por aquello de mejorar mi futuro, pero en realidad me iba al taller a

trabajar en mis esculturas. Lo engañaba con un lugar que, aunque me doliera reconocerlo, en muchas ocasiones me hacía sentir mejor que con él.

8

Leo

Esa noche, antes de dormirme, pensé en quién podría encontrarse tras esos correos. Toda esa historia había despertado cada vez más mi curiosidad. Sus respuestas a mis correos hizo que mi desconfianza decreciera, aunque no del todo. Nunca había que perder la perspectiva de las cosas. Nada solía ser como parecía.

Por la tarde había ido al gimnasio y, cuando terminé de entrenar, fui directo a la ducha de los vestuarios. Lo necesitaba después de haber golpeado incontables veces el saco de boxeo. El agua caliente desentumeció mis músculos, agarrotados de la tensión causada por los golpes. No tardé más de diez minutos, y luego me sequé, me vestí y salí del recinto camino al coche, que había dejado aparcado en el aparcamiento del gimnasio.

Me adentré en el vehículo y solté el móvil en el asiento del copiloto. Empezó a vibrar. Había olvidado ponerle de nuevo el sonido tras la reunión que había tenido a las tres en la oficina.

Vi que en la pantalla se reflejaba el nombre de Olive. La mujer que cuidaba de mi madre en su día a día.

—Buenas tardes, Olive.

—Buenas tardes, Leo —respondió con voz nerviosa—, tienes que venir. Tu madre…

El corazón me empezó a bombear con fuerza. No fue necesario que acabara la frase. Las palabras eran innecesarias cuando algo era evidente. Mi madre estaba pasando una mala época por las fechas en las que estábamos, y cada vez que tenía un brote, mi presencia conseguía calmarla. Había épocas en el año en el que su trastorno se acentuaba, y no era fácil para ella. Al fin y al cabo, yo era un mero «calmante» que la sostenía cuando le fallaban las fuerzas.

Llamé al trabajo para decir que me había surgido algo urgente y que, probablemente, al día siguiente no acudiría a trabajar. La

ventaja de llevar tantos años en el mismo empleo era que ya todos conocían tu vida sin necesidad de dar más detalles de los necesarios. No hacía falta dar explicaciones para que supieran el motivo de mi ausencia.

Arranqué, entre nervioso y enfadado, sin dejar de pensar en mi madre. Ella sufría, mucho. Muchísimo. No poder controlar lo incontrolable. Luchar cada día contra ella misma. Era duro llegar a entender que fueras tú misma la que te estabas provocando tanto daño y no poder pararlo. Al final, las fuerzas se agotaban y acababas flaqueando hasta tocar fondo y quedar tendida sobre él como como una raíz que se sumerge bajo la tierra.

Por todo lo que teníamos vivido los dos a nuestras espaldas, mi casa no estaba lejos de la suya. Se ubicaba lo suficientemente lejos como para poner la distancia que ella me pidió y lo suficientemente cerca como para correr hasta ella en un suspiro.

En cinco minutos estaba abriendo la puerta de su portal y subiendo a zancadas los escalones hasta su piso. Olive me esperaba con la puerta abierta y gesto aprensivo.

—Gracias por acudir tan pronto —me agradeció al tiempo que se apartaba para dejarme pasar—. Lo siento; no termino de acostumbrarme a esto.

—¿Dónde está?

—En su habitación.

—Bien.

Pasé por el salón casi sin verlo; mi mirada estaba puesta al final del pasillo, en la puerta de su habitación, que permanecía cerrada, aunque los ruidos que se escuchaban dentro daban evidencia de que mi madre se encontraba en pleno brote. Me adentré y comencé a luchar contra sus fantasmas.

La vida no la había tratado bien, se había cebado con ella hasta el punto de que la irracionalidad la manejaba a su antojo en ocasiones. Sin embargo, cuando esas malas épocas pasaban, volvía a ser casi la misma que siempre había sido, aunque rota por dentro. No obstante, ella ponía todo su esfuerzo para seguir adelante a pesar de sus circunstancias, que no facilitaban para nada llevar un día a día normal. Y cuando digo normal, me refiero a sin barreras, por sí

misma, sin ayuda, sin miradas entrometidas y a veces invasivas. Estaba seguro de que yo, en su situación, habría tirado la toalla hacía mucho tiempo. Pero ella era diferente. Era valiente, positiva y más fuerte de lo que ella misma jamás llegara a imaginar.

No salí de la habitación hasta comprobar que mi madre dormía. Y eso fue casi una hora y media después. Lo hice prácticamente arrastrando los pies, a causa del agotamiento mental y físico y de la impotencia de no poder hacer más por ella.

Olive esperaba paciente sentada en el borde del sofá, con las manos enlazadas y gesto preocupado. Debió de escuchar mis pasos por el pasillo porque, cuando me vio aparecer por el salón, se puso de pie de manera inmediata.

—Vete a descansar —mascullé sin prácticamente mirarla—. Me quedaré esta noche con ella.

Asintió sin decir nada más. Se acercó a la mesa del comedor, cogió el bolso que colgaba del respaldo de una de las sillas y se marchó a su habitación.

No me consideraba precisamente una persona muy comunicativa; pronunciaba las palabras justas para que se me entendiera y poco más. Cuando la desgracia azotó a mi familia, me coloqué un escudo en el pecho que no permitía entrar a nadie que yo no aceptara, y en esos últimos años casi ninguna persona había conseguido traspasarlo, excepto Kevin.

Me gustaba vivir en mi soledad escogida, sin tener que dar explicaciones ni que fingir conversaciones que no me apetecían. Podía sonar extraño, pero había elegido ese tipo de vida para no volver a sufrir. O, al menos, para sufrir con menor intensidad. Ya había tenido y tenía la dosis de sufrimiento suficiente para el resto de mi vida.

Resoplé. Me aflojé el nudo de la corbata. Me estaba ahogando.

Fui a la cocina, abrí la nevera y cogí una cerveza. Siempre había algunas allí. Mi madre las compraba para mí.

La destapé con un abridor y le di un trago largo que resbaló por mi garganta como si fuera un antídoto contra el abatimiento.

Lo necesitaba. Necesitaba evadirme unos segundos. Darme una tregua.

Paseé en silencio por el salón. Me acerqué a la que fue mi habitación durante muchos años. Todo seguía prácticamente igual que cuando me marché. Mi madre se había negado a quitar nada. Paseé los dedos por el marco de la puerta. Sonreí al notar las marcas de crecimiento que mi padre y mi madre marcaban con la punta del cuchillo para que, de ese modo, viéramos nuestros avances. Observé una tras otra. La última, cuando contaba con trece años. Mi hermana, cuatro. Mi madre insistía en poner la edad que teníamos para ir comparando. En ese momento se lo agradecí. Mis recuerdos se lo agradecieron.

La habitación de mi hermana también seguía sin ningún cambio. Pero esa sí que apretaba el pecho. Porque yo podía ir, recordar y ver cómo había pasado el tiempo. Pero ella no. Desde hacía diez años, ya no. Yo no podía ir a casa de mi madre sin imaginarme que, de pronto, mi hermana aparecería correteando por allí. O dibujando en su habitación, como tanto le gustaba hacer.

Sonreí levemente al recordar cuánto nos gustaba contar los segundos que transcurrían entre los relámpagos de una tormenta o cuánto tiempo aguantábamos sin reírnos mientras nos mirábamos fijamente a los ojos.

Y es que el dolor podía cambiar, pero jamás desaparecía. Llegaba a adquirir nuevas formas o a ocupar diferentes lugares, pero nunca dejaba de presionar con fuerza el pecho.

Probablemente, en un instante de rabia, yo habría arrasado con todo. Lo habría tirado todo. Destrozado. Incluso quemado. Hasta los recuerdos mentales. Todo. Ojalá a esos se les pudiera prender fuego para que se consumieran hasta el último rescoldo.

Pero mi madre no: ella quería guardarlo todo como si nada hubiera pasado. Y es que así era imposible que alguien parara de sangrar como lo hacía mi madre. Esas heridas estarían en carne viva eternamente por mucho que ella intentara taparlas. Y no había forma alguna de hacérselo ver.

Primero mi padre, después mi hermana, Ayla. Y después yo. Yo también me marché. De otra manera menos cruel, pero lo hice. Porque también necesitaba mi espacio. Respirar sin que el aire estuviera contaminado de malditos recuerdos que se encargaban

incesantemente de ponerme alerta a través de imágenes en la cabeza que me hacían reconocer que mi vida empezó a irse a la mierda con tan solo catorce años. Unos catorce años que dieron paso a una madurez obligada, a no hacer planes con mis amigos porque mi hermana me necesitaba o porque mi madre no podía levantarse de la cama.

Cuando cumplí los veinticuatro, mi madre me dijo que tenía que irme de casa, y fue dura al hacerlo. Sus palabras lo fueron. Me partió en dos. Con el tiempo supe que lo hizo para que la culpabilidad que me asfixiaba no me ahogara en ese momento. Porque ella sabía que yo necesitaba salir de allí y que no daba el paso por no sentir que la abandonaba.

Aun así, me alquilé un piso muy cerca del suyo. Podía echarme de casa, pero no de las responsabilidades que tenía para con ella. De eso no podía echarme. En ese instante, me alegraba de no haberle hecho caso. Ahora sé que lo que quería era protegerme.

Di un último trago a la cerveza y volví a la cocina para tirar el botellín vacío y coger uno nuevo.

Me dirigí hasta la terraza y salí a respirar después de que los recuerdos me oprimieran los pulmones. Cogí aire y lo exhalé con fuerza. También necesitaba sacar todos los nervios que había acumulado durante el tiempo que había intentado calmar a mi madre.

Me senté en la mecedora antigua que ella guardaba allí desde que yo tenía uso de razón. La había heredado de su madre y, tras restaurarla, la sacaba a la terraza durante los veranos para salir a coser o a disfrutar de un cielo plagado de estrellas.

Protestó al recibir mi peso: esa era la forma que tenía la mecedora de darnos las buenas noches. O eso decía mi padre cuando nos sentábamos en ella.

Me desabotoné los puños de la camisa y me remangué. Di un trago a la cerveza y apreté la mandíbula mientras miraba al frente. Qué jodido era todo. Negué con la cabeza. ¿Hasta cuándo duraría aquello?

No supe por qué, en ese punto se me vino a la cabeza Alice. Quizá fuera porque necesitaba hablar con alguien que no me juzgase.

Desahogarme con una persona que no conociera mi historia personal. Así que saqué el móvil del bolsillo de la camisa y busqué su último correo. Lo releí.

Ambos veíamos el trabajo como un salvavidas. Para mí era una distracción de los recuerdos y pensamientos que me acosaban cada día.

Apoyé la espalda en el respaldo de la mecedora, resoplé y, por primera vez en mi vida, desde hacía diez años, comencé a teclear sin ser realmente consciente de lo que escribía.

«No sé muy bien cómo empezar este mensaje. Me siento tan jodido que ni siquiera estoy seguro de que esté haciendo lo correcto. Necesito hablar con alguien. Y el hecho de no tenerte delante creo que lo hace todo un poco más fácil.

Allá voy.

He tenido un día de mierda. De esos que, en principio, parece que pintan bien, pero a medida que van pasando las horas vas sintiendo que te zancadillean una y otra vez hasta que no tienes fuerzas ni ganas de ponerte en pie. Estoy en casa de mi madre. Es largo de explicar. En realidad, lo que ocurre en mi vida desde hace años es largo de explicar. Puede que el hecho de estar escribiéndolo ataje un poco el camino, pero la sensación real es que ese camino no tiene fin.

Perdona por divagar en alto contigo. Ahora mismo es lo más que puedo hacer para soltar lo que me tiene tan ahogado. Sé que es tarde, y es probable que estés dormida, pero quiero agradecerte que ese día me regalaras una vía de escape como es esta.

Buenas noches, Alice».

Dejé el móvil sobre la mesa redonda de mimbre que quedaba junto a la mecedora y resoplé. Fue como descargar parte del peso sobre una pantalla. Me sentía raro y, en parte, aliviado por poder compartir lo que en ese momento experimentaba sin tener que dar más explicaciones de las que yo estuviera dispuesto a dar. Sin más compromiso que responder al próximo correo, si es que lo había.

La vibración de mi móvil me sacó de mis pensamientos.

Un correo. De mi traviesa Lis. Alice.
Sin ser consciente, sonreí.
Lo abrí.

«Buenas noches, Leo.

Tranquilo. No solo no estoy dormida, sino que estoy más despejada de lo habitual. ¿Has visto la luna de esta noche? Es demasiado bonita como para no salir al balcón a observarla. Así que, aquí me tienes, cigarro en mano, pidiéndole un deseo a esa luna con la que llevo conversando un rato.

Me alegra que me hayas escrito y utilices esta vía de escape, como tú la llamas, para desahogarte. Puedes escribirme cuando quieras. Lo digo en serio. En muchas ocasiones yo también he tenido la necesidad de hablar con alguien y contarle según qué cosas de las que no tiene referencias como para juzgarme de algún modo. Por desgracia, no la he encontrado cuando me ha hecho falta.

Siento que tu día no haya sido como esperabas. A veces las cosas se tuercen tanto que tememos asfixiarnos, pero siempre hay algo o alguien que nos retira la soga del cuello antes de que sea demasiado tarde. Todos tenemos una mochila a la espalda cargada de muchas vivencias. Pero no solo nuestras. También, en ocasiones, se empeñan en meter en nuestras mochilas cosas que no nos pertenecen, o nosotros mismos las introducimos sin ser conscientes de que lo estamos haciendo. Entiendo que tu historia sea larga de contar, pero aquí me tienes. Puedes hacerlo por capítulos. Del tirón. O a ratitos. Como te sientas más cómodo».

Nunca había experimentado que unas palabras proyectadas en una pantalla pudieran ayudarme tanto. Y más de alguien a quien no conocía. Sin embargo, según iba leyendo el mensaje sentía como si ella me entendiera, como si fuera capaz de llegar a comprender cómo me encontraba en ese momento. Y eso me reconfortó.
Le respondí.

«Me gusta eso de "a ratitos". Suena bien. También veo la luna frente a mí, y estaba tan metido en mis cosas que no me había dado cuenta de que tenía un matiz tan bonito. Qué ciegos estamos a veces. Llevas razón en cuanto a la mochila que cargamos a la espalda. A veces es tan pesada que he pensado quitármela y lanzarla

lo más lejos posible. Pero nunca me atrevo».

> *«Y espero que no lo hagas. Lo de lanzar la mochila, quiero decir. Porque también eliminarías los buenos recuerdos, y esos hay que guardarlos para siempre. ¿Sabes por qué? Porque equilibran el peso de la mochila».*

«Tienes razón. A veces pienso que soy demasiado radical. Y no todo es blanco o negro. Pero cuéntame, ¿qué tal ha ido tu día?».

> *«Hay una escala de grises preciosa. Cuando te sientas así, piensa en el gris perla. A mí me parece mágico. Considéralo.*
>
> *Mi día ha ido relativamente bien. He terminado un boceto que me encanta y mañana empezaré a darle forma. Como te ha ocurrido a ti, al final se ha torcido un poco. Parte de mi desvelo es debido a eso. Así que aquí estoy, pensando en el gris perla. Porque, si no, es probable que me lanzara al blanco o al negro y dejara a un lado cosas de mi vida que ahora mismo no sé si me hacen del todo bien».*

«Gris perla. He de decir que he tenido que entrar en Google para buscar la tonalidad. Me gusta. Para mí, el gris siempre ha sido gris. Ni más ni menos. Y confieso que nunca ha sido de mis colores favoritos. Sin embargo, es reconfortante que alguien te haga poner la mirada en otro lugar. Parece que tu día también escogió el camino más complicado.

Te entiendo perfectamente cuando dices que elegirías el extremo sin importante las consecuencias. Te comprendo más de lo que puedas llegar a imaginar. Pero ¿sabes qué? Alguien me ha dicho que hay una luna preciosa esta noche. Obsérvala y piensa en el gris perla. Por lo menos hasta que medites esa decisión más de cinco minutos. Nadie dice que tengas que escoger entre el blanco o el negro. Es totalmente lícito y respetable. Pero alguien me ha aconsejado que antes observe otra gama de colores. Y, luego, que sea lo que tenga que ser.

¿Dibujas? Suena bien lo del boceto. ¿Te apetece contarme algo sobre él?».

> *«Soy escultora. O al menos lo intento. Aunque a veces prefiero decir que hago esculturas. Denominarme escultora suena como demasiado pretencioso, ¿no crees? Tengo alquilado un pequeño taller donde diseño y esculpo mis ideas que a la vez hace de tienda donde*

expongo y vendo algunas de mis obras. No me preguntes dónde, porque no pienso decírtelo. Me da demasiada vergüenza como para ponértelo tan fácil. Prefiero que la gente que entre y me compre algo sea sin saber que, por las noches, fumo mientras converso con la luna y que me escribo correos con un desconocido que me cae bastante bien. No te lo tomes como algo personal».

«Es un gran paso saber que te caigo "bastante bien". Ni mucho ni poco. Bastante. Y aunque he de reconocer que me ha entrado curiosidad por saber de tus obras, tienes razón en cuanto a que mejor no poner miradas y gestos a nuestras palabras. Es más fácil expresar según qué cosas cuando no tienes a la otra persona delante».

«Está bien coincidir en esto. Lo hace todo más sencillo. Seguro. Voy a tener que despedirme. Empiezo a sentir sueño, y, si algo me caracteriza, es que tengo tanta facilidad para quedarme dormida que es probable que lo haga antes de acabar de responder a este correo.

Buenas noches, Leo. Espero que estés un poquito menos agobiado y que la asfixia no sea tan angustiosa».

«Gracias por ir soltando la soga. Ahoga menos. Gracias por tu luna y por tu gris perla. Espero que hayas podido leer la respuesta y no te hayas dormido sobre el teclado.

Buenas noches, Alice».

«He podido llegar hasta la cama. Con dificultades, eso sí. Esto de ser como una marmota es difícil de llevar.

Gracias a ti.

Buenas noches, Leo».

9

Leo

La actitud de mi madre empezó a cambiar tras el parto de mi hermana. No lo pasó bien. Con los años entendí con precisión por qué se desató su explosión.

Yo contaba tan solo con nueve años en ese momento, pero el ambiente en casa estaba cada vez más tenso. Las discusiones entre mis padres, que antes eran inexistentes —o, si las tenían, se preocupaban de que yo no me enterara—, se daban cada vez con mayor frecuencia. Pensé incluso que la llegada de mi hermana había sido un problema más que una bendición. Y eso fue duro. Difícil de digerir.

Mi madre siempre repetía: «No sé qué me pasa, no sé por qué me ocurre esto». Y lloraba. Lloraba mucho. Mi padre se frustraba y, en más de una ocasión, en mitad del vendaval, cogía la puerta y se marchaba un par de horas. Sin embargo, siempre volvía. Hasta que una noche no lo hizo. Nos abandonó.

Lo que sí recordaba era que mi madre estaba todo el tiempo repitiéndose que no era buena madre. No paraba de preguntarme si yo sentía que lo era conmigo, que si yo era feliz. Pero el problema no eran las preguntas, que también, sino la manera en que las hacía. Con esa angustia, esa inquietud, ese desasosiego.

Yo intentaba consolarla lo mejor que podía. Lo mejor que podía hacer un niño con tan solo nueve años. Lo que ocurría era que entonces no sabía que estaba haciendo todo lo contrario a ayudarla.

Hubo momentos en los que me sentí abandonado. Mi madre se volcaba totalmente en sus pensamientos, y, en ocasiones, pensé que lo mejor que podía hacer era apartarme. Así que me encerraba en mi habitación y me ponía a escuchar música.

Mi madre tuvo épocas, unas mejores y otras peores. Había temporadas en las que se encontraba más tranquila, debido

fundamentalmente al tratamiento que el psiquiatra le pautó. Costó mucho que aceptara acudir a un especialista. Le escuchaba decir a mi padre que no quería que nadie la juzgara. Que no estaba loca, pero que en ocasiones creía que acabaría estándolo.

En las temporadas en las que estaba peor se convertía en una mujer muy exigente con nosotros en todos los aspectos. Tanto con Ayla como conmigo.

Recuerdo una tarde al llegar del colegio; yo tenía doce años, y había conseguido aprobar matemáticas, que siempre me costaba horrores. Al entrar en casa, el ambiente estaba raro, cargado quizá, no sabría explicarlo. Y esa energía positiva que traía de la escuela se esfumó en un segundo. Busqué a mi padre, que estaba en la cocina preparando mi merienda, y enseguida le pregunté dónde estaba mi madre. Me dijo que en la cama, que no se sentía bien. Otra vez. Me puse nervioso. Muy nervioso. No saber cómo reaccionaría mi madre en según qué ocasiones me generaba tal incertidumbre que me cortaba la respiración.

No le conté a mi padre en ese instante mi aprobado en matemáticas. Eso quedó en segundo plano. Lo único que quería era ir a la habitación de mis padres y ver cómo se encontraba ella. Darle una buena noticia que la animara de alguna manera. Por el camino me crucé con Ayla, que contaba con tres años, y jugaba con unas construcciones de madera sentada en el suelo. Inocente. Ajena a todas las emociones que se removían en casa en ese momento. Y por unos segundos la envidié. Estar fuera de todo eso lo hubiera hecho todo mucho más fácil. Seguro. Le acaricié la coronilla a pasar a su lado y ella alzó el rostro y me sonrió. Con ese gesto me inyectó algo de fuerza para afrontar ese nuevo brote de nuestra madre. Porque ya sabía que se trataba de eso. Entré en el cuarto y todo estaba en penumbra a pesar de ser apenas las cinco de la tarde. Se hallaba en la cama, arropada hasta el cuello. La persiana estaba bajada casi hasta el final y la única luz que entraba en la habitación era una fina línea que recaía en su rostro. En un susurro, pregunté si estaba despierta. Respondió girando el rostro hacia mí. Como ida. Esa mirada no se me olvidará en la vida. Aún estaba nerviosa, se sentía en el temblor de sus manos ocultas bajo la sábana. Pensé que

contarle que había aprobado por fin el examen de matemáticas sería algo que la alegraría y la relajaría un poco. Iluso de mí. Su única respuesta fue que no era suficiente. Que un aprobado no era suficiente. Y que la dejara sola. Jamás olvidaré cómo me sentí ante su implacable respuesta.

Cuando mi madre sufría un brote, pasaba el día siguiente bastante cansada. Dormía en exceso debido a que la medicación la fatigaba más de lo normal.

Mi noche había sido inquieta. No podía dormir. Me ocurría cuando dormía allí. Los recuerdos me impedían descansar con normalidad. Que la habitación de mi hermana continuara igual desde que se fue no era plato de buen gusto.

Olive llegó a las ocho de la mañana y aproveché para pasarme por el Café Harmony y tomarme un café de los de todas las mañanas. Quizá más cargado esta vez. Pedí lo de siempre, escribieron el nombre en mi vaso, como siempre, y me ubiqué en la primera mesa que encontré vacía. Posé el humeante vaso cuando escuché la notificación de un correo. Sonreí al ver que la remitente era Alice, la chica traviesa.

«Buenos días. Te escribo solo para preguntarte si el día ha empezado mejor que el de ayer y si has pasado buena noche».

Respondí de inmediato.

«La noche ha sido más larga de lo que me hubiera gustado. Ahora estoy tomándome un café en la misma mesa y en el mismo establecimiento donde me dejaste la nota.

¿Cómo va lo que te preocupaba? ¿Lo has pensado más de cinco minutos?».

«¿Sí? Qué casualidad, ¿no? Espero que el café te despierte lo suficiente como para pasar el día lo más dignamente posible.

Lo que me preocupa sigue igual, lo peor es que llevo dándole vueltas meses, no minutos, y eso lo enquista bastante».

«El café nunca es suficiente como para proveer de mayor dignidad a una persona. Es más, pienso que la dignidad está sobrevalorada.

Bebería café hasta que mi sangre únicamente transportara cafeína. Siento decirte que llevar tanto tiempo pensando en algo que te preocupa pasa de ser preocupación a problema».

Esperé su respuesta degustando el desayuno y leyendo la prensa que ofrecía el establecimiento, pero no contestaba. Me había casi acabado mi café cuando un pitido me informó de la recepción de un correo. Cogí el móvil y enseguida comprobé quién era el remitente. Era del despacho. Me sorprendí al experimentar desilusión al confirmar que la persona que lo enviaba no era ella. Así que lo leí con desgana al tiempo que apuntaba una nueva reunión en mi agenda.

Me levanté y salí del local camino a casa de mi madre. ¿Hasta cuándo duraría aquello? ¿En qué momento ella conseguiría ganarles la batalla a sus pensamientos? Era tan difícil hacerle ver que eso era una lucha contra sí misma… Ella no estaba así por las secuelas físicas que sufrió, sino por los recuerdos que terminaban por asfixiarla.

La psicóloga me explicó que lo que sufría mi madre era la lucha constante y diaria contra unos pensamientos que, por más que intentara obviar, era imposible. O, al menos, a la persona que lo sufre le parece inviable. Sumado a las consecuencias físicas de esa pérdida y al abandono de mi padre, era un cóctel demasiado explosivo como para eludirlo. Y es que las personas que estamos fuera y no lo padecemos no podemos alcanzar a entender que la mente pueda llegar a anularte en todos los sentidos. Y sufrimos esa impotencia tan brutal que, en ocasiones, nos hace sacar nuestra parte más visceral y alzar la voz como si eso les hiciera entender mejor que la solución está en ellos y únicamente en ellos.

A veces pienso que mi padre también se marchó por eso. Porque no pudo soportar la situación de ver a su mujer así a lo largo de varios años. En una ocasión los escuché discutir. Él le recriminaba que no luchara por su relación, ni por su familia ni por sus hijos. La tachaba de egoísta, cobarde e inmadura. Creo que ese día a mi padre le salió la vena visceral de la que os hablaba antes. No lo justifico. Para nada. Pero a veces la rabia puede contigo. Y la

impotencia de ver que tu madre, o tu pareja en su caso, está viendo la vida pasar desde la barrera.

En una ocasión, cuando yo tenía diez años y mi madre estaba en la cama, desconsolada, sin ganas de levantarse, me tumbé junto a ella. Me acogió entre sus brazos y, tras unos minutos de silencio, le dije: «Mamá, puedes bajarte del tren en marcha o viajar con nosotros y disfrutar de la vida que te queda». No sé de dónde vino esa reflexión. Ni qué idea dio luz a ese pensamiento. Pero ella reaccionó. Y la primera forma en que lo hizo fue dejando resbalar una lágrima que fue a parar a mi hombro. Ella no dijo nada. Pero no hizo falta. Porque minutos después se levantó, aireó la habitación, se aseó y pasó la tarde con mi hermana, que contaba con un año, mientras mi padre y yo jugábamos en el salón. La euforia de ese día nos dio fuerza para varios más, pero, al final, todo volvía siempre a lo mismo. A la casilla de salida. Y luchar contra eso todos los días era francamente muy difícil. Me vi con diez años haciéndome cargo de mi hermana, mientras mi padre trabajaba y mi madre se pasaba temporadas ausente. Presente físicamente, pero con su cabeza a años luz de nosotros.

Salí de mis pensamientos una vez que estuve en el portal de casa de mi madre y tuve que sacar las llaves.

El pitido de otro correo.

Probablemente, la confirmación de la reunión que me habían anunciado antes.

Lo abrí. Sonreí. De nuevo, la chica traviesa.

> *«Respecto a beber café en exceso, he de decirte que puede provocar insomnio, además de otras cosas, así que, teniendo en cuenta nuestro historial nocturno, no creo que sea lo que me mejor te vaya a venir.*
>
> *Hoy tu vaso de café era ligeramente más grande que el de la primera vez que te vi. Pero te lo perdono por la noche que pasaste ayer. ¿Que cómo sé qué bebías? Porque estaba en la mesa de al lado. Es como si hubiéramos desayunado juntos. Y sí, en mi vaso ponía Kate: no he querido tentar a la suerte y que vieras que ponía Alice y ataras cabos. Tenías ojeras, pero mejor aspecto que el otro día. Ha sido curioso verte responder a mis mensajes, incluso he*

podido intuir una sonrisa, ¿puede ser? Si es así, es agradable saber que tus palabras pueden sacar una sonrisa a alguien.

Y sí, tienes razón en lo que dices. Lo que me ocurre ha pasado con creces el nivel de preocupación a problema. Y tengo la sensación de estar atrapada en una espiral de pensamientos que nunca llegan a ninguna parte».

10

ALICE

La noche que llegué a casa tras mostrarle a Nana mi nuevo boceto lo hice exhausta. Entre que la noche anterior no había descansado tanto como hubiera querido debido a la discusión con Cole, que había estado trabajando muchas horas en el boceto, que por fin el proyecto de las lágrimas daba comienzo y que había estado intercambiando mensajes con Leo, había sido un día con bastantes emociones revueltas. Contradictorias, podría afirmar.

Después de cerrar la puerta de casa, pronuncié el nombre de Cole para confirmar su presencia allí, pero no me respondió. Probablemente estuviera en la ducha o trabajando en su despacho. Fui al salón a dejar el bolso; el boceto había preferido guardarlo en el coche, porque no me apetecía que él lo viera y yo tuviera que enfrentarme a preguntas que en ese momento no habría sabido cómo responder.

Cuando estaba en la cocina bebiendo un vaso de agua, Cole apareció por la puerta con gesto nada conciliador.

—Te he llamado —soltó tajante.

Nada que ver con el tono que había utilizado en las últimas llamadas que me había hecho cuando estaba en el taller. Sin embargo, sus cambios de ánimo eran tan frecuentes que ya no me sorprendían.

—¿Qué? —Me giré tras posar el vaso sobre la encimera.

—¿Dónde estabas? —inquirió—. Es tarde.

—Se me ha hecho tarde en la biblioteca, nada más —mentí.

—Has ido a ver a tu casera, ¿verdad?

Dudé en si decirle que si o que no. Sabía que, si mi respuesta era afirmativa, nuestra conversación se volvería tensa y acabaríamos discutiendo. Pero no podía con más mentiras. Al final, acabaría siendo la perjudicada y todo eso me terminaría explotando en la

cara.

—Eeeh… Bueno, sí.

—Lo sabía —farfulló, negando con la cabeza.

—Quería saber qué tal estaba. Es una mujer mayor, vive sola y…

—Vale, vale. —Alzó las manos, interrumpiéndome y retirando la mirada—. Parece que tu pareja es ella y no yo.

—No, Cole, escúchame…

—No, no, si está bien. Por mí, perfecto. Tus prioridades son claras —respondió con evidente ironía.

—¿Cenamos? ¿Te apetece? ¿Quieres que pidamos una pizza barbacoa que tanto te gusta? —propuse para cambiar el rumbo de la conversación.

—Yo ya lo he hecho —respondió con sequedad mientras alcanzaba una taza del mueble y después se dirigía a la nevera en busca del tetrabrik de leche.

—Oh, vaya. No pasa nada. Prepararé algo para mí entonces.

Y sin mediar palabra, se marchó de la cocina, dejándome totalmente desinflada después de lo animada que venía por el inicio de mi nuevo proyecto.

Cole y yo llevábamos tres años juntos, dos de ellos conviviendo en su chalet de RoyalHaven, una urbanización de lujo a las afueras de Elysford.

A los seis meses de mudarme al apartamento que me alquiló Nana, tras fallecer mi abuela, Cole insistió en que me fuera a vivir con él. Perseveró en que la casa era muy pequeña e incómoda cuando venía a pasar el fin de semana. Se quejaba del ruido del barrio y presumía del silencio de su urbanización.

Intentaba convencerme de que mi taller de trabajo estaría mucho mejor en una de las amplias habitaciones vacías con las que contaba su casa. En un principio me negué. Para mí era importante haber encontrado un espacio en el que me sintiera sostenida, tranquila. Un lugar con el que me sintiera identificada. Donde podía ser yo y hacer y deshacer a mi antojo. Donde tuviera la posibilidad de trabajar en mi negocio y vender mis propias producciones, además de promocionar a otros artistas. Cada vez que me negaba, él desplegaba todas sus armas para convencerme. Era aparentemente

cariñoso y atento, y me ofrecía todo lo que yo le pedía a una relación.

El problema vino cuando las negativas a dejar mi taller continuaban y sus atenciones no surtían el efecto que él quería. Entonces fue cuando empezó a mostrarse menos empático, menos cordial y menos afectivo.

En ocasiones se enfadaba porque me decía que no me ponía en su lugar y que estaba siendo muy egoísta. Pero yo no quería dejar mi tienda y mucho menos alejarme de Nana. Sin embargo, por otro lado, también me sentía culpable por ser la que frenaba el avance de nuestra relación. Era evidente que los dos, en mi piso, no podíamos vivir. Y no precisamente por falta de espacio, sino porque él solo ponía pegas a mi vivienda y la convivencia no sería fácil en muchos aspectos. Pero yo allí me encontraba bien. Estaba hecha un lío y mi cabeza estaba llena de contradicciones.

—Haremos una cosa —me dijo una noche mientras cenábamos en el centro—: ven a vivir a mi casa y me comprometo a seguir pagando el alquiler del apartamento de esa señora y lo que sea que te cobre por el local y así podrás seguir viniendo de vez en cuando por aquí.

En ese momento no supe leer entre líneas, no analicé sus palabras, no descifré el mensaje ni descubrí los detalles. Todo lo contrario, me hizo tanta ilusión pensar que no me alejaría de lo que se había convertido en mi mundo que le dije que sí en ese mismo instante.

No había pasado ni una semana cuando me instalé en su chalet. La casa era independiente, de dos pisos impresionantes. Cada planta era tres veces más espaciosa que mi apartamento. Por no hablar del enorme jardín, la piscina o el cenador. No le faltaba de nada.

Me dejé impresionar por la grandeza de todo lo que rodeaba a Cole. Estaba muy bien situado laboralmente gracias a su trabajo y a la innegable ventaja que le daba tener el apellido que tenía. Y él era consciente de lo que deslumbraba esa grandeza. Sobre todo en una chica como yo, que lo más grande que había tenido en su vida había sido el amor de su abuela. Materialmente, nada.

Lo que no supe ver en ese punto fue que el apartamento que conseguía pagar mensualmente con mi esfuerzo, el taller y todo lo

que me aportaba mi amistad con Nana era mucho más grande que todo lo material que Cole me pudiera ofrecer.

El primer año viviendo juntos fue mágico. Estábamos como en una luna de miel constante. Disfrutábamos mucho el uno del otro. Tanto que hasta dejé de salir con Marlene, porque todos nuestros planes solo nos incluían a nosotros dos. En alguna ocasión quise invitarla, pero Cole prefería que estuviéramos los dos solos. Argumentaba que, quizá, mi amiga se sintiera violenta estando con una pareja que no paraba de prodigarse besos y caricias. Así que poco a poco fui perdiendo el contacto con ella. Pese a aquello, en esa época era tan feliz con Cole que cualquier cosa que pudiera empañar nuestra felicidad la ponía a un lado, incluidas las personas.

Veía mucho menos a Nana, solo cuando iba al apartamento a por algo que necesitaba. Ese año terminé cerrando la tienda porque apenas iba por allí, y me monté el taller en una de las habitaciones vacías de la casa de Cole. Lo que ocurría era que el lugar era tan frío, tan grande, tan impersonal que, desde el principio, me costó mucho concentrarme. En el taller de Nana todo fluía de otra manera. A pesar de ello, debía valorar lo que Cole me ofrecía sin pedir nada a cambio.

Un día, paseando por la urbanización, se lo comenté. Le dije que me estaba planteando volver al taller a trabajar. Quizá eso sirviera para poder concentrarme mejor y que mi bloqueo desapareciera. Pero me dijo, con una sonrisa condescendiente, que a lo mejor debía pensar en formarme en otros campos y considerar la escultura como *hobby*. Argumentó que no era un trabajo al uso, que tenía poco margen de beneficios y que estaba en la edad perfecta para definir mi futuro.

Al principio me sentaron mal sus palabras. Con todo, no dije nada. Es más, esa noche le di muchas vueltas a su propuesta, pensando en que quizá tenía razón, que el mundo del arte estaba muy infravalorado y que acabaría frustrándome si no conseguía mi objetivo, que era vivir de ello.

Ese fue el punto de inflexión. Al año y medio de convivir, yo cada vez estaba más desinflada, más frustrada, menos motivada. Apenas me concentraba, y había hecho un par de cursos de *marketing* que

no me gustaban nada, influida por Cole. Él insistía en que para triunfar había que hacer cosas que no nos gustaban, como en ese momento fue esa formación. De hecho, en alguna ocasión me tildó de niña caprichosa.

Cada vez que iba a ver a Nana a él parecía no gustarle. Nunca me decía que no, pero no hacía falta. Su rostro lo reflejaba. Le decía que viniera conmigo, que fuéramos juntos, pero siempre le surgía un compromiso de última hora y no me acompañaba.

Una tarde discutimos por ese tema. Él quería que viéramos una película y que cenáramos tranquilos en casa, y yo ya había quedado con Nana en ir a cenar con ella. No se enfadó. Al menos no en el sentido de alzar la voz y hacer aspavientos. Sin embargo, me recriminó el hecho de hacer mis propios planes sin contar con él.

Esa misma noche, Nana me preguntó qué me ocurría. Por lo visto, no tenía buen aspecto, y, aunque intenté mostrar una sonrisa, no debí de conseguirlo. Me conocía demasiado como para pasar por alto determinadas cosas.

Le conté lo que había ocurrido. Y lloré. Mucho. De rabia. De pena. De impotencia.

Sentadas en el sofá, Nana me agarró la mano con sus dedos curtidos y me habló con cariño.

—Mi niña, sabes que te quiero mucho y que, para mí, has sido un soplo de aire fresco en mi vida, la nieta que nunca tuve —asentí—, por eso me duele verte así. Las últimas veces que has venido a verme no te veo feliz. Tienes ojos tristes. No sabía qué ocurría, y esperaba a que tú me lo contaras, y ahora que lo has hecho lo entiendo. Todo encaja. Sé que quieres a Cole, pero ¿quieres saber mi opinión? No creo que él te quiera como tú a él. Creo que no os queréis de la misma manera, y, cielo, de eso sé mucho, porque Dylan y yo nos quisimos mucho, y lo hicimos bien. —Se llevó mi mano a los labios y dejó un delicado beso en el dorso—. Desde que te mudaste de aquí, tengo la sensación de que ha intentado, poco a poco, separarte de lo que más te gusta y amoldar tu vida a la suya. Con esto, en ningún caso, cariño, quiero ponerte en su contra. Ni mucho menos es mi intención. Pero me da coraje ver que cada día estas más triste. Ya no nos vemos mucho, pero cuando lo hacemos,

siento que no estás bien. Lo siento aquí. —Se colocó la otra mano en el pecho.

Esa noche, cuando entré en casa, fingí un tremendo dolor de cabeza y me acosté inmediatamente. Al principio me negué a mí misma que Nana pudiera tener razón. Cole me quería, y todo lo que hacía era por mi bien. Incluso me enfadé con ella por insinuar que no era así.

Pasé una semana emocionalmente mal, frustrada, enfadada conmigo misma por no entender por qué, después de la conversación con Nana, experimentaba esa presión en el pecho. Indecisa. Fracasada. Sin embargo, Cole no me preguntaba qué me ocurría. Se limitaba a seguir haciendo planes de pareja con sus padres o sus amigos sin consultarme antes. Como siembre hacía. Fiestas de lujosas marcas, cenas en restaurantes caros. Y no me llenaba. Nada de eso lo hacía. Y aunque cuando estábamos bien los planes eran del mismo estilo, nunca había llegado a sentir que encajaba. Aun así, iba. Por él. Considerando que el problema era mío por no poner todo de mi parte para encajar en su entorno.

Una tarde cogí el coche y, sin decirle adónde iba, me fui al taller. Quería estar sola y pensar. Necesitaba ese momento para reflexionar sobre lo que me pasaba y por qué me notaba tan desinflada. Tan desmotivada. Según entré en el taller tuve clara la respuesta. Esa no era la vida que yo quería. Al menos, no así. Ese lugar me daba el aire que me faltaba.

Tenía que hablar con Cole para explicarle cómo me sentía. En el taller me di cuenta de que mi lugar era ese. Quería esculpir allí. No deseaba seguir haciendo esos cursos que me estaban conduciendo a la desesperación absoluta.

Ese mismo día, cuando iba a coger el coche para irme, tras salir del taller, me sorprendí quieta ante la puerta del portal del apartamento de Nana. La echaba de menos. No había vuelto desde aquel día en el que lloré tanto sobre su hombro. La última vez que estuve allí dejé el lugar sintiéndome un poco molesta por sus palabras, y luego me embargó la vergüenza de regresar, preocupada de que pudiera estar enfadada conmigo debido a mi reacción. Sin embargo, la necesitaba. Así que, sin dudarlo, entré y subí a su casa. Abrió nada

más tocar el timbre, como si hubiera estado pegada a la puerta. Se sorprendió al verme. No me esperaba. Ni yo misma me esperaba allí. Solo con mirarme descifró todo lo que pasaba por mi cabeza. Y me abrazó.

Después de una noche sin parar de dar vueltas en la cama como si fuera una noria, acabé por levantarme a las seis de la mañana mientras Cole aún dormía. Me preparé un café y comí una pieza de fruta. Miré a mi alrededor. Una casa enorme, pero más fría que mi relación con Cole. Y es que mi problema tenía que ver con nosotros. Con el tipo de relación que manteníamos. Llevaba una temporada en la que me sentía muy sola, frustrada e, incluso, culpable por lo que nos ocurría.

El primer año que estuve viviendo en el apartamento que Nana me había alquilado fui feliz. Era lo que necesitaba. Además, la relación con mi casera se acabó transformando en algo más que un simple trámite. Ella empezó a cuidar de mí y yo de ella. Y era tan bonito ver que alguien se preocupaba por tu día a día que para mí ese cambio, tras la muerte de mi abuela y la salida abrupta de su casa, fue como un respiro de aire renovador en mi vida. Fue la fuerza que necesitaba para continuar.

Después de una semana viviendo en el apartamento, una tarde Nana subió a mi casa para invitarme a cenar en la suya. Acepté encantada. Disfrutamos de una noche de sopa de verduras y pescado al horno que fue como rememorar las cenas con mi abuela.

No me gustaba mucho la cocina, y poco a poco fui aprendiendo a golpe de tutorial de YouTube. Fue como volver a tener una familia a la que recurrir cuando necesitaba un abrazo, que alguien me escuchara o simplemente permanecer a su lado y saber que no estaba sola. No me gustaba la soledad. Me daba miedo quedarme sola, en el aspecto emocional. En esa cena le conté que había estudiado Bellas Artes en la universidad, y trabajar en el apartamento se me hacía complicado por el poco espacio que tenía. Vendía alguna pieza por internet, pero al no poder vivir de ello, trabajaba media jornada en un restaurante para poder hacer frente a los pagos.

De tal manera que, tras charlar un rato sobre su matrimonio con el

señor Walsh, de cómo en su época asimilaron que su marido no pudiera tener hijos y de la forma en que sobrellevó la muerte de su esposo, me hizo uno de los mejores regalos de mi vida. Cuando ya nos despedíamos en el umbral de su puerta, me dijo:

—Hija, he estado dándole vueltas toda la cena a lo que me decías de trabajar en tus esculturas, para lo que has estudiado tanto tiempo, que he pensado que igual te gustaría usar como lugar de trabajo un local que tengo en esta calle. No es muy grande, apenas cincuenta metros entre la parte delantera de la tienda y el almacén.

Se apresuró a decirme que no quería que le pagara ningún tipo de alquiler de momento. No quería asfixiarme con rentas que no fuera capaz de pagar. Así que, finalmente, quedamos en que cuando empezara a ganar algo de dinero con mis esculturas, le daría lo que yo creyera conveniente. Algo simbólico. Una cantidad que a mí me hiciera estar tranquila y no me hiciera tener la sensación de estar abusando de su buena voluntad.

Así que eso hice. Bajé todos los materiales y herramientas del piso al que sería mi nuevo taller. Estaba feliz. Pletórica. Parecía que alguien había puesto a Nana en mi camino para hacerme la vida más fácil. Y estaba segura de que esa persona era mi abuela, Eleanor. La única a la que había considerado parte de mi familia.

Cuando bajamos a ver el local, que estaba frente al edificio donde vivíamos, sentí miedo. Miedo a fracasar y no salir adelante a pesar de todo el esfuerzo que les había dedicado a mis estudios y posteriores esculturas. Pero la serenidad y la empatía que me transmitió Nana fueron suficientes para dar el pistoletazo de salida.

Aquel día Nana sacó la llave del bolsillo de su chaqueta para, tras abrir dos altas puertas de madera, mostrarme el espacio más mágico que había visto nunca. Nada más entrar, el olor a madera me inundó las fosas nasales. Nana se adelantó unos pasos para subir los plomos y encender la luz de la trastienda. La escuché suspirar mientras miraba a su alrededor.

—Aquí Dylan le puso mucho empeño a su trabajo. —Chascó la lengua y negó con la cabeza—. Me pongo ñoña al recordarlo.

—Está bien ponerse así cuando los recuerdos son bonitos.

—Dedicó toda su vida a la cestería, ¿sabes? Hacía cestas de

mimbre. De diferentes tamaños. Unas sin asas, otras con ellas. Grandes, pequeñas. Con un trenzado u otro. Parece que aún lo veo sentado en esa esquina, agachado, trenzando sin descanso.

—¿Tú también cosías cestas?

—No, hija —negó con una sonrisa—, yo servía en casa de una familia adinerada tres calles más arriba. Limpiaba, cocinaba, cuidaba de sus criaturas. Más tarde encontré trabajo en una fábrica de guantes de cuero y me fui de la casa donde servía. Fue con nuestro esfuerzo con el que al final pudimos, poco a poco, pagar la casa y el local.

—Y el piso donde yo vivo, entiendo.

—Sí, pero ese lo compramos ya mucho más mayores. Y discutimos mucho por ese piso. Teníamos ahorros y el matrimonio que lo vendía quería deshacerse rápido de él para irse a vivir a París. Dylan me repetía que era una oportunidad, que así, cuando alguno de los dos faltara podríamos alquilarlo y no preocuparnos por el dinero. Pobre mío, si él hubiera sabido que iba a ser el primero en dejar este mundo… —Se santiguó.

El interior del local era de ladrillo visto blanco, con un par de estanterías, únicamente decoradas por el polvo acumulado. Un pequeño y estrecho mostrador estaba colocado a la izquierda de la tienda, también de madera oscura. Unos visillos blancos daban el paso a la trastienda. Una pequeña ventana en lo alto era el único punto de luz de aquel espacio. Pero si corrías las cortinas, la luz del día llegaba con claridad hasta allí. Estaba vacío. Pero tal y como lo miraba Nana, parecía que ella lo veía lleno. De recuerdos. De cestas. De su difunto esposo.

Tras un mes dedicándome a limpiarlo y a darle forma a lo que quería, abrí. Decidí que estaría bien exponer mis producciones para quien quisiera verlas, y, si alguna les gustaba, tuvieran la posibilidad de adquirirla.

A los seis meses ya estaba perfectamente adaptada y había conseguido vender unas cuantas esculturas. De hecho, una librería antigua me propuso decorar parte de su zona de lectura con alguna de mis producciones, y si a alguien le agradaba, también tendría la oportunidad de comprarlo. Una manera de darme visibilidad que

agradecí enormemente a Raymond, el librero, un señor de edad avanzada que había dedicado su vida a los libros y cuyas hijas aprendían el negocio para que este no desapareciera. Eso ayudó a que pudiera pagarle un simbólico alquiler a Nana. A mí me hacía sentir bien dárselo y ella, aunque me repetía que me lo guardara y que lo disfrutara, lo acababa aceptando resignada.

En los comienzos tuve muchas dudas. Demasiadas. Pero lo que tuve claro, desde el primer momento, fue el nombre que le iba a poner al local: «Emociones esculpidas», porque, al final, lo que surgía en mí cuando trabajaba era fruto de mis emociones.

Tras tomarme el café y deambular como un zombi por la casa, pensé en Leo. Pensé en cómo se encontraría después de cómo se sentía la noche anterior. Me dieron ganas de preguntarle qué tal estaba, pero no quería parecer pesada. Así que deseché escribirle y me preparé para salir a caminar un rato, ya que aún era pronto y el calor no asfixiaba.

Al volver de caminar, me di una ducha y me fumé un cigarro en el jardín. Y sin ser muy consciente de mi decisión, me sorprendí cogiendo el coche, camino al Café Harmony, con la esperanza de ver otra vez a Leo. Quizá así no hiciera falta escribirle; su aspecto me diría cómo se encontraba.

Cuando entré en la cafetería, lo busqué con la mirada puesta en las mesas, pero no estaba. Iba a darme la vuelta cuando lo vi en la fila, a punto de pedir. Me situé tras la última persona de la cola al tiempo que miraba dónde se sentaba. Sonreí. Curiosamente, ocupó el mismo sitio donde lo vi por primera vez. Pedí un descafeinado y busqué una mesa. Justo estaba libre la que quedaba a su lado. Leo no tenía muy buena cara. Mostraba un aspecto cansado. Y como soy tan impulsiva, empecé a escribirle a pesar de tenerlo justo al lado.

11

Leo

El hecho de que Alice hubiera estado sentada a mi lado y no me hubiera dicho nada, en principio, me descolocó. Sobre todo porque había sido testigo de todos mis movimientos mientras leía su correo. Y eso me dejaba bastante expuesto.

Había pensado en ella la noche anterior, antes de irme a la cama. En ella como una persona sin rostro definido que escribía correos en los que conseguía arrancarme, aunque fuera un solo milímetro, mi máscara de hombre aparentemente insensible.

Sin embargo, Alice tenía ventaja en cuanto a que ella me conocía físicamente, y eso, no vamos a negarlo, era tener mucha más información que yo. Y aunque era cierto que a las personas no se las conocía por la apariencia física, sí que daba bastantes pistas.

Me hubiera gustado saber que ella estaba cerca y conversar con la facilidad con que lo hacíamos por correo. Aunque, para qué engañarnos, lo más probable fuera que toda la magia de lo secreto se esfumara en cuanto nos pusiéramos a conversar cara a cara y pronunciáramos nuestras primeras palabras. No se trataba de ser negativo, sino más bien de cuidarme ante situaciones que pudieran avivar mi esperanza y, finalmente, causarme más dolor.

Lo que me preocupó un tanto fue que ella estaba atrapada en un remolino de reflexiones interminables. En ocasiones, yo mismo había experimentado esa angustia de no poder detener la avalancha de pensamientos intrusivos que parecían dar vueltas sin cesar en mi mente, y que me dejaba exhausto.

Apoyado en la puerta del portal, respondí a su correo antes de subir a casa de mi madre.

«Juegas con ventaja, ¿no crees? Me has estado observando según hablábamos, y soy de los que piensan que el lenguaje no verbal es esencial en una conversación. Seguro que has intuido más cosas,

aparte de la media sonrisa. No pienses que no encontrarás salida a tus eternas cavilaciones. Todas las espirales tienen una vía de escape. ¿Quizá necesitas que sea yo en esta ocasión quien suelte la soga de tu cuello?».

Hacía tiempo que no conversaba con alguien con tanta naturalidad y sosiego como lo hacía con ella. Desde que mi padre nos abandonó y ocurrió lo de mi hermana Ayla me había vuelto tremendamente solitario. Prefería no bajar la guardia ni dar espacio a personas que pudieran provocar situaciones que a la larga me hicieran sufrir.

«Lo sé, en este juego no estamos en igualdad de condiciones. Pero déjame que disfrute de ello: la vida me ha dado siempre poca ventaja. Tampoco me pareces una persona muy expresiva, ¿me equivoco? Has estado muy serio casi todo el tiempo, salvo esa media sonrisa, como tú dices, al recibir mi primer correo. ¿Debo tomarme eso como un halago? Y sí, es probable que necesite que hoy seas tú quien destense la cuerda».

Poco expresivo no. De hielo. Incapaz de mostrar ninguna emoción más allá del enfado o la ira. Sobrio, silencioso, apocado. Una persona que vivía sus días de manera autómata sin aferrarse a nada que pudiera soltarse de su mano en décimas de segundo. Pero con ella era distinto. Con ella asomaba muy ligeramente mi otro yo. El divertido, confiado, distendido. El de antes.

«Cuéntame lo que necesites al tiempo que deshago el nudo. ¿Te parece? Disfruta, porque estoy seguro de que algún día te cogeré en un renuncio y te descubriré observándome desde una mesa de la cafetería con un nombre diferente al tuyo escrito en el vaso del café».

«¿Observándote en plan detective quieres decir? ¿Escondido detrás de un periódico? Quizá me he venido muy arriba en esto de contar lo que siento. Es posible que no sea el momento, pero prometo hacerlo. Chico triste, te has convertido en un confidente algo diferente, pero que me inspira confianza».

«Imaginaba algo más sutil, pero sí, puede ser tras un periódico si quieres. Elige cuándo y teclea lo que necesites. Por capítulos, del tirón o a ratitos, como tú dices. Aquí estará el chico triste, el

confidente extraño que te inspira confianza. Por cierto, aunque decirlo me suene extraño a mí mismo, la persona más desconfiada del mundo, tú también me inspiras confianza».

Confianza. Qué palabra más densa en ese momento para mí. Era pronunciarla y faltarme el aire. No había vuelto a confiar prácticamente en nadie desde que mi hermana se fue. Y menos en una mujer. No me consideraba precisamente una pareja modelo. Los zarpazos que la vida me había ido dando a lo largo de mis veintiocho años me habían convertido en un hombre solitario, receloso. Un hombre que, de vez en cuando, se iba a un bar a beber whisky con hielo en soledad y terminaba en la cama de una mujer de la que no recordaba ni su nombre. Eso lo hacía menos personal. Menos sincero.

Reconozco que, en ocasiones, me portaba como un cabrón. Me despedía con un «Mañana te llamo» y no había cerrado la puerta de su piso cuando ya había hecho añicos su número de teléfono. ¿Para qué mantener una relación con alguien que podía ser que en un tiempo te dejara tirado, enfermara o se muriera? Mejor solo. Menos sufrimiento. Menos preocupaciones.

No había mantenido una relación seria con una mujer nunca. Si por seria entendemos más de tres meses. Después de ese tiempo cortaba. Siempre. Daba igual en qué punto estuviéramos de la relación. No importaba. Lo peligroso era que, a partir de ese período, las cosas se empezaban a poner más serias. Al menos, para mí. Así que más valía atajar antes de sufrir.

Con catorce años me había convertido en el «hombre de la casa», con una hermana de cinco años que preguntaba constantemente dónde estaba su padre y una madre que pasaba más tiempo medicada y en cama que atendiendo a sus hijos. Adquirí el rol de cuidador de ambas cuando no sabía ni cuidar de mí mismo.

Tuve que buscar un trabajo por las tardes, mientras alguna vecina cuidaba de mi hermana cuando mi madre se encontraba indispuesta. La situación me llevaba a sentir una rabia inmensa. Desmesurada. ¡Solo tenía catorce años! ¿No se supone que a esa edad te haces el interesante en el instituto, te fumas tu primer cigarro, intentas ligar

con la chica que te gusta, tu única preocupación en la vida es si has estudiado para los exámenes, molestar a tu hermana pequeña y que tus padres sean los que te protegen y te cuidan hagas lo que hagas? Pues en mi caso no fue así. Y por ello me había convertido en el hombre que era. No sabía si mejor o peor, pero lo hice lo mejor que supe y pude.

Me agradó que me dijera que confiaba en mí. Era probable que fuera la única persona que había conseguido sacarme una sonrisa con solo una frase. Matizo: era probable que fuera la única mujer. A pesar de ello, tenía miedo de que no fuera real y que detrás de la pantalla no hubiera lo que pensaba.

> *«Lo haré, confidente extraño. Prometo contarte lo que me ocurre. Y lo haré a ratitos. Suena bien así».*

«A ratitos» sonaba tan bien que me asusté. Esos correos empezaban a provocarme demasiada paz, y ya había sufrido mucho. Noté un nudo en la garganta; me estaba dejando llevar demasiado con las palabras, suponía que por el hecho de no tener a la persona enfrente, caso en el que, probablemente, ya habría puesto distancia. Al menos, la justa para no experimentar esta presión en el pecho que empezaba a percibir al recibir un correo suyo. Por eso tomé el camino más fácil y también el más cobarde: imponer distancia a través de las palabras.

> *«Tengo que marcharme. Espero que todo vaya a mejor. Un saludo».*

Me salió la vena escapista. Hui como lo hizo mi padre. No me sentí orgulloso de ello. En absoluto. Fui consciente de que mis palabras fueron serias. Cortantes. Impersonales. Era lo que buscaba enviando esa respuesta. Pero es que me acojoné. Y siempre que me acojonaba ponía distancia.

12

ALICE

Su respuesta a mi último correo me dejó algo fría. No tenía nada que ver con la manera de expresarse que habitualmente utilizaba. No respondí. Tuve la sensación de que daba por terminada la conversación y no quise forzar más de lo que estuviéramos dispuestos a asumir en ese momento.

Al día siguiente por la tarde, al marcharme del taller, me acerqué a casa de Nana, para que me pasara una receta de bizcocho que Cole tenía ganas de probar. Yo lo había degustado en su casa una tarde y quería prepararlo para mi cumpleaños, que sería en tres días. Después cogí el coche y me largué a casa. Cuando abrí la puerta, me recibió la oscuridad en el *hall;* por lo visto, Cole no había llegado, así que decidí que sería buena idea prepararme un baño de espuma para relajarme.

Tras secarme el pelo y ponerme ropa cómoda, salí al jardín y me recosté en una de las tumbonas que había frente a la piscina, cuyo fondo quedaba iluminado con luces azuladas. Casi eran las diez y el ambiente exterior era realmente agradable. El día no había sido demasiado caluroso y la noche se intuía más fresca.

No volví a escribir a Leo. Me sentía un poco extraña después de esa respuesta que interpreté como algo cortante y no quise insistir. Quizá él no deseaba seguir hablando y había elegido esa manera para hacérmelo saber. No me había escrito a lo largo del día, así que tampoco pretendí forzar la máquina.

Según estaba ahí tumbada, mirando al cielo, disfrutando de la estampa tan bucólica que la luna nos regalaba esa noche y pensando sobre mi relación con Cole, este apareció por la puerta de la terraza.

—Hola, nena. —Se acercó y me dio un casto beso en los labios—. ¿Qué estás haciendo?

—Nada en particular. ¿Qué tal tu día?

—Agotador —se sentó en la hamaca de al lado—, de reunión en reunión. ¿Has preparado la cena?

Negué con la cabeza.

—Ahora voy y cocino algo.

—¿Qué tal en la biblioteca?

Tragué con inquietud. No podía seguir mintiéndole así ni mintiéndome a mí de esa manera.

—Bien. Ya sabes… —Carraspeé, bajando la mirada hasta mis manos, que empezaban a juguetear, nerviosas.

—Queda poco tiempo para los exámenes. Espero que los lleves preparados. —Se desajustó la corbata, bufando—. Al fin y al cabo, es lo único que haces en todo el día. Tienes todo el tiempo del mundo. Así que espero que apruebes. Lo harás, ¿verdad? —dijo, alzándome la barbilla con el dedo índice.

—Claro. ¿Por qué lo dices?

—Este máster te puede dar muchas oportunidades para entrar de inmediato en el negocio. Además, todos los días en la biblioteca tendrán que haber conseguido algo. Es de vital importancia que te apliques bien, Alice.

—Lo estoy haciendo, Cole.

Según avanzaba la conversación, cada vez me hacía más pequeña, más insegura. Sentía que menguaba con cada palabra que él pronunciaba.

—¿Estás segura? Hay veces que pensamos que lo tenemos todo hilado y, cuando estamos ante la prueba, nos damos cuenta de que no es así —alegó con una serenidad pasmosa—. Espero que no cometas ese error. Mírame a mí, las horas que he dedicado y dedico a mi formación. Soy un buen ejemplo para comprobar que, si se trabaja con esfuerzo, se llegan a conseguir tus objetivos.

Notaba cada vez más presión en el pecho. Una angustia que crecía con cada una de sus palabras.

—Cole…, eeeh…, me siento un poco… No creo que sea necesario presionarme así, ¿no crees? —respondí con cierto temor a su reacción.

—¿Presionada? —Soltó una risa agridulce—. Yo no te presiono,

nena. No veas cosas donde no las hay. —Se acercó para cogerme las manos—. Solo quiero que entiendas de una vez que sacar las notas más altas te asegura un buen futuro como el mío. ¿Es que no lo ves?

No respondí. Me limité a mirar al frente. ¿Con eso quería decir que… a partir de que finalizaran los exámenes, a los que no me iba a presentar, no me esperaba un buen futuro? ¿Que, si no hacía nada relacionado con su ámbito laboral, tiraría mi vida por la borda?

Tras unos segundos en los que Cole consultaba un mensaje que acababa de recibir, se levantó sin dejar de mirar la pantalla y empezó a dar largas zancadas hasta el salón mientras me hablaba:

—Tengo que hacer una llamada. Después voy a darme una ducha. Pide una pizza barbacoa para cenar mientras lo hago, ¿de acuerdo? Y antes de que digas que la barbacoa no te gusta, seguro que, si la comes más a menudo, acabas acostumbrándote.

Y se marchó. Desapareció tras la puerta de la terraza, y yo solo quería que a mí me tragase la tierra. No había estudiado nada, no iba a la biblioteca, iba al taller a esculpir mi nuevo proyecto de arteterapia a través de las lágrimas. Pero ¿cómo se lo decía si, para él, eso solo era un *hobby*?

Al fin y al cabo, quizá tuviera razón. Quizá aquello no suponía un buen futuro o no me diera el suficiente beneficio como para vivir de ello. Me atrapaba ese sentimiento encontrado de querer y no poder. Cole se preocupaba por mi futuro, nada más, y yo estaba exagerándolo todo. Pero por otro lado me sentía muy presionada ante algo que no quería hacer. Parecía que él lo sabía, que veía clarísimo qué era lo que yo tenía que hacer para ser feliz y optar a una vida en la que no me faltara de nada.

En ese momento me inundó la necesidad de salir corriendo y hablar con Nana… o con Leo. Sin embargo, no lo hice. Me limité a levantarme, coger el teléfono y pedir una pizza barbacoa como me había dicho Cole, aunque yo la odiara con toda mi alma.

13

Leo

Después de mandarle ese impersonal correo pasé la tarde con mi madre. Estaba más tranquila y lo agradecí. Las aguas habían vuelto a su cauce. Aguas que en el fondo seguían turbias por su enfermedad, pero que cuando se mantenían en calma nos daban una tregua a todos, sobre todo a ella. Cuando llegué, estaba tejiendo y me dedicó una placentera sonrisa al verme entrar.

—Siento lo de ayer, mi vida.

—Mamá, te he dicho muchas veces que no me pidas perdón por eso. No es culpa tuya. A ver, cuéntame, ¿qué estás haciendo?

—Una funda para el cojín de mi habitación, que está ya bastante viejo. Casi casi como yo.

Me reí.

—No será para tanto —bromeé—. ¿Has ido esta mañana a la tertulia literaria de la biblioteca?

—Así es. Estamos comentando un libro muy divertido.

—Ah, ¿sí? ¿Y puedo saber cuál es?

Se puso a pensar, tocándose la barbilla.

—Pues… ¿te puedes creer que ahora mismo no recuerdo el título? —Chascó la lengua—. Qué cabeza la mía.

Me gustó verla bien de nuevo. Ser espectador de tanta dualidad, de tantos contrastes involuntarios en una persona a la que amas tanto como es tu madre duele. Porque nadie sabía si esa misma noche tendría que volver a acompañarla en una de sus crisis. Era todo tan inesperado que nunca terminaba de bajar la guardia. Ni de apagar el teléfono. Nunca. Ni de día ni de noche.

—¿Te quedas a merendar? Hemos preparado unas galletas buenísimas.

—Claro, mamá.

Volví a casa sobre las nueve de la noche, y mi gato, Caramelo, me

recibió en la entrada, como siempre, frotando su lomo por mis piernas y maullando, cariñoso. A Caramelo, un gato de raza azul ruso, lo quiso adoptar mi hermana cuando ella contaba con nueve años. Recuerdo que fuimos los dos a una protectora de animales en busca de un gato para adoptar. Ayla se recorrió todas las casetas donde estaban los animales varias veces. Yo no hacía más que decirle que, como tardara más, acabarían cerrándonos el local. Pero ella estaba tan emocionada que el tiempo era algo secundario. Si ella hubiera sabido antes que su tiempo era limitado… Sus ojos destilaban alegría. Y solo por eso valió la pena pasar toda la tarde allí hasta que se decidió. Entonces, por circunstancias injustas de la vida, Caramelo vivía conmigo.

Me quité la chaqueta del traje y la coloqué sobre el respaldo de una de las sillas del comedor. Después, cogí una cerveza de la nevera y me senté en el sofá, dejando que mi cuerpo cayera relajado. Me froté la cara; estaba cansado y, a la vez, sentía una punzada de culpabilidad por haber mandado ese mensaje a Alice. No se lo merecía. No era de extrañar que no me hubiera respondido.

A lo largo del día había estado en el despacho poco concentrado, dándole vueltas. Miraba cada dos por tres el teléfono a ver si tenía respuesta, pero nada. Me veía como un idiota corriendo hacia el teléfono cada vez que emitía el sonido que anunciaba un correo.

Me preparé algo para cenar y salí a disfrutar de la comida en la terraza. Miré la luna y me acordé de Alice. Pensé en escribirle con la excusa de que esa noche la luna brillaba con un color muy parecido al gris perla, pero no lo hice. Ella tendría sus motivos para no haber respondido, que probablemente habría sido mi cortante y poco amable correo, y no iba a ser yo quien forzara algo. Yo, una persona alérgica a las relaciones que supusieran algo más allá del «Hola, ¿cómo te va?».

El sábado por la mañana madrugué para salir a correr. Me gustaba levantarme temprano y aprovechar el día de descanso del trabajo. Correr me despejaba la cabeza y hacía que el aire de mis pulmones se reciclara. Podía casi hasta visualizar cómo salía el aire oscuro y contaminado para ser reemplazado por uno más puro, de color blanco.

Cuando volví a casa me di una ducha y me senté en la terraza a leer un rato el periódico en el móvil. No tenía redes sociales. Me parecían una ventana irreal a la intimidad de otras personas en la cual se vendían imágenes de vidas maravillosas tras las que se escondían un montón de inseguridades. Sin embargo, posiblemente ese teatro les hiciera sentirse un poco mejor de cara al resto del mundo. Y era totalmente respetable. Pero a mí ya me costaba vivir mi día a día con dignidad como para tener que inventarme otra vida, o mostrar y exagerar lo positivo del desayuno en un bar o los beneficios de salir a correr. Era evidente que mi vena antisocial influía en todo eso.

Según estaba leyendo el periódico, no pude evitar entrar en el correo y releer los mensajes que había intercambiado con Alice. Y sonreí al hacerlo. No sabía qué tenían sus palabras que conseguían derretir un pequeño trozo del iceberg que era mi vida.

«A ratitos». Esas dos palabras conseguían que mi estómago se encogiera un poco. Contar las cosas a ratitos sonaba menos serio. Menos formal. Y quizá esa manera de escribirme fuera lo que hubiera conseguido que me ablandara un poco.

Así que, por primera vez en mucho tiempo, dejé de analizar tanto la situación, aparté un poco mi escudo y le escribí de nuevo.

> *«Buenos días de sábado, Alice. ¿Cómo estás? ¿Te fijaste anoche en el color gris perla que nos mostraba la luna? Espero que tengas un buen fin de semana».*

Y le di a enviar.

14

ALICE

Cuando me levanté el sábado eran casi las once de la mañana. Cole no descansaba a mi lado en la cama, aunque tampoco me extrañó. Los fines de semana por la mañana él siempre solía tener planes en los que yo no entraba. Desayunos en el club de golf o partidos de *paddle* en el gimnasio.

La noche anterior al final había pedido pizza barbacoa para cenar, como Cole me había dicho. Y comí pizza barbacoa. Pudiera ser que al final él tuviera razón y, a fuerza de comerla, terminara por gustarme. Después de cenar, Cole empezó a ponerse cariñoso en el sofá y acabamos haciendo el amor sobre él. El sexo con él siempre era demasiado intenso, como si tuviera urgencia por hacerlo. Nada de preliminares, él decía que eso no servía para nada. Que meterla era lo que más le hacía disfrutar. Sin embargo, yo no estaba muy receptiva esa noche, y ambos compartimos una actitud: la urgencia. La de él por penetrarme y la mía por finalizar. Por cumplir y que pasara rápido. Mi cabeza estaba en otro lado. Exactamente en la conversación del jardín. En la presión de sacar el curso y ser la mejor. En el miedo a decirle que no era eso lo que quería. Y en la contradicción de pensar que, quizá, lo mejor fuera asegurarme un futuro en las finanzas y después dedicarme a la escultura sin preocuparme de si llegaba o no a fin de mes.

Pasé la noche en vela, mirando al techo de la habitación sin saber qué hacer con mi vida y con los sueños que viajaban en ella. Yo quería a Cole, pero a veces sentía que no me entendía. O podía ser que no supiera hacérselo ver. Siempre me había tratado muy bien y enseguida me había integrado en su círculo de amigos y familia. Muchas veces echaba de menos a Marlene, pero es que Cole me decía que mi amiga solo quería salir de fiesta y que yo ya tenía una edad como para no hacer esas cosas. Que tenía que comportarme

como una mujer adulta.

Me levanté, me puse las zapatillas de casa y salí al salón. Ni rastro de Cole. Cogí el móvil que descansaba en la mesa y, tras desbloquearlo, vi un mensaje suyo. Le había surgido una reunión/desayuno informal en el club de golf con unos accionistas en la que, si la cosa iba bien, acabarían siendo socios en un nuevo proyecto en el que Cole y su padre andaban inmersos y del que decía que yo formaría parte si acababa el curso.

Fui a dejar el móvil y a prepararme un café cuando vi la notificación de un correo. Lo miré y esbocé una leve sonrisa. Era Leo.

«Buenos días de sábado, Alice. ¿Cómo estás? ¿Te fijaste anoche en el color gris perla que nos mostraba la luna? Espero que tengas un buen fin de semana».

Al menos, este mensaje mostraba otro lenguaje. Transmitía otra sensación. Menos serio que el último que me escribió. Volvía a ser más cercano.

La noche anterior casi memoricé el gris perla de la luna porque no paré de mirarla al tiempo que divagaba sobre lo que quería en mi vida. Cierto era que lucía un color precioso. Pero cuando miras la luna con ojos tristes no la ves de la misma manera. Parece más apagada. Menos intensa. Me hubiera encantado contarle a Leo todas esas reflexiones, pero podía abrir una mochila demasiado cargada que necesitara muchos ratitos.

Tampoco tenía claro que él quisiera que nuestros correos se transformaran en algo tan serio; era posible que lo que fuera que tuviéramos funcionara porque era así. Profundo pero superficial al mismo tiempo. Sin contar más de lo debido que pudiera confundir las cosas. Al fin y al cabo, no nos conocíamos de nada. Solo llevábamos compartiendo correos unos días. Sin embargo, yo lo había visto llorar. Lo había visto en el mayor grado de vulnerabilidad en el que puedes llegar a encontrar a alguien. Y eso te daba muchas pistas. Podía entender su distanciamiento en cuanto a hablar de sus emociones. O a que sus correos casi siempre estuvieran enfocados a sentimientos que no trascendieran mucho más de la superficie

observable.

«Buenos días, Leo. No ver la luna ayer era imposible. Hacía tiempo que no le veía ese color. Por lo visto, debimos de contemplarla a la vez en algún momento. Curioso, ¿verdad?

Mi fin de semana se plantea algo ajetreado: el martes es mi cumpleaños y mi pareja quiere que hagamos una fiesta a lo grande en nuestra casa. Ya sabes, una lista enorme de personas con las que apenas he coincidido, pero que, según Cole, mi pareja, son de obligada invitación. ¿Y el tuyo?».

«Felicidades adelantadas. Tranquila, no voy a preguntarte la edad para no parecer descortés.

Pues, según me cuentas, es probable que coincidiéramos mirando a la luna ayer. ¿Le contaste muchas cosas?

Por otro lado, a riesgo de parecer entrometido, tus palabras no transmiten mucho entusiasmo con la celebración. ¿Es así?».

«No te preocupes: cumplo veintiocho años. Reconozco que me parece una tontería eso de que las mujeres no digamos la edad que tenemos. Como si nosotras tuviéramos el poder de parar el tiempo y el envejecimiento. Aunque puede influir que solo cumpla veintiocho. Cuando sean setenta, igual te engaño.

La luna y yo tuvimos una larga charla anoche, pero me temo que la aburrí y se durmió, y mira que yo soy experta en eso».

«Estoy totalmente de acuerdo contigo en que la edad es la que es por mucho que tendamos a esconderla. Pero no me has respondido a la pregunta: ¿es esa la celebración que quieres para tu cumpleaños?».

Vale, acababa de abrir la mochila y Leo empezaba a asomarse peligrosamente. Claro que no quería esa celebración. Pero Cole pensó que sería bueno para abrir caminos y afianzar contactos. Sin embargo, no podía contárselo así a Leo, porque empezaría a preguntar, y yo no me sentía preparada para contar las cosas desde el principio. Así que intenté ser lo más sutil posible.

«Bueno, quizá prefiriera algo más íntimo. Pero haremos las dos

cosas».

No sabía si habría salido del paso o Leo intentaría indagar más. Lo descubrí con su siguiente respuesta.

«Insisto: ¿es la celebración que tú quieres para tu cumpleaños?».

No lo había conseguido. O decía lo que pensaba o Leo no pararía hasta sacármelo. Así que se lo puse fácil.

«No».

«Solo quería saberlo. En ese caso, quizá deberías hablarlo con tu pareja. ¿Lo sabe?».

«Es complicado, Leo. Hablar con Cole, en ocasiones, lo es. Así que he decidido que mejor lo dejamos así. Por favor, no quieras saber más porque, en este momento, creo que no soy capaz de darte más respuestas».

«Está bien. Siento si he podido incomodarte. De verdad».

«No, no es eso. Soy yo la que no estoy preparada. No es por ti».

«De acuerdo. Pero recuerda que, si la luna se aburre escuchándote, puedes escribirme cuando quieras y contarme lo que necesites. ¿De acuerdo?».

«¿A ratitos?».

«A ratitos».

No le respondí porque las lágrimas no me dejaron. Me sentía mal conmigo misma. Culpable de contarle a un desconocido que lo que quería Cole para mí no era lo que yo quería y no ser valiente para confesárselo. Y no me refería solo a la fiesta. Pero lo hacía por mi bien. Estaba siendo tremendamente injusta con él. No estaba valorando todo lo que estaba haciendo por mí. No sabía de qué podía quejarme si lo tenía todo.

Ese *«A ratitos»* empezaba a sonar cada vez más íntimo. Porque eran ocho letras que solo le decía a él. Y cuando algo se convertía en único entre dos personas empezaba a asustar.

15

ALICE

«Buenos días, Leo.

¿Cómo va el domingo? Yo, preparando una receta de bizcocho de limón con chocolate para después de comer. Es la primera vez que la hago; a ver qué sale. Con no quemar la cocina me daré por satisfecha. Esta tarde tenemos visita».

«Buenos días, Alice.

De momento, el domingo va tranquilo. En casa. He hecho deporte, me he duchado y ahora estaba en el sofá leyendo el periódico.

Me alegra saber que, al menos, le pones ganas a eso de la cocina, porque yo soy nefasto. En mi cumpleaños te encargaré mi tarta, si esta no se te quema, claro.

Que disfrutes de la visita».

«Un domingo relajado, por lo que veo.

¿En la tarta de cumpleaños qué quieres que te ponga? ¿"Felicidades, Leo"? ¿O es un diminutivo y, en realidad, tu nombre es Leonardo o Leopoldo, o, quizá, Leónidas?

Vienen unos amigos de Cole; ya sabes, continúan los preparativos. En este caso, son los dueños de un catering, *y vamos a elegir lo que queremos poner de menú.*

Por cierto, ¿cuándo es tu cumpleaños?».

«Cumplo veintinueve el 13 de septiembre. Como verás, no me da corte reconocer mi edad. Aunque, quizá, cuando cumpla setenta, como tú, cambie de opinión. Ya te contaré.

En la tarta, con que pongas "Felicidades, Leo" es suficiente. No es diminutivo. Es Leo a secas. Cuando mi madre era pequeña mi abuela

siempre le contaba una historia. Era sobre un chico llamado Leo, conocido como "El Hijo de la Luna", que siente una profunda conexión con la luna. Cuando esta se transforma en una mujer, Luna, descubren que él es su reflejo humano. Al final, juntos, viven un amor mágico y eterno, iluminando la noche con su amor. ¿Qué te parece? Original para elegir un nombre, ¿verdad? Mi madre también me contó esa historia en multitud de ocasiones. Sobre todo antes de apagar la luz para dormir. Por otra parte, que llamaran a mi hermana Ayla fue porque ese nombre quería decir "luna" y se asociaba a la belleza y la luminosidad. Como verás, en mi casa también había una clara predilección por la luna, como te ocurre a ti. ¿Y tu nombre? ¿Tiene algún significado para tus padres?».

«Me gustan la decisión y el criterio que eligieron vuestros padres para poneros vuestros nombres. Por desgracia, yo no tengo una historia tan bella como la tuya. De hecho, nunca les pregunté el porqué de mi nombre.

Por curiosidad, ¿eres el típico hermano mayor protector o el pequeño al que mima su hermana mayor? Reconozco que Leo, a secas, me gusta más que cualquiera de las otras tres opciones. Suena más ligero, más melódico».

«Déjame buscar. Alice: noble de corazón. Creo que encaja a la perfección contigo y con lo que me has transmitido desde que te conozco. Así que eligieron un gran nombre para una gran persona. En cuanto a mi hermana, dejémoslo en que soy el hermano mayor que quiso protegerla y no pudo. Ya sabes, es una larga historia».

«No te preocupes. Estoy segura de que podremos contarnos nuestras heridas a ratitos.

Bueno, cambiando de tema, ¿saliste ayer a tomar algo? Hacía muy buena noche».

«Qué va. No soy mucho de salir. Quizá a cenar de vez en cuando. Pero eso de meterme en una discoteca llena de gente, con la música a todo volumen sin poder cruzar dos palabras sin destrozarte las cuerdas vocales, no es lo mío. Llámame aburrido».

«¿En serio no disfrutas de esas ocasiones en las que todos sudando alcohol por los poros se chocan contigo mientras bailan de una forma algo exagerada dando saltos sin parar? Sí, te llamo aburrido».

«Vale, he pillado la indirecta. Veo que tú ves lo mismo que yo en las noches de desenfreno de fin de semana».

> *«Digamos que las veo así ahora. Antes salía mucho con Marlene, mi mejor amiga. Parecía que ella tenía un radar para saber en qué momento y dónde se celebraban las mejores fiestas. Y allí aparecíamos. Nos lo pasábamos en grande. En serio. No sé cómo explicarte la sensación que tenía cuando me dejaba llevar de esa manera. No importaba nada entonces. Solo ella y yo. Y la posibilidad de ser libres».*

«Me cuesta entender esa sensación de libertad cuando no me la he experimentado jamás. Puede sonar raro, pero nunca he pisado una discoteca más de media hora. Lo más cercano que he vivido a salir de fiesta fue cuando me gradué en la universidad, que acabé con unos cuantos compañeros borrachos, durmiendo en una playa de la que no recuerdo ni el nombre. No me preguntes cómo acabamos allí, pero lo cierto es que desperté al amanecer abrazado a una chica de la cual tampoco tenía conocimiento hasta ese momento y con otros compañeros al otro lado».

> *«Vaya, pues para ser el único homenaje que te has dado supera con creces todas mis fiestas juntas. Una pena que no recuerdes todos los detalles».*

«No acordarme de todos los detalles es algo que agradezco, créeme. Igual me hubieran gustado más las fiestas a ratitos, como las tuyas, que una con todo incluido. Digamos que no me gusta perder el control».

> *«Sentirse libre no debe llevar implícita la pérdida de control. De verdad.*
>
> *Un día tendríamos que salir de fiesta. Te haría ver que no todo es tan radical y que hasta hablar a gritos tiene su encanto. Gris perla, ¿recuerdas? Lo puedes pasar bien en las discotecas sin necesidad de acabar afónico. Puedes bailar y disfrutar sin perder el control. Te lo aseguro».*

«Perder el control me da miedo. Por nada en particular y por todo en general. Además, ¿me estás invitando a ir a una discoteca?».

> *«El problema del miedo es que nos paraliza y no nos deja disfrutar de lo que realmente queremos.*

¿Invitarte a salir? ¡No! Bueno, quizá sí. Pero no en el plan que puede parecer. En realidad, no sé por qué me estoy justificando. A ver, quería decir que me gustaría mostrarte que salir una noche a divertirse no es malo».

«No debería decirlo, pero me estoy riendo. ¿Puede ser que te haya puesto un poco nerviosa mi pregunta?

Me encantaría que me mostraras el mundo de la noche. Claro que sí. Quizá pierda por el camino todas esas inseguridades.

Y sí, estoy siendo consciente de que te estoy contando cosas que nadie sabe. Se considera que lo estoy haciendo a ratitos, ¿verdad?».

«¿Te estás riendo? Muy gracioso. Reconozco que la pregunta me ha pillado por sorpresa, y sí, aunque me cueste admitirlo, creo que hasta me he sonrojado un poco, pero me alegro de que no me hayas podido ver.

Te aseguro que cualquier noche en buena compañía tiene todos los ingredientes para pasarlo bien, y con esto no quiero presumir diciendo que la mía sea la mejor. Todos tenemos inseguridades, Leo, y no sé por qué nos empeñamos en esconderlas cuando seguro que habría alguien que nos ayudaría a superarlas. Y sí, creo que estamos sincerándonos a ratitos, y, al menos, para mí, lo hace todo más sencillo y divertido».

16

LEO

«Buenos días, repostera.

¿Qué tal fue la visita? ¿Se acabaron todo el bizcocho? Estoy seguro de que sí. Que lleve chocolate es una apuesta segura».

«Buenos días, próximo cumpleañero.

Del bizcocho no quedaron ni las migas. No sé si por el chocolate o porque estuvieron toda la tarde aquí y no les puse nada más de comer. Por lo demás, no tan bien. No consigo entender cómo una celebración puede convertirse en un negocio. Al final, Cole y yo discutimos. Le dije que no entendía muy bien que mi cumpleaños terminara siendo un momento para cerrar negocios y hacerme visible ante posibles socios. No se lo tomó muy bien. Me dijo que era una desagradecida, no con esas palabras, pero venían a decir lo mismo. Creo que el término que utilizó fue "egoísta", entre otros. Que lo hacía por mí. Para asegurarme un futuro. Y puede que tenga razón y yo no sea capaz de ver lo que él ve. No lo sé».

«Joder, siento que la visita acabara de esa manera. Pienso que está bien que le dijeras a tu pareja lo que piensas. Eso es lo que se hace cuando compartes la vida con alguien, ¿no? Decirle lo que no te gusta.

No estoy de acuerdo con su argumento de que lo hace por ti si no es lo que quieres tú. Aunque seguramente me falten datos para esa afirmación. Perdona si me he metido donde no me llaman, sin embargo, es tu cumpleaños, y supongo que tú deberías tener la última palabra en cuanto a cómo celebrarlo, ¿no?».

«Ojalá fuera tan sencillo. Como te dije en una ocasión, hablar con Cole no siempre es fácil. Ve en mí cosas que yo no veo, como un futuro prometedor en las finanzas o un hobby *en la escultura. A veces prefiero no decirle lo que siento porque prefiero evitar una discusión. Cole tiene carácter, y no creo que eso sea malo, no me malinterpretes, sino que mi forma de ser es más sosegada y hay*

veces que prefiero dejar las cosas como están y no remover más la situación. Quizá por escrito parezca más de lo que es en realidad. Fue una discusión sin importancia. Nada más».

«Por lo que hemos hablado y por lo que me transmiten tus palabras, me da la sensación de que lo que él quiere para ti no es lo que tú quieres. ¿Es así? Repito que me falta mucha información para certificar ciertas cosas. Hablo desde el desconocimiento.

Coincido contigo en que tener carácter no es algo malo, siempre y cuando se gestione y se utilice para algo positivo. Quiero decir que, a veces, aunque parezca que tiro piedras contra mi propio tejado, los hombres utilizamos el carácter para sentirnos por encima. ¿Me explico? Como si decir una palabra más alta que otra o ser más tajantes en según qué situaciones nos dieran el poder de ser superiores a vosotras. ¿Entiendes? No sé, divago en alto. No me hagas mucho caso. Digamos que tener que haberme hecho cargo de mi familia desde la adolescencia, y convertirme en el cuidador de mi madre y mi hermana en un abrir y cerrar de ojos me ha hecho ver las cosas desde otra perspectiva».

«Supongo que lo que quiero ahora mismo no es compatible con lo que necesito. Si me dedicara íntegramente a la escultura, no podría mantenerme económicamente. Debo ser realista. Pero recuérdame que en otro momento te cuente un secreto, ¿vale? Confesártelo ahora sería meterme en un jardín del que necesitaría mucho tiempo para salir.

Ahora debo hacer unos cuantos recados para que mañana por la noche todo esté en orden.

No sé qué decir en relación a lo de tu familia. Siento que la vida te haya puesto en esa circunstancia. Si algún día quieres contármelo, ya sabes. Siempre habrá un ratito para que lo hagas.

¿Ahora estás trabajando?».

«Gracias, buscaremos ese ratito. Estoy seguro. Recuerda que a veces lo que necesitas no es realmente lo que te hace falta, aunque estemos más que seguros de que así la vida nos iría mejor. Créeme.

Estoy en la oficina, aunque he parado un poco para ir a la sala de reuniones y sacarme un café de máquina —nada que ver con el que tú y yo sabemos— y así poder hablar contigo sin estar rodeado de

cuentas bancarias, créditos o hipotecas.

No quiero entretenerte; ve a hacer los recados que tengas que hacer. Yo voy a ver si vuelven a engullirme los números. Creo que necesito unas vacaciones».

«¿Café de máquina? Me decepcionas. Pensaba que no tomabas de esas cosas. Dice una leyenda urbana que algunos son radiactivos. Si ya me cuesta tomar café en un bar, no quiero imaginarme el de máquina.

¿Para cuándo coges vacaciones?».

«¿Radiactivos? Me acabas de sacar una carcajada. En serio. Hacía tiempo que no salía de mí una risotada tan espontánea. Gracias.

Para las vacaciones no tengo nada planeado. ¿Tú?».

«Me alegro de que te haga reír. Es gratificante.

Nosotros no tenemos pensado salir a ningún sitio. Cole ha dicho que prefiere que nos quedemos en casa el tiempo que tiene de descanso».

«Yo aún tampoco tengo nada planeado porque en cuestiones como contratar vacaciones no me gusta tener todo atado con mucha antelación. Además, no suelo irme en vacaciones. A lo sumo un par de días y bastante cerca de aquí. Temas familiares relacionados con lo que te contaba antes de mi madurez prematura y forzada. Quizá este año me vaya a la costa. Es una opción.

¿Y a ti no te apetece irte a algún sitio? ¿O con tus amigas?».

«La costa está muy bien para desconectar, supongo. Pasear por la playa sin el infernal ruido de la ciudad, beberte un mojito bajo la sombra de las palmeras… Además, estoy segura de que la luna se disfruta de otra manera desde allí.

Yo permaneceré enfocada en el proyecto en el que estoy inmersa en este momento».

«Ya te contaré si es cierto que la luna es diferente desde allí, si es que al final me decido a ir. Hay muchos factores que valorar antes de tomar una decisión en firme.

¿En qué proyecto estás trabajando?».

«Prométeme que, si finalmente vas, me mandarás una foto de la luna y me contarás tu opinión en cuanto a cómo la sientes desde allí.

Mi nuevo proyecto se llama Lágrimas*. Desde hace un tiempo me ha interesado la interpretación de esas diminutas gotas que salen tantas veces sin pedir permiso. Pienso que son el propio lenguaje del dolor. Que en cada una de ellas hay una historia. Que son el testimonio silencioso de la pena más profunda. Existen múltiples perspectivas para comprenderlas, así que he decidido reflejar mis sentimientos hacia ellas a través de mis esculturas».*

«Prometido. Te mandaré esa foto.

Me has dejado sin palabras con tu reflexión en relación a tu nuevo proyecto. Y coincido plenamente en todas tus acepciones en cuanto a las lágrimas. Por desgracia, he visto muchas en muchas personas, y es cierto que tienen su propio lenguaje. Lo único que puedo decir es que, cuando termines tus producciones, me guardes una, la que quieras, la que sientas que podría encajar conmigo, y le pongas un precio. Será un placer tener una escultura tuya en mi casa, sabiendo qué piensas acerca de lo que representa y el alma que pones al hacerlas».

«Supongo que contarte todo esto es más fácil porque no te tengo enfrente. No suelo hablar con nadie de lo que suponen para mí las esculturas que creo, porque son una parte tan personal y visceral de mí misma que siento cierto pudor de contarlo, por si piensan que estoy perdiendo la cordura. Aun así, no me lo tengas en cuenta: supongo que con todo lo del cumpleaños me encuentro un poco más sensible. Estoy segura de que, si te tuviera enfrente, te hablaría de cosas mucho más triviales y que no implicaran adentrarme demasiado en mi interior».

«Pues entonces aprovechemos esta vía para ser simplemente como somos, Alice. Nada más. Creo que estarás conmigo en que ambos hemos encontrado en estos mensajes una forma de liberarnos. No te sientas culpable por disfrutarlo.

Siento tener que despedirme, pero ya me he terminado el café que tú dices que pudiera ser radioactivo, y cada vez estoy más convencido de que no te equivocas.

Como siempre, es un placer hablar contigo».

17

LEO

No me reconocía. En unos días me había vuelto adicto a unos mensajes que, contra todo pronóstico, me hacían sentir bien. Provocaban sensaciones en mí que jamás había experimentado. Releer esos correos era como coger una bocanada de aire fresco. Como cuando das el primer trago a una bebida fresca cuando estás sediento.

Ese día era su cumpleaños, y quería saber cómo se encontraba. No me había gustado leer que su pareja mostraba incomprensión hacia ella. Era cierto que solo sabía su versión, pero estaba seguro de que no necesitaba saber la de la otra persona y de que ella era sincera. Y eso era algo que me despertaba curiosidad por querer conocerla más. Alice dejaba fluir las palabras tal cual. No la conocía apenas, pero eso se notaba al leerla. Yo era todo lo contrario. Medía cada palabra, no fuera a ser que cualquier comentario no reflexionado con antelación se volviera en mi contra. Tener el control sobre todo lo que me rodeaba, o al menos creer que lo tenía, me proporcionaba calma. Lo único que se escapaba a mi control era la situación de mi madre. Y me maldecía por no poder hacerlo. En realidad, hubiera hecho cualquier cosa por lograrlo, absolutamente cualquier cosa. En tantas ocasiones había suplicado ser yo quien tuviera su enfermedad y que ella pudiera disfrutar de su vida a corazón abierto… Sin límites. Sin miedos que la paralizaran. Sin esos intrusivos pensamientos que iban debilitándola segundo a segundo.

Me sorprendí a mí mismo cuando, nada más apagar el despertador, el primer pensamiento fue escribir a Alice para felicitarla. Sin embargo, frené mi impulso. No quise que pareciera lo que en realidad era. Que pensaba en ella.

No me ocurría eso desde… En realidad no sabía si me había pasado alguna vez. Mis relaciones con mujeres nunca iban más allá

de «¿Estudias o trabajas?». Huía ante cualquier conversación que supusiera dar algún dato más personal. Pero con ella estaba siendo distinto. Hablar con Alice me sentaba bien. Me abría la mente hacia otro lado que no fuera el control absoluto. Aun así, debía mantener la cabeza fría. Ella tenía pareja. Le fuera mejor o peor, la tenía. Y, aunque por lo que me había contado, el tal Cole no era santo de mi devoción, no quería meter la pata y estropear lo que hubiera entre nosotros por un calentón.

Con ella todo era diferente. No la conocía físicamente. No sabía de qué color eran sus ojos, si tenía un lunar en la mejilla o si le gustaba vestir con colores alegres. De hecho, no conocía ni su voz. Lo más increíble de todo era que únicamente con unas frases había conseguido meterse en mi cabeza. De manera sutil. Prudente. Pero agradable. Sosegada. Sin romper nada a su paso, como todo lo que sucedía en mi vida. Sin dejar cristales que pudieran seccionarme si me adentraba demasiado. Y daba miedo. Mucho.

Cuando salí de trabajar me fui directamente a ver a mi madre. Estaba tranquila. Escuchaba un audiolibro en el momento en que entré en su casa, sentada en el sofá. Aquel sofá marrón oscuro que aún guardaba un pequeño roto en el tapiz que provocó Caramelo al poco de llegar. Al verme entrar, sonrió. Puso los cascos a un lado y se levantó para abrazarme con esa fragilidad que emanaba.

—Hola, hijo. —Me recibió entre sus brazos.

Mi madre siempre desprendía el mismo aroma. De siempre había utilizado el mismo perfume. Ese olor era ella. Lo asocié desde pequeño y lo asociaría el día que ella faltara.

—¿Qué tal estás, mamá?

—Bien, escuchando el libro que hemos elegido este mes para la tertulia literaria. —Ambos nos sentamos en el sofá—. ¿Te apetece un café?

—Claro. Pero no te levantes, ya lo hago yo.

—No te preocupes. Estoy bien —sonrió condescendiente.

—De acuerdo. Lo haremos juntos entonces.

Preparó la cafetera con delicadeza; mi madre siempre era delicada, salvo cuando sufría sus crisis. En ese instante todo se descontrolaba, como si un tren a toda velocidad descarrilara. Cuando el café estuvo

listo, me serví una taza.

—¿Quieres un pedazo de bizcocho? Lo ha preparado Olive esta mañana. Es de naranja y canela.

Bizcocho. Recuerdos. Otra vez Alice en mi cabeza.

—Nunca digo que no a propuestas como esa, ya lo sabes. —Ella sonrió—. ¿Te apetece a ti también? —pregunté. Asintió—. Perfecto. Ve al salón; ahora lo llevo todo.

Y eso hizo mientras yo colocaba todo sobre una bandeja que descansaba tras el tostador, y me reuní de nuevo con ella. Cuando serví todo sobre la mesa pequeña que había frente al sofá, me acomodé con la taza entre mis manos.

—Estás guapo.

—Tú que me miras con buenos ojos, mamá.

—No sé, cielo, tienes una mirada diferente.

—¿Eso crees?

—Sí, más relajada, quizá. ¿Puede ser?

—Será que se acercan mis vacaciones. Tengo ganas. Estoy cansado. —Me froté la cara.

—Márchate unos días fuera; un par de semanas por lo menos, hijo. Te vendrá bien —propuso, cogiéndome las manos.

—No, mamá. Sabes que no lo voy a hacer.

—Deberías. Yo voy a estar bien. Olive está continuamente conmigo, y las vecinas siempre están muy pendientes de mí.

—Lo sé, mamá. Pero no insistas, porque no me voy a marchar tanto tiempo a ninguna parte. —Y di el último trago antes de poner la taza sobre la mesa.

—Leo, tú no tienes que cargar las veinticuatro horas con algo que no es tuyo. Tienes que disfrutar, cariño. Eres muy joven como para vivir pegado a una madre que no puede valerse por sí misma.

—No vayas por ahí —la miré—, ya te lo he dicho. No hay más que hablar.

Chascó la lengua y cogió un trozo de bizcocho.

Estuve allí como un par de horas. Dejamos de lado el tema de mis vacaciones y me explicó de qué iba el libro que estaba escuchando. Este tipo de acciones le servían para concentrarse en otras cosas que no fueran sus pensamientos y evadirse, en la medida de lo

posible, de lo que era su agónico día a día.

Me despedí de ella con un abrazo y me fui al gimnasio. Una hora y media de deporte siempre era garantía de llegar agotado y destensado a casa.

Eran las ocho cuando metía la llave en el portal de mi edificio. Aún no había felicitado a Alice. Y no porque no me hubiera acordado o no me apeteciera, claro que había sentido ambas cosas; el motivo fue porque, según daba golpes al saco de boxeo, tomé una decisión.

18

ALICE

El día de mi cumpleaños pasó sin pena ni gloria hasta que llegó el mediodía. Ahí cobró algo de sentido. Pero no el que me hubiera gustado.

Cole se había pedido el día libre en el trabajo, aunque se marchó a primera hora después de felicitarme y darme un beso en la mejilla. Dijo que iba a ir a supervisar el tema del *catering* para no dejar nada a la suerte y que después se pasaría por la empresa de eventos encargada de decorar el jardín y el salón para la celebración. Era como si fuera a celebrar el Baile de la Rosa en mi salón, con la cantidad de preparativos que se estaban llevando a cabo para mi cumpleaños. *Mi* cumpleaños. La celebración de los veintiocho años de una chica normal que disfrutaba diseñando y haciendo esculturas. Sin embargo, lo que se celebraba no era solo mi cumpleaños, sino también mi presentación en el entorno laboral de Cole. Y yo cada vez me sentía más culpable de no querer seguir sus pasos cuando él estaba haciendo todo lo posible por darme un futuro.

Mientras desayunaba les di muchas vueltas a las palabras de Leo. ¿No debería haber sido yo la que hubiera tenido la última palabra en la decisión de cómo celebrar mi cumpleaños? ¿No tendría Cole que aceptar lo que yo quisiera para mi vida y no imponerme lo que él creía bueno para mí? ¿Estaba siendo egoísta por pensar así?

Tras desayunar, me di un baño en la piscina. Después fui a la habitación que tenía para esbozar y esculpir y me puse a dibujar otra de las lágrimas que quería que estuvieran entre mis nuevas proyecciones. Quizá la que después regalara a Leo. Porque él insistió en que le pusiera precio, pero el desahogo emocional que me estaba proporcionando el intercambio de correos ya era suficiente como para regalársela.

Estaba dándome una ducha antes de comer cuando recibí la

llamada de Nana.

—Felicidades, hija.

—Gracias, Nana.

—Te iba a llamar antes, pero me he liado preparando unas cosas en la cocina y se me ha pasado.

—No te preocupes, Nana. Sabía que no te olvidarías.

—¿Cómo estás, cariño? ¿Qué se siente con un año más?

—Pues no siento nada en particular, la verdad. Sigo igual de dormilona, si es eso lo que quieres saber.

Escuché su risa al otro lado del teléfono.

—Ay, cariño, eso no lo quitan los años. Al que le gusta dormir le gustará hasta el fin de sus días.

—Vaya, no sé si eso me consuela.

—¿Cómo van los preparativos?

Nana conocía todo lo que Cole había planeado para la fiesta. Lo que desconocía era cómo me sentía yo en cuanto a eso. Mi novio no era santo de su devoción. Era bastante cautelosa en sus comentarios hacia él, pero eso se veía. En su lenguaje gestual. En su manera de hablar. Y es que yo ya conocía bastante a Nana como para obviar ciertos detalles.

—Bien. Cole se está encargando de todo.

—¿Vais a comer en casa o en algún restaurante?

—En realidad, voy a comer en casa. Él llegará por la tarde, casi cuando comience la celebración.

—¿Está trabajando?

—Algo así. Finiquitando detalles para esta tarde.

—Oh, vaya.

Se hizo el silencio unos segundos, tiempo en el que sabía que se estaba mordiendo la lengua antes de decirme algo que no me gustara escuchar. A eso me refería antes con conocerla.

—Sí —dije en un susurro.

—Ven a casa. He preparado algo de comer, y, si no es suficiente, ya sabes que hago una tortilla o algo.

—No te preocupes, Nana. Picaré algo que encuentre por la nevera.

—De eso nada. Es tu cumpleaños. Además, así te puedo tirar de las orejas. Si te apetece, puedes traer un polo de limón, que tanto

me gustan.

Sonreí. Nana siempre conseguía hacerlo. Esos polos de limón eran su perdición en verano. Esos placeres de la vida que te hacen sentir bien. Como soplar un diente de león en primavera o tumbarte en la cama tras un día agotador. Pequeñas delicias que daban sentido a la vida.

—Está bien. Con lo del helado de limón me has convencido. Voy para allá.

Comí con Nana un salteado de verduras y una tortilla de patata, que siempre le salían deliciosas. Degustamos el helado de limón mientras me cantaba el *Cumpleaños feliz* con unas galletas de canela que Nana había preparado durante mi trayecto y que terminaron de hornearse al tiempo que comíamos.

Con ella era como estar en casa. Era tan fácil compartir momentos juntas… Sonreír sin tensión. Relajarme mientras saboreaba sus galletas. Dejarme llevar. Ella convertía la angustia en sosiego. Sin varita mágica. Solo son su presencia y sus palabras.

Entré en casa a las cinco; la llegada de los invitados estaba prevista para las siete. Sin embargo, el recibimiento no fue el esperado.

—¿Se puede saber dónde cojones estabas?

Cole se acercó rápidamente con el rostro enfadado. No entendía nada. ¿Qué era lo que había hecho?

—¿Cómo que dónde estaba? Antes te he dicho que estaba comiendo con Nana.

—Y también me has dicho que estarías aquí a las cuatro y media —escupió con rabia y tensión en los labios.

Consulté mi reloj de muñeca: las cinco y dos minutos.

—Son solo las cinco.

—¿Que son solo las cinco? Esto es acojonante. Los invitados vienen a las siete. ¡A las siete! —Alzó la voz—. ¿Crees que aquí se hace todo solo?

—Yo…

—¡He pasado todo el día con los preparativos, y tú te vas a comer con esa señora!

—Nana.

—Eso da igual. ¿No crees que deberías ser más agradecida con todo lo que estoy haciendo por ti?

—Yo… claro que te estoy agradecida…, pero…

—Pues no lo parece —interrumpió—. Falto un día al trabajo para que todo sea perfecto y tú… ¿me lo pagas así? Con esa dejadez y esa falta de compromiso.

—Cole…

—Así no, ¿eh, Alice? Así no. O cambias o no vas a llegar a nada en la vida. Hay que comprometerse, y no veo que lo hagas. No tiene ningún sentido que yo lo esté dando todo y tú no pongas nada de tu parte.

Hablaba sin parar. No me dejaba intervenir. Estaba tan enfadado que aún no me había permitido pasar más allá de la puerta de entrada. Gesticulaba con rudeza, con aspavientos. Y una mirada dura. Inquisidora. Evaluadora.

—¿Te crees que yo he conseguido todo sin disciplina, trabajo y responsabilidad? ¿Que me lo han regalado solo por tener el apellido de mi padre? Pues no. No es así. Pero, tal y como te comportas, me hace pensar que crees que lo es. ¿No has aprendido nada en todo este tiempo juntos? ¿Todavía crees que puedes hacer algo con tu vida haciendo esas cosas a las que llamas esculturas? A ver cuándo espabilas de una vez, maduras y te das cuenta de lo que es la vida real, y no lo que tú tienes en la jodida cabeza.

Había explotado. Estaba saliendo todo lo que llevaba enquistado dentro.

—Creo que no estás siendo justo —musité con miedo a decirlo en alto y que provocara una mayor reacción en él.

—¿Perdona? ¿Me estás hablando de lo que es justo o no? ¿A mí? Esto es increíble. Lo que no es justo es que yo esté dando el cien por cien de mí en la celebración de tu cumpleaños y tú te vayas a comer con… ella.

Eso dolía. Que hablara con ese desprecio de Nana dolía. Mucho más de lo que pudiera decir sobre mí. Sin embargo, fui consciente de que seguir en esa espiral de reproches no iba a llevar a ningún lado. Así que intenté dar por zanjada la conversación:

—Está bien, Cole. Tienes razón. Lo siento. De verdad que

agradezco todo lo que haces por mí. Yo… quizá no he sabido valorarlo.

Según escuchaba mis disculpas fue relajando el rostro. Parecía satisfecho al ver que reconocía mi culpa.

—Voy arriba a empezar a prepararme. —Con una sonrisa autosuficiente se fue acercando a mí hasta susurrar en mi oído—: Así me gusta. Que reconozcas mi trabajo. Te guste o no, tu futuro laboral depende de mí. —Me sujetó de la cintura y me atrajo hasta él con determinación—. Si quieres, puedo ayudarte a vestirte… o a desvestirte.

Noté su erección en mi abdomen. Comenzó a besarme el cuello. Cada vez con más fuerza. Con menos cuidado. Me dio asco. Por primera vez en mi vida, sentí repulsión ante su acercamiento. ¿Le había excitado que yo hubiera aceptado sus reproches sin rechistar? ¿Había sido eso? ¿Mi sumisión? Yo solo quería que la conversación terminara. Que dejara de lanzar recriminaciones como quien arroja piedras. Estaba mal no haberme dado cuenta antes de cómo podía sentirse él.

No hicimos el amor, sino que follamos contra la misma pared en la que me había apoyado mientras discutíamos. Qué curioso. Dos sentimientos antagónicos en el mismo espacio. Uno que te hacía experimentar placer y otro, todo lo contrario. El problema fue que yo no alcancé el placer mientras me penetraba. No llegué al orgasmo. Como muchas otras veces. Ni siquiera me excité. Me penetró con fuerza sin previo aviso. Unas cuantas embestidas furiosas hicieron que él acabara en pocos minutos, para luego dejarme en el suelo, darme una palmada en la nalga y, tras un beso en la mejilla, se dirigiera a la ducha.

Y ahí me quedé yo. Quieta. Mirando a la nada. Vacía. Sucia. Sin entender qué estaba pasando en mi vida. Con ganas de llorar. De gritar. De dejar de esconderme ante sus críticas por miedo a su reacción. ¿Había dicho miedo? Algo se encogió dentro de mí al escuchar por fin a mi conciencia.

Tuve el impulso de escribir a Leo y contárselo todo. Pero no lo hice.

A las siete de la tarde empezaron a llegar los primeros invitados, como estaba previsto. Me puse un vestido rojo, largo y vaporoso, con escote en pico con delante y por detrás. Me dejé la melena suelta y ondulada. Decidí no alisármela para evitar su encrespamiento con la humedad del verano.

Cole me iba presentando a los invitados con una sonrisa, como si nada hubiera pasado. Los asistentes eran casi todos hombres, y alguna que otra mujer, pareja de aquellos empresarios adinerados. Me sentía como un títere al que Cole manejaba a su antojo mientras me paseaba por el salón y el jardín al tiempo que iba presentándome a más gente. Como si fuera un trofeo. Su trofeo.

Era curioso que entre todos se conocieran, o al menos casi todos, y yo, la homenajeada, solo conociera a Cole y a los chicos del *catering* que habían venido el domingo a ultimar detalles y a comerse hasta las migas del bizcocho que preparé.

Durante el tiempo que duró la fiesta estuve dando vueltas como un autómata por la casa. Qué contradicción que la casa estuviera llena de gente y que yo me sintiera tan sola. Lo único que quería era que la fiesta terminara lo antes posible, y eso que se suponía que era la celebración de mi cumpleaños. Qué contrapuesto todo, ¿verdad?

Cole estuvo toda la velada hablando con los invitados, intercambiándose tarjetas de contactos y mirándome de reojo, controlando todos mis movimientos. Fui a la cocina a beber un vaso de agua, y, cuando cerraba el grifo, lo escuché a mi espalda.

—¿Qué haces aquí? —preguntó.

—Tenía sed.

—No veo que te estés relacionando con nadie. Te recuerdo que esta fiesta es para ti.

¿Para mí? ¿O para ti?, pensé.

—Ya lo estás haciendo tú por mí —musité más alto de lo que pensaba.

No sé de dónde salió la fuerza para responderle como nunca me atrevía a hacerlo. Y, al ver su reacción, me di cuenta de por qué no lo hacía nunca.

Sus ojos se encendieron como el fuego. Su gesto se endureció y su cuerpo se tensó.

—¿Cómo? ¿Qué cojones estás diciendo? —Se acercó con grandes zancadas hacia mí.

—No sé, es que parece que la fiesta es más una reunión de negocios —dije, notando que mi voz, poco a poco, iba perdiendo tonos.

—Esto es acojonante —susurró—. Mira —me señaló con el dedo índice—, este no es el momento, pero en cuanto acabe la fiesta hablaremos. Vaya si lo haremos. Me voy fuera porque me estoy poniendo de muy mala hostia. No me puedo creer que seas una puta desagradecida.

Y tras escupir sus palabras con el mismo fuego que brillaba en sus ojos, se dio media vuelta y marchó de nuevo al salón.

Me arrepentí de mi comentario nada más verlo salir por la puerta de la cocina. Sabía que mis palabras tendrían represalias, y temía por su reacción. Pero es que me salió del alma. Lo dije porque lo sentía. Pero debí habérmelo pensado antes y haberme tragado mis palabras. Sabía que la noche acabaría mal. Lo había enfadado, y eso nunca era bueno. Pensé en lo que me dijo Leo. No es malo tener carácter, siempre y cuando no lo utilices para creerte superior a los demás. Y siempre que Cole y yo discutíamos, él se enervaba y no me dejaba hablar. Interrumpía mis intervenciones con palabras más altas que las mías. Y más hirientes. Cuando él alzaba la voz, yo me hacía más pequeña. Como si encogiera con cada palabra que me dedicaba. Después, siempre me costaba recomponerme y volver a crecer lo que me había hecho disminuir.

A las once, los invitados comenzaron a abandonar la fiesta, y, cada vez que uno salía por la puerta, mi nerviosismo aumentaba. Sabía que en cuanto el último asistente abandonara la fiesta, Cole vendría a decirme todo lo que se había ido guardando desde la conversación en la cocina.

Los chicos del *catering* se despidieron de mí en el jardín tras agradecerme haber contado con ellos para el evento. Si hubieran sabido que yo no había tenido nada que ver en su contratación… Sonreí como agradecimiento y me abracé a mí misma. La brisa nocturna me puso el vello de punta. Aunque no solo me lo provocó el aire.

Entonces, escuche cómo Cole cerraba la puerta de la entrada; la casa se sumergió en un silencio angustioso, y se giró hacia mí.

19

Leo

Después de salir del gimnasio, estuve todo el trayecto de vuelta a casa pensando en si la decisión que había tomado en cuanto a Alice era la correcta. Era su cumpleaños y no quería que todo se malinterpretase entre nosotros justo en esa fecha.

Cuando llegué a casa, Caramelo me recibió con un maullido y rozándose en mi pierna. Me gustaba que lo hiciera. Era como pensar que alguien me esperaba al volver a casa. Siempre dispuesto a recibirme con uno de sus curiosos abrazos, sus múltiples tonalidades de maullido, como si me dijera distintas cosas en según qué momentos, o su ronroneo acogedor.

Puse una lavadora con las sábanas y la ropa del gimnasio. Me coloqué un pantalón corto y me quedé sin camiseta para estar en casa. Hacía mucho calor. Abrí todas las ventanas para ver si así el aire hacia algo de corriente. Después me preparé una ensalada para cenar. Me senté frente al televisor en busca de una película que me hiciera pasar el rato.

Tras hacer una ronda por todos los canales, al final acabé por ver un documental sobre tortugas muy interesante. Algo que me resultó muy llamativo fue cómo buscaban la sombra todas juntas bajo un árbol, colocándose de manera sumamente ordenada, como si de un aparcamiento se tratara. No dejaban un hueco libre entre ellas para que cupieran todas. Me sorprendió la capacidad de compañerismo y empatía que desprendían. Pensé en que ojalá todos los humanos fuéramos así, que pudiéramos hacer hueco para todos para que ninguno se viera fuera.

Caramelo estuvo en mi regazo durante el tiempo que duró el documental. Acariciarlo me transmitía paz. Su pelaje suave y gris. Su manera de bostezar, ajeno a todo lo que ocurría a su alrededor. Cómo se lavaba el cuerpo, lamiéndose con destreza y suavidad, con

esa lengua tan áspera. Admiraba la autonomía de esos animales. En algo nos parecíamos, y era en que ambos nos activábamos por las noches. Éramos animales nocturnos.

Desde que mi padre se marchó, empecé a tener problemas para dormir, y no había tenido un buen sueño desde entonces. Sin embargo, tampoco me importaba. Al principio lo pasé mal; iba todos los días como un zombi, y me afectaba mucho en mi estado de ánimo, pero en ese momento pensaba que así aprovechaba más el día. Con dormir unas seis horas diarias tenía suficiente. Me supuso un tiempo asimilarlo. Me costaba asumir los cambios. Pasados los veinte años, en ocasiones, busqué ayuda en pastillas para dormir y en el alcohol. Suerte que tuve ahí a Kevin para ponerme en mi sitio más de una vez.

Lo conocí el primer año de universidad. El profesor nos puso juntos para hacer un trabajo en la asignatura de Microeconomía, y desde entonces encajamos bien. Muy bien. Era un tipo alegre, espontáneo y sensato, pero sin pasar la delgada línea de la responsabilidad a la autoexigencia. Como me ocurría a mí. Y eso me gustaba mucho de él. Me ponía en mi sitio cada vez que el perfeccionismo empezaba a engullirme.

El primer verano en la facultad fue cuando se quebró mi vida. Y el 11 de agosto, hacía pocos días, se acababan de cumplir diez años. Él no se separó de mí. Nunca. Pasé muchas noches en su casa, acurrucado en su sofá como un bebé. Tantas que perdí la cuenta. Fue mi apoyo más fuerte en esos devastadores primeros meses. Me sostuvo. Pero luego yo tenía que llegar a casa y ser el soporte de mi madre. Con él podía derrumbarme. No me soltó la mano nunca. Mi vida era una jodida contradicción: tenía que transformarme de ruina a columna sólida en un abrir y cerrar de ojos. Y eso provocó que mi cabeza cortocircuitase poco a poco. Mi carácter fue cambiando. Me fui haciendo más huraño. Más solitario. Lo más probable fuera que me estuviera protegiendo. Y no solo de los demás, sino también de mí mismo. Me sentía como si llevara una de esas máscaras de teatro que muestran una sonrisa en un lado y llanto en el otro. Mis días oscilaban entre una sonrisa forzada y una pena desgarradora.

Eran las diez y media cuando me levanté a por el móvil, que tenía

cargando sobre la mesa del comedor. Deshice mis pasos para volver al sofá. Me acomodé de nuevo y lo desbloqueé mientras, de fondo, se escuchaba en la radio *More Than Words,* interpretada por Extreme.

Abrí el correo electrónico e hice clic en un nuevo mensaje.

«Asunto: Feliz cumpleaños».

20

ALICE

Me quedé quieta esperando a que Cole rompiera el silencio; tarde o temprano lo haría. Y no confiaba que lo hiciera de manera muy agradable.

—¿Se puede saber qué cojones te pasa?

Esa fue la primera reacción de Cole tras cerrar la puerta y acudir a pasos agigantados al jardín, donde yo me encontraba. En el mismo lugar donde me había despedido de los chicos del *catering*. Inmóvil. Aguardando la represalia. Mi castigo por desagradecida.

Y llegó. Vaya si lo hizo.

—¿Tú te crees que puedes tratarme así? —Me zarandeó del brazo —.Pongo todo mi empeño en darte un futuro ¿y tú me lo pagas contestándome de esa manera?

Con cada palabra me iba haciendo más pequeña hasta el punto de casi desaparecer. No hubiera sido una mala idea hacerlo. Como un cuerpo celeste que se adentra en la atmósfera y, poco a poco, termina convirtiéndose en polvo.

—Estoy muy dolido contigo, ¿te enteras? No me valoras. Es así. Trabajo duro para que tengamos lo que tenemos, y tú ¿qué haces? Reprochármelo. Invalidar mi trabajo con una frase que no sé de dónde cojones ha salido. Porque tú antes no eras así. No eras tan insolente como lo has sido esta noche conmigo.

—Lo siento, Cole. Estaba agobiada… No sentía que estuviera celebrando mi cumpleaños. Eso es todo —conseguí decir.

—¿Que no sentías qué? No me jodas —bufó, frotándose la frente —. ¿Y qué se supone que estábamos haciendo? Según tú, ¿qué estábamos celebrando? Estoy deseando saberlo.

—Cole… —Hice una pausa—. Es que no conocía a nadie. Igual si hubiera venido…

—¿Quién? ¿Tu casera? —interrumpió con desdén—. Porque, que yo

sepa, es la única amiga que tienes, y perdona la objeción, es octogenaria. Octogenaria, Alice. ¿No lo ves raro? ¿No es de extrañar que estés tan sola? Igual te lo tenías que hacer mirar. Gracias a mí —se señaló el pecho— estás conociendo a mucha gente, te estoy abriendo al mundo, te estoy dando todo lo que nunca poseerías si no estuvieras conmigo. Un ejemplo —abrió los brazos con las palmas hacia arriba—, esta noche, y mira, así me lo agradeces.

Me dolió. Mucho. Escoció. Fue como recibir una puñalada de aplastante realidad en el medio del corazón y el cuchillo se hubiera quedado allí encajado. Con cada palabra que decía, más se hundía. Era cierto que estaba sola. No mentía. No me hablaba con mis padres. No tenía hermanos. Mi mejor amiga se había alejado de mí. Mi abuela había fallecido. Solo lo tenía a él, y a Nana.

Me empecé a agobiar. Cole llevaba razón. Gracias a él, tenía dónde caerme muerta. Cumplía veintiocho años y estaba sola. No tenía casa propia, ni un trabajo que me asegurara un salario fijo cada mes ni amigas con las que hablar de mis vivencias o con las que tomarme un vino una tarde en una terraza. Y Nana tenía ochenta y dos años, y eso me cohibía al querer contarle ciertas cosas; primero, por aquello de la diferencia de edad entre nosotras, y segundo, porque ella me advertía de que Cole no me quería bien. Debía ser realista.

Al advertir mi silencio y mi mirada fija en el suelo, Cole puso fin a la conversación.

—Voy a ducharme y luego me voy a la cama. Me has dado un dolor de cabeza que no me merezco.

Y se dio la vuelta mientras se desaflojaba la corbata, entraba en el salón y se perdía por las escaleras que daban a la segunda planta.

Inmóvil. Así continué unos minutos. Abrazada a mí misma sin saber cómo encajar sus palabras. Fue muy duro conmigo, pero, en el fondo, pensé que tenía razón. Estaba sola. Eso era evidente.

Tras un lapso mirando al infinito, me acerqué al salón a buscar mi móvil. Aproveché para coger una *pashmina* que había colocado sobre una de las sillas por si refrescaba. Me la coloqué sobre los hombros y agradecí su calidez.

Volví de nuevo al jardín y me senté en el balancín que descansaba

en el porche. Me balanceé con las puntas de los pies y suspiré. Me sentía mal. Las palabras de Cole me habían hecho daño. Me habían perforado como los disparos de una ametralladora que hiciera pequeños agujeros en el cuerpo que te atraviesan de lado a lado. ¿Por qué no le dije nada? ¿Por qué no le rebatí? ¿Por qué me daba tanto miedo decir lo que pensaba? ¿Por su reacción? ¿Me asustaba que pudiera dejarme por no pensar de la misma manera que él?

Cogí aire y consulté el móvil. Me extrañaba que Leo no me hubiera felicitado por mi cumpleaños. Consulté el reloj. Las once y media.

Percibí cierto alivio cuando vi que había recibido un mensaje suyo, en cuyo asunto decía: *«Feliz cumpleaños».*

«Feliz cumpleaños, Alice.

Tras darle muchas vueltas y no estar seguro de que sea lo correcto, me gustaría proponerte algo. Allá voy. ¿Te puedo llamar para felicitarte? He pensado que puedo pasarte por aquí mi número de teléfono y, si te apetece y quieres, me llamas. Si no, no pasa nada. No quiero ponerte en un compromiso, de verdad. Pero esta tarde, entrenando, he sentido curiosidad por saber cómo sería tu voz. Igual estoy metiendo la pata. Es posible. Da igual. No me lo tengas en cuenta. Dejo al final del correo mi número.

Lo dicho: feliz cumpleaños. Espero que lo estés pasando bien en la fiesta.

Un abrazo».

Tuve que leer el correo varias veces para asimilarlo. Delante de mí rezaban nueve números que, si los marcaba en mi móvil, me pondrían en contacto directo con el chico triste que una mañana en una cafetería derramó una lágrima ante mi indiscreta mirada. Una combinación de dígitos que abriría un poco más nuestra relación, como si de una caja fuerte se tratara. Pero era posible que no le gustara lo que había dentro. Estaba tan hundida que no veía claro que esa fuera una buena ocasión para tener una primera toma de contacto. Sin embargo, a mí también me apetecía. Si me hacían sentir bien sus palabras plasmadas en un correo, estaba segura de que su voz causaría el mismo sosiego, o pudiera ser que incluso

más.

Consulté la hora a la que me había mandado el mensaje. Lo había hecho unos minutos pasadas las diez de la noche. A lo mejor ya estaba dormido. Mejor no lo llamaba. Quizá él tuviera razón y hacerlo estropeara lo que fuera que tuviésemos en ese momento.

Posé el teléfono en el balancín y entré a buscar la cajetilla de tabaco que guardaba en la cocina. Cogí una cerveza también. Esa mezcla sabía mejor en la oscuridad de la noche mientras miraba la luna. Di la primera calada una vez sentada de nuevo en la mecedora. Me provocó un instante de alivio breve. Como si por unos segundos hubiera escondido debajo de la alfombra toda la inquietud que había en mi relación con Cole.

Sin embargo, mientras expulsaba el humo hacia el cielo, me di cuenta de que necesitaba hablar con alguien. Aunque, en mi inconsciente, ese alguien tenía nombre y se llamaba Leo. Cogí el teléfono y empecé a marcar su número. Pero al presionar el quinto dígito, lo solté como si quemara y me tapé la cara con las manos, exhausta de tanta mezcla de sentimientos. No tenía sentido esa ambivalencia; debía tomar una decisión. Un sonido en mi móvil me arrancó de mis cavilaciones. Un correo. De Leo.

«Buenas noches, Alice.

Llevo un rato dándole vueltas y es probable que me haya precipitado intentando que nos comuniquemos de otra manera. Espero que el correo anterior no te haya hecho sentir incómoda. Si te parece, seguimos como estamos.

Un saludo».

Y al terminar de leer el correo, tomé esa decisión que tantas ganas tenía de tomar y cuyas consecuencias tanto miedo me daban. Lo iba a llamar.

21

Leo

Era evidente que me había precipitado. Había sido un desatino mandarle mi número de teléfono. Debí habérmelo pensado antes. Esto me confirmaba que dejarme llevar no era una buena opción. Y lo supe porque no obtuve respuesta. Así que, para evitar malentendidos, cogí el teléfono y volví a escribirle.

Era tarde, y probablemente no lo leería hasta la mañana siguiente, pero, de alguna manera, hacerlo me sirvió para sentirme menos culpable por haber sido tan atrevido.

Fui a la cocina a por un vaso. Lo llené de leche fría. Salí a la terraza y me senté en una de las sillas que ocupaban el espacio junto con la mesa y un par de butacas.

Según degustaba mi bebida, mi móvil empezó a sonar en el salón. Me extrañó por la hora que era. Lo primero que pensé era que mi madre había tenido una nueva crisis y me levanté como accionado por un resorte en busca del teléfono. Cuando llegué al salón, lo primero que hice fue mirar el número; me alivió ver que el nombre de Olive no aparecía en la pantalla. En apariencia, mi madre estaba bien. O al menos eso quise creer. Por lo pronto, el número que aparecía no lo tenía grabado en mi agenda. Pensé que igual era una llamada para venderme algo, pero me pareció muy tarde para recibirla. Así que puse las cavilaciones a un lado y descolgué.

—¿Dígame? —respondí con voz firme.

—Eeeh… Hola… —Escuchar una voz femenina al otro lado me desconcertó.

—¿Quién es?

Unos segundos de silencio y, después, su respuesta.

—Soy… soy yo. Alice.

Sentí un escalofrió por la columna vertebral. Tragué saliva. Su voz. Por fin su voz. Suave. Dulce. Tímida.

—Eh… —susurré, ilusionado y relajado, con una sonrisa espontánea.

—Oye…, que si es tarde…, podemos dejarlo para otro momento —se excusó con prisa.

Quizá la manera en la que respondí la llamada la cohibió un poco y por ello se disculpó. Pero, tras recibir su llamada, lo que menos deseaba en ese instante era que cortara la comunicación. Me sorprendí a mí mismo al ser consciente de mis pensamientos.

—No, no. Perdona —me froté los ojos—, pensaba que era otra persona y… Bueno, da igual. Feliz cumpleaños. ¿Cómo estás?

—Bien. Acabo de leer tus dos correos. No he podido hacerlo antes.

Su tono de voz sonaba prudente a la vez que ligero.

—Yo… Bueno —hice una pausa—, siento si he podido incomodarte. Quizá he sido demasiado impulsivo y…

—No —interrumpió—. No te preocupes. Me parece bien. En serio.

—¿Sí?

—Sí.

—En ese caso, me alegro. Reconozco que me siento mejor escuchándotelo decir. Después de escribirte, no he parado de darle vueltas.

—Está todo bien —insistió—. Estate tranquilo.

—Me alegra escucharte decir eso.

Nos tomamos unos segundos en silencio, supongo que para acomodar la nueva situación. Ese paso que nos acercaba más de lo que lo habíamos estado hasta ese instante.

—Es raro —dije sin pensar.

—¿El qué?

—Escucharte. Escucharnos.

Oí un leve suspiro al otro lado.

—Sí, supongo que lo es. —Su voz sonaba apagada.

—Ponernos voz es raro. Es como darles vida a los correos.

—¿Prefieres que colguemos?

—En absoluto —respondí con rapidez—. ¿Y tú? ¿Quieres hacerlo?

—Para nada. Me siento bien.

Sonreí.

—Entonces, cuéntame, ¿cómo ha ido tu día de cumpleaños?

—Lo cierto es que no sé muy bien cómo definirlo. La mañana ha sido tranquila. He ido a comer con una amiga y luego he estado en la fiesta. Ya sabes.

—Sí, ya sé. ¿Y cómo ha ido? ¿Mejor de lo que esperabas?

—Creo que ha sido tal y como me esperaba.

—¿Eso es malo? No ha sonado demasiado bien.

—En realidad, ha sido estar rodeada de extraños que se supone que están aquí por ti, pero que, al final, solo buscan un lugar privilegiado en la empresa de Cole.

—Vaya. Lo siento. ¿Quieres hablar de ello?

—¿Serviría de algo?

—La verdad es que no lo sé. Pero puedes probar a contármelo a ratitos.

Escucharme decir esas dos últimas palabras en alto me dejó algo paralizado. Como si supusiera un compromiso entre nosotros. Uno de esos no escritos, pero que todos sabemos que existen.

Se tomó unos segundos para continuar. Escuché cómo cogía aire y lo soltaba despacio.

—Es que me siento mal, ¿sabes?

—¿Por qué? Dime.

—Porque tengo la sensación de no haber sabido valorar todo el esfuerzo que Cole había dedicado en la preparación para esta fiesta, y al final hemos terminado discutiendo, otra vez. Me ha echado en cara justo eso, mi falta de interés. Y que no le extraña que esté tan sola en la vida.

Se lo quebró algo la voz con la última frase.

No conocía de nada a Alice, ni de su vida ni de su relación con ese tal Cole, pero fuera como fuera, no me parecía normal que alguien echara en cara a su pareja la falta de compañía. En todo caso, debería ser al revés, ¿no? Lo lógico sería apoyarla Pero ¿quién era yo para decirle eso a Alice, sin tener ningún conocimiento previo de ella? Lo más probable fuera que no se lo tomara bien y se alejara de mí. Además, no es que yo fuera un experto en relaciones, cuando lo primero que hacía era salir corriendo en cuanto la situación empezaba a tornarse más seria de lo que estaba dispuesto a asumir.

—Eh…, tranquila.

—Todo ha comenzado cuando le dije que no me había notado conectada con la fiesta. Quizá, si una amiga hubiera venido, me hubiera sentido parte de algo que, en teoría, se organizó para mí. A partir de ahí, todo fue a peor.

No sé, llamadme raro, pero no sonaba nada bien que, cuando ella daba su opinión, él respondiera con ese tipo de comentarios.

—A ver, Alice, yo no conozco apenas nada de ti, y mucho menos de la relación que tienes con tu pareja. Pero… ¿puedo darte mi opinión?

—Por supuesto.

—No sé… No es que tenga mucha experiencia en esto de las relaciones, así que lo más probable es que no sea el más indicado, pero tú solo estabas dando tu opinión, totalmente válida, puesto que la celebración no ha sido especialmente significativa para ti, y era tu cumpleaños. No entiendo su reacción.

—Quizá debería haber sido más agradecida con todo su esfuerzo.

—¿Eso crees?

—Eeeh… Supongo que sí. No lo sé.

—¿Te sientes bien pensando de ese modo?

—No lo sé, Leo. No lo sé. No me siento bien, y ahora mismo tengo una mezcla de rabia y culpabilidad que no estoy sabiendo gestionar. Quizá no debería haberte contado nada. Lo siento.

Escuchar por primera vez mi nombre en su voz me gustó, y percibí un ligero tirón en el estómago.

—Alice, puedes contarme lo que quieras. Lo que intento decirte es que tu opinión es igual de legítima que la suya, ¿entiendes? Que, porque él piense de otra manera, tus palabras no son menos importantes que las suyas.

—Ya, bueno… —Chascó la lengua—. No lo sé. En este momento no estoy segura de nada. Quizá es mejor que dejemos el tema.

De repente se bloqueó. Y no la culpaba. Igual empezar nuestra primera conversación con un tema tan personal había sido demasiado pretencioso.

Sentí rabia porque me parecía mal que pensara que su opinión no era válida. Sin embargo, no quise forzar más la situación. Hacerlo, probablemente, hubiera empeorado las cosas.

—Como quieras, Alice. Pero quiero que sepas que, cuando precises

hablar, cuando lo necesites, aquí me tienes, ¿de acuerdo?

—Gracias, Leo. Te lo agradezco.

De repente, escuché una voz masculina, algo lejana, que decía de manera tosca:

—Alice, ¿se puede saber con quién cojones hablas a estas horas?

Y colgó.

22

ALICE

Cuando escuché detrás de mí a Cole, colgué por instinto. Me asusté porque no me lo esperaba. Fue muy sigiloso. No fui consciente de que saliera al jardín.

—Con Nana —mentí.

Me miró desconfiado. No podía decirle que hablaba con otro hombre o se enfadaría. Mejor lo omitía y, a partir del día siguiente, le hablaría de Leo. No era el momento.

—Es tarde para que tu amiga esté despierta, ¿no crees? —preguntó con desconfianza.

—Sí, bueno. Nana no podía dormir y me ha llamado. Eso es todo. Como sabe que me acuesto tarde…

Cole me miraba como si estuviera en un interrogatorio policial y yo fuera la detenida. Solo faltaba la luz apuntándome directamente a los ojos. En ese caso, acabaría confesando. Seguro.

—Ya —dijo tras ese silencio sepulcral—. ¿Vienes a la cama ya? ¿O te vas a quedar un rato más hablando con esa mujer?

—Voy en unos minutos. Me lavo los dientes y me acuesto.

Me levanté para darle un beso en los labios con el que no estuvo muy receptivo. Aún estaba enfadado. Se lo notaba. Pero intenté de ese modo empezar a izar la bandera blanca.

Se dio la vuelta y entró en el salón para después desaparecer por el pasillo. Solté todo el aire que tenía contenido en los pulmones.

Me había precipitado contándole a Leo lo que me había ocurrido con Cole. Estaba segura de que le había dado una impresión de mi pareja que no se correspondía con la realidad. Él me quería, yo lo sabía, pero a veces no me daba cuenta de que, gracias a él, yo no estaba sola en la vida.

¿Cómo iba a decirle que hablaba con un chico al que le había dejado una nota en una cafetería? En ese momento, pensé

fehacientemente que había sido demasiado impulsiva haciéndolo y que no podía seguir hablando con él. Vi a Leo tan mal aquella mañana que me salió el impulso de ayudarlo en lo que pudiera. Quizá lo hice porque ese día yo estaba igual y hubiera necesitado que alguien me hubiera preguntado cómo me sentía.

Las cosas con Cole no iban bien del todo, y yo remaba a contracorriente en vez de buscar una solución.

Lo mejor era olvidar lo que fuera que hubiera entre Leo y yo, y no tentar a la suerte. Una vez encendida la chispa, iba a ser muy difícil controlar el fuego.

23

Leo

Había pasado una semana desde la primera y última conversación telefónica que habíamos mantenido Alice y yo. Por lo visto, ninguno de los dos quiso forzar más algo que en su momento fue incómodo para ambos. Al menos para mí lo fue. Escuchar de fondo a su pareja preguntándole con descaro con quién hablaba y ella colgar el teléfono de inmediato, casi antes de que él terminara la frase, no debió de ser algo fácil para ella. Y más después de lo que me acababa de contar sobre la discusión que habían tenido por el tema de su cumpleaños.

Ese día en el trabajo revisé el correo unas cuantas veces, por si acaso me había escrito. Pero no había ni rastro de ella.

Decidí mandar un *whatsapp* a la mujer que cuidaba de mi madre para decirle que esa tarde me pasaría por allí, y de repente, como un fogonazo, me iluminó la idea de mirar la foto de perfil de Alice; me intrigaba la idea de visualizarla por primera vez. Al fin y al cabo, ella sí me había visto a mí. Deslicé el dedo por la pantalla y, de entrada, vi su foto en miniatura. Me pareció distinguir una silueta femenina. Así que amplié la imagen.

La foto mostraba a una joven mujer trabajando con madera en un entorno oscuro, iluminada únicamente por un flexo. Su peto vaquero, su camiseta blanca y su coleta desaliñada reflejaban un estilo práctico y apasionado por la artesanía. Parecía pelirroja. A pesar de la falta de luz, su concentración y destreza en el trabajo eran evidentes.

La foto captó mi atención más tiempo de lo que sería capaz de reconocer. Su imagen era como su voz. Cálida, serena y sensible.

Al salir del trabajo, me fui con Kevin a la Shamrock Tavern, una cervecería que quedaba cerca de las oficinas. Me dijo que parecía un poco afectado por algo e insistió hasta que accedí a tomar un par de

cervezas con él.

—¿Qué te van a hacer de malo un par de birras antes de ir a ver a tu madre? —me dijo.

Y tenía razón. Lo que pasaba era en que yo me empeñaba en creer que vivir ajeno a lo que pasaba a mi alrededor era algo bueno. De lo que estaba seguro era de que me protegía de según qué cosas. Y una de ellas era esa. El no poder detener en mi cabeza la voz de Alice. ¿En qué momento había comenzado eso a cobrar tal relevancia en mi vida?

La temperatura era calurosa en el exterior. Agradecí el aire acondicionado del local. La Shamrock Tavern era una cervecería con la atmósfera del típico *pub* irlandés. El interior estaba decorado con elementos auténticos, como madera oscura, lámparas colgantes o vitrinas con fotos de paisajes pintorescos. En cuanto entré en el local, un distintivo aroma a madera mezclado con cerveza llenó el ambiente.

Decidimos sentarnos en los taburetes altos que había junto a la barra.

—¿Pedimos un par de Guinness? —pregunté.

—No, escucha: el otro día vine con unos amigos y tomamos unas Smithwick's Red Ale.

No tardó en explicarme qué tipo de cerveza era, nada más ver mi ceño fruncido.

—A ver, tranquilo, hombre que no sale de su zona de confort.

Media sonrisa burlona asomó en mi rostro al escuchar el apelativo. Cierto era que todo lo que supusiera salir de lo que conocía me generaba algo así como inquietud. Consideraba que la vida me había hecho ser así de precavido, por llamarlo de alguna manera.

—Es tostada y un poco amarga y te deja como un regusto a caramelo.

—¿A caramelo?

—Sí. Como el nombre de tu gato.

—¿Desde cuándo una cerveza sabe a caramelo?

Kevin sonrió ante mi escepticismo.

—Tú pruébala y luego me dices.

Suspiré.

—Está bien.

Mi amigo llamó la atención del camarero mientras este secaba unos vasos detrás de la barra. Dejó lo que estaba haciendo y se acercó amablemente hasta nosotros. Parecía no tener mucho más de veinte años. Kevin pidió las cervezas y, nada más ponerlas el camarero en la barra, me tendió la mía y me ofreció la suya para brindar.

—Por nosotros, amigo —propuso Kevin.

Choqué mi botellín con el suyo para después ambos darle un largo trago a la bebida. No me desagradó; el regusto dulce le daba un punto de consistencia.

—Bueno, ¿me vas a decir ahora qué cojones te pasa?

Tragué el líquido negando con la cabeza.

—A eso lo llamo yo ser directo.

—La vida no está para que perdamos el tiempo en dar rodeos.

Cogí aire y volví a darle un trago a la cerveza.

—Pues vas a tener razón en que está buena.

Mi amigo alzó las cejas un par de veces.

—Siempre tengo razón.

—Olvidaba que era amigo de don Perfecto.

—¿Es por ella? —Fue al grano.

—¿Cómo?

—¿Estás así por la chica de los correos?

Miré hacia el suelo y me mordí el labio inferior.

—Hace una semana estabas bastante contento con esos correos. ¿Qué ha ocurrido?

Tomé una bocanada de aire y la solté con calma mientras mantenía la mirada en mi amigo.

—Joder… Es que ni yo lo sé, Kev. Es todo… muy confuso.

—Si me hablas con tanto jeroglífico, va a ser imposible que te entienda. Así que dime de una jodida vez qué ha pasado.

Me tomé unos segundos para responder, lo miré a los ojos y confesé.

—La semana pasada hablamos por teléfono.

Mi amigo puso cara de póquer.

—¿Por teléfono? ¿Habéis pasado de nivel?

—Kev, por favor.

—Quiero decir, ¿habéis pasado de los correos a poneros voz? —Asentí—. ¿Y cuál es el problema?

—Pues que su novio apareció mientras hablábamos y ella colgó de repente.

—¿Y después?

—Después ¿qué?

—¿Habéis vuelto a hablar?

—No.

—¿Ni por correo?

Negué.

Mi amigo dio otro trago a la cerveza, para después quedarse mirándome como si estuviera pensando qué decir. Aproveché para hacer lo mismo que él y beber.

—Vale, ¿y puedo saber por qué no la has vuelto a llamar?

—Porque no es tan fácil, joder. Ella tiene novio. Y, aunque me sienta muy cómodo leyendo sus correos y el otro día conversando con ella…, no quiero que esto la perjudique con su pareja.

—Define «esto».

—¿Esto?

—Has dicho «no quiero que *esto* la perjudique», ¿a qué te refieres con esa palabra?

—Supongo que a nuestra amistad.

Mi amigo dio el último trago a la bebida y, con un par de gestos, le pidió otras dos al camarero.

—Leo, te conozco desde hace muchos años, y sé que eres un tipo cercano, empático y todo lo que tú quieras, pero lo eres solo con las personas a las que quieres, en las que confías. Porque siempre, de alguna manera o de otra, nos proteges. Sin embargo, lo que me parece llamativo es que seas así con alguien a quien conoces de tan poco tiempo.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que, a lo mejor, esa chica…

—Alice.

—Que, a lo mejor, Alice te importa más de lo que piensas.

Su afirmación hizo que todos los músculos de mi cuerpo se

pusieran en tensión.

—Yo… No digas tonterías. Si te refieres a que siento algo por ella, no es así.

—Tranquilo, no te pongas a la defensiva. ¿Me puedes explicar desde cuándo a ti te preocupan las relaciones con mujeres? Porque, que yo sepa, cuando has tenido alguna relación con otra chica, era lo que era y punto. Solo follabais.

—No lo estás entendiendo. —Me froté la frente con la mano, hastiado.

—Claro que lo estoy haciendo. Igual el que no está siendo sincero consigo mismo eres tú, Leo. —Kevin se recolocó en la silla—. ¿Por qué no le escribes? —Negué con la cabeza—. No te cierres tan pronto, joder. Solo escríbele, pregúntale cómo está y nada más. Eso no implica nada, Leo. Que yo sepa, un mensaje no conlleva un acta de matrimonio.

Me quedé reflexivo. Preguntarle cómo estaba no era nada inusual, pero si ella no se había comunicado conmigo durante esa semana, debía de haber una razón.

—Forzar las cosas no es la solución, Kev.

—Y vivir con miedo tampoco. Y, por desgracia, tú sabes mucho de eso.

Esa frase me llegó hasta dentro como una daga. El miedo era tan jodidamente paralizador… No le reconocí que la frase me dolió y me despertó a partes iguales. Haberlo hecho hubiera supuesto un alzamiento de su ego hasta niveles inmedibles, y eso habría desencadenado una serie de bromas que, en ese momento, no era capaz de disfrutar.

—Está bien —respondí—, lo haré.

24

ALICE

«Querida luna:

Hoy he recibido un mensaje de Leo. Un whatsapp. *Me ha llegado mientras estaba en el taller, tallando una de mis nuevas piezas de madera y cristal de mi proyecto* Lágrimas. *Ahora estoy en el jardín de casa, sentada en el balancín, fumándome un cigarro y mirándote. En el mismo en el que hablé con Leo aquella noche de mi cumpleaños, ¿recuerdas? Tú estabas presente.*

No me lo esperaba. No imaginaba que Leo volviera a ponerse en contacto conmigo, después de haberle colgado de esa manera. Pero no tuve otra opción. Haber seguido hablando habría complicado mucho más las cosas de lo que ya estaban.

Cuando escuché la notificación del mensaje pensé que el remitente podría ser Cole. Llevaba toda la tarde escribiéndome para preguntarme si habían salido las notas del examen y yo, como una cobarde, no le había respondido. Tampoco sabía cómo hacerlo. Esta mañana han sido los exámenes del máster, a los que evidentemente no me he presentado. Lo difícil viene ahora, cuando tenga que decírselo. Pero ¿sabes qué, luna? Que el corazón me ha latido como una quinceañera cuando he descubierto que la notificación era de él. De Leo.

El contenido del mensaje era bastante escueto. Solo un "Hola, Alice, solo quiero saber si estás bien". Ocho palabras que me han dicho más que un libro entero.

Responder a su pregunta no era complicado. No estaba bien.

Ya sabes que mi relación con Cole no funciona desde hace bastantes meses, y ha empeorado desde la celebración de mi cumpleaños.

Ambos estamos raros, aunque creo que yo algo más. No me gustó cómo me trató, pero tampoco valoré su esfuerzo por prepararme la fiesta e intentar que yo tenga un futuro más feliz.

Aún no he respondido al mensaje de Leo, y, la verdad, no sé si debo hacerlo. Porque querer, quiero, pero no sé si debo.

Aun con todo, esta semana he echado de menos sus correos, ¿sabes? De hecho, en algún momento me he sorprendido releyendo algunos. Obviamente, eso implica demasiado, pero negármelo lo hace todo más fácil.

Y su voz… Su voz quedó grabada en mi memoria. Recuerdo cómo sonaba, su tono y sus inflexiones. No puedo evitar asociarla con los correos y con la conexión que hemos compartido.

Así que, luna, aquí me tienes, mirándote mientras reflexiono si vale la pena

complicarse la vida en este momento».

25

ALICE

Mientras permanecía sentada en el balancín, no paraba de releer el mensaje que Leo me había enviado. La noche era estrellada, con una agradable temperatura que invitaba a disfrutar del aire fresco. El cielo se encontraba despejado y las estrellas brillaban con intensidad, creando un espectáculo celestial que no pasaba desapercibido.

Cole aún no había llegado a casa, algo habitual teniendo en cuenta los horarios que manejaba en su trabajo. Mis pensamientos, en ese instante, se debatían entre cómo decirle que no me había presentado al máster y que lo que él quería para mí no era lo mismo que yo deseaba. Y, por otro lado, pensaba en contestar a Leo.

Puse el teléfono sobre el cojín que quedaba a mi lado, me levanté y me dirigí hacia el interior de la casa para coger de la cocina una botella de agua y el tabaco que descansaba dentro de mi bolso. De vuelta al jardín, me senté en el mismo sitio, di un trago a la bebida, me encendí un cigarro y, tras mirar a la luna y sonreírle, decidí responder a Leo. Tenía que tragarme toda la vergüenza, y, por lo menos, aunque no volviéramos a hablar nunca más, no podía hacer que nuestra peculiar amistad terminara colgándole el teléfono sin darle más explicaciones.

Miré la pantalla y me fijé en su foto de perfil. Una gorra negra, colocada de frente, con una inicial grande bordada en color blanco, la A.

Pensé en qué ponerle. En el fondo, me sentía algo avergonzada por la forma en la que había dado por finalizada la llamada. Yo sabía a qué situación me enfrentaba en el momento en el que Cole salió y me vio hablando con Leo. Pero este solo conocía la punta del iceberg, y era comprensible que mi reacción, para que Cole no supiera con quién hablaba, dejara a Leo desconcertado.

Medité varias maneras de redactar el mensaje; sin embargo, tras borrar dos veces lo que había escrito, fui consciente de que quizá le estaba dando más vueltas de las necesarias a algo que debería ser más sencillo. Así que me lancé a escribir casi con los ojos cerrados.

> *Hola, Leo. Lo primero de todo, quiero pedirte disculpas por cortar la llamada de la manera en que lo hice. No supe reaccionar. Lo siento. Por aquí, todo como siempre. Sin cambios. Espero que tú estés bien. Un saludo.*

Le di a *«Enviar».*

Di la última calada y exhalé el humo hacia arriba. No había sido tan difícil. Apagué el cigarro en el cenicero de pie que teníamos en el jardín y me levanté para lavarme los dientes y ponerme el pijama. Estaba segura de que Cole no tardaría en llegar.

Según estaba terminando de enjuagarme, escuché la puerta de la calle.

Cole.

Y la respiración se me aceleró. Era el momento de defender lo que yo quería.

—¿Alice? —La voz de Cole sonó brusca.

—Estoy aquí, en el lavabo —dije mientras colocaba el cepillo de dientes en su lugar y me secaba la boca con la toalla.

No tardó ni diez segundos en plantarse ante la puerta del baño y dar dos sonoros golpes con los nudillos.

—Sal —ordenó.

—Voy enseguida

—No, enseguida no. Ya.

La situación no pintaba bien. No venía muy contento del trabajo, y cada vez que pasaba eso la situación se ponía bastante tensa, porque solía pagarlo conmigo.

Tragué saliva y exhalé con contundencia el aire contenido en los pulmones antes de salir.

Abrí la puerta lentamente, esbozando una sonrisa forzada, pero él no respondió de la misma manera.

—¿Qué tal, Cole? —dije mientras me acercaba a darle un beso que rechazó apartándose un par de pasos hacia atrás.

Su rictus era serio, con una expresión de determinación y seriedad que me hizo sentir nerviosismo. Sus ojos, fijos en mí, con una mirada intensa y penetrante, transmitían cierta agresividad. Me encontré atrapada en su mirada, sintiendo cómo sus ojos parecían escudriñar mis pensamientos en busca de respuestas o señales.

Era evidente que había algo más detrás de esa mirada violenta. Sin embargo, en ese momento parecía una advertencia silenciosa, como si me dijera que no debía cruzar ciertos límites o desafiar su autoridad.

—¿No tienes nada que contarme? —Sus labios apretados daban muestra de la tensión que traspasaba el aire.

—No sé a qué te refieres, Cole.

—¿No sabes a qué me refiero? —Bufó y sonrió con desprecio para después volver a ponerse serio—. No me toques los cojones, Alice. ¿Me tomas por tonto?

—¿Quieres que vayamos al salón y nos sentemos?

Estábamos uno frente al otro, en el estrecho y oscuro pasillo, únicamente iluminado por la luz que salía del baño.

Fui a dar un paso para adelantarme e ir al salón con la única intención de poner espacio y aire entre nosotros. Pero no me lo permitió. Me empujó contra la pared del pasillo. No me lo esperaba. Se me cortó la respiración ante su acción. Mi espalda rebotó contra la pared, aunque intenté poner las manos para frenar el golpe.

—Cole, ¿qué estás haciendo? —pregunté con miedo y con un hilo de voz.

—¡¿Tú te crees que yo soy gilipollas o qué?! —Alzó la voz—. ¡¿Tú piensas que podrías seguir engañándome durante más tiempo?! —Lo sabía. Cole sabía lo de mi ausencia en el máster—. Pues que sepas —dijo, acercándose despacio hasta mí, señalándome con el dedo índice— que lo sé todo. Todo. ¿Me oyes?

—Déjame que te lo explique, por favor.

—¡No tienes que explicarme nada! ¡Eres una zorra! —gritó con vehemencia mientras me ponía la mano en el cuello—. ¿Te puedes creer que me he pasado por la academia y nadie te conocía? ¡Nadie!

—Cole, me estás haciendo daño —musité casi sin voz, poniendo mis manos sobre las suyas con intención de apartarlas.

Pero no podía, él tenía mucha más fuerza que yo.

—¿Daño? ¿Yo a ti? —Apretó un poco más—. Esto no es hacerte daño. Te lo aseguro.

—Cole —tosí—, no puedo respirar.

Sus ojos desprendían odio, los tenía inyectados en sangre. Su aliento era el único aire que me llegaba. No aguantaría mucho más si no me soltaba.

—No eres nadie, ¿sabes?, ¡nadie! Vas a estar sola toda la puta vida, porque no vales nada. No vales para nada —maldijo entre dientes—. Te crees escultora cuando todo lo que haces es una jodida mierda. Madura de una puta vez. No me extraña que tus padres no te quisieran. Eres un ser despreciable.

Y me soltó. Cogí aire por inercia y me coloqué las manos en el cuello, como si así fuera a entrar más rápido. Me puse de rodillas, porque estaba mareada, y con la mirada en el suelo vi cómo los pies de Cole giraban y marchaban hacia el salón. Y después de unos segundos, oí un portazo.

Empecé a llorar con desesperación mientras intentaba volver a recuperar la respiración y el aire en mis pulmones.

26

Leo

Tras salir de la Shamrock Tavern con Kevin, me dirigí a casa de mi madre. Al abrir la puerta, me recibió Olive de manera solícita, como hacía siempre. Era una mujer de mediana edad que vivía interna en casa de mi madre desde que ocurrió la desgracia, y siempre había cuidado muy bien de ella. Me adentré en el salón y vi a mi madre sentada en la mecedora, escuchando de nuevo un audiolibro. Me acerqué hasta allí y, cuando notó que alguien salía a la terraza, giró el rostro. Al verme, sonrió.

—Cielo —susurró.

—Hola, mamá —saludé, depositando un beso en su sien—, ¿cómo estás?

Apagó el dispositivo donde escuchaba el libro y lo puso sobre sus piernas con sus manos encima.

—Estoy escuchando esta novela. Me la ha recomendado Olive, ¿sabes?

—Me alegro. ¿Y te está gustando?

—No mucho, la verdad —dijo, arrugando la nariz—, pero no se lo digas a ella: no quiero que se sienta mal.

—No te preocupes. No diré nada.

Mi madre cogió aire y suspiró mirando al frente, tenía aspecto de cansada.

—¿Estás bien, mamá?

Como respuesta ella miró unos segundos al cielo, sonrió y después volvió la mirada hacia mí.

—Esta noche he soñado con ella.

—¿Con quién?

Sabía perfectamente a quién se refería, pero la pregunta surgió como un impulso. Tal vez también lo hiciera para ganar algo de tiempo antes de enfrentarme a la conversación que se avecinaba.

—Con tu hermana. —Miró al frente—. Las dos caminábamos por un campo repleto de amapolas. Íbamos cogidas de la mano y ella se empeñaba en tirar de mí para correr juntas. Le insistía en que no corriera y apretaba su mano con más firmeza. —No podía apartar la mirada de los ojos de mi madre, que brillaban vidriosos mientras recordaba aquel sueño—. Y éramos felices, ¿sabes, Leo? —musitó con un hilo de voz a punto de derrumbarse mientras buscaba mi mirada.

Tenía un nudo en el estómago en ese momento. Cualquier palabra que pronunciara me rompería en mil pedazos.

Acerqué la silla donde estaba sentado hacia mi madre y la cogí de las manos, lo que me dio unos segundos de ventaja antes de decir algo. Por más tiempo que pasara, lo que ocurrió ese día no lo superaríamos nunca, en especial ella, mi madre.

—Mamá, estoy seguro de que Ayla también sueña contigo. Y que cuando lo hace es feliz.

¿Qué podía decirle? ¿Que me cambiaría por mi hermana Ayla? ¿Que preferiría haber sido yo y haber dejado a mi hermana disfrutar de la vida? Se fue demasiado pronto.

—¿Te apetece que salgamos a dar un paseo? Hace buena tarde.

—Claro, cielo. Deja que me prepare y nos vamos.

Salimos a dar una vuelta por un parque que quedaba cercano a su casa. Era un lugar tranquilo con caminos por donde transitar con serenidad. Ella iba cogida de mi brazo, y ambos disfrutábamos del paseo cuando le hablé de mis vacaciones.

—Mamá, estoy pensando en irme un par de días dentro de unas semanas. Pero no te preocupes, porque será cerca y regresaré antes si me necesitas.

—Cariño, ¿cómo vas a irte solo un par de días? Vete el tiempo que necesites y quieras. Tienes que descansar y desconectar. Yo voy a estar bien.

—Pero, mamá…

—Escúchame, Leo —me interrumpió, y detuvo el paso para colocarse frente a mí y mirarme—: no puedes pasarte la vida pendiente de mí. Debes salir, conocer gente, disfrutar. Eres muy joven, cariño.

—No puedo disfrutar cuando…

—Tienes veintiocho años. Jamás en la vida me perdonaría que por mi culpa no disfrutaras del tiempo que tienes para ti. A tu hermana le arrebataron el suyo y ya sufrimos bastante por ello, así que hazlo por ella y por mí. Olive va a estar aquí conmigo. No voy a estar sola.

La miré a los ojos. Era tan frágil… Su vida era tan frágil… Todo en ella lo era.

Negué con la cabeza, mirando al cielo, y suspiré con fuerza, para después volver a buscar su mirada.

—Está bien —acepté—, pero prométeme que me vas a llamar si me necesitas.

—Cielo, yo te voy a necesitar siempre, pero eso no quiere decir que tengas que dejar tu vida de lado. Tú disfruta. Además, pronto va a ser tu cumpleaños. Sal y despéjate, ¿de acuerdo? Así es como estarás más cerca de mí.

—¿Estás segura?

—Más que nunca, mi vida.

Continuamos paseando un rato más. Me habló un poco más del audiolibro que escuchaba y de la funda que ya había acabado de confeccionar para el cojín de su habitación. Me aliviaba saber que, poco a poco, iba recuperando la ilusión por pequeñas cosas, como estaban siendo la lectura y la costura.

Una vez en su casa, me despedí de ella con un abrazo, prometiendo que iría a verla antes de marcharme.

Cuando volví a mi apartamento, fui directo a darme una ducha y a ponerme ropa cómoda. Había sido un día largo e intenso.

Después salí a la terraza y me senté a tomarme una cerveza.

Miré a la luna. La noche ya era cerrada y se podía disfrutar de ella en su plenitud. Entonces, me acordé de ella. Le había escrito nada más salir de la Shamrock Tavern, antes de llegar a casa de mi madre. Sin embargo, no había obtenido respuesta.

Deposité el teléfono en la mesita de la terraza y me recosté en la silla mientras terminaba de disfrutar de mi cerveza.

Pensé en mi madre. En su fragilidad. En las imágenes que debía de tener en la cabeza continuamente. Y en sus palabras. En la sinceridad con que me las dijo.

Y, aunque me costaba mucho marcharme unos días a más distancia que a diez minutos, volví a coger el móvil para buscar un lugar donde desconectar. Aunque intentara negármelo, ella tenía razón en cuanto a que debía despejarme. Pero me daba pánico que ocurriera algo y yo no estuviera cerca para evitarlo.

No habían pasado más de quince minutos mientras elegía un lugar donde irme cuando un mensaje de WhatsApp me saltó en la pantalla. Alcé las cejas. Era ella. Alice.

No dudé ni un segundo en dejar lo que estaba haciendo para leer su respuesta.

> *Hola, Leo. Lo primero de todo, quiero pedirte disculpas por cortar la llamada de la manera en que lo hice. No supe reaccionar. Lo siento. Por aquí, todo como siempre. Sin cambios. Espero que tú estés bien. Un saludo.*

No supe muy bien cómo interpretar sus palabras. La primera y última vez que habíamos hablado por teléfono se mostró triste, y el mensaje no era mucho más halagüeño. Si me lo tomaba al pie de la letra, el *«como siempre»* y el *«sin cambios»* no presagiaban nada positivo.

Me quedé pensativo, aunque quisiera negármelo; Alice me caía bien, no sabía si me importaba tanto como aseguraba mi amigo Kevin, pero era evidente que era alguien que no había pasado desapercibida en mi vida.

Dejé el móvil en la mesita de fuera y me fui a la cocina, me serví un vaso de leche fría y me dirigí al salón. Me senté en el sofá y fijé la mirada en la foto que tenía en la estantería. Ahí estábamos los tres, sonriendo, bajo un cielo azul y un sol resplandeciente. En ese momento dábamos por hecho que brillaría siempre. Y que nos protegeríamos unos a otros del calor. Pero no fue así. La tormenta nos estalló en la cara y no nos dio tiempo a reaccionar. Y es que la vida marca los tiempos, y no somos nadie para poder adelantar o retrasar la hora.

27

ALICE

Esa noche Cole no vino a dormir a casa. Tras el enfrentamiento, estaba tan aterrada que me sentía perdida, sin saber qué hacer. Estuve mucho tiempo en el suelo, apoyada en la pared del pasillo, con las manos en el cuello, intentado asimilar qué era lo que había ocurrido. Qué era lo que se le había pasado por la cabeza a Cole para reaccionar de manera tan violenta hacia mí. Era la primera vez que actuaba así conmigo.

Lo esperé. Y lo hice sentada en el sofá. Esperé el sonido de las llaves encajando en la cerradura, esperé el ruido de un fuerte portazo. Pero nada. Silencio. Solo silencio.

Y es que el silencio puede ser el peor ruido que se puede llegar a escuchar, pues se agudiza el eco de la soledad que deja espacio para que los pensamientos más oscuros y los temores más ocultos resurjan con fuerza. En su sutil pero ensordecedor murmullo el recuerdo se convierte en un recordatorio constante de lo que se ha perdido o lo que aún no ha sido encontrado. Alimenta incertidumbres y desencadena tormentas emocionales. En ocasiones, se transforma en el eco de oportunidades perdidas, de palabras no dichas y de momentos que nunca se materializaron. Nos enfrenta con nuestra propia vulnerabilidad, con nuestros miedos más profundos. Por lo tanto, es esencial reconocer su poder y aprender a apreciarlo como un aliado, un espacio para reflexionar y hallarnos a nosotros mismos.

No probé bocado a lo largo de toda la mañana. Tenía el estómago cerrado, y no paraba de darle vueltas a lo que había sucedido la noche anterior.

Muy a mi pesar, yo había hecho algo que había puesto a Cole al límite. Había sido una cobarde al no contarle desde el principio que lo que él me ofrecía para mi futuro laboral no era lo que yo

visualizaba. Estaba segura de que él solo quería lo mejor para mí, y le había decepcionado. No había sido capaz de estar a la altura de lo que suponía ser pareja de alguien como él. Un hombre inteligente, formado, de buena familia, responsable y con un prometedor futuro.

Lo había engañado. Le había dicho que acudía a las clases y que iba a estudiar a la biblioteca cuando lo que en realidad hacía era ir a trabajar en mis esculturas e ir a ver a Nana. Quizá Cole tenía razón y mi futuro estaba en otro lugar que no involucraba la escultura. Tal vez estaba en lo cierto al considerarlo solo un pasatiempo y que estaba desperdiciando mi vida en un capricho sin futuro.

Estaba siendo una desagradecida con él. Primero, la celebración del cumpleaños, y luego, eso. Cole no me merecía.

Y por otra parte estaba Leo. Confesarle aquello sí que habría puesto más furioso a Cole. Así que preferí buscar otro momento para contárselo. Lo más sensato sería cortar todo contacto con Leo y permitir que una distancia se interpusiera entre nosotros. Centrarme más en Cole. Estaba segura de que así todo iría mejor en nuestra relación.

A lo largo de la tarde Nana me llamó, pero preferí no coger el teléfono, ya que no me encontraba demasiado bien como para fingir una serenidad que no experimentaba. Además, ella tenía el sexto sentido de enterarse de todo lo que me ocurría simplemente escuchando mi saludo tras descolgar el teléfono. No le hacía falta ni ver mi expresión. Ella me había advertido de que tendría que haberle contado antes lo de los estudios a Cole, y, al final, estaba en lo cierto. Habría sido mejor que el hecho de que él lo hubiera descubierto por otras personas.

Eran como las diez de la noche cuando, aún sentada en el sofá, escuché las llaves introduciéndose en la cerradura. Me incorporé. Me tensé. Tragué saliva al tiempo que escuchaba cómo se abría la puerta para luego cerrarse despacio. No hubo portazo. No hubo ruido.

Me levanté y me asomé al *hall* de entrada. Cole entró serio, con la camisa medio desabrochada y aspecto cansado.

Me puse delante de él, nerviosa, entrelazando mis manos sin saber muy bien qué hacer con ellas. El corazón me iba a mil por hora.

Puso las llaves y el móvil sobre el aparador de la entrada y dio un par de pasos hacia mí. Miró las marcas que había dejado su presión en mi cuello la noche anterior. Frunció el ceño y me miró con pena.

—Lo siento.

—Hola —musité.

Acercó sus dedos hasta mi cuello y, con las yemas, recorrió las marcas de su acción. Cerré los ojos mientras cogía aire. Me tocó con la delicadeza que no utilizó la noche previa. La piel se me erizó, pero no en el sentido sexual de la palabra. Ese contacto no era lo que yo me esperaba.

—Perdóname —volvió a disculparse—, no sé qué me pasó.

Y me besó. Me besó primero en los labios y después en las marcas para, poco a poco, ir dejándonos llevar hasta despojarnos de toda la ropa. Fuimos sin despegar nuestros labios hasta la habitación. Una vez allí, me tumbó sobre la cama e hicimos el amor. Fue más delicado que otras veces. No paraba de decir «lo siento» cada vez que depositaba un beso en una parte de mi cuerpo. Se le notaba profundamente arrepentido.

Después de hacer el amor, nos quedamos acurrucados en la cama, mi cabeza sobre su pecho y su brazo sobre mi hombro. Estuvimos en silencio unos minutos hasta que él lo rompió.

—Te perdono —dijo—. Entiendo que estuvieras insegura por la dificultad del curso. —No dije nada—. Al fin y al cabo, no estás acostumbrada a niveles tan altos de formación y te entró el miedo. Pero no pasa nada. Ayer fui a disculparme con la academia y, gracias a mis contactos, la próxima semana empiezas de nuevo la formación. —Me tensé. Apreté la mandíbula—. ¿No dices nada?

Un nudo se agarró a mi estómago. Yo no quería eso para mí, pero, cuando había intentado decírselo no había reaccionado bien. Así que asumí que parte de mi futuro dependía de dar un primer paso. Hacer ese curso no me motivaba en absoluto, pero debía hacerlo por él y por salvar nuestra relación.

28

LEO

«Hola, Alice.

Se me hace raro volver a escribirte un correo después de estos días sin hacerlo y tras haber hablado contigo por teléfono. Hace varios días que recibí tu whatsapp, *pero no había encontrado el momento para responderte. Además, prefería hacerlo por aquí. Ya sabes, recordando buenos tiempos.*

Solo quiero saber qué tal estás. Aunque en tu mensaje decías algo como que todo iba como siempre, sin cambios; después de la conversación que tuvimos por teléfono, no es que esa afirmación me deje demasiado tranquilo, pero confío en que todo mejore. Te lo mereces.

Me voy unos días a la costa, a Avelbrook. He alquilado allí una pequeña cabaña en un resort para desconectar. No me voy muy convencido por mi situación personal, pero creo que mi madre también necesita que lo haga. Es complicado.

Un saludo».

29

ALICE

Estaba en el taller cuando recibí el correo de Leo. El corazón me dio un vuelco. Menos mal que no estaba con Cole. Probablemente, me hubiera preguntado quién me había escrito, y yo no habría sabido qué responder.

Cole me había llevado hasta el taller porque le dije que quería recoger unas cosas, antes de ponerme en serio con los estudios. No le había dicho que las tardes en las que se suponía que estaba estudiando estaba creando. Tampoco me preguntó, aunque presentía que tarde o temprano lo haría. Me dijo que en dos horas me recogería en el taller para regresar a casa. Le propuse que podía ir con mi coche, pero estaba tan atento y cariñoso conmigo que me dijo que después podíamos ir a cenar juntos. A pesar de que, en algún momento, se me pasó por la cabeza que Cole desconfiara de mí. Parecía otra persona. Nada que ver con el Cole que había reaccionado de esa manera violenta conmigo.

Saqué un cigarro y lo encendí, y el humo me fue devolviendo a la realidad. Dirigí mi mirada de nuevo al móvil que reposaba en la mesa, junto al paquete de cigarrillos, y me mordí el labio. ¿Qué escribiría Leo en ese correo?

Me podía la curiosidad. Sin embargo, no lo leí. Había tomado la decisión de poner distancia entre nosotros para centrarme en mi relación, y, si abría el correo y lo leía, incumpliría mi propia promesa. Debía centrar mis pensamientos en Cole y en mí. Esa era mi prioridad.

Mientras recogía algunos materiales para llevarlos de nuevo a casa de Cole, me resultó extremadamente difícil mantener la calma. El correo de Leo y la oferta que Cole me hizo de volver a inscribirme en la formación no dejaban de dar vueltas en mi cabeza. Lo peor era que, en ocasiones, cuando pensaba en un futuro mejor con Cole, se

me apretaba el estómago y se me hacía un nudo en la garganta. ¿Era realmente lo que quería hacer?

Vi la última pieza en la que estaba trabajando y me senté junto a ella. La acaricié y pensé que podría venirme bien seguir dándole forma. Pero no avanzaba, parecía como si estuviera esperando a que cayera la inspiración del cielo, pero nada de eso pasaba. Me sentía como en un mar de dudas y pensamientos confusos, sin saber bien qué decisión tomar.

Decidí no trabajar más y pensé en ir a ver a Nana; no le había respondido a la llamada la tarde anterior y ni ella ni yo habíamos intentado ponernos en contacto. Ella me estaba dando mi espacio.

Eran casi las siete de la tarde y, en algo más de una hora, Cole vendría a buscarme, así que, tras recoger lo que había utilizado en el taller, lavarme la cara y las manos, cogí el bolso, salí y crucé la calle de camino al portal.

Yo tenía llaves, porque continuaba manteniendo el piso, aunque apenas subía, así que la introduje en la cerradura y abrí el portón.

El umbral desprendía un aroma peculiar, un perfume limpio y fresco que me envolvía. Era un olor inconfundible, el aroma que me conectaba con el lugar y me hacía sentir como en casa. Porque, a fin de cuentas, ese lugar había sido mi refugio tras el fallecimiento de mi abuela Eleanor. Y a pesar de la rabia que me producía admitirlo, lo sentía más hogar que aquel que compartía con Cole.

Subí las escaleras, y una vez en el descansillo, frente a la puerta de Nana, llamé al timbre. Me abrió con una sonrisa.

—Benditos los ojos —saludó. Me hizo pasar y se dirigió hacia el salón.

—Buenas tardes a ti también, Nana.

Cerré la puerta y acudí junto a ella. Se había sentado en el sofá. Me acomodé a su lado y ella apagó la televisión.

—Ay, hija, una ya está harta de todo. Nada más que informativos con malas noticias, películas tristes o programas que no entiendo.

Sonreí.

—¿Qué tal, Nana?

Cogí su mano.

—No, cariño, ¿qué tal tú?

¿Yo? ¿Cómo le decía que estaba? ¿Mal, después de lo que pasó con Cole? ¿Bien, tras sus disculpas y su preocupación por mí? Antes de salir de casa me había puesto un pañuelo en el cuello para esconder las marcas. No quería preguntas ni malinterpretaciones. Agradecí llevarlo puesto.

—Bueno, eeeh…, algo cansada.

Ni bien ni mal. Tirando por la tangente.

Nana me observaba sin pronunciar palabra, y eso me convertía en una persona tremendamente vulnerable, porque sabía leerme la mirada.

—¿Todo bien, hija?

Dejé escapar su mano y entrelacé las mías mientras bajaba la mirada en señal de recogimiento. No podía mentirle. A ella no.

En ese momento fue ella la que recogió mis manos entre las suyas. Se acomodó frente a mí y, al alzar la mirada, vi que tenía sus ojos fijos en los míos.

—Sabes que puedes contármelo todo, ¿verdad?

Tragué saliva. ¿Qué le decía? ¿Qué quería compartir con ella? Y, sobre todo, ¿cómo abordarlo? Me tomé un instante para reflexionar sobre lo que realmente deseaba contarle, hasta dónde estaba dispuesta a llegar.

—Ayer Cole y yo discutimos.

—Ay, cariño —suspiró de manera condescendiente—, ¿qué pasó?

—Digamos que se enteró de que no estaba cursado el máster.

Chascó la lengua negando con la cabeza.

—¿Se lo contaste tú?

—Ojalá. Fueron los de la academia.

Nana me miró interrogante. Estaba segura de que por su cabeza pasaban infinidad de preguntas que no sabía si estaba preparada para responder. Ni siquiera sabía si quería hacerlo.

—¿Cómo se lo tomó él? —Nana siempre tan prudente.

Miré al frente y me humedecí los labios antes de responder.

—Mal.

—Ya.

—Supongo que es una reacción normal ante un engaño. —Nana esperó a que yo dijera algo más—. A fin de cuentas, él pone toda su

buena intención y yo…

—¿Y tú?

—Yo solo lo estropeo todo.

—Eso no es cierto.

—Claro que lo es, Nana.

Ella apretó mis manos y cogió aire antes de responder.

—Alice, mírame —lo hice—; tengo muy poca experiencia en relaciones. Bueno, eso ya lo sabes. En mi vida solo he estado con un hombre, pero fue un buen hombre que sabía escuchar. Que sabía escucharme. No solo me miraba. Me conocía. Tanto como para saber que me gustaba tomarme una taza de té antes de irme a dormir, o que me daban miedo las arañas, o que el café me gustaba sin azúcar o que me ponía nerviosa el traqueteo del tren —suspiró sin dejar de mirarme—; con esto quiero decir que en las parejas la comunicación es muy importante, cariño.

—Supongo que lo dices porque debía habérselo contado, ¿es eso?

—No, querida. Simplemente, me gustaría que le comunicaras qué deseas y qué no en tu vida. Es importante que reconozcas y comuniques lo que quieres, tus metas, tus sueños y también tus límites y lo que no estás dispuesta a aceptar. Una comunicación abierta y sobre todo honesta, no solo con él, sino también contigo misma.

No podía contarle que Cole se había mostrado agresivo conmigo. Nana no se lo merecía. Ella me quería, y yo sabía que todo lo que me decía era por mi bien, pero me estaba revolviendo toda esa verdad. Eso era lo que tendría que hacer, pero lo más probable fuera que mi sinceridad terminara con nuestra relación, y ya había cometido suficientes errores.

Las dos nos mantuvimos unos minutos en silencio, cogidas de las manos, pero sin mantener contacto visual. Al menos, yo no lo hice. Preferí mirar al suelo e intentar digerir lo que Nana me había dicho.

—¿Quieres que te prepare una infusión o un café?

—No, Nana, no te preocupes. He de irme.

No me molesté en esconder mi tono derrotado y mi gesto apocado. Nana había dado en el clavo. Quizás, sus palabras me hicieron vislumbrar una verdad que merecía ser reconocida. Tal vez debía

atreverme a confesar a Cole que mi corazón deseaba entregarse por completo al arte de la escultura.

Ella no insistió más; era evidente que valía más por lo que callaba que por lo que decía. Me acompañó hasta la puerta y nos despedimos con un abrazo.

Bajé de nuevo al taller y llené un par de bolsas de material que guardaría en el trastero de casa de Cole.

Mientras esperaba que él llegara para recogerme, estaba nerviosa. Sabía que no iba a ser una conversación fácil, pero, al menos, debía hacer el intento y comenzar a luchar por algo que en muchas ocasiones me había rescatado de un gran sufrimiento.

Salí del taller al ver su coche aparcado en doble fila. Y lo hice inquieta pero decidida. Me acerqué hasta al coche, guardé las bolsas en el maletero y me dirigí a abrir la puerta. Cole me recibió con una sonrisa y un casto beso en los labios.

Me acomodé, me puse el cinturón y, cuando el coche empezó a moverse, me giré hacia él y dije:

—Cole, tenemos que hablar.

30

LEO

«Buenas tardes, Alice.

Solo quería saber cómo estás, ya que hace una semana que te escribí, y al no tener respuesta…

Espero que vaya todo bien.

Un saludo».

DOS DÍAS DESPUÉS

«Hoy he estado en la cafetería y no paraba de mirar a ver si estabas escondida tras un periódico y unas gafas de sol. No te he visto».

CUATRO DÍAS DESPUÉS

«¿Sabes? Aunque me cueste reconocerlo, echo de menos nuestras conversaciones a ratitos.

Por cierto, hoy es mi cumpleaños».

SIETE DÍAS DESPUÉS

«Mañana me voy de vacaciones. A una pequeña cabaña en Avelbrook, aunque creo que eso ya te lo dije. Me han dicho que hay unas vistas preciosas de la luna todas las noches. Y que hay cabañas libres. No sé…, quizá te apetezca desconectar unos días.

OCHO DÍAS DESPUÉS

«Salgo ahora camino de Avelbrook.

Cuenta conmigo para lo que necesites, Alice. Por capítulos. Del

tirón. O a ratitos».

Segunda parte

31

Leo

El trayecto hasta Avelbrook se me hizo largo. De hecho, paré una vez para tomar un café en un restaurante de carretera. Hacía mucho tiempo que no me iba unos días fuera. Avelbrook estaba a menos de un par de horas, y, aunque pudiera parecer poca distancia, para mí era un mundo. Separarme de mi madre me generaba angustia.

Cuando vislumbré la costa, cogí aire para después exhalarlo lentamente. Hacía mucho tiempo que no disfrutaba de vistas así. No tardé en encontrar el resort; estaba bien indicado, y me gustó que estuviera alejado del centro, como un oasis en medio del desierto.

Estacioné el coche y salí. Abrí el maletero y extraje la maleta con ruedas. La arrastré hasta la recepción, pero antes de entrar dediqué un momento a observar el entorno. Las pequeñas cabañas del complejo estaban alineadas, con terrazas privadas que se asomaban al mar. No eran numerosas. Todo parecía tranquilo, un lugar alejado de la civilización, justo lo que estaba buscando. Era como un reflejo de mí mismo: solitario y en calma.

Entré en la recepción y, después de completar el proceso de registro, un joven muy amable me acompañó hasta mi cabaña, la número cinco. La puerta se desbloqueó al pasar una tarjeta por el tirador, y una pequeña luz verde se encendió, indicando que podía entrar.

El chico, de manera cortés, se retiró después de proporcionarme instrucciones detalladas sobre la cabaña, para dejarme solo en mi nuevo alojamiento. Ante mí se abría una habitación con un agradable aroma a madera, como si estuviera inmerso dentro de un bosque.

Tan pronto como entré, llamó mi atención la amplia cristalera que daba a la terraza. A la izquierda, una espaciosa cama de matrimonio estaba flanqueada por dos mesillas y, frente a ella, una puerta daba

acceso al baño. Me alegré de ver que contaba con una bañera de hidromasaje, un toque que añadía comodidad a mi estancia.

Justo al lado de la cama había un sofá de dos plazas, junto al que deposité la maleta. Frente a él, en la pared, una televisión de gran tamaño suspendida en la pared. Había un reducido rincón que albergaba una cocina compacta, equipada con una pequeña nevera, un par de fogones, un microondas y una cafetera, aprovechando al máximo el espacio disponible. No tenía intención de cocinar; había contratado el todo incluido, con la opción de comer en el restaurante o que me lo trajeran a la habitación.

Salí a la terraza. Allí había dos sillas de mimbre y una mesa de madera en la que encontré un plato con frutas y un vaso de zumo natural como obsequio de bienvenida, junto con una tarjeta que decía: *«Bienvenido, señor Tinsley. Esperamos que disfrute de su estancia».*

Cogí una uva y me la metí en la boca mientras me deleitaba con el escenario que tenía enfrente. El mar. Una pequeña playa a pocos metros de mí. Olor a salitre, el rumor de las olas… No fui consciente de lo que necesitaba aquello hasta que me vi allí.

Una vez dentro, procedí a deshacer mi maleta. Con cuidado, coloqué cada prenda de ropa en su respectivo lugar, organizando el armario y los cajones. Luego, llevé los productos de aseo y los coloqué en el baño, en la balda del espejo y el armario bajo el lavabo.

Salí nuevamente al exterior y llamé a mi madre. Quería asegurarme de que supiera que había llegado bien, y también aproveché para preguntarle cómo estaba. Me preocupaba que mi distancia pudiera afectar a su salud. La conversación transcurrió en un tono agradable y pude escucharla bien, lo que me tranquilizó, viendo que estaba en calma y que, *a priori,* mi ausencia no le afectaba negativamente.

—Disfrútalo, cariño.

—Lo intentaré, mamá.

—Hazme caso. Ahora estás allí, y solo tú puedes disfrutar de ese lugar y de ese momento. Te lo mereces.

—¿Tú estás bien?

—Claro que sí, mi vida.

—Ya sabes que…

—… que, si ocurre algo, te llamaré —me interrumpió con cierta burla—. Lo sé. Me lo has repetido muchas veces. —Escuché un suspiro al otro lado del teléfono—. Tú solo piensa en ti mismo, Leo; haz lo que te apetezca en cada instante. Sin pensar en nada más que eso. No en lo que vendrá después. El ahora es muy importante, cariño.

—Gracias, mamá.

—Cuídate, mi vida.

—Tú también.

Tras colgar el teléfono con un nudo en la garganta, me di una ducha rápida y me puse cómodo. Un pantalón corto negro de deporte y una camiseta blanca de manga corta.

Comprobé mis correos para ver si Alice había respondido, aunque era innecesario, ya que mi teléfono sonaba con cada correo nuevo, pero lo hice de todas formas. No encontré ninguna respuesta. No había rastro alguno de ella en mi bandeja de entrada.

Por la tarde me fui a nadar a la piscina. Al ser tan pocas cabañas, apenas había nadie, lo cual me dejó espacio para hacer unos cuantos largos con tranquilidad. Salí agotado del agua, me di una ducha para quitarme el cloro y volví a la cabaña. Me puse ropa seca y solicité al restaurante que me trajeran la cena. Me apetecía disfrutar del silencio, del momento, en la terraza, frente al mar. El ahora, como me había aconsejado mi madre.

Mientras cenaba, releí los últimos mensajes que le había enviado a Alice. ¿Por qué no me habría respondido? El último contacto que había tenido con ella había sido a través del mensaje poco alentador que me envió, posterior a la llamada en la que se mostraba triste por una discusión con su pareja. Me planteé llamarla, pero al final opté por no hacerlo; respeté su espacio y sus motivos para no responder.

Tras la cena, decidí dar un paseo tranquilo por la playa. Me coloqué los auriculares y, mientras caminaba al ritmo de la música, me invadió un profundo sentimiento de paz que no había experimentado en años. Fue un instante de calma en medio del susurro de las olas,

una sensación que había estado ausente durante mucho tiempo en mi vida.

Me di cuenta de que disfrutar del momento presente resultaba sorprendentemente gratificante.

32

Leo

Era mi segundo día en Avelbrook y empezaba a estar convencido de que Alice no estaba bien, y no encontraba la manera de ponerme en contacto con ella sin que se sintiera invadida. Ya su respuesta a mi último *whatsapp* fue bastante aséptica. Así que cabía la posibilidad de que ella quisiera hacer lo mismo que intenté hacer yo cuando quise poner distancia y le envié aquel correo jodidamente frío. Sin embargo, yo no lo conseguí.

Realicé una carrera por la playa, apreciando las vistas. Correr junto al mar difería de hacerlo en la ciudad. La exposición al sol y la brisa marina aumentaron mi sensación de vitalidad. Correr sobre la arena húmeda generaba una conexión con la naturaleza. El sonido de las olas producía una experiencia auditiva agradable. El paisaje pintoresco estimulaba cierta inspiración. El faro funcionaba como punto de referencia y la playa transmitía una sensación de serenidad. El aroma a salitre activó mis sentidos. Corrí con la música a todo volumen. Desfogándome y sacando toda la tensión que guardaba. Antes de finalizar, me entregué completamente, como un corredor en la recta final de una carrera, dando lo mejor de mí. Me noté revitalizado y en calma, conectado con mis pensamientos internos.

Cuando llegué a la cabaña, estaba agotado. Llené la bañera con agua caliente y espuma. Me sumergí en el relajante y reconfortante baño, y sentí cómo la tensión se disipaba. El agua abrazaba mi cuerpo cansado, aliviando cada músculo. Cerré los ojos y me dejé llevar por la tranquilidad del momento. Los problemas y preocupaciones se desvanecieron por un instante. Fue un bálsamo para mi mente fatigada.

Al terminar, me sequé el cuerpo, me puse solo un pantalón corto y salí a la terraza a descansar mientras ojeaba un catálogo de

propuestas que podías realizar en el resort. Ofrecían excursiones, masajes, clases de yoga o *fitness* y hasta una búsqueda del tesoro. Valoré apuntarme a alguna excursión y, quizá, disfrutar de un relajante masaje.

Solicité que el desayuno me lo trajeran a la habitación: el baño me había renovado y quería disfrutar de las vistas tomándome un café. Llamé a recepción y lo gestioné.

En apenas unos minutos, llamaron a la puerta. Ya había despejado la mesa de la terraza para que me lo sirvieran allí. Me acerqué hasta la puerta y abrí con decisión.

Pero no era el desayuno lo que me esperaba tras el umbral.

No podía ser.

No me lo podía creer.

Me quede paralizado.

—Eres… —acerté a decir.

—Alice.

33

ALICE

Y allí estaba, al otro lado de la puerta, con la bolsa de viaje colgada del hombro, frente a Leo y sin saber si había tomado la decisión correcta.

—Hola —saludé, alzando ligeramente la mano y emitiendo una tímida sonrisa.

Leo, desconcertado, parpadeó varias veces. Estaba claro que no esperaba que yo apareciese y menos de esa manera. Sin avisar. Y hasta cierto punto su reacción era normal. No había respondido a sus correos y había desaparecido de la noche a la mañana sin darle ninguna explicación. Podía, sin duda alguna, decidir cerrarme la puerta en las narices.

Volver a verlo me afectó, porque en ese momento él ya era consciente de mi presencia, yo ya no me escondía tras una taza de café. Mi presencia se había tornado tangible y real para él, sin intermediarios de pantallas que nos dividieran, quedando únicamente él y yo en ese instante.

Leo iba sin camiseta, con unos pantalones cortos blancos deportivos, el pelo ligeramente mojado y una mirada incrédula. Pasaron unos segundos antes de que finalmente reaccionara.

—Eeeh… Pasa, pasa, Alice. Perdona.

Se separó de la puerta y dejó espacio para que yo me adentrara en la cabaña. Cerró la puerta cuando pasé y cogió mi bolsa de viaje para depositarla sobre la cama.

Se situó justo delante de mí y nuestros ojos se encontraron, pero no fue un encuentro entre dos desconocidos, sino todo lo contrario: era como si ya nos conociéramos de antes.

Era más alto que yo. Bastante. Estaba nerviosa, y creo que él también. El corazón me iba a mil por hora. Me costaba asimilar que la persona con la que había hablado durante ese tiempo a través de

la pantalla, y que me había aportado la calma y la paz que tanta falta me hacían, estuviera justo delante de mí. Que fuera real.

Él se masajeó la nuca.

—Perdona. Yo… —comenzó a decir.

—No, tranquilo, es que…

—Voy a ponerme una camiseta —dijo mientras se dirigía al armario.

—No es problema, de verdad. Puedes…

Nos atropellábamos con las palabras como un remolino en el medio del océano. Yo permanecía inmóvil, en el mismo lugar donde me había detenido al entrar. Sin saber muy bien qué hacer, cómo actuar, ni ser aún muy consciente de por qué estaba allí.

Dos golpes en la puerta nos hicieron dirigir la mirada hacia allí. Leo terminaba de ponerse una camiseta azul de manga corta, cuando se acercó a la entrada y abrió. Una sonriente camarera entró junto con un carrito con comida.

—¿Dónde se lo dejo? —preguntó, dirigiendo la mirada hacia mí.

—Oh, yo… no…

—En la terraza estará bien, gracias —intervino Leo.

Su voz. De nuevo esa voz. En vivo aún era más masculina, más grave. Al escucharla sentí un escalofrío que me recorrió la columna vertebral. Entrelacé mis manos nerviosas sin saber muy bien qué hacer con ellas.

Leo pasó delante de mí para acompañar a la camarera a la terraza. Él desprendía un agradable olor a coco que inundó mis fosas nasales.

Vi cómo la chica colocaba un plato con frutas variadas, tostadas, un *croissant,* frutos secos, zumo y café sobre la mesa.

Se despidió de nosotros con la misma sonrisa con la que había entrado y Leo volvió a acompañarla hasta la puerta, agradeciéndole su servicio.

Después de que la puerta se cerrara, el silencio se adueñó de la habitación. Pude escuchar claramente a Leo cerrar la puerta y avanzar lentamente hacia donde yo estaba. Me rodeó y se colocó justo enfrente de mí con los ojos fijos en los míos. En ese instante, comenzó a esbozar una leve sonrisa ladeada. Suspiré. Sonreí y bajé

la mirada. Estaba segura de que me había sonrojado. Como siempre.

—Hagamos las cosas bien —susurró.

Dirigí mi mirada hacia arriba una vez más y me encontré con su mano extendida hacia mí. Alterné mi atención entre sus ojos, que me observaban con ternura, y su mano, estirada en un gesto acogedor en mi dirección.

—Soy Leo —se presentó.

Mi sonrisa se amplió. De manera espontánea, extendí mi mano hacia la suya, aceptando el gesto amable que me ofrecía, en un cálido apretón.

—Alice. Encantada.

Lo sentí. Prometo que con ese leve apretón de manos pude sentirlo.

—¿Tienes hambre? —me preguntó mientras señalaba con la cabeza la mesa de la terraza.

—No, pero puedo acompañarte, si no te importa.

Me cedió el paso y nos encaminamos hacia la terraza. Una corriente de emociones me recorrió cuando percibí la presencia de Leo caminando a mi espalda. Nos sentamos uno frente al otro, y Leo, amablemente, me ofreció un poco de zumo. Decliné con un gesto de cabeza. Él se sirvió un vaso y tomó un largo sorbo.

—Qué vistas más espectaculares —dije, fijando la mirada al frente.

Mirar hacia allí también me sirvió de excusa para no mirarlo directamente a los ojos. Al final, imponía tenerlo delante. En los correos todo era más sencillo. No estábamos cara a cara, yo no sabía lo bien que olía, no reaccionaba ante el tono profundo de su voz ni podía distinguir una sonrisa tan encantadora. Ninguno de los dos presenciaba la reacción del otro al leer los mensajes. En ese instante, todo era distinto. Su voz. Su presencia. Su *todo*.

Nos miramos unos segundos como intentando acomodarnos a esa nueva situación. Y ambos, nerviosos, terminamos sonriendo.

—He alquilado una habitación, justo la que está al otro lado de la pared —dije, señalando el muro que quedaba junto a la cama.

Leo se metió una uva en la boca al tiempo que asentía.

—Me alegro mucho.

—Pero quería venir a saludarte antes. He preguntado por ti dando

tu nombre en recepción. Desconocía tu apellido. Además, bueno, mi habitación no estará preparada hasta dentro de media hora.

—Has debido de salir pronto de Elysford.

—Sí, pensaba que sería buena idea hacerlo temprano.

La cierto era que apenas había dormido. La idea de encontrarme finalmente con Leo y tomarme un respiro me mantenía en un estado nervioso constante. Aunque la causa principal de mi inquietud tenía un nombre y un apellido: Cole Mathius. El recuerdo del último episodio vivido con él resultaba demasiado desagradable como para considerar seguir cerca de él.

—¿Quieres ponerte cómoda? Puedes ir al baño y darte una ducha si te apetece. No sé, podemos llamar al servicio de habitaciones y pedir algo que quieras desayunar.

—Tranquilo, está todo bien.

—¿Segura?

—Segura.

Leo untó mermelada en una de las tostadas y se la llevó a la boca al tiempo que me observaba. Incómoda, dirigí mi mirada hacia mis manos, que, debido a los nervios, volvían a entrelazarse.

—Pelirroja —afirmó, rompiendo el hielo.

Sonreí.

—Oh, sí —respondí, acariciándome un mechón.

—Es un color bonito.

—Ahora me lo parece.

—¿Ahora?

—Sí, bueno… Te aseguro que, cuando era pequeña o estaba en plena adolescencia, no era tan agradable tener este color de pelo.

—¿Por qué no? —se interesó, apoyando los codos en la mesa con el café entre las manos.

—Digamos que hubo de todo. Que si daba mala suerte estar cerca de mí, que somos menos tolerantes al frío… Siempre había algo que decir sobre mí.

—¿En serio?

—Por no hablar de asuntos relacionados con que si soy pelirroja natural que prefiero no mencionar.

Leo sonrió, negando con la cabeza, y dirigió su mirada a las uvas

para coger otra. Era evidente que sabía a qué me refería.

En ese momento mi teléfono empezó a sonar; lo saqué del bolsillo delantero de los vaqueros y miré quién llamaba. Era Cole. Me tensé. Fruncí el ceño, confundida. Y volví a guardar el teléfono sin responder a la llamada.

Leo me miró confuso. Pero fue muy prudente y no hizo ningún comentario al respecto. Me incomodó. Era como si Leo pudiera leerme la mente y supiera por qué no le cogía el teléfono a Cole. Me sentí expuesta. Vulnerable.

—Leo, yo… —me levanté despacio— creo que voy a ver si está preparada mi cabaña.

Caminé hacia la cama, donde reposaba mi bolsa de viaje, la tomé y me la colgué al hombro. Justo cuando me disponía a dirigirme hacia la puerta, en un parpadeo, Leo se puso a mi espalda, retiró la bolsa de mi hombro, la dejó en el suelo y se colocó frente a mí. Con su mirada fija en la mía, me abrazó con ternura, gesto que me permitió, finalmente, recuperar el aliento.

—Lo siento —susurró en mi oído—. Esto es lo que debía haber hecho nada más verte.

34

Leo

No esperaba encontrármela en la puerta de mi cabaña. Fue como un espejismo, como si estuviera en un sueño donde se cumplía mi deseo: conocerla. Había dejado de albergar cualquier esperanza al respecto, pero me sorprendió mi reacción al envolverme una oleada de emoción e ilusión con una intensidad que no esperaba.

No solía expresar mis sentimientos sin motivo: siempre requería una razón para hacerlo. Y con Alice me ocurrió. Debí abrazarla en el momento en que la vi. Sin embargo, su presencia me impactó tanto que mantuve cierta distancia. Aunque no fui el único que actuó así.

Era menuda, de aspecto frágil, con una sonrisa que achinaba sus ojos y provocaba una mueca cautivadora. Unas marcas oscuras lucían bajo sus ojos, y su rostro parecía cansado. De cabello pelirrojo, su melena le alcanzaba hasta los hombros.

Nuestra primera conversación en persona había sido algo forzada. Nada raro, teniendo en cuenta que nuestra manera de conocernos había sido algo atípica.

La llamada que recibió mientras yo desayunaba la desconcertó y la empujó a huir. Pero yo tenía tantas ganas de abrazarla que no pude posponerlo más. No sabía si había sido por un instinto de protección o por un impulso, porque la única persona a la que me permitía mostrar algo de afecto era mi madre. Sin embargo, Alice me provocó una vehemencia difícil de explicar. Agradeció mi gesto de cariño rodeando mi cintura con sus brazos. Fueron segundos, pero no fui consciente de lo que necesitaba un abrazo.

Cuando se marchó de la habitación dudé en qué hacer. Acompañarla a su cabaña, darle espacio o decirle que, si precisaba de algo, allí estaba.

Opté por lo segundo. Una de las razones por las que decidí tomarme esos días de vacaciones fue porque anhelaba un respiro. Si

también era su deseo, debía respetarlo.

Terminé mi desayuno y me dirigí a la playa para sentarme y disfrutar del lugar. Solo unas parejas con un niño pequeño jugueteaban en la orilla. Los observé. Y dejé de hacerlo porque, de alguna manera, envidié su felicidad. ¿Algún día yo formaría mi propia familia?

Sentado, mirando el frente, con las rodillas flexionadas y los brazos apoyados en ellas, disfruté de lo que el lugar me ofrecía. De su calma. De su rutina.

—¿Puedo?

Escuché una voz a mi espalda. Me giré y miré hacia arriba. Sonreí.

—Claro, Alice. Por supuesto.

Tendió una toalla sobre la arena y se acomodó junto a mí. En silencio. Con la misma calma que el mar transmitía. Un suave olor afrutado llegó hasta mis fosas nasales. Creí identificar olor a manzana. Era un aroma dulce. Agradable. Se había cambiado de ropa y ahora llevaba un vestido blanco largo.

—¿Cómo estás? —pregunté sin dejar de mirar al mar.

Suspiró.

—Tranquila.

—Pensaba que no volvería a saber de ti.

—Lo sé. Ha sido todo bastante improvisado.

—Estaba preocupado —confesé, girando el rostro para toparme con su mirada—. Quiero decir, al no saber nada de ti desde… el mensaje, no sé, pensaba que tal vez no te encontrabas bien.

Ella medio sonrió con un matiz de tristeza. De nuevo, esos ojos achinados. Bajó la mirada.

—Lo siento.

—No me malinterpretes. En ningún caso quiero que te disculpes.

—Creo que debo hacerlo. No he sido muy considerada contigo. Tú me escribías y yo…

—¿Estás bien, Alice?

Pareció confundida ante mi pregunta.

—¿Sabes? —sonrió, esta vez, abiertamente mientras negaba con la cabeza—, esto era mucho más fácil a través de la pantalla.

También sonreí. Por supuesto que lo era. Para mí también.

—Si quieres, podemos continuar esta conversación a través del móvil —bromeé.

—¿Aunque estemos uno al lado del otro? —preguntó desconcertada.

—Aunque estemos uno al lado del otro —afirmé de manera afectuosa.

Nos miramos unos segundos. Aunque nos hubiéramos conocido un par de horas antes, esa era la primera vez que nos mirábamos de verdad. Analizando nuestro gesto, descubriendo cada pequeño detalle, como eran sus ligeras pecas, su fina nariz o sus gruesos labios. Sin disimular ni intentar fingir lo que no queríamos ser.

Ella rompió el momento dirigiendo la mirada al frente una vez más. Y yo, sorprendiéndome a mí mismo por lo que iba a hacer, saqué el teléfono del bolsillo del pantalón y lo desbloqueé. Abrí WhatsApp y busqué su contacto.

Su teléfono sonó, sacándola de lo que fuera que estuviera pensando, ya que era evidente que su mente no estaba presente en ese instante. Algo le preocupaba, pero si no salía de ella contarlo, no iba a ser yo quien sacase el tema. Extrajo el teléfono del bolso y, tras desbloquearlo y leer el mensaje, me dedicó una divertida sonrisa.

—¿En serio? ¿Me estás escribiendo?

Asentí sin dejar de sonreír. Apartó la mirada para centrar su atención en el teléfono. Tecleó algo.

Me llegó un mensaje.

Esto es raro, ¿no crees?

Solo quiero saber si estás bien. Aunque tienes razón en que es raro cuando te tengo a un palmo de distancia.

Raro… pero divertido.

Digamos que a nosotros nos van las cosas algo atípicas.

Cierto. Teniendo en cuenta que te escribí una nota en una cafetería como una acosadora.

Me alegro de que lo hicieras.

¿De verdad?

De verdad.

A veces me avergüenza imaginar qué pensarás de mí.

Pues no lo hagas. Nada de lo que pienso de ti es para que te avergüences. Todo lo contrario.

Visto desde la distancia, debo reconocer que no me arrepiento de haberlo hecho. Aunque lo confieso a sabiendas de que lo hago a través de una pantalla.

¿Qué quieres decir?

Que no sé si sería capaz de hacerlo mirándote a los ojos.

Tiempo al tiempo, Alice.

¿A ratitos?

A ratitos.

La miré de soslayo y la vi sonreír. Era la primera vez en mucho tiempo que me sentía tan bien con una mujer. Y, por un lado, me agradaba saber que podía ser capaz de disfrutar de la compañía de alguien que no fuera mi madre o mi amigo Kevin. Pero, por otro lado, me daba respeto. Ella tenía pareja y yo no debía permitirme involucrarme más allá de lo que podía ofrecer ni de lo que ella podía darme.

Un nuevo mensaje me sacó de mis pensamientos.

¿Te apetece que vayamos a comer al restaurante?

Claro que me apetece.

Alice dirigió su mirada hacia mí y esbozó otra sonrisa, pero esta vez noté un toque de timidez en su expresión.

—¿Nos vamos? —dijo.

—Nos vamos.

35

ALICE

Nos marchamos cada uno a nuestra habitación para prepararnos para ir a comer. No podía parar de sonreír, y hacía mucho que no lo expresaba de manera tan espontánea. Lo que acababa de vivir en la playa con Leo había sido especial. Y diferente. Nunca había mantenido una conversación por mensajes con alguien a quien podía casi rozar el brazo.

Un par de suaves toques en la puerta me devolvieron a la realidad. Al abrir, allí estaba él. Leo era un tipo aparentemente educado, correcto, centrado y serio en sus correos. En persona podría decir que era así, pero ciertas actitudes me hacían ver que podía mostrarme mucho más.

Era guapo. Eso era innegable. Y alto. Y con un cuerpo moldeado por el deporte. Que me recibiera sin camiseta me había hecho fijarme en ciertas partes de su cuerpo que no pude obviar. Su pelo era moreno y sus ojos también eran oscuros.

—¿Estás lista? —preguntó con una sonrisa.

—Sí, cojo el bolso y nos vamos.

El restaurante estaba a unos pocos metros de las cabañas, y la decoración predominante también era la madera. Entramos y una chica nos recibió preguntando nuestro número de cabaña. Después, nos acompañó a la terraza hasta una mesa cubierta por amplias sombrillas de color blanco a juego con los manteles.

Miramos la carta. Yo estaba acostumbrada a que Cole fuera el que decidiera lo que íbamos a tomar. Estaba más habituado que yo a salir y comer en restaurantes.

—¿Qué te apetece? —consultó Leo mientras miraba la carta.

—Eeeh, no sé… ¿Qué vas a tomar tú?

Frunció los labios, pensativo.

—Creo que algo de pescado —dijo, para después alzar la mirada

hacia mí—. ¿Te apetece que compartamos una ensalada?

—Me parece bien. ¿Cuál quieres?

—Sorpréndeme —respondió, poniendo la carta sobre el mantel.

—¿Yo? ¿La elijo yo?

—Claro.

Vale, podía parecer una tontería, pero Cole nunca me dejaba elegir. Él siempre escogía buenos platos, sin embargo, yo… Cole siempre me decía que no tenía gusto gastronómico. Que tenía mucho que aprender.

En ese momento, Leo me estaba dando la oportunidad de hacerlo, y aunque podía costar creerlo, me había sobrevenido un ataque de inseguridad increíble.

—Es solo una ensalada, Alice.

Debió de ver mi cara de terror, porque esa afirmación no venía de la nada. Fue mucho más que eso. En esas palabras había más profundidad de la que aparentaban. Su forma de decirlo, su tono de voz, su mirada destilaban intención.

—Ensalada de salmón y aguacate. ¿Te parece bien?

—Me parecerá bien elijas la que elijas, Alice.

Pedimos vino blanco para acompañar y nos lo sirvieron mientras esperábamos a que nos trajeran la comida. Le dimos un primer sorbo.

—Leo, y tú, ¿cómo estás?

Negó con la cabeza mientras lanzaba una media sonrisa. Puso la copa sobre la mesa y respondió.

—Adaptándome, supongo.

—Estoy segura de que terminarás consiguiéndolo.

—Es difícil adaptarte a ciertas cosas a las que te has tenido que acostumbrar a la fuerza.

—Supongo que has venido aquí para poner distancia con algo que te preocupa.

—Creo que en realidad estoy aquí para ver si soy capaz de ponerla.

Suspiré. Al final, no teníamos objetivos muy diferentes. Parecía que ambos estábamos metidos en una espiral sin saber si la salida estaba hacia un lado o hacia otro. Daba la impresión de que estábamos algo perdidos.

La comida transcurrió con conversaciones en torno a nuestros trabajos. Él me contó sus funciones como economista y yo, cómo empecé con la escultura. Aunque obvié la parte en la que le confesaba que, prácticamente, lo había abandonado porque mi pareja pensaba en un futuro mejor para mí.

Me acompañó hasta la puerta de mi cabaña y nos despedimos hasta la hora de la cena. Estaba cansada y quería descansar por la tarde, habituarme al espacio desconocido en el que me encontraba y pensar. Verme a solas en un lugar que estaba fuera del contexto habitual en el que me movía me daba la oportunidad de reflexionar con tranquilidad, sin miedo a que Cole pudiera aparecer, sin objetos de por medio que despertaran recuerdos indeseados, sin nada que pudiera contaminar lo que necesitaba ordenar en mi mente. Mi cabeza, en ese momento de mi vida, era como un gran ovillo de lana, enredado, con muchos nudos y con el principio del hilo oculto, sin tener de dónde empezar a tirar para desenredarlo. Quizá, ese principio fuera el haber ido allí. Leo necesitaba poner distancia en su vida, pero lo que no le había dicho era que yo también. Y Nana y él me había dado un pequeño empujoncito para empezar a ponerla.

Esta vez fui yo a buscarlo a su cabaña para ir a cenar. Me recibió con una amplia sonrisa y nos acercamos al restaurante. Cenamos mientras me preguntaba cómo había llegado a vender mis esculturas y yo le contaba que había sido gracias a que Nana me había alquilado su local. Terminé explicándole cómo la conocí y cómo nos convertimos en grandes amigas.

Después de cenar nos fuimos a una zona *chill out* que tenía el resort. Nos habíamos bebido unas cuantas copas de vino cada uno y parecía que, al menos para mí, era más fácil conversar. O dejar que los pensamientos fluyeran de manera más libre.

Nos sentamos en unas sillas amplias de mimbre con grandes cojines blancos. Eran muy cómodas. Las líneas de bombillas cubrían parte del cielo y una música ambiente de fondo daban al lugar un toque especial. Me parecía increíble que unas horas antes hubiera estado cogiendo el coche entre lágrimas para ir hasta allí.

Echamos un ojo a la carta de cócteles y bebidas en general.

—A mí todo esto me suena a chino —dijo Leo—; me sacas de la

cerveza y el vino y me pierdo.

Sonreí mientras miraba la carta. A mí sí que me sonaban bastantes cócteles de mi época con Marlene. De nuestras eternas salidas nocturnas donde nada de lo que podría pasar al día siguiente pudiera preocuparnos.

—Puedo ayudarte a elegir —me ofrecí.

—Me parece bien.

—¿Eres más de bebidas fuertes o las prefieres más suavecitas?

—Algo que no me haga vomitar tras el primer trago lo acepto como buena opción.

Ambos nos reímos.

—Vale, lo pillo.

Releí la carta, buscando algo intermedio.

—Lo tengo. Kamikaze.

—¿Kamikaze? ¿Eso es una bebida? Perdona que el nombre no me dé mucha confianza.

Me reí. Era evidente que aquello era nuevo para él.

—Aquí lo pone, sí. Mira. Lleva vodka, zumo recién exprimido de lima y licor de melón.

Alzo las cejas con gesto divertido.

—Está bien —respondió, dejando la carta sobre la mesa—, confío plenamente en ti, Alice. De ti depende que me vaya a la cabaña a gatas o con dignidad.

—Tranquilo, cuidaré de ti.

De repente su gesto cambió. No supe qué fue exactamente, pero algo le borró la sonrisa.

36

LEO

«Cuidaré de ti». Nunca nadie me había dicho eso. Al menos alguien que no hubiera sido mi madre. La vida y las circunstancias habían hecho que fuera yo quien cuidara de los demás. De mi hermana. De mi madre. De mí mismo. Y que ella pronunciara esa frase había desestabilizado todos los cimientos que hasta ese punto creía bien asentados.

Había encontrado en la soledad el pilar más importante de mi vida. No atarme a nadie que pudiera abandonarme. Mas valía ser precavido y evitar un sufrimiento innecesario. Sin embargo, con ella… Con ella todo era diferente.

—Perdona, ¿he hecho algo que…? —preguntó Alice con gesto preocupado, lo que me sacó de mis cavilaciones.

—Eeeh, no…, no. Lo siento. Tus palabras me han recordado algo y…

—¿Estás bien?

No, no lo estoy.

—Sí, no te preocupes.

En ese instante, el sonido de su móvil rompió el incómodo momento, al tiempo que un camarero nos traía las bebidas. Se lo agradecí mientras Alice observaba el teléfono y luego lo guardaba de nuevo en su bolso.

Cogí la bebida y, con algo de recelo, sorbí por la pajita. Estaba fresco, algo dulce y bastante bueno.

El gesto de Alice también se había transformado, pasando de relajado a contenido y algo incómodo. Esas llamadas parecían tener ese efecto en ella.

Puse el vaso sobre la mesa y después posé mi mirada en la suya.

—Alice —llamé su atención—, ¿quieres contarme quién está detrás de esas llamadas? Puede que te venga bien.

Ella bebió sin mirarme a los ojos. Esperé que terminara. Había lanzado la pregunta; ahora solo faltaba que ella recogiera el guante.

Dejó la bebida sobre la mesa y apoyó la espalda en la silla. Miró al cielo. Supuse que a la luna.

—Es… complicado. —Suspiró mientras su mirada seguía fija en las estrellas.

—¿Qué no lo es?

—No entiendo cómo todo puede cambiar de una manera tan… improvisada. Crees conocer a alguien hasta que un día decides dar tu opinión y todo estalla en mil pedazos.

La escuché mientras hablaba. Lo hacía con calma, pero era como si, según hablaba, fuera capaz de visualizar situaciones incómodas.

—Dar tu opinión no es malo, Alice.

—Por lo visto, para algunas personas sí lo es.

—Supongo que esas personas no entienden que cada uno tenemos una forma de ver las cosas.

—Él no parece entenderlo, y yo no sé cómo…

—¿Hablamos de Cole? —interrumpí.

—Hablamos de Cole.

Se instaló el silencio una vez más. Ambos dimos un sorbo a nuestras bebidas, y yo esperé a ver en qué dirección quería llevar la conversación, sin presionarla. El tal Cole tenía que ser un gilipollas. Ya me había dado cuenta de eso a través de los correos con Alice, y, cuando escuché su conversación telefónica preguntándole con quién hablaba, mi opinión empeoró. Mientras ella me contaba cómo él no respetaba su opinión, sentí una profunda indignación. Nadie merecía ser tratado de esa manera, y ella parecía tan vulnerable en ese momento…

—Y ¿sabes qué? —añadió, posando sus ojos en los míos—, me alegro de haber venido aquí. Contigo. —Pensé que el alcohol empezaba a hablar por ella. Pero si eso le iba bien, adelante—. No se merecía que me quedara con él. Pero, por otro lado, no sé, ha hecho tanto por mí…

Tuve que intervenir.

—Seguro de que tú también has hecho mucho por él.

—No estoy tan convencida de eso. —Negó con la cabeza—. Él me

acogió. Me alejó de la soledad en la que estaba sumida.

¿Así que era eso? La soledad. Coincidíamos en que ambos jugábamos con ella y contra ella. Yo la buscaba y ella la alejaba. Curioso.

—La soledad no es mala, Alice —apunté.

—Depende.

—¿De qué?

—De si la eliges tú o de si te elige ella a ti.

Su mirada mostraba tristeza, y sus ojos se llenaban cada vez más de lágrimas. Así que consideré que lo más sensato era hacer que la totalidad lo que habíamos conversado reposara y tomar un descanso de todo lo que queríamos dejar atrás.

—Por cierto —dije, mirando mi copa—, muy buena elección la de esta bebida tan extraña.

Ella sonrió. Yo también lo hice.

—¿Extraña?

—Perdona que te diga, pero no creo que sea muy saludable beber algo verde.

Su sonrisa pasó a un carcajeo.

—Vale, puede que tengas razón. Pero has dicho que confiabas en mí.

—A pecho descubierto —dije, abriendo los brazos.

—¿Sí? ¿Estás seguro?

—Completamente.

—Pues vas a probar unos chupitos que no se te van a olvidar en la vida —dijo divertida mientras volvía a abrir la carta de bebidas.

—¿Olvidas lo de mi dignidad? —bromeé.

—No te preocupes tanto por eso. Aquí no nos conoce nadie, y eso nos da ventaja —musitó, arrugando la nariz con complicidad.

Me gustó mucho su reflexión. Mi vida era siempre tan organizada que salirme un centímetro de mi zona de confort me asustaba. ¿Qué digo un centímetro? Medio milímetro. Consideraba que en mi vida tenía todo tan controlado que salirme un ápice de mi rutina podría desajustarme.

Sin embargo, algo me decía que Alice me iba a desregular en muchos aspectos de mi vida, pero que lo iba a hacer para bien.

Después de tomarnos un par de chupitos más, que me quemaron la garganta y parte del esófago, nos dirigimos a las cabañas. Me invitó a entrar en la suya para terminar la noche sentados en la terraza. Disfrutando de la noche.

Al adentrarnos en la habitación, enseguida reconocí su aroma a manzana dulce. Caminamos hasta la terraza y nos sentamos en las escaleras de madera que daban acceso a un jardín común. Hombro con hombro. Ambos miramos al cielo, y en él descubrí un mágico lienzo.

—¿Te importa que fume? —preguntó.

—En absoluto.

Alice sacó un cigarro del paquete que guardaba en su bolso; tras encenderlo y dar la primera bocanada, exhaló el humo hacia arriba.

—La luna luce preciosa, ¿no crees?

Estaba bastante afectado; no había bebido tanto en mucho tiempo, pero me sentía tan en paz que me alegré de haber puesto mi dignidad en sus manos. Aunque sabía que la resaca que tendría al día siguiente sería memorable.

—Lo está —respondí—. ¿Sabes una cosa, Alice?

—Dime. —Me miró.

—Es posible que quien habla ahora no sea yo, y que lo que he bebido esta noche influya en que me sincere más de lo habitual, pero desde que te conozco, desde que compartimos los primeros correos, miro a la luna de otra manera. Me ha cambiado la forma de verla. Es como si, de repente, empezara a existir. Como si me hubiera negado a ver algo que he tenido siempre delante. Y eso es bonito, ¿sabes? Te permite asomarte a la vida de otra manera menos encorsetada.

Ella me miraba atenta con una media sonrisa dibujada en los labios.

—Me alegro de haber sido parte de ese descubrimiento.

—Y yo. Me alegro de que ese día dejaras esa nota en la mesa de la cafetería.

Ambos nos miramos con una sonrisa en los labios. Joder, me entraron unas ganas tremendas de besarla. De probar esos labios tan carnosos, de besar esas pequeñas pecas que asomaban en sus

mejillas.

Tuve que mirar hacia otro lado. Mis instintos más primarios empezaban a dominarme. Jodido alcohol.

—¿Y qué me dices de ti? —quiso saber—. ¿Sales con alguien?

Miré al frente. Suspiré.

—No. No me veo con nadie. Debo reconocer que mi vida amorosa es un poco desastre.

—¿Qué quieres decir? —preguntó, mirándome y dando una calada al cigarro.

—Hubo un momento en mi pasado en la que todo se partió en dos. Desde entonces, mi vida se ha vuelto una constante. No suelo abrirme a nuevas personas.

—Lo siento.

La miré y sonreí.

—A sabiendas, repito, de que el alcohol me está haciendo hablar más contigo que lo que ha conseguido mi amigo Kevin en diez años, he de confesarte que, gracias a tu nota y a tu invitación a escribirte, me has abierto una vía que no conocía. Tengo mucho que agradecerte, Alice. Vivía atrapado en una fecha, los días eran solo números para mí, pero desde que empezamos a escribirnos creo que he empezado a ir quitando capas que yo mismo me negaba a mover de ahí. Su peso me daba seguridad. —Tras unos segundos mirando al frente, me di cuenta de que igual estaba hablando demasiado—. Perdona, quizá no te apetece en tus vacaciones que un tipo te cuente sus penurias.

Alice colocó su mano sobre mi antebrazo. Un escalofrío me recorrió el cuerpo. Reaccioné ante su contacto. Especialmente una parte específica de mi cuerpo. Hacía mucho tiempo que no me tocaba una mujer, en concreto, una que no hubiera conocido una noche en un bar y con la que hubiera tenido una relación no hubiera durado más de una noche.

—Leo, puedes contarme todo lo que quieras. De verdad. Siento como que te conozco de toda la vida. Me siento bien contigo. Me gusta escucharte y que me escuches.

Apagó el cigarro en el cenicero de porcelana que ella había colocado a su lado. Me froté la cara con ambas manos. Miré el reloj.

Eran casi las tres de la madrugada. Alice bostezó.

—¿Estás cansada?

—Un poco, sí. Ha sido un día largo.

—Venga, vamos a descansar. Mañana será otro día.

Me levanté y le tendí la mano para ayudarla a levantarse.

Entramos en la cabaña y, aún de la mano, me acompañó hasta la puerta. La única luz que iluminaba la estancia era la que entraba de la terraza. Nos quedamos uno frente al otro. Sin soltarnos. Un roce suave de nuestros dedos.

—Buenas noches, Alice —susurré.

—Buenas noches, Leo —respondió, dejando un beso en mi mejilla.

Salí de aquella habitación aún con más ganas de estar con ella y con la sensación de que tendría que trabajarme mucho el autocontrol, y no solo en el plano sexual.

37

ALICE

Decir que el primer día con Leo había sido intenso era quedarme bastante corta. Había llegado destrozada física y anímicamente a Avelbrook, y, en solo un día, Leo había conseguido que sonriera más veces que con Cole en los últimos meses.

La noche que le confesé a Cole en el coche que no quería continuar con los estudios que él me proponía, todo se complicó. Mucho más de lo que pudiera haberme imaginado. Habíamos planeado salir a cenar, pero tras expresarle que teníamos que hablar y confesar lo que pensaba acerca de mi futuro, por decisión unilateral, condujo hasta casa sin decirme nada. En absoluto silencio. Le pregunté en varias ocasiones qué opinaba, que me dijera algo; sin embargo, su respuesta fue el mutismo. Me ignoró de tal manera que me sentí fatal por habérselo dicho en ese momento. Igual hubiera sido mejor hacerlo tras la cena, y así no habría fastidiado la noche. Pero es que después de hablar con Nana creí que era entonces o nunca. Salí de allí con la fuerza necesaria para confesárselo. Era probable que, si esperaba un poco más, me fuera desinflando y acabara aceptando algo que no me llenaba en absoluto. La conversación con Nana me había hecho darme cuenta de que podía decirle a Cole lo que pensaba, creyendo que lo entendería. Ilusa de mí.

No solo no lo entendió, sino que, tras el trayecto, ignorando cualquiera de mis preguntas, en casa se desató su ira.

Me reprochó entre gritos que era una desagradecida, que todo lo hacía por mí y yo ignoraba sus esfuerzos por darme una vida mejor. Intenté explicarle como pude que quería seguir con la escultura, que era lo que realmente me satisfacía y que no me veía en un despacho rodeada de papeles.

No lo comprendió. En realidad, no me permitió prácticamente ni

hablar. Me arrinconó en la entrada sin posibilidad ni de que pudiera soltar el bolso. Gritaba y no paraba de darme argumentos ya no de mi futuro laboral, sino sobre él. Sobre mi falta de gratitud, mi insensibilidad y mi desprecio.

Le intenté explicar que en ningún momento quería que pensara que era ingratitud, todo lo contrario. Que estaba tremendamente agradecida por todo lo que estaba haciendo por mí, desde el hecho de dejarme vivir en su casa sin aportar nada, económicamente hablando, hasta las oportunidades laborales que me brindaba.

No escuchaba. Nada. Solo gritaba y gritaba.

Lloré. De impotencia. De rabia. De no saber cómo hacerle ver que aquello no tenía nada que ver con él, que era algo mío.

La situación se asemejaba a dialogar con una barrera; su voz se alzaba por encima de mis palabras, impidiendo cualquier posibilidad de ser escuchada. Cada intento de comunicación por mi parte se veía eclipsado por sus voces. Era como si estuviera ante un muro que se negaba a permitir el paso de mis palabras. Sentí una profunda frustración.

El tono de voz de Cole escalaba en intensidad para adquirir un matiz cada vez más agresivo. Sus gritos se tornaban más enérgicos, llenando el espacio con una fuerza creciente. Cada vez que hablaba, su voz destilaba frustración y enfado de manera aún más marcada.

Finalmente, sus exclamaciones alcanzaron un punto culminante cuando me ordenó enérgicamente que me callara. Sus palabras, cargadas de autoridad y exasperación, me dejaron sin más alternativa que hacerlo, hasta que quedó un súbito y tenso silencio en el espacio entre nosotros.

Esa vez las lágrimas cayeron en silencio. La expresión de Cole se transformó en un destello de deseo. Y, en cuestión de segundos, me estaba despojando de la ropa con violencia y determinación. No me dio opción a resistirme. Hacerlo hubiera provocado otro huracán de ira por su parte.

Tras follar en la misma entrada, de nuevo en un silencio únicamente roto por sus jadeos, me vestí y me fui al baño a ducharme. Me sentía sucia.

Cuando salí del baño, Cole ya se había acostado. Busqué mi

teléfono, pero no lo encontré. Hasta que, cuando me dirigí a la cama, lo vi sobre la mesilla de Cole. Lo cogí y descubrí que había abierto mis mensajes, incluido el último de Nana en el que me preguntaba cómo había ido todo. No parecía que hubiera abierto mi correo, porque, en ese caso, no creo que se hubiera ido a dormir de manera tan placentera.

La mañana siguiente no fue mucho mejor. Apenas había dormido. Me había levantado de madrugada para ir al sofá. Había puesto la televisión a un volumen tan bajo que no era capaz de escuchar lo que decían los presentadores de un programa de venta telefónica. Aunque la verdad era que no quería escuchar nada. En ese momento lo que menos me importaba era saber las características de aquella bicicleta estática rebajada de precio para pagar en cómodos plazos. Abrí el correo, y había entrado uno de Leo. Me contaba que se marchaba unos días a Avelbrook.

Eran las seis de la mañana cuando lo decidí. Fui directa a la habitación; cogí una bolsa de viaje y empecé a meter mis cosas. No podía seguir permitiendo algo así. Cole, aún en la cama, al ver lo que estaba haciendo, suspiró agotado.

—Alice, nena, ¿qué estás haciendo?

—Me marcho.

—No digas tonterías, no hagas una montaña de un grano de arena. Solo ha sido una discusión que se nos ha ido un poco de las manos.

Dejé de meter ropa y lo miré con los ojos llenos en lágrimas.

—¿«Nos»? ¿En serio estás diciendo que se «nos» ha ido de las manos? Se te ha ido a ti, Cole. A ti. Y más de lo que yo misma estoy dispuesta a aceptar.

Me di la vuelta para volver de nuevo al armario a coger más cosas. Cole se levantó de la cama y se acercó, intentando buscar contacto físico conmigo.

—No me toques —dije, alzando las manos.

—Pero, Alice —se apartó—, ¿en serio vas a montar un espectáculo de esto?

—Me voy, Cole.

Él permanecía quieto mientras yo no podía parar de moverme, de

coger cosas sin saber realmente lo que metía dentro de la bolsa; solo deseaba salir de allí y no tener cerca a Cole.

—¿Y se puede saber adónde vas a ir ahora? Es de noche aún. Sé razonable, por el amor de Dios, Alice. Es solo una pelea de pareja. Sentémonos y hablemos.

Por un lado, llegué a plantearme si realmente lo estaba exagerando. Si estaba haciendo una montaña de un grano de arena. Pero, para saberlo, necesitaba poner distancia.

Terminé de meter lo que me entró en esa maleta y me dirigí al salón para marcharme.

—Alice, me estás tocando mucho los cojones con este ataque de dignidad que te ha entrado ahora. —Seguí caminando hacia la salida, cogí el bolso, que reposaba en la mesa del comedor, y abrí la puerta—. Alice —ordenó con determinación—, si sales por esa puerta, olvídate de mí y de todos los privilegios que te estoy dando. Todo habrá acabado.

Tragué saliva, lo miré por última vez y me marché.

38

ALICE

A la mañana siguiente, mientras el suave susurro de las olas del mar llegaba a mi habitación, me preparé para disfrutar de un desayuno reparador después de haber caminado un rato por la playa. Fui hacia el comedor con vistas al mar y me encontré con la variada oferta gastronómica. Empecé mi día con un cuenco de frutas frescas y yogur griego, que combiné con granola crujiente, almendras picadas y un chorrito de miel.

También me serví una rebanada de pan integral recién horneado, que acompañé con aguacate fresco y tomates *cherry*.

Cogí un zumo de naranja recién exprimido y una taza de café recién hecho, cuyo aroma y sabor me transportaron al Café Harmony, donde vi por primera vez a Leo.

Elegí una mesa junto a la ventana y, mientras observaba las olas al tiempo que saboreaba cada bocado, sentí que ese desayuno saludable no solo me alimentaba, sino que también me conectaba conmigo misma. Estaba degustando el café cuando vi entrar a Leo en el restaurante. Me permití mirarlo más a fondo, ya que el aún no había descubierto mi presencia. Tenía cara de sueño y el pelo húmedo. Vestía unos pantalones cortos de color blanco y una camisa negra de manga corta. Había que reconocer que era muy atractivo. En su barrido visual me vio y me dedicó un guiño junto con una amplia sonrisa.

Vi cómo caminaba con decisión hasta mi mesa.

—Buenos días —saludé.

—Buenos días. Has madrugado.

—Sí, he dado un paseo por la playa antes de venir a desayunar. Este lugar es precioso. Gracias por descubrírmelo.

Miró hacia la playa y sonrió para luego mirarme a mí.

—¿Puedo? —preguntó, señalando la silla libre que quedaba a su

lado.

—Claro. Me encantaría que me acompañaras en el desayuno.

—Perfecto, voy a coger algo. Vengo enseguida.

A continuación, Leo, con paso tranquilo y curioso, se acercó donde se encontraba el bufé. Se detuvo momentáneamente frente a las coloridas filas de frutas frescas. Continuó su recorrido, hasta detenerse junto a la estación de huevos. Tras un breve intercambio con el chef, optó por unos huevos revueltos con espinacas frescas y tomates jugosos. Tras una pausa, avanzó hacia la mesa del salmón ahumado, donde, con delicadeza, eligió unas lonchas y las dispuso en su plato. Después de hacer sus elecciones cuidadosamente, Leo se sentó de nuevo a mi lado, listo para disfrutar juntos de nuestro desayuno mientras admirábamos las vistas del mar que se extendían ante nosotros.

—¿Cómo descubriste este sitio? —quise saber, tras darle un bocado a mi panecillo con aguacate.

—Lo cierto es que fue una casualidad —respondió, cogiendo el tenedor—. Tenía más o menos decidido un hotel, y me salió una publicidad de este lugar. Decidí quedarme con esta opción al ver que era un sitio tranquilo. Es lo que busco en este momento.

—Nunca me había alojado en una cabaña.

—Ni yo. —Dio un sorbo al zumo—. Fue un valor añadido.

—He visto que en el precio de la estancia viene incluido un masaje.

—Así es. Como ves, este lugar es todo ventajas. —Y de nuevo esa sonrisa.

Acabamos de desayunar y cada uno marchamos a nuestra habitación. Leo no me propuso pasar la mañana juntos, y lo entendí. Tanto él como yo habíamos ido a desconectar. A encontrarnos a nosotros mismos.

Cuando me disponía a ir a la playa a tomar un poco el sol, dieron un par de toques en la puerta. Terminé de colocarme la parte superior del bikini y me acerqué a abrir.

—Hola, Alice.

—Hola, Leo.

—Voy a ir un rato a la playa, y me preguntaba si te apetecería venir conmigo.

—Estaba preparándome para ir también.

—Oh, perfecto. Pues… —añadió dubitativo—, si quieres, te espero fuera.

—Claro. Me parece bien

—Nos vemos ahora, entonces.

Y cerré la puerta. ¿Era solo mi percepción o se le notaba como tímido?

Suspiré. No sabía si el hecho de que las cosas con Cole fueran tan mal hacía que sintiera cierta ilusión ante un gesto amable de Leo. Por otro lado, experimentar esa sensación me provocaba malestar. Me había marchado de casa de Cole, pero en ningún momento habíamos tenido una conversación que cerrara el círculo. Que confirmara un punto final a nuestra relación. Era posible que para mí sí hubiera acabado. Después de lo que pasó el último día, estaba confundida, incluso algo asustada.

Cerré los ojos y cogí aire. Si estaba allí, era precisamente para desconectar. Así me lo hizo saber Nana. Tenía que poner distancia. Cole no paraba de llamarme y yo no respondía a sus llamadas. Y había preferido no leer los mensajes. Me iban a desestabilizar más de lo que ya estaba.

Me coloqué un pareo atado a la cintura y la bolsa de la playa en el hombro y salí de la cabaña. Enfrente, apoyado en una palmera, me esperaba Leo, consultando el móvil, ajeno a lo que mirarlo me provocaba en el estómago. Al intuir mi presencia, alzó la mirada y me dedicó una sonrisa ladeada.

—¿Preparada?

—Sí.

—Entonces, vámonos.

Paseamos unos metros hasta la playa. Era un lugar privado que pertenecía solo al resort, algo que agradecí, porque éramos muy poca gente, y más a finales del mes de septiembre.

Colocamos las toallas y, mientras yo me tumbaba boca abajo para tomar el sol, Leo fue directo a darse un baño. No pude evitar levantar la cabeza y observarlo mientras se introducía en el mar. Los músculos de la espalda se le marcaban a cada paso y el bañador se le ajustaba a la cintura como un guante.

Se metió de cabeza, le vi dar unas cuantas brazadas entre las olas y me pregunté qué sería lo que lo había llevado hasta allí. En sus correos hablaba de una historia larga de relatar, y si ya antes tenía ganas de que me la contara, desde que lo había conocido en persona me apetecía mucho más.

Tras unos minutos, lo vi salir del agua. No podía retirar la mirada de él. Se acercó a la toalla, la cogió y se secó la cara.

—¿No te das un baño? —me soltó—. El agua está buenísima.

Negué con la cabeza.

—No soy mucho de mar, la verdad.

—¿Cómo? —Sonrió mientras volvía a colocar la toalla en la arena.

—Digamos que me da cierto respeto el mar. Creo que es bastante traicionero.

—Estoy de acuerdo contigo en que nunca hay que confiarse.

—Además, no llevo demasiado bien que algo en el agua me toque. Soy bastante asquerosita. Algas, pececillos… Así que mejor que me quede aquí antes de que me escuches gritar como una loca mientras salgo del agua porque algo me haya rozado.

Una sonrisa abierta se dibujó en su boca. Me miraba desde arriba, con los brazos en jarras.

—¿Y si estuvieras segura de que nada va a rozarte?

—En ese caso, creo que sí que me bañaría. —Entonces, me tendió la mano—. ¿Qué haces? —pregunté confusa.

—Ven conmigo.

Cuando entendí lo que quería decirme con su ofrecimiento, negué con decisión.

—No, no, Leo. Ni en broma.

—El otro día, en el *chill out* del restaurante, tú cuidaste de mí, ¿verdad? Ahora lo voy a hacer yo. —No sabía muy bien qué decir—. Dame tu mano —musitó—, no te va a pasar nada. Te lo prometo.

Entonces, sin pensármelo dos veces, le cogí la mano, y él tiró de mí con determinación para ponerme de pie, frente a él. Cerca. Muy cerca. Bajó la mirada hasta mis ojos. Y yo deposité la mía en la suya. Seguíamos de la mano. Y ninguno se soltaba.

—¿Vamos? —dijo.

—Claro —asentí.

Fuimos de la mano hasta llegar a la orilla. Pero lo hicimos con un gesto demasiado natural que daba bastante miedo, la verdad.

A medida que nos acercábamos a la orilla, sentía una mezcla de respeto y humildad ante la inmensidad del mar. Sus aguas imponentes y en constante movimiento me recordaban lo pequeños que somos en comparación con la grandeza del mundo natural que nos rodea.

Mis pasos se volvieron más cautelosos al aproximarnos al agua. Observaba la fuerza de las olas y su constante ciclo de vida. Finalmente, nos detuvimos. Mi corazón latía un poco más rápido; miré a Leo, encontré su mirada cálida y tranquilizadora y supe que estábamos experimentando ese instante juntos, en completa sintonía.

Aunque el gesto de caminar de la mano podría parecer simple, era una ventana a las emociones compartidas, una conexión silenciosa que trascendía las palabras.

Empecé a entrar en el agua mientras las olas iban rompiendo a la altura de mis pantorrillas. Leo no me había soltado de la mano, y avanzaba junto a mí.

Yo miraba al agua todo el tiempo por si había algo que me hiciera salir corriendo de allí como alma que lleva el diablo.

—Casi me ahogué en el mar cuando era pequeña. —Leo me miró confundido—. Me metí a bañarme y una corriente de agua me arrastró. No podía salir, y eso que sabía nadar.

—¿Estabas sola? ¿Y tus padres?

—Bueno, digamos que estaban a otra cosa. —Otra cosa como no hacerme caso. Mi madre tumbada, tomando el sol, y mi padre leyendo el periódico—. Desde entonces prefiero la piscina, por aquello de que no hay corrientes que puedan arrastrarme —sonreí con desgana—, además de que no tiene nada desconocido que me roce las piernas.

—¿Quieres que salgamos del agua? —sugirió.

—No —negué con la cabeza—, supongo que en algún momento tendré que enfrentarme a ello, ¿no crees?

—¿Nunca has vuelto a meterte en el mar?

—Sí, pero no mucho más allá de la orilla. Me gusta hacer pie. Lo

que pasa es que, cuanto más te alejas de la orilla, menos algas y cosas de esas hay.

—Haremos lo que te haga sentir más segura, Alice.

—Ibas a cuidar de mí, ¿no es así?

—Así es.

—Entonces, adelante. Llévame donde no haga pie. —Leo sonrió—. No soy tan valiente, ¿eh? Recuerda que tú eres más alto, y, aunque yo no haga pie, tú sí que lo harás. —Arrugué la nariz.

—Eso no es cierto. Tu fortaleza es mayor de lo que te imaginas. Te aseguro que no dependes ni de mi altura ni de mí.

Fue una situación surrealista. Leo y yo, cogidos de la mano, con las olas rompiendo a la altura de mi cintura, manteniendo una conversación demasiado íntima para mí. Pero fue tan fácil contárselo a él como difícil era hacérselo entender a Cole. Él nunca lo comprendió, me decía que era una tontería de niña pequeña y que las cosas había que superarlas, no esconderlas. Y estaba de acuerdo en que debía superarlo, pero la forma en que él intentaba que lo entendiera no tenía nada que ver con el modo en que Leo lo había hecho. Solamente la sensibilidad y empatía con las que estaba tratando la situación me decía mucho de Leo.

No debía compararlos, pero para mí era inevitable. Porque empezaba a vivir cosas con Leo que con Cole eran impensables en ese momento de mi vida. Para empezar, respetar mis tiempos.

Según íbamos avanzando, el hecho de que Leo me sujetara la mano con determinación me transmitió tranquilidad. Era como un salvavidas. Y con el tiempo me di cuenta de que no lo era solo en el sentido literal de la palabra.

Pero de repente noté algo en un pie.

—¡¿Qué es eso?! —grité mientras me subía literalmente a la espalda de Leo.

Este, asustado, me agarró las piernas, con las que rodeé su cintura.

—¿El qué? —contestó, mirando el agua.

—¡Eso! —Señalé algo que se movía bajo el mar.

Leo dirigió la mirada hacia donde yo señalaba.

—¿Te refieres a ese animal totalmente inofensivo con cuerpo duro

y pinzas para agarrar cosas? —Me miró por encima de su hombro, riéndose, mientras yo continuaba colgada en su espalda.

Casi se me cayó la mandíbula al fondo del mar. Era un cangrejo. Un inocente cangrejo.

Había hecho el ridículo más tremendo.

—Es que algo me ha rozado y… ¿Te importa que no me baje hasta que nos alejemos un poquito del… señor Pinzas?

—¿Señor Pinzas? ¿Ya le has puesto nombre?

—Es que… No sé… —dije, aún encaramada a la espalda de Leo.

—¿Le estás cogiendo cariño? Podemos apadrinarlo si quieres.

Leo no paraba de reírse, y era la primera vez que lo veía hacerlo de manera tan visceral, tan natural. Se notaba que la risa le salía de dentro.

—¿Te estás riendo de mí? —pregunté, buscando su mirada.

—No, me río contigo. Es innegable que la situación invita a hacerlo.

Suspiré. Era cierto que era todo bastante cómico.

—Vale, tienes razón.

—¿Quieres que avancemos o ya has tenido demasiadas emociones fuertes por hoy? El señor Pinzas aún no ha debido de recuperarse el susto.

—Ja, ja. Pues que sepas que no pienso bajarme de aquí hasta que nos alejemos de él. Nunca se sabe cómo puede reaccionar. Igual se venga y me pinza los pies.

—Claro, seguramente esté pensando en cómo hacerlo. Nunca subestimes a un cangrejo asustado.

—¿Podemos seguir hacia delante y tú dejas de vacilarme? —dije con una molestia fingida.

Leo volvió a reírse y, sosteniendo mis piernas, continuó avanzando hacia lo profundo. Unos segundos después, se detuvo.

—Creo que aquí ya no haces pie. —Esta vez utilizó un tono cauteloso. Había puesto las bromas a un lado.

Me agarré a sus hombros con más intensidad. Y debió de notar mi inseguridad, porque soltó una de mis piernas y me cogió la mano.

—No te voy a soltar, Alice. Confía en mí. Aquí no hay corrientes. —No respondí mientras miraba el mar—. Haremos lo que tú quieras que hagamos. Voy a cuidar de ti. Recuérdalo.

39

LEO

Cuando salimos del agua, algo había cambiado entre nosotros. No sabía si había sido el contacto físico, las bromas o la superación. Pero salimos del mar de otra manera.

La barrera de ser desconocidos se había caído; al menos, yo lo sentí así. Vi a una Alice divertida, bromista y también vulnerable. Muy vulnerable.

Además, no salí impasible ante nuestro contacto físico. De primeras me sorprendió, pero lo hizo de varias maneras; por inesperado y porque mi cuerpo reaccionó ante su contacto de manera primitiva. Despertó algo en mí, una sensación que había estado adormecida durante mucho tiempo. Y no me refería solo a tener una erección, que no negaré que la tuve, sino a algo más. No sabría describir qué.

Alice llegó a permanecer en la parte honda unos minutos sin hacer pie. De vez en cuando, ponía su mano en mi hombro cuando una ola la desestabilizaba, y le cogí la mano en varias ocasiones en las que el mar empezaba a poner distancia entre nosotros. Nos reímos bastante conversando sobre el señor Pinzas y el susto que se habría dado con sus gritos.

Cuando salimos, nos tumbamos en las toallas y disfrutamos de un silencio amable. Ella se relajó, boca abajo, en su toalla, mientras que yo decidí tomar la posición contraria; apoyé los codos en la toalla y observé el mar. Giré la mirada hacia ella y me fijé en que su espalda tenía pequitas esparcidas. Su piel era clara y las gotas resbalaban por ella con picardía. Por un momento me vi acariciando esas pecas con la punta de los dedos, pero enseguida negué con la cabeza para eliminar esos pensamientos que podrían terminar dándome muchos quebraderos de cabeza.

—¿Qué me dices si esta tarde nos damos el masaje que regala el hotel?

Su voz me hizo regresar a la realidad. ¿Y precisamente ella me hablaba de masajes en ese instante cuando hacía unos segundos me imaginaba a mí mismo dándoselo a ella?

—Oh, claro. Me parece bien.

Nos sostuvimos la sonrisa unos instantes, para que, después, ella volviera a reposar la cabeza en la toalla.

Pensé en llamar a Kevin y contarle todo lo que se me estaba pasando por la mente, pero deseché la idea cuando imaginé lo que me iba a decir: «Esa chica te gusta», «La pelirroja te pone», y más lindezas del estilo.

Su móvil comenzó a sonar. Se incorporó para cogerlo, pero, al ver la llamada, lo devolvió al bolso sin contestar. Sin embargo, antes de tumbarse de nuevo, me dedicó una mirada en la que vi algo de culpabilidad.

Cuando recogimos las cosas, antes de regresar a la habitación, nos acercamos a la recepción para reservar los masajes. Convinimos en que podíamos hacerlo a la misma hora. Después comimos juntos en el restaurante y cada uno fuimos a descansar antes de la cita.

A las seis habíamos quedado en la recepción del hotel. Yo acudí unos minutos antes y esperé sentado en uno de los cómodos sillones que adornaban la estancia. No eran las seis aún cuando la vi aparecer, con un vestido corto de tirantes de color azul celeste. No pude evitar observar que se le transparentaba el bikini, de color oscuro, que llevaba debajo. Se había hecho una coleta y venía con la sonrisa que cada vez la acompañaba más. Me levanté y la recibí.

—¿Hace mucho que estás aquí? —preguntó.

—Unos minutos nada más.

—Te gusta la puntualidad.

—Digamos que no me gusta llegar tarde.

De nuevo, esos segundos manteniéndonos la mirada enmarcada en una sonrisa. Esos momentos cada vez se repetían más y cada vez deseaba que se alargaran más.

—¿Vamos? —dijo.

—Claro.

Me acerqué a la recepción y un chico nos atendió solícito.

—Buenas tardes —dije—. Esta mañana hemos reservado un par de

masajes individuales.

—Perfecto. ¿A qué nombre? —Le dimos nuestros datos y el número de nuestras cabañas y el chico tecleó con rapidez—. Perdone, ¿ha dicho usted masaje individual? —inquirió sin dejar de teclear.

—Así es —afirmé.

—Debe de haber habido un error, porque aquí aparece reservado un masaje en pareja.

Alice y yo nos miramos con incredulidad.

—¿Qué quiere decir exactamente con un masaje en pareja? —quise saber nervioso.

—Cada uno de ustedes recibirá un masaje relajante de espalda combinado con nuestra gama de aceites esenciales. Por separado, pero en la misma sala.

—Pero no puede ser… Le hemos especificado que fueran separados a la señorita que estaba aquí antes. ¿Hay alguna forma de cambiarlo?

—Lo siento, señor, pero para hoy ya está todo reservado.

Me quedé un tanto desconcertado, no sabía qué decir. No quería poner en un compromiso a Alice. Y cuando iba a preguntarle, ella se adelantó.

—Por mí no hay problema, Leo —dijo, poniendo la mano en mi antebrazo—; si a ti no te importa, lo podemos hacer así. Lo único que cambia es que no tendremos un tabique de por medio.

—¿Sí? ¿Estás segura? —musité—. Podemos anularlo y pedirlo para otro día si quieres.

—Está todo bien, de verdad.

Miré al recepcionista y confirmé lo que Alice y yo habíamos decidido. Nos explicó que teníamos que ir a los vestuarios para desnudarnos de cintura para arriba y coger una toalla. Eso hicimos, y, cuando salí del vestuario, un chico me esperaba, vestido de negro, para que lo acompañara a la sala de masajes. Cuando entré, Alice aún no había llegado. La sala desprendía un olor a lavanda; había una luz tenue y sonaba una música relajante de fondo. Vi dos camillas, una al lado de la otra, separadas por muy pocos centímetros, y velas prendidas. Me tumbé en la camilla boca abajo y el chico me colocó la toalla a la altura del sacro, dejando al

descubierto mi espalda. Salió y cerró la puerta. Permanecí tumbado, mirando un cuadro que quedaba a la altura de mi campo de visión. Unos segundos después, se abrió la puerta y apareció Alice, con la toalla enredada bajo las axilas, tapando su pecho. La acompañaba una chica, que le indicó que se tumbara y que le sacó la toalla para colocársela a la misma altura que a mí me la habían puesto.

—Vayan relajándose, que en un par de minutos comenzaremos los masajes.

Y nos dejaron solos. La miré, y ella ya me estaba mirando a mí.

—¿Estás bien? —susurré.

Asintió con una sonrisa.

—Y tú, ¿lo estás? —me preguntó.

—Sí.

El tiempo que tardaron en volver los masajistas lo pasamos mirándonos, sin decir nada, y poco a poco perdimos la sonrisa. Nos mirábamos como intentando entendernos. Al menos, así lo pensé yo.

Cuando entraron los masajistas, ambos cerramos los ojos. Al poco de empezar, los abrí, miré a Alice y ella los mantenía cerrados. ¿Qué le habría pasado para acudir allí con aquella mirada tan triste? ¿Por qué no cogía el teléfono a quien fuera que la llamaba tantas veces? ¿Qué escondía esa sonrisa?

De repente, ella abrió los ojos y me pilló estudiándola. Me mantuvo la mirada, y sería un cínico si no reconociera que me excitó ver cómo la masajeaban mientras me miraba. Suerte tuve de estar colocado boca abajo, porque noté mi erección contra la camilla.

Por un segundo, deseé que las manos que la tocaban fueran las mías, y la respiración se me aceleró un poco ante mis pensamientos. Sin embargo, no sabía si solo lo sentía yo o ella también. Porque las miradas sabían hablar en silencio, y la manera en que ella me devolvía la suya era diferente a la del día en que llegó a Avelbrook.

40

ALICE

Me excité. Sí, me excité mientras me masajeaban y mientras Leo me miraba con esa intensidad. También me sentí culpable por experimentar esas sensaciones con otro hombre que no fuera Cole. Pero es que Leo empezaba a hacerme cosquillas en el estómago, en el corazón y en la mirada. Tenía algo que me hacía confiar en él al cien por cien. Era una persona transparente en cuanto al trato, a sus gestos, a sus sonrisas. No sabía qué era lo que le atormentaba, pero frente a mí se comportaba de forma respetuosa, cercana, cuidadosa. Y ese proceder en un hombre era algo nuevo para mí. Con Cole había vivido otras cosas, y había sido feliz con ellas, pero eran diferentes.

Lo del masaje fue mágico. Nunca un hombre me había mirado de esa manera. Nadie jamás me había transmitido tanto. Y no sabía si había sido una mezcla de los correos, de las risas y bromas en el agua, de su preocupación por mí, de su intensa mirada o de que yo estaba necesitada de algunas cosas. Pero lo cierto era que empezaba a ver a Leo con otros ojos.

Después del masaje estaba tan cohibida que le dije que me iba a descansar a la habitación un rato y que nos veríamos en la cena. Él no dijo nada, algo que agradecí. No habría sabido qué responderle a nada.

Llamé a Nana para ver qué tal estaba y le conté por encima cómo era Leo y los planes que estábamos haciendo juntos. Evidentemente, obvié lo que me había hecho sentir en el masaje.

Después estuve leyendo, y recibí un mensaje. No quería ni mirar si había sido Cole. Debí haberle bloqueado las llamadas y los mensajes, pero no quería que se enfadara aún más. Cogí el teléfono, que descansaba en la mesilla, lo desbloqueé y vi que no era Cole.

¿Qué tal? ¿Más descansada?

Era Leo.

Sí, estaba leyendo un rato. ¿Tú qué tal?

Me he quedado un rato dormido y después he ido a la piscina a nadar para despejarme un poco. Me ha venido fenomenal.

Me alegro. Yo también he dormido un poco. ¿A qué hora te parece bien que quedemos para ir a cenar?

De eso quería hablarte: he visto que después de la cena van a preparar cine en el jardín. ¿Te apetece que vayamos?

No me imaginaba que ir allí conllevaría hacer tantos planes juntos. Era como estar de vacaciones en compañía, pero en habitaciones distintas. Tampoco pensaba que fuéramos a llevarnos tan bien. Y tal y como se iban sucediendo los acontecimientos, eso me daba miedo.

Mi falta de respuesta inmediata provocó una rápida contestación por su parte.

Bueno, puedo ir solo. No quería ponerte en un compromiso.

Si él hubiera sabido que no tenía nada que ver con eso…

¿Quieres que nos pongamos cada uno a un lado del jardín? :):):)

También podemos enviarnos correos acerca de lo que nos está pareciendo la película.

Así no estaríamos atentos a la trama, ¿no crees?

Pero hablaríamos.

Hablar, escribir…

Tienes razón, escribiríamos y nos descentraríamos. Prefiero hablar contigo. Cerca.

Noté en el estómago un pequeño tirón. Ese «cerca» me lo había provocado.

¿A ratitos?

A ratitos.

Estaba preparándome para ir a cenar cuando mi móvil vibró de nuevo. Con temor, miré el remitente del mensaje. Nana. Suspiré aliviada. Igual tenía que enfrentarme a leer los mensajes de Cole. La incertidumbre me estaba generando una tensión que temía que acabara estallándome en la cara.

Quedé con Leo en que nos encontraríamos en el comedor del restaurante, y como las otras veces, él ya estaba allí cuando yo llegué. Estaba sentado al final del comedor, en una mesa junto a una de las ventanas que daban al lugar del jardín donde después proyectarían la película. Se levantó al verme. Llevaba unos vaqueros claros y una camisa blanca de lino. Me recibió con un beso en la mejilla.

—Buenas noches, Alice —dijo.

—Buenas noches, Leo.

Me gustaba la costumbre de que nos diéramos un beso en la mejilla cuando nos veíamos. Estaba justo en el medio de los dos cordiales besos y el abrazo, más cercano. Era nuestro gris perla.

Pedimos un par de ensaladas y pescado para cenar, todo acompañado de un afrutado vino blanco.

—¿Y qué película vamos a ver? —pregunté tras comer un poco de ensalada.

—*Un monstruo viene a verme* —respondió al tiempo que cogía la copa de vino—. ¿La has visto?

Negué con la cabeza.

—¿Tú?

—Tampoco —respondió.

—Entonces será mejor que nos sentemos juntos, porque, si no, no estaremos atentos a la película si comenzamos a mandarnos mensajes —bromeé—, ¿no te parece?

—Me parece —sonrió.

—Tengo una curiosidad.

—Adelante. —Esbozó una media sonrisa mientras se llevaba un trozo de pescado a la boca.

—¿Eres de los que van haciendo comentarios de la película según va sucediendo?

—No. Me gusta verla y comentarla al final.

—Entonces vale.

—¿Entonces vale? —Cogió la copa y se la llevó a los labios sin dejar de mirarme.

—Sí, porque si fueras de esos que van comentando cada segundo, puede que en un despiste te vieras solo con tus divagaciones.

—¿Harías eso? —dijo, fingiendo que le dolía mi comentario—. ¿Me abandonarías así sin más?

—Ajá —respondí, dando después un sorbo al vino—, sin remordimientos, además.

—Uf… Eso duele.

—Ya ves, soy una caja de sorpresas —suspiré divertida.

—Y yo que pensaba que cuidarías de mí… Qué decepción.

Lo observé mientras degustaba la ensalada. Claro que cuidaría de él. Como él estaba haciendo conmigo. Era como un acuerdo no escrito donde ambos estábamos juntos en lo que fuera que nos atormentara.

—Está bien, me quedaré contigo. Me has convencido con tus ansias de dar pena. No te dejaré solo, aunque no descarto tener que ponerte un esparadrapo en la boca si no te callas. —Una carcajada limpia salió de su boca—. ¡Eh! Valora que no te voy a irme; lo de taparte la boca es algo secundario.

Leo asintió dando un trago al vino mientras me sostenía la mirada. Como me siguiera mirando así…

Tras unas cuantas copas y la cena terminada, nos acercamos al jardín para ver la película. La estancia estaba decorada con grandes y mullidos cojines color crema y mesas redondas bajas colocados en semicírculo frente a una pantalla y pequeñas líneas de bombillas que iluminaban lo justo.

—¿Dónde te quieres sentar? —me preguntó.

—¿Te parece ahí, a un lado?

—Perfecto.

Leo colocó su mano al final de mi espalda para hacer que pasara yo primero y guiarme hasta nuestro sitio. Unas cuantas personas ya habían ocupado parte de los cojines. Una camarera se nos acercó para preguntarnos si queríamos tomar algo, y optamos por pedir un par de mojitos.

Nos acomodamos en los enormes cojines. Casi pegados el uno al otro. Me coloqué boca arriba y miré al cielo. Por la contaminación lumínica no se apreciaban bien las estrellas, pero estaba segura de que, desde la terraza de la cabaña, se podrían disfrutar en todo su esplendor.

La luna estaba preciosa. Suspiré. Me sentía bien. Hacía tanto tiempo que no estaba así… Relajada. Tranquila. Sin más pensamientos que el aquí y el ahora. Y es que la presencia de Leo me transmitía serenidad, paz. Con él no tenía que hacer nada que no quisiera, que fingir cosas que no era. Y había recuperado en parte esa faceta burlona que me caracterizaba antes de empezar con Cole. Hacía tanto que no bromeábamos juntos…

Pero es que esa era yo, una chica risueña, traviesa, que disfrutaba con el arte de esculpir, que le encantaba visitar a Nana y que el tiempo pasara volando.

Sin embargo, debía ser sincera conmigo misma. Esos días estaban siendo un paréntesis. Un oasis perdido en medio del desierto. Pronto tendría que volver a enfrentarme a la realidad. Tarde o temprano debía tomar una decisión en cuanto a mi futuro.

—¿Estás bien? —susurró Leo a mi lado.

Estaba recostado de lado, cerca de mí, con la cabeza apoyada en una mano.

Giré el rostro y lo miré con nostalgia.

—Demasiado bien.

—Eso es bueno, ¿no crees?

Su manera de susurrar y hablar no ayudaba a que pudiera aclararme.

—En mi situación, no veo tan claro que lo sea.

Se humedeció los labios sin dejar de mirarme.

—Si te sirve de algo, yo también estoy demasiado bien, y, en mi situación, como tú dices, tampoco sé si es lo mejor.

La intimidad con que nos regalamos esas palabras rompió algo en mi interior. Casi pude escuchar el crac en mi corazón. Esos susurros, esa manera de mirarnos y esa cercanía me aceleraron el pulso y me desestabilizaron emocionalmente.

Nos mantuvimos la mirada durante unos segundos, y todo lo que consideraba prohibido en ese momento desapareció. En ese instante solo estábamos él y yo. La magia había venido a visitarnos.

Hasta que el momento lo rompió la camarera al traernos los mojitos.

41

Leo

Casi agradecí que la camarera interrumpiera la conversación que estábamos manteniendo Alice y yo. No era consciente de que me estaba exponiendo demasiado. Precisamente yo, el hombre de hielo. El hombre que amaba la soledad que había forjado a su alrededor, que únicamente se relacionaba con su madre y su mejor amigo y que prefería la comunicación a través de mensajes en vez de mantener forzadas conversaciones telefónicas.

Menos con ella.

Joder. Con ella sí que quería estar. Me gustaba hablar. Disfrutar de nuestros silencios. Sus bromas. Su sonrisa y la manera en que sus ojos se achinaban cuando reía.

Estaba jodido. Ella, en solo unos días, había conseguido derribar una barrera que me había costado años construir y que pensaba que había consolidado. Porque yo no había madurado con los años. Lo había hecho por las hostias que me había dado la vida.

Llevaba años negándome a eso en relaciones esporádicas que no duraban más que el polvo de una noche. Nada de complicaciones ni compromisos que no pretendía ni podía asumir.

Esa era la vida que había elegido, y así me iba bien. O al menos eso era lo que quería creer. ¿Para qué complicarlo todo con una chica a la que acababa de conocer? Pues para joderlo todo.

Había bajado la guardia. Se me había ido de las manos. Me había dejado llevar y, sin darme cuenta, había salido de mi zona de confort, del espacio que era capaz de predecir y controlar. ¿Cómo volver hacia atrás?

Vimos la película, y en las escenas finales, percibí que a Alice se le escapaban algunas lágrimas. No la juzgué, de ninguna de las maneras. Decidí aparentar ser un insensible al que no le afectaba en absoluto lo que la película quería decirnos. Y es que Conor, el

protagonista, y yo teníamos algo en común. Al final, los dos debimos hacernos cargo de la responsabilidad de una casa demasiado pronto y ambos sufrimos el miedo a la pérdida.

Cuando vi llorar a Alice, no pude evitar cogerla de la mano e infundirle tranquilidad. O compañía. No lo sé. Solo sabía que quería que fuera consciente de que no estaba sola. Ella sonrió y aceptó mi contacto. Terminamos de ver la película sin soltarnos, y, cuando la pantalla se apagó, la escuché suspirar. Me soltó y se limpió los ojos.

—Lo siento —dijo con una sonrisa forzada—, creo que estoy más sensible de lo que pensaba.

Negué con la cabeza.

—No tienes que disculparte por eso.

—Me da vergüenza que me veas así —confesó con cierta timidez.

—¿Por qué?

—No me gusta mostrarme vulnerable delante de los demás.

—En ese caso, ya somos dos, Alice, pero conmigo puedes mostrarte como tú quieras en cada momento. No voy a juzgarte.

Me miró intensamente durante unos segundos, hasta que rompí el contacto y miré alrededor. La gente ya se estaba marchando y solo quedábamos nosotros recostados sobre los cojines.

—Es que… —añadió, mirándose las manos mientras jugueteaba nerviosa con ellas— el miedo es…

—Paralizante —respondí instintivamente.

—Eso es.

—¿De qué tienes miedo, Alice? —Ella tragó saliva. Se mordió el labio inferior. No me miraba. Coloqué mi dedo índice bajo su barbilla y alcé su rostro—. Puedes contarme lo que quieras. A ratitos, del tirón o por capítulos, ¿recuerdas? —Sus ojos se volvieron acuosos—. Confía en mí.

Se tomó unos segundos para responder. No sabía qué era lo que se le pasaba por la cabeza. Qué era lo que le provocaba ese tormento y esas lágrimas.

—No es fácil —confesó con un hilo de voz, negando con la cabeza.

—Lo sé. Nada que te provoque esta angustia tiene que serlo.

—Es que no lo entiendo, ¿sabes? Es como que estos días me están haciendo ver otras cosas a las que no estoy acostumbrada. Como si

ante mí se hubiera abierto otra realidad paralela en la que yo puedo ser yo, sin preocuparme de que me juzguen.

Ella había empezado a hablar, y yo… yo solo quería escucharla. Escucharla y ver en qué medida podía ayudarla. Desprendía una fragilidad casi palpable.

Se incorporó y se mantuvo sentada. Imité su gesto. Ella mirando al frente y yo, a su lado. Sin dejar de observarla. Esperando a que se desahogase.

—Al principio todo iba bien, pero se fue torciendo —dijo, mirando sus manos entrelazadas sobre sus piernas cruzadas—, y no sé qué hice mal. Bueno, creo que no he valorado sus esfuerzos en cuanto a mí. Pero no me merecía ese trato.

Adiviné de quién hablaba.

—¿Te refieres a Cole?

Me miró de inmediato. Como si hubiera tocado una tecla que no estaba preparada para escuchar.

—Él siempre ha sido muy bueno conmigo —dijo a la defensiva—. En ningún momento estoy diciendo que se haya portado mal.

—Pero hay algo que te preocupa, ¿no es eso?

Exhaló un suspiro largo, revelando su creciente nerviosismo. Sus manos comenzaron a temblar levemente. Cerró los ojos por un instante, intentando controlar los nervios que la abordaban.

—¿Te importa que vayamos a mi habitación? Creo que será todo más sencillo.

—Claro. Vamos.

Me puse en pie y le tendí la mano para ayudarla a levantarse. Ella colocó su mano sobre la mía, y tiré de ella con impulso, más fuerte de lo previsto, porque quedó a escasos centímetros de mi cuerpo. Nuestros rostros estaban demasiado cerca, y yo no podía dejar de mirar sus labios entreabiertos. Percibí una lágrima caer por su rostro y, como un acto reflejo, levanté mi mano para colocarla sobre su mejilla y se la sequé con cuidado con el dedo pulgar. Ella tenía sus manos sobre mi pecho y mi otra mano sostenía su cintura. Alice también miró mis labios. Me mordí el inferior, aguantándome las ganas de besarla.

—¿Vamos? —dijo en un susurro apenas imperceptible.

—Vamos.

Cuando entramos en su cabaña, sin encender las luces, Alice fue directa a la terraza. Abrió la puerta de cristal corredera, miro hacia mí para que la siguiera y después se sentó en uno de los escalones de madera que daban acceso directo a una especie de jardín común de las cabañas.

La observé desde atrás. Se abrazaba a sus piernas mientras miraba al frente. En silencio.

Segundos después, la acompañé. Me acomodé a su lado y respeté su silencio con la mirada fija en el horizonte.

—Nunca le había tenido miedo, ¿sabes? —Me tensé al escucharla —. Al menos un miedo tangible como el que siento ahora. Siempre lo había respetado. Y a pesar de todo, creo que aún lo hago. Cole es un tipo con carácter y fuertes convicciones. Y su forma de dirigirse a otras personas es tan autoritaria y asertiva que obliga a creer que todo lo que sale de su boca es cierto.

Mientras ella hablaba, la sangre empezaba a hervirme. ¿Estaba intentando decirme que estaba allí porque había huido, literalmente, de su pareja porque tenía miedo de él? ¿Y qué le había hecho él para que ella se sintiera asustada?

La miré de soslayo; ella parecía estar eligiendo las palabras para continuar su relato.

—Desde la discusión del día de la celebración de mi cumpleaños, todo ha ido a peor. Asumo mi responsabilidad en cuanto a que lo engañé en cosas que para él eran importantes. No debí hacerlo. Debí ser clara desde el principio. Nana me lo advirtió. Sin embargo, lo que ha ocurrido en los últimos días y su manera de actuar conmigo me han asustado. Nunca se había comportado así conmigo.

Finalmente, me miró. Y lo hizo con culpabilidad. No pude evitar preguntar lo que se me pasaba por la cabeza:

—¿Te ha puesto la mano encima, Alice? —quise saber de manera decidida y segura.

—No me ha pegado, si es a lo que te refieres. —Volvió su mirada al frente.

—Entonces, ¿qué te ha hecho para que sientas tanto miedo? Es él quien te llama continuamente, ¿verdad? —Asintió sin apartar la

mirada de mí—. Puedo cogerle el teléfono y decirle que deje de hacerlo.

Me salió la vena protectora, pero es que ese gilipollas la estaba tratando mal. Y no podía consentirlo.

—Gracias, Leo —colocó su mano sobre la mía, que descansaba en el suelo—, pero no creo que esa sea la solución.

Me explicó el futuro que él quería para ella, y después cuáles eran sus inquietudes. La manera de pensar de uno y otro estaban a años luz. Y ese tipo intentaba obligarla a seguir el camino que él consideraba que era el correcto. Pretendía que ella siguiera sus pasos cuando lo que Alice deseaba era ser escultora y continuar con la tienda taller de su vecina, Nana.

—Cuando se enteró de que no había asistido a las clases y que había suspendido el examen, se enfadó mucho —negó con la cabeza —; sé que lo hice mal, pero no me merecía ese trato.

—¿Qué te hizo, Alice?

En mi tono de voz no pude disimular mi preocupación e incipiente enfado.

Bajó la mirada. Volvió a negar con la cabeza. Se abrazó las piernas. Me levanté para colocarme frente a ella, de rodillas. Deshice el abrazo y la cogí de las manos.

—Eh —susurré. Ella me miró con los ojos acuosos—. Estoy aquí, ¿vale?

—Es que… —comenzó a llorar— no sé si…

—Cuéntamelo. Saca todo ese dolor que tienes dentro.

Se tomó unos segundos. Las lágrimas resbalaban por sus mejillas sin permiso, una tras otra.

—Cole… Aquel día que se enteró de mi ausencia al curso… Él… me arrinconó en el pasillo y me agarró del cuello.

La sangre se me congeló. Sentí cómo dejaba de correr por mis venas. Me tensé. Apreté la mandíbula hasta casi hacer saltar todos mis dientes.

—Maldito cabrón —musité, mirando hacia otro lado.

¿Y qué podía decir yo? ¿Que, si lo hubiera tenido delante, le hubiera partido todos los huesos? ¿Que no iba a permitir que ese bastardo se acercara más a ella? No podía decirle eso, o la

destrozaría más de lo que ya estaba.

—¿Te lo había hecho más veces?

—No.

—Y no sé por qué me da que no es lo único que ha pasado en estos días, ¿verdad?

Mi tensión iba en aumento: o me controlaba o acabaría siendo yo quien le cogiera el teléfono a ese cabrón.

Volvió a bajar la mirada. Por un momento lo agradecí, porque me estaba costando la vida no soltar por la boca todo lo que se me estaba pasando por la cabeza.

Me levanté. Me paseé por el jardín con las manos en la cabeza. No me lo podía creer. ¡Cómo podía haber tíos que se creyeran que poseían a una mujer y pensaran que podían hacer lo que quisieran con ellas! Si algo aprendí con mi hermana y con mi madre es que sin ellas nosotros no estaríamos aquí. Y ese malnacido se creía con el derecho a maltratar así a Alice.

Ella se levantó y vino hacia mí.

—Leo, tranquilo. Yo… —puso sus manos en mi pecho— estoy bien.

—No, Alice, no estás bien. Nadie puede permitir que le traten así. Y ese hijo de puta…

—Shhh… —Me colocó un dedo en la boca para hacerme callar—. Solo quiero que me abraces —dijo con la voz rota. Me dejó descolocado. La miré algo aturdido por la información que había revelado—. Por favor —susurró.

Cerró los ojos y rodeó mi cintura con sus brazos. Yo hice lo mismo. Descansé mi barbilla sobre su cabeza, después de darle un beso en ese lugar, y fue cuando ella rompió a llorar con desconsuelo.

Su tristeza y mi rabia me estaban destrozando por dentro.

42

ALICE

Contarle a Leo lo que me había ocurrido con Cole había sido una de las cosas más difíciles que había tenido que hacer en mi vida. Me había mostrado tan vulnerable y transparente que temí, por un momento, que Leo fuera capaz de adivinar más cosas de las que en ese instante fui capaz de contar. Por un lado, me alivió expulsar de mí tanta tensión y tanto dolor, pero, por otro, me daba miedo que Cole terminara enterándose de que se lo había confesado a Leo y tomara represalias contra mí. O contra él.

Lloré. Lloré mucho, envuelta entre sus brazos. Fue como estar en puerto seguro cuando en los últimos tiempos me sentía a la deriva. Él me acariciaba la espalda y la nuca mientras yo dejaba salir toda la tensión que tenía acumulada. No recordaba haber llorado tanto nunca. Me desinflé como un suspiro al final del día. Me sentí tan exhausta que llegué a marearme en brazos de Leo.

Él, con todo el cuidado del mundo, me sujetó por la cintura y me acompañó a la cama para que me tumbara. La abrió y me tapó tras quitarme las sandalias. Se sentó a mi lado y, con suavidad, me acarició el pelo.

—¿Quieres que me vaya? —preguntó con cautela.

Negué con la cabeza.

—¿Te importa que hablemos un rato más? No quiero estar sola.

—Por supuesto.

Se levantó para ir hacia el sofá.

—¿Te apetece…, no sé…, tumbarte aquí, a mi lado?

Me miró algo desconcertado.

—Perdona —continué—. No quiero que parezca que…

—Alice —me cortó—, claro que me apetece.

Se acercó hasta la cama, se quitó las zapatillas y se tumbó junto a mí. De lado. Mirándome. Por encima de la colcha.

Imité su postura y ambos quedamos frente a frente. Mirándonos. Cerca. Muy cerca.

—¿Estás mejor? —inquirió con un hilo de voz.

Asentí.

—¿Quieres contarme algo más?

Negué con la cabeza.

—Gracias, Leo. Gracias por escucharme.

—Siento si he sido un poco brusco. Es que…

—No tienes que pedirme perdón —lo interrumpí—. Entiendo que la situación no ha sido fácil.

—Es que no me entra en la cabeza que alguien pueda comportarse así con su pareja. Se supone que, si estás con alguien, es porque le quieres, ¿no?

—Cole no era así.

—Pero ahora sí lo es, Alice.

Tenía razón. En ese momento sí que lo era.

—¿Sabe él que estás aquí? —preguntó.

—No. Al menos, yo no se lo he dicho.

—¿Lo sabe alguien más?

—Sí, Nana, pero estoy segura de que ella no le dirá nada.

—Insisto en que, si quieres que le coja el teléfono, no tienes más que decírmelo.

—Lo sé. Y te lo agradezco. Pero esta es mi batalla.

—¿No habéis vuelto a hablar desde…?

—No. Me dijo cosas muy feas.

—Estoy convencido de que no tiene razón en nada de lo que te dijo. Nada. No sé qué palabras utilizaría, pero dudo que ese tipo tenga razón en algo.

Le conté algunas de las afirmaciones que me dedicó Cole aquel día y Leo frunció el ceño.

—¿Lo ves? No tiene razón en nada. Tú eres una mujer espectacular en todos los aspectos. y no permitas que nadie te haga sentir lo contrario.

—A veces me gustaría verme con los ojos que tú me ves. Tu mirada hacia mí es tan diferente…

—Te veo inteligente, divertida, preciosa —cogió un mechón de mi

pelo y lo acarició—, cariñosa, capaz, sensible, empática… Y podría seguir toda la noche.

Nadie me había definido nunca con esas palabras. Cole era mucho más estricto conmigo, y había dejado de ser lo divertida como era antes de conocerlo. Igual Leo llevaba razón y tenía que mirarme de otro modo.

Nuestros ojos se encontraban en un abrazo silencioso y profundo, sin que ninguno de los dos desviara la mirada. Mientras Leo continuaba acariciando suavemente mi cabello, mi corazón latía con un anhelo palpable. La cercanía entre nosotros era tan íntima que podía percibir su dulce aliento, como si sus labios estuvieran rozando los míos, creando una conexión de deseo apenas contenido.

Entonces, no lo pensé dos veces y rompí esa distancia para poner mis labios sobre los suyos. Un roce mínimo, apenas perceptible, que recibió sin apartarse. Coloqué una mano en su mejilla y paseé de manera casi inapreciable mi lengua por su labio inferior, pidiendo permiso para entrar. Leo abrió levemente la boca, y fue entonces cuando profundizamos el beso. Primero con calma, después la perdimos. Nos volvimos locos. Nuestras bocas bailaban coordinadas con un deseo irrefrenable. Leo colocó sus manos en mi nuca y me atrajo hacia él con tanta pasión que solté un gemido. Nuestras manos recorrían nuestros cuerpos con rapidez, deseo, incluso podría decir que con desesperación. Entonces, una de sus manos se coló por debajo de mi vestido, acariciando mi vientre, dibujando suaves círculos que me erizaron la piel. Nuestros labios seguían unidos al tiempo que su mano descendió un poco más, hasta rozar mis braguitas. Gemí ante su ligero contacto y él paseó sus dedos por debajo de la tela para regalarme aún más placer. Su mano comenzó a moverse cada vez más rápido en mi parte más íntima, en mi fuente de placer, y cada vez estaba más cerca del orgasmo.

—No pares —gemí.

Sus labios viajaron directamente a mi cuello, a besarme, morderme, y la mezcla del sutil movimiento de sus dedos con sus juegos en mi cuello aceleró mi llegada al clímax. Arqueé la espalda al sentir cómo el orgasmo me provocaba una oleada de placer de los pies a la cabeza. Abrí levemente los ojos y me recibió una oscuridad

únicamente rota por la luz de la luna que entraba por la terraza. Al girar el rostro, pude ver que Leo me miraba con ternura. Depositó un ligero beso en mis labios y nos miramos en silencio durante unos segundos. El tiempo suficiente como para recuperar el aliento y normalizar mi ritmo cardíaco. De pronto, sin saber muy bien cómo, aterricé en el mundo real y fui consciente de lo que acababa de pasar entre nosotros.

—Tengo que ir al baño —dije mientras me levantaba de la cama.

Necesitaba abandonar el espacio en el que estábamos Leo y yo.

Cuando salí del baño, vi que Leo estaba sentado en el lateral de la cama. Se puso de pie con un gesto apresurado y allí se quedó, inmóvil, con las manos en los bolsillos. Me acerqué a él en completo silencio, entrelazando mis manos, sin tener una idea clara de lo que debía hacer o decir. Sin embargo, él nos lo puso fácil. A los dos. Y lo agradecí.

—¿Estás bien?

Asentí. Permanecimos en silencio; mi mente era un campo de batalla donde mil pensamientos luchaban entre sí. Era como estar atrapada en una encrucijada, queriendo avanzar, pero sintiendo la necesidad de frenar. La tensión en el aire era palpable, como si estuviéramos en un callejón sin salida, tratando de encontrar una salida en medio de toda la vorágine de emociones que, al menos, yo experimentaba en ese momento.

Entonces, Leo rompió el silencio.

—Alice… Creo que lo mejor es que me vaya a mi habitación.

—Sí —dije, bajando la mirada—, será lo mejor.

—¿Seguro que estás bien?

No, no estaba bien. ¿Cómo iba a estarlo después de sentir las manos de Leo dándome placer?

—Seguro.

Lo miré y le dediqué una sonrisa. Algo forzada, he de reconocer. La situación era bastante comprometida.

—Hablamos mañana —susurró, dejando un beso en mi mejilla.

—Claro.

Y en segundos estaba cerrando la puerta tras de sí.

43

Leo

En el momento en el que entré en mi habitación fui directo al baño. Necesitaba desahogarme después de lo que acababa de pasar en la habitación de Alice. Estaba entre nervioso y excitado. Me desnudé y entré en la ducha. Puse el agua templada y me coloqué debajo del chorro. Cerré los ojos y empecé a tocarme. Me masturbé pensando en sus jadeos, en su cuerpo arqueado mientras le daba placer, en su boca entreabierta pidiéndome más. No tardé en correrme. La deseaba tanto que no sé cómo no lo hice en los pantalones mientras la observaba alcanzando el orgasmo.

Cuando ella me besó, me debatí entre poner distancia y no empeorar la situación y dejarme llevar. Y es que uno no es de piedra, y ya estaba excitado antes de que ella se lanzara. Eso no era ni se parecía en nada a lo que yo tenía planeado cuando decidí ir allí.

Mi pretensión al programar ese viaje era tener un respiro en medio del huracán emocional en el que vivía sumido desde hacía años, un espacio donde desconectar y reencontrarme. Necesitaba separarme de la vorágine de la vida cotidiana y hallar un rincón donde mi mente pudiera estar en calma. El afán de disponer de tiempo para mí cobraba relevancia, una necesidad de reequilibrar mi bienestar mental y emocional. Y aunque llamara a mi madre todos los días, necesitaba llegar a ser consciente de que, aunque estuviera lejos de ella, el mundo no se acabaría.

Tomé consciencia de la importancia de desconectar para recargar energías, reconectarme conmigo mismo para enfrentar el día a día con mayor claridad. No buscaba perderme, sino encontrarme en la calma.

Había compartido con Alice mi disposición a estar presente, a explorar y a dar forma a lo que surgió a partir de una simple nota

dejada en la mesa de una cafetería. Mi oferta era una invitación a conocernos más allá de las palabras escritas, a materializar la conexión que había surgido en aquel instante. Quería que ella supiera que estaba dispuesto a dar el siguiente paso, a transformar lo efímero en algo tangible y significativo. Nuestra historia, que comenzó con una nota, tenía el potencial de crecer con cada encuentro que decidíamos compartir.

Sin embargo, me encontraba sentado en la cama, aún mojado, tras la ducha después de haberla besado y llevado al orgasmo. Y es que ambos sabíamos que queríamos hacerlo. Las señales eran claras desde ambas partes. O al menos eso quise creer.

Me puse un pantalón corto y salí a la terraza con el móvil en la mano. Miré hacia su cabaña y vi que estaba todo cerrado y apagado. Estaba dispuesto a pagar por conocer sus pensamientos en ese momento. Miré la hora en el móvil. La una y cuarto de la madrugada. Busqué en mis contactos el teléfono de Kevin. Marqué, aun sabiendo que era tarde, pero necesitaba hablar con alguien. En esa ocasión, no se trataba de hablar con Alice, sino de conversar acerca de ella.

Al segundo tono, mi amigo descolgó el teléfono.

—Ya puede ser importante lo que quieras contarme teniendo en cuenta las horas que son, capullo. —Su voz sonaba somnolienta. Debía de haberlo despertado—. Reza para que Macy no haya oído el teléfono.

—Lo siento, es que tenía que hablar con alguien

—¿Con alguien? Pues haber llamado a atención al cliente de tu compañía telefónica, no te jode.

—No te pongas así. Estoy jodido, tío.

—Y tienes que estarlo mucho cuando no puedes esperar hasta mañana.

—He estropeado las cosas.

—A ver, empieza desde el principio, que aún estoy dormido. ¿Qué es lo que has estropeado exactamente?

—Alice y yo nos hemos enrollado.

—¡¿Cómo?! —Alzó la voz.

—No grites, que vas a despertar a Macy.

—No me toques los cojones, ¿eh, Leo? ¿Cómo que os habéis enrollado? ¿Habéis tenido cibersexo?

—Ella está aquí.

—¿Aquí, dónde?

—En Avelbrook.

—A ver, creo que me estoy volviendo loco. ¿Me estás intentando decir que Alice está en Avelbrook, en las cabañas donde tú estás alojado?

—Sí.

—Asumo que eso no ha sido una casualidad provocada por la alineación de los astros, ¿no?

—No.

—Vale, entonces no me toques los cojones y dime qué hace ella allí, porque lo último que sé es que le ibas a mandar un mensaje después de que cortara vuestra conversación telefónica porque su novio surgió en escena. Empieza a largar si no quieres que me presente allí y se lo pregunte a ella personalmente.

Le conté todo, los mensajes que le envié a Alice diciéndole que iba allí, que no tuve respuesta por su parte. Le expliqué a mi amigo cómo ella apareció tras la puerta de mi cabaña. Nuestras salidas al mar, al cine de verano, el masaje en pareja. Lo jodidamente enfermo que me ponía su sonrisa. Lo divertida que era. Lo único que obvié fue lo que me contó sobre Cole. Solo le dije que lo habían dejado. Que ella lo había dejado. Y finalicé mi relato con lo que había pasado en su habitación, sin entrar en detalles.

—Buf —exhaló—, pues sí que estás jodido, sí.

—Así no me ayudas, Kev.

—¿Y qué quieres que te diga? ¿Que cuelgues el teléfono y vuelvas a su habitación para rematar la faena?

—No seas frívolo, joder.

—Es que es lo que te gustaría hacer. A mí no me vas a engañar. Lo que ocurre es que tú no volverías solo por echar un polvo. Lo harías por estar más tiempo con ella. Y eso, en ti, es jodido. Por lo que parece, el hombre de hielo empieza a derretirse.

Bufé y esperé a que continuara hablando. No podía responder a los dardos que estaba mandando, porque eran verdades como puños.

Intentar justificarme sería una pérdida de tiempo y energía.

—¿Y qué se supone que debo hacer ahora?

—¿Sinceramente? Déjate llevar, amigo. ¿Hace cuánto que no lo haces? ¿No crees que ya te toca disfrutar y ser feliz? Por lo que cuentas, es buena tía, estáis a gusto. Vivís en vuestra propia burbuja fuera de la rutina del trabajo y todo eso.

—Ella tiene una situación complicada con su pareja. No creo que ella se vea con ganas de…

—Leo —me cortó—, eso deja que lo decida ella. ¿No crees?

Llevaba razón. Pretendía siempre tenerlo todo tan controlado que, a veces, hasta creía que podía saber lo que los demás pensaban.

—¿Cuántos días os quedan allí? —me preguntó.

—Unos cuantos… No sé… —Estaba bloqueado.

—Entonces, amigo, aprovechad esos momentos. El futuro llegará cuando tenga que llegar. Los días restantes son vuestros, vuestra elección. Puedes abordarlo con ella mañana o permitir que las situaciones se desenvuelvan naturalmente.

—Así todo suena demasiado sencillo.

—Lo es, Leo. Confía en mí.

—Gracias, Kev.

—La próxima vez llama cuando, al menos, haya amanecido, capullo —bromeó.

—Buenas noches.

—Hasta mañana, tío.

Terminé la llamada y me senté para considerar las palabras de mi amigo. Sus consejos ocuparon mi mente mientras evaluaba sus sugerencias y analizaba las opciones. Mis pensamientos giraron en torno a sus palabras como las piezas de un rompecabezas en proceso de encaje. Dejé el teléfono sobre la mesa de la terraza y me sumergí en la contemplación de sus puntos de vista mientras buscaba claridad en medio de la reflexión. Entonces, recordé una frase que había leído y apuntado hacía unos días. Cogí de nuevo el móvil y le mandé un mensaje a Alice antes de acostarme.

La magia quizás no resida en la luna, sino en el significado que le das al pensar en alguien al mirarla.

44

ALICE

Apenas pegué ojo en toda la noche. Lo que había pasado entre Leo y yo después de confesarle lo ocurrido con Cole me había dejado descolocada. No pude evitar besarlo. De hecho, tenía ganas de hacerlo desde que en la playa nos habíamos bañado juntos y había demostrado tanta delicadeza y ternura conmigo. Suponía que los correos y mensajes habían hecho un poso agradable en mí, y eso había favorecido que, una vez nos conocimos en persona, terminara de convencerme de que Leo era buen tipo, además de tener una presencia imponente.

Y es que tocó mi cuerpo con una sensibilidad exquisita. En todo punto cuidó la situación. Todas sus acciones desprendían mimo, incluso cautela.

Sin embargo, que se marchara así me dejó algo vacía, aunque entendía perfectamente que volviera a su habitación. Era una situación un poco incómoda. ¿Qué nos decíamos después de eso? ¿«Gracias por darme uno de los mejores orgasmos de mi vida»?

Sonreí al recibir su mensaje.

La magia quizás no resida en la luna, sino en el significado que le das al pensar en alguien al mirarla.

Y es que a mí me pasaba algo similar. Mirar la luna ya no tenía el mismo significado desde que intercambiábamos mensajes. Era algo que compartíamos él y yo. Me pregunté si a él también se le dibujaba una sonrisa al pensar en mí. Sin embargo, no respondí al mensaje. Tampoco sabía cómo hacerlo. O quizá no fuera el momento de hacerlo, por miedo a cometer el error de escribir palabras que en ese instante estaban a flor de piel.

Cuando me desperté por la mañana eran poco más de las nueve, y el sol se las prometía enérgico. Me di una ducha para despejarme y

fui al comedor a desayunar con cierto nerviosismo por encontrarme con Leo. Antes consulté el móvil, y lo único que vi fue un par de llamadas de Cole. Parecía que su insistencia iba en descenso. Esperaba que fuera porque había entendido que no quería hablar con él. Aunque Cole no era de los que se daban por vencido.

Nada más entrar en el comedor miré alrededor y no vi a Leo. Advertí un tirón en el estómago y sentí cierto desencanto. Supuse que habría salido a correr. Sin embargo, pasó la mañana y no tuve noticias suyas. Estuve todo el tiempo en mi habitación, y, de tanto darle vueltas a la situación, ya no tenía claro si quería ver a Leo o no. Por un lado, me apetecía para saber cómo reaccionaba después de lo ocurrido la noche anterior, y, por otro lado, no quería, por no estar segura de cómo enfrentarme a la situación.

Leí un rato, después hablé con Nana y hasta me vi una película, pero nada me hacía dejar de pensar en él. Solicité al servicio de habitaciones que me trajeran la comida a la cabaña. No había noticias de Leo, pero él tampoco sabía de mí, así que supuse que ambos necesitábamos un tiempo para asimilar lo ocurrido. Por un momento pensé en escribirle, pero no quería forzar, por ninguna de las dos partes, una conversación que no fluyera de manera natural entre ambos.

Yo había disfrutado plenamente de lo que había pasado. Eso era innegable. Y aunque sentía algo de remordimientos por el poco tiempo que hacía que me había marchado de casa de Cole, fue algo que me nació. Y aun sintiendo ese pinchazo de culpabilidad, lo habría repetido. Tenía que aprender a ser sincera conmigo misma, y esa era la ocasión perfecta para empezar a hacerlo.

Junto a la comida, en la bandeja, colocaron un folleto que anunciaba una fiesta veraniega en el jardín esa noche. El único requisito era ir de blanco. De primeras deseché la idea, pero, según fue pasando la tarde, pensé que lo mismo era mejor ir y despejarme un poco. Busqué entre la ropa que había llevado y vi un vestido blanco de lino, corto y de escote en pico.

Después de comer me tumbé en el sofá a ver la televisión, pero no tardé en quedarme dormida, como era habitual en mí. La noche había sido larga y el cansancio era notable.

Desperté casi a las seis, desorientada. Me froté la cara con las dos manos y me incorporé. Vi que en el móvil, que descansaba sobre la mesa baja que había frente al salón, aparecía un mensaje nuevo. Desbloqueé el teléfono y sentí un suave cosquilleo en el estómago al ver que era de Leo.

Hola, Alice. Lo cierto es que no sé cómo empezar este mensaje. Solo quería decirte que he salido esta mañana a una excursión por unas cuevas del entorno que preparaba el resort. Por eso no he ido a verte. He pensado que igual necesitabas espacio. Espero que estés bien.

No supe muy bien cómo reaccionar a sus palabras. No me gustaba que se hubiese esfumado pensando que yo no quería verlo. No era esa la imagen que quería proyectar en él. Pero por otro lado también agradecí que pensara en cómo me podía estar yo. Estaba llena de incoherencias. Mi vida, desde que él había aparecido en ella, se había convertido en una contradicción constante. Porque estar con él me estaba haciendo descubrir cosas de mí misma que tenía olvidadas. Me hacía replantearme situaciones que pensaba totalmente cimentadas, como qué quería hacer con mi vida. Me hacía sentir que mi opinión también contaba o que podía fluir más allá de lo que pensaran los demás.

Después de cenar fui a mi cabaña a prepararme para salir a tomar una copa a la fiesta. Había visto, de camino al restaurante, que habían puesto un par de barras, focos, una mesa de mezclas y decoración veraniega. Me puse un vestido, me hice una coleta alta, un poco de máscara de pestañas y unas gotas de aroma de manzana.

Cuando salí al jardín, el ambiente ya estaba animado. Una chica pinchaba entusiasmada en la mesa de mezclas. Había un par de camareros por barra y gente bailando en el centro del jardín. Hacía tanto tiempo que yo no acudía a una fiesta —si obviábamos la que Cole me había preparado por mi cumpleaños— que llegué a notar que estaba fuera de lugar. Sin embargo, me gustó sentir de nuevo la música alta, ver a la gente bailando, pasándoselo bien. Yo fui así durante una época de mi vida. Y lo gocé tanto… En su día disfruté

de los comienzos con Cole, no iba a decir lo contrario porque mentiría, pero ¿por qué dejé de salir con Marlene? ¿Por qué no compatibilicé ambas cosas?

Me pedí una copa y me quedé en la barra observando a la gente y recordando. Una sonrisa asomó a mi rostro al acordarme de las fiestas que nos habíamos gastado Marlene y yo. Algunas de ellas apoteósicas. De pronto, sentí que alguien se colocaba a mi espalda, muy cerca de mí. En principio me tensé, sin embargo, ese olor me resultó conocido. Imposible olvidarlo. Entonces me relajé.

—¿Puedo acompañarte tomando una copa? —susurró Leo en mi oído.

Suspiré.

—Pensaba que no te gustaban los lugares donde se bailaba y la música sonaba tan alta —respondí con media sonrisa.

Intuí la suya, aún a mi espalda.

—He cambiado de opinión.

—¿Sí?

—Ajá. ¿Y sabes por qué?

—¿Por qué?

—Porque así tengo que hablarte desde cerca, muy cerca —musitó meloso junto a mi oreja mientras colocaba sus manos en mi cintura —. Va a ser que también tiene ventajas.

Un escalofrío me recorrió el cuerpo. ¿Cómo era posible que me hubiera encendido solo con un par de frases? Cogí sus manos con las mías y las entrelacé sobre mi vientre. Entonces, él pegó su cuerpo al mío con decisión. Depositó un suave beso en mi cuello y la piel se me erizó. Apoyé la cabeza en su hombro y cerré los ojos.

—Siento mucho haberme marchado así anoche —confesó—. No supe reaccionar.

—No pasa nada. Yo también me sentí algo perdida.

—Quiero que sepas que no me arrepiento en absoluto de nada de lo que pasó ayer.

Tragué saliva y, poco a poco, me giré hasta ponerme frente a él y puse los brazos alrededor de su cuello.

—Yo tampoco.

Mi respuesta le provocó una sonrisa traviesa que dijo más por lo

que calló. Se humedeció los labios.

—¿Entonces estás bien?

—Ahora sí.

Nos movimos lentamente, como siguiendo el compás de una balada que no sonaba. Al menos, allí no. Quizá en nuestras cabezas.

Leo se mordió el labio inferior sin dejar de mirar mi boca.

—Quiero besarte —dijo.

—¿Sí? —Asintió con una sonrisa torcida—. Entonces hazlo.

Y ahí se desató la pasión entre nosotros. De nuevo, nuestros labios se envolvieron con deseo. Nuestras lenguas jugaban sin ganas de despegarse. Leo bajó las manos hasta mi trasero y me acerco más a él. Estaba claro que yo no era la única que estaba encendida. Un bulto en su entrepierna lo delataba. Los besos iban a más, y no era plan de montar una escena en el jardín delante de tanta gente.

—¿Vamos al baño? —musité.

—No vamos a follar por primera vez en un baño público —respondió con voz ronca.

—¿Por primera vez? —jadeé—. ¿Es que va a haber más de una?

—Va a haber todas las que tú quieras.

Nos separamos y nos miramos jadeantes, con ganas de dar rienda suelta a todo lo que estábamos conteniendo en ese momento. Tiró de mi mano camino a las cabañas y fuimos a paso ligero, regalándonos besos en casa rincón. Parecíamos dos adolescentes en plena efervescencia hormonal.

Entramos en su cabaña a trompicones y Leo me dirigió hasta la cama sin dejar de regalarme besos. Antes de tumbarnos, nos quedamos quietos, uno frente al otro, y le desabotoné la camisa poco a poco, mientras lo miraba con picardía.

—Me estoy poniendo malo. Como tardes mucho, te voy a arrancar el vestido.

Me reí.

—¿Eres impaciente? —pregunté seductora.

—Para según qué cosas, mucho.

Estaba desencajado. Se notaba que estaba haciendo verdaderos esfuerzos por no desnudarme y tumbarme en la cama.

Le desabroché el pantalón y se lo bajé junto con los bóxers.

Inconscientemente, lo miré de arriba abajo.

—¿Puedo? —dijo, buscando el bajo de mi vestido.

—¿Me lo vas a arrancar? —Sonreí.

—Por ahora no, pero dame tiempo.

Me lo sacó desde abajo y descubrió que no llevaba sujetador. Exhaló un «joder» gutural al tiempo que miraba mis pechos. Sin pensárselo dos veces, me alzó a horcajadas y me tumbó sobre la cama.

—Eres preciosa —susurró mientras depositaba ligeros besos en mis mejillas.

Seguimos besándonos y frotando nuestros cuerpos entre jadeos. No tardó en retirarme las braguitas. Nos dimos placer mutuamente, hasta que Leo me dijo que parara o se correría demasiado pronto.

—Hace mucho que no… —dijo.

Lo callé con un beso, y otro, y otro…

Entonces, cogió un preservativo del cajón de la mesilla y se lo colocó con delicadeza.

—¿Estás segura? —preguntó antes de introducirse en mi interior.

—Completamente.

Entonces, poco a poco nos fuimos convirtiendo en uno, siguiendo el ritmo como si bailáramos una canción lenta. Mis piernas le rodeaban la cintura y sus manos estaban apoyadas a cada lado de mis hombros. Lo acaricié y pude notar cómo sus músculos se tensaban con cada movimiento. Ambos jadeábamos, yo le pedía que siguiera, que no parara, y mis palabras provocaban que él se excitara aún más y aumentara la cadencia. Hasta que ambos explotamos en un potente orgasmo. Quedamos exhaustos. Sudorosos.

Estuvimos unos segundos más abrazados, intentando recuperar la respiración y acompasar nuestro ritmo cardíaco. Estaba tan relajada en ese momento abrazada a él… Fue una de las pocas veces en las que me sentí parte de algo, no fuera de lugar. Sin embargo, eso era peligroso, porque me estaba lanzando a la piscina sin saber si esta tenía agua suficiente para aguantar mi caída.

45

Leo

A la mañana siguiente me despertó la vibración de mi teléfono. Me sorprendió porque era bastante pronto para que, en fin de semana, alguien me llamara. Alice estaba apoyada sobre mi pecho, y sentí rabia al tener que romper ese momento para levantarme, pero me descolocó la hora. El móvil descansaba sobre la mesa baja que quedaba frente al sofá, por lo que me levanté y Alice se removió, para después darse la vuelta, abrazar la almohada y volver a dormir. Cuando llegué hasta mi teléfono, me sobresaltó ver que quien llamaba era Olive, la mujer que cuidaba de mi madre.

Descolgué al instante.

—¿Qué ocurre, Olive? ¿Mi madre está bien?

Mi tono sonó desesperado. Y algo inquisitivo, reconocí segundos después.

—Buenos días, Leo.

—Buenos días. ¿Le ha pasado algo a mi madre?

En mi defensa he de decir que Olive no me llamaba nunca; únicamente lo hacía cuando a mi madre le había ocurrido algo. En la mayoría de ocasiones, por una de sus crisis. De ahí mi desesperación nada más descolgar.

El hecho de estar más lejos de lo habitual de su casa me tensó aún más. Si le había ocurrido algo, no podría acudir tan rápido como lo hacía habitualmente. Y eso era precisamente lo que quería evitar siempre.

—Solo quería informarte de que ayer tu madre sufrió una caída, pero…

—¡¿Cómo que una caída?! —Alcé la voz más de lo que pretendía—. ¿Pero se puede saber qué es lo que ha pasado?

—Ella estaba en el baño lavándose las manos, como todos los días, sin embargo, debió de caer algo de agua al suelo y, al salir, resbaló.

—¡¿Que resbaló?! ¡¿Y dónde estabas tú mientras eso ocurría?!

Mi tono de voz alertó a Alice, que se movió y se incorporó hasta sentarse mientras me miraba extrañada.

—Yo estaba…

—¡No te pago para esto! ¡Se supone que trabajas ahí para cuidar de mi madre!

—Lo siento.

—¿Cómo está ella?

Mientras hablaba me paseaba por la cabaña, nervioso, revolviéndome el pelo, temiéndome lo peor. La vida y sus circunstancias me habían hecho pensar que, si algo malo podía pasar, era más que probable que acabara ocurriendo cuando no podía acudir de inmediato.

—Está bien. Ella está bien.

—¿Llamaste a una ambulancia?

—No, no me dejó. Cayó sentada y se sujetó en el lavabo. Ella dijo que estaba bien.

—Olive, tú y yo sabemos que mi madre jamás va a reconocer que algo va mal. Joder… —Suspiré—. Quiero hablar con ella.

—Tu madre aún está dormida.

Alice advirtió mi situación y mi estado de nervios y se levantó, se acercó hasta mí y me sujetó del brazo con ambas manos. Depositó un beso en mi hombro y susurró un delicado «tranquilo».

—¿Está dormida o es que no puede hablar? Y espero que seas sincera, Olive. No estoy para tonterías

—Te prometo que está descansando.

—Está bien, Olive. La llamaré más tarde.

Y colgué. Lancé el teléfono sobre la mesa, apoyé las manos en el respaldo del sofá y bajé la cabeza. Inspiré. Espiré. Tenía que calmarme.

Alice se colocó detrás de mí y me abrazó por la espalda, donde apoyó la cabeza. Permanecimos así unos segundos hasta que me incorporé y entrelacé sus manos con las mías.

—¿Estás bien? —musitó—. ¿Puedo ayudarte en algo?

Agobiado, me deshice de su abrazo y me dirigí al otro lado de la cabaña. Estaba enfadado conmigo mismo, con mi madre y con Olive.

Conmigo por no haber estado con mi madre en ese momento, con mi madre por insistir en que viniera a desconectar y con Olive por no haber estado más atenta a mi madre.

En ese instante, mi móvil empezó a sonar de nuevo. Di dos largas zancadas y lo alcancé. Alice seguía en el mismo sitio. Quieta. Supuse que esperando alguna reacción por mi parte. Descubrí en la pantalla el nombre de mi madre y descolgué enseguida.

—¡Mamá!

—Escúchame, Leo —me interrumpió enfadada—, no sé qué le habrás dicho a Olive, pero puedo intuir el tono que has utilizado con ella. Espero que te disculpes.

Escuché de fondo a Olive:

—Marjorie, no pasa nada, de verdad.

—Sí, sí pasa —le respondió—. Mereces un respeto.

—Mamá, escúchame.

—Que estés enfadado no te da derecho a hacer sentir mal a nadie, ¿entendido?

—Estoy nervioso. Y sí, enfadado también. Sabía que no tenía que haber venido, joder. ¿Se puede saber por qué no llamasteis a una ambulancia?

—Porque no me pasó nada, Leo.

—Te caíste, mamá.

—Sí, y te repito que no pasó nada.

—Por el amor de Dios, mamá, ¡no sé cómo, después de lo que te pasó, puedes estar tan tranquila!

—Leo, esto no tiene nada que ver con lo que me pasó.

—Claro que sí, ¡claro que lo tiene! ¿Te diste algún golpe en la cabeza? ¿Te duele algo?

—Olive ya te ha explicado cómo fue.

Yo no era capaz de mantener la calma, el miedo me tenía paralizado. Y mi madre mantenía una paciencia que, tal y como la conocía, perdería pronto si yo continuaba comportándome de esa manera. Pero es que los recuerdos eran demasiado potentes como para dejarlos a un lado en tal situación.

—Así es —respondí hastiado—, pero lo que no me ha explicado es por qué tú te negaste a llamar a una ambulancia.

—Ya te lo ha dicho, Leo. ¿Quieres atender a razones? Fue un simple resbalón. ¡Nada más! Y que sepas que ella ha respetado tu decisión de llamarte ante cualquier contratiempo, porque, si es por mí, de esto no te enteras hasta que regreses de tus vacaciones.

—Mamá…

—No —me cortó—, tienes que confiar en mí y saber que, si ocurriera algo importante, yo sería la primera en contártelo.

—Mamá, ahora escúchame tú a mí. No puedes pretender que en unos días fuera de casa todo vuelva a ser como era antes de…, ya sabes.

—Y no lo pretendo, mi vida. Solo quiero que seas feliz, dentro de lo que cabe. Y que yo no sea un peso más que hayas de arrastrar.

Cerré los ojos, inspiré profundamente y luego espiré con cansancio. Me debatía en cuanto a qué debía hacer, pero estaba seguro de que, si no tomaba alguna medida, mi madre seguiría ocupando mi mente.

—Mira, mamá, lo mejor es que recoja todo y vuelva. No tardaré más de tres horas. En cuanto llegue, iré a buscarte y te llevaré al médico. Ya sabes que tu cabeza…

—De ninguna de las maneras, Leo —reaccionó, muy enfadada—. Te vas a quedar ahí el tiempo que habías planeado, ¿me has entendido? No me hagas sentir más inútil de lo que ya me siento, ¿está claro?

Y colgó. Mi madre me colgó. No recordaba que lo hubiera hecho nunca. El tono de su última frase había sido demoledor. Estaba dolida. Conmigo, consigo.

Levanté la mirada. Ahí seguía Alice. Expectante. Me iba a estallar la puta cabeza, imaginaba a mi madre en la cama de un hospital y dejaba de respirar. Me ahogaba. Ella no tenía por qué engañarme y afirmar que estaba en casa cuando no era cierto. Llevaba razón en cuanto a que una de las razones por las que yo me había ido de vacaciones era para aprender a poner distancia con ella de alguna manera. Confiar en que no tenía por qué ocurrir nada malo estando más alejado de lo habitual. ¡Pero es que no era tan sencillo! ¡Y menos después de lo que ambos habíamos sufrido! Alguien debía estar cuidando de ella, pendiente de que no le ocurriera nada.

Con cada reflexión, los nervios hervían en mi interior como una olla a presión a punto de explotar. Estaba enfadado, cansado, harto de no ver ni una jodida luz al final del túnel que me prometiera que, a corto o largo plazo, la situación mejoraría.

—Necesito estar solo —dije con solemnidad.

Alice se acercó poco a poco a mí. Me cogió de las manos.

—Puedes hablar conmigo. Si quieres, puedo…

—Quiero estar solo —la corté sin ni siquiera mirarla a los ojos.

—Oh… —soltó mis manos con decepción—, está bien.

Y sin que ninguno dijéramos nada más, salió por la puerta.

46

ALICE

Decir que me decepcionó su reacción era quedarme corta. Fue como si, de repente, me echara de su vida con una sola frase. Era consciente de que Leo y yo no éramos nada. Unos extraños que se habían ido conociendo a golpe de correo y que se habían puesto cara en una situación nada coherente con su realidad habitual. Que habían tenido su primer acercamiento sexual tras una confesión demasiado íntima y que habían decidido de manera no verbal continuar con esa especie de relación no definida por ninguna de las dos partes, pero que ambos disfrutábamos de igual manera.

No obstante, solo tres palabras habían conseguido mostrar la fuerza suficiente como para desanimarme. No conocía qué era lo que había ocurrido exactamente con su madre; sin embargo, ambos conversaban sobre algo personal que a Leo le afectó mucho. Tanto que perdió esa calma y seguridad que me transmitía. Lo vi asustado. Vulnerable. Esa seguridad que proyectaba se vino abajo como un castillo de naipes. Pude ver cómo pasó de todo a nada en cuestión de segundos. Solo le hizo falta una llamada de poco más de un minuto para quedar desarmado y convertido en un niño asustado que había perdido el control de lo que fuera de lo que estuvieran hablando. Porque era lo que transmitía Leo. Que lo tenía todo controlado. Y que salirse de esa línea roja que él mismo había trazado le provocaba perder el equilibrio que tanto parecía costarle mantener.

Cuando terminó de hablar con su madre, me dijo que necesitaba estar solo, y yo, pensando que igual era una buena opción acompañarlo en ese momento, me equivoqué. Me repitió que quería estar solo. Dos veces. Debí reaccionar a la primera. Esa soledad de la que él tan orgulloso se sentía. Esa soledad que él mismo había construido a su alrededor como una gran fortaleza. Por un segundo

pensé que sería buena idea que me contara lo que le inquietaba, y abrazarlo como él hizo conmigo. Sin embargo, era evidente que cada persona necesitamos algo diferente para sanar nuestras heridas. Y Leo era de los que preferían lamerlas a solas.

No insistí. No había motivos para hacerlo cuando era lo que él deseaba. Así que, cuando salí, me dirigí a mi cabaña, me vestí y me fui a pasear por la playa. Me dio tiempo a pensar sobre las cosas que me apetecería hacer cuando regresara. Y una de ellas era retomar la escultura y reabrir la tienda. Me mudaría de nuevo al piso que Nana me había alquilado y volvería a empezar.

Sentía miedo de la posible reacción de Cole cuando retornara a la ciudad. Era evidente que debía cerrar ese capítulo, pero no sabía cómo hacerlo. Tendría que regresar al chalé para recoger mis cosas y mantener una conversación con Cole antes de dar por cerrada esa etapa de mi vida. Sabía que él no me lo iba a poner fácil, pero al menos debía intentarlo. Toda la audacia y seguridad que obtenía al pensar en la escultura y mi futuro profesional se desvanecía cuando Cole aparecía en mis pensamientos. Me desinflaba, tanto que hasta llegaban a flaquearme las piernas. No iba a ser nada fácil enfrentarme a él. Porque sabía que mi decisión iba a provocar un desafío.

Tras el paseo, me pasé por el restaurante; con todo lo sucedido, no había probado bocado en toda la mañana, y mi estómago me lo hizo saber. Volví a mi cabaña y, tras darme una ducha, salí a la terraza con un libro. No había leído ni dos páginas cuando alguien tocó en la puerta. Deposité el libro sobre la mesa y me levanté para abrir. Mentiría si dijera que no sabía que era Leo, porque su manera de llamar lo delató.

Según abrí, me encontré con un Leo abatido, con los ojos enrojecidos, probablemente, por haber llorado. Un Leo devastado. Nos miramos unos segundos mientras yo aún sujetaba el pomo de la puerta. Él miro al suelo antes de hablar. Previamente se mordió el labio inferior, y mis ojos se fueron directamente a esa parte de su rostro. Después nuestras miradas coincidieron.

—Lo siento —susurró—, siento no…

No le dejé terminar y lo abracé. Leo se aferró a mí como a un

salvavidas, con determinación, con decisión, como lo hice yo el día que le conté lo ocurrido con Cole.

—Está todo bien, Leo.

—¿Estás segura? ¿Tú estás bien? —musitó en el hueco entre mi hombro y mi cuello.

—Lo estoy.

Sin soltarnos, dimos un par de pasos. Los justos para poder cerrar la puerta de la cabaña. Ninguno parecía querer soltarse y poner distancia física. Leo no se movía, pero tampoco aflojaba sus manos en mi cintura. Yo tampoco lo hice. Y, de repente, las lágrimas. Leo comenzó a sollozar casi en silencio, y su respiración calmada pasó a transformarse en agitación. Acaricié su espalda de arriba abajo, intentando infundirle seguridad. Lloraba con desconsuelo, sin parar, y mi mundo se tambaleó con cada lágrima. Se había roto. Leo se acababa de romper entre mis brazos. La persona que me transmitía seguridad, fuerza, decisión y, por qué no, protección estaba hecho un mar de lágrimas. Sus silenciosos sollozos lo habían despojado de esa férrea armadura para mostrar su piel. Tal y como era. Sin máscaras, sin fortalezas, solo su piel. Solo él. Solo Leo.

Tras unos minutos sacando todo lo que tenía dentro a través de sus lágrimas, sentí su respiración más calmada, y aproveché para separarme unos centímetros para mirarlo a la cara. Trató de apartarse, pero no se lo permití.

—Leo, mírame —dije, colocando mis manos en sus mejillas.

Y, cuando lo hizo, lo besé. Un beso breve, casi efímero. Pero con la suficiente intención como para que supiera lo que quería decir. Que estaba con él. Que sobraban las palabras. Lo cogí de la mano y lo llevé hasta la cama. Me tumbé boca arriba y di dos suaves palmaditas en el colchón en una clara invitación a que se tumbara a mi lado. Me dedicó una lánguida sonrisa y se colocó junto a mí. Lo envolví con mi brazo y él acomodó su cabeza sobre mi pecho y su brazo en mi vientre. Acaricié y mesé su pelo en silencio, mirando al techo de madera, mientras el suave susurro de las olas se filtraba por la ventana. Su respiración había recobrado el compás y las lágrimas habían dejado de caer.

—Mi hermana pequeña murió hace diez años —confesó con

tranquilidad en la voz—. Me sobrecogí. De hecho, creo que hasta detuve la mano con la que le acariciaba el pelo. Eso sí que no me lo esperaba—. Fue en un accidente de tráfico. Mi madre y ella habían decidido hacer una excursión a la montaña. A mi hermana, Ayla, le gustaba mucho conocer sitios nuevos. Era muy inquieta —intuí media sonrisa en su rostro—. Vieron que en el centro cultural de nuestro barrio se organizaba una salida a la montaña y no dudaron en inscribirse. Me preguntaron si quería ir con ellas, y yo… yo decidí que sería mejor idea quedarme en casa jugando a unos videojuegos. Si llego a saber que…, hubiera ido para protegerlas. —No sabía qué decir; Leo se estaba abriendo a mí, y lo que estaba contando era descorazonador—. Pasaron el día allí —continuó—. Me mandaron un par de fotos desde el móvil de mi madre. Ambas sonreían, y de fondo se veía la montaña enmarcada en un cielo azul. Lo estaban disfrutando. Lo espantoso vino después. En el camino de vuelta, el autobús se salió de la carretera e impactaron contra una zona rocosa. La colisión fue tan fuerte que mi hermana falleció en el acto. No sufrió, dicen. Mi madre, sin embargo, lleva el sufrimiento adherido en el corazón desde entonces.

—Tu madre…

—Mi madre no recuerda nada del accidente, y es algo que agradezco. No sé si ella hubiera soportado revivir esas imágenes día tras día. Sin embargo, su golpe fue frontal y le provocó una ceguera en un ojo. De ahí que necesite alguien que esté con ella.

Tragué saliva.

—Yo… lo siento mucho, Leo —dije mientras seguía mesándole el pelo.

—Desde entonces, vivo acojonado por si algo le ocurre a ella si no estoy cerca para protegerla. —Acababa de entenderlo todo. Estaba así porque su madre se había caído y temía que le pasara algo. Estaba asustado. Muerto de miedo—. Por esa razón he reaccionado así con mi madre. No quiero que… —Entonces se incorporó y, apoyando el codo en el colchón, me miró—. No quiero perderla también a ella. Es… Siento un miedo irracional que no sé cómo gestionar, y… al final va a tener razón en que, con mi forma de actuar, hago que se vea más inválida.

—Eh…, Leo, escúchame. —Me incorporé hasta quedar sentada frente a él—. No tienes por qué justificar nada ni explicarme nada, ¿entiendes? —Leo se sentó también, y le cogí las manos—. Estás en todo tu derecho a sentir lo que sientes, ¿de acuerdo? Por lo que cuentas, tuvo que ser una situación muy traumática para vosotros. No puedo ni imaginarme el dolor que debisteis de sufrir y que sufrís a día de hoy. Yo… no soy profesional de estos temas, pero tiene que ser normal tener tantos miedos, tanta inseguridad… Al fin y al cabo, perdiste a tu hermana. Tu madre perdió a una hija. Y eso tiene que ser lo más doloroso del mundo.

Leo me miraba atento, expectante, agarrándose a mis palabras y a mis manos.

—Llora todo lo que necesites. Explícale a tu madre cómo te sientes.

—Me derrumbé en su día, pero tuve que hacer frente a la situación. Creo que no lloré todo lo que tuve que hacerlo. Me convertí en el cabeza de familia cuando mi padre se marchó. Era solo un crío. Tuve que renunciar a muchísimas cosas. Incluso a sentir. No me permití vivir el duelo. Pero no me arrepiento de haber estado junto a mi madre todo este tiempo. Ella me necesitaba. —Escuchar su relato me destrozó. Jamás habría podido imaginar que lo que Leo guardaba dentro podía ser algo así—. Kevin fue mi ángel de la guarda.

Me contó quién era Kevin, que lo conoció en la universidad, pero que había sido la única persona con la que, en su día, se abrió, y confiaba plenamente en él. Su amigo no se había separado de él desde entonces.

—Hasta que te conocí, Alice. —Dejó escapar mi mano un segundo para frotarse la nuca, y luego la retomó—. No sé la manera en que lo has hecho, pero contigo siento que puedo ser yo. He vuelto a sonreír. A hacerlo a carcajadas, sin medias tintas, a pulmón abierto. A través de los correos empezaste a hacer que bajara la guardia sin verme expuesto. Y si en algún momento me he sentido así, no lo he vivido como algo negativo, todo lo contrario: ha sido como un alivio. Como poder coger aire sin miedo a que mis pulmones pudieran estar cerrados, porque vivía al cincuenta por ciento, contenido, para poder

controlarlo todo. Pero contigo me olvido hasta de respirar. Me da igual lo que suceda a nuestro alrededor.

No podía apartar la mirada de él. Era consciente de que mi respiración aumentaba su ritmo con cada palabra. Con cada confesión. Y no sabía cómo tomarme su declaración, porque yo empezaba a sentir algo por él, y todas esas bonitas palabras estaban calando poco a poco en mi corazón, y eso no podía ser bueno. Al menos en el momento personal en el que me encontraba.

—Leo… Yo…

Debió de notar mi incomodidad, porque enseguida reaccionó.

—Alice, no pretendo asustarte ni parecer que quiero llevarte al altar —medio sonrió—; con lo que te estoy diciendo quiero que entiendas lo importante que eres para mí. Que nunca me había pasado esto con una persona en tan poco tiempo. Solo trato de hacerte ver que eres una mujer increíble y que… que no te imaginas cuánto me alegro de que decidieras venir.

—Yo también me alegro de haber dado el paso de venir aquí. Aunque tengo que reconocer que el mérito lo tiene Nana, mi amiga.

—Entonces tendré que conocerla un día y agradecérselo en persona. —Sonrió.

Nos quedamos unos minutos en silencio, mirando nuestras manos entrelazadas; yo intentaba asimilar lo que me había contado, pensando en qué podía salir de todo aquello.

47

Leo

Perdí el control. Primero con Olive, después con mi madre y, por último, con Alice. De diferentes maneras, con distinto lenguaje, pero con el mismo resultado: saliendo de mi zona de confort.

Dije más de lo que me podía permitir. Expuse demasiado mis sentimientos en cuanto a Alice, y se lo noté. Advertí incomodidad en su rostro. Pero es que vomité todo lo que en ese momento tenía dentro. Por una vez en mi vida, dejé que mis palabras fueran más rápidas que mi control. Y ella se agobió. Con razón. Después de todo lo que le había confesado, de repente, compartí cosas como que a su lado podía ser completamente yo mismo o que había conseguido hacerme respirar por completo. Y aunque era lo que sentía, quizá debí medir mis palabras.

Después de mi gran error, decidimos ir a comer al restaurante a pesar de que ya era un poco tarde. Posteriormente, le propuse ir a la playa a tomar el aire y, por qué no, desconectar de todas las potentes emociones que habíamos tenido esa mañana.

Alice se metió en el agua, cogida de mi mano, caminando hasta donde le cubría. Y lo hizo varias veces a lo largo de la tarde. Se tensaba, cada vez en menor medida, pero lo conseguía. Ella demostraba una gran valentía, y no solo lo pensaba por su actuación en el mar.

En una de las ocasiones en la que ella solo asomaba la cabeza por encima del agua de puntillas, yo la observaba desde una distancia de poco más de un metro. Y no negaré que lo hacía con deseo. No podía entender cómo en tan poco tiempo Alice se había colado dentro de mí hasta las entrañas. No sabía si era su sonrisa, cómo me trataba, cómo me cuidaba, cómo me miraba… o todo junto. Estaba pensando en eso cuando vi que ella se acercaba a mí con una sonrisa torcida.

—¿En qué piensas? —preguntó. Estaba a pocos centímetros de mí.

—En ti —solté a bocajarro.

—¿En mí? —Abrió los ojos, sorprendida.

—Ajá. —Entonces se acercó más, hasta colocar sus manos en mis hombros y enroscar sus piernas en mi cintura—. ¿Has visto al señor Pinzas? —Sonreí canalla, poniendo mis manos en su cintura y acercándola más a mí.

—¿Qué? ¡No!

—Como te has enroscado a mí… —Deposité un beso en su cuello.

—Si quieres, me bajo —respondió con fingida ofensa.

—Ni se te ocurra. —Lamí su cuello.

—Y… ¿puedo saber en qué pensabas exactamente? —Su voz melosa me estaba poniendo a cien.

—¿Estás segura de que quieres saberlo?

Dejé de regalarle besos en el cuello para darle ligeros mordisquitos en el lóbulo de la oreja. Emitió un suave jadeo que me excito aún más.

—Ajá.

Echó el cuello hacia atrás, suponía que para permitir más recorrido a mis besos. No podía decirle qué pensaba. No debía. Ni me atrevía. Y menos después de la conversación de esa tarde. Lo que sí podía decirle era que su acercamiento me estaba poniendo cada vez más caliente y que me hubiera gustado despojarla del bikini a bocados.

—Si te lo digo, igual te sonrojas —susurré con voz ronca.

—Siempre puedo decir que ha sido por el sol.

Coloqué mis manos en su trasero y la atraje con decisión hacia mí.

—¿En serio tengo que decirte lo que pienso? ¿No lo notas? —Restregó un poco su cuerpo contra el mío y casi se me dan la vuelta los ojos. Joder, ojalá hubiéramos estado en la habitación y no en una playa pública donde podía vernos follar cualquier persona—. Como sigas así, te follo aquí mismo —dije con voz grave.

Sentí su sonrisa sobre mi hombro.

—No seas bruto.

Moví una de mis manos hacia su vientre y la metí despacio por la parte baja de su bikini.

—Tranquila, seré lo más cauteloso posible —murmuré en su oído.

Gimió en mi hombro, lamió mi cuello mientras jadeaba mi nombre. Y yo disfruté haciéndola vibrar. Con calma, pero también con el deseo de que disfrutase con el movimiento de mis dedos. Alice se merecía ser feliz, y yo, en la medida de lo posible, iba a hacer que lo fuera. Llegó al orgasmo. Lo supe cuando se agarró con fuerza a mis hombros y dejó de succionar una parte de mi cuello.

—Joder —dijo ella.

—Eso digo yo. Te acabas de quedar con parte de mi cuello entre tus dientes —murmuré divertido.

Entonces ella se alejó unos centímetros de mí y se tapó la boca.

—¡Madre mía! —Me tocó la zona del cuello—. ¡Perdona! Te he hecho…

—Un chupetón.

Me empecé a reír. Verla tan apurada me resultó divertido. La expresión de su rostro era una mezcla de relax, pudor y una pizca de diversión.

—Sí —me acarició el cuello—. Lo siento, es que…

—La emoción te ha podido, ¿no?

Me miró con gesto avergonzado y una tímida sonrisa que tuve que sellar con mis labios.

—Un chupetón. ¡A mi edad! —Me reí—. ¿Tú sabes el tiempo que no me hacían uno?

Ella aún seguía enroscada en mi cintura, y mis manos habían vuelto a su trasero.

—Perdóname.

Estaba sonrojada, pero al mismo tiempo mostraba una sonrisa juguetona.

—¿No serás de esas que quieren marcar el terreno con respecto a otras mujeres? —bromeé.

—¿Qué? ¡Para nada! —Me dio un suave golpe en el hombro.

—¿No? ¿Estás segura?

—¡No!

—¿Lo siguiente va a ser tener que tatuarme tu nombre dentro de un corazón en el pecho?

—Leo…, ¡no me tomes el pelo! —Fingió enfado.

—Si quieres algo de mí, solo tienes que pedírmelo: estoy a tu

entera disposición. Si he de tatuarme, me tatúo.

Ladeó la cabeza y me miró. Me acarició la nuca y yo me di más cuenta aún de que estaba jodido. Hasta el fondo.

—Gracias —dijo—. Llegué aquí perdida y tú me estás ayudando a encontrarme.

—Yo no estoy haciendo nada, Alice. Eres tú la que lo está consiguiendo. —Le regalé un beso en los labios.

—Tengo miedo.

—¿Por qué?

—Porque sé que en unos días habré de tomar decisiones en cuanto a quién soy, qué quiero o qué futuro elijo para mí. Y me horroriza equivocarme.

—No tengas miedo, pequeña. Puede que el nuevo comienzo te guste más que lo anterior. Te mereces ser feliz.

—Tú también.

—Lo soy a mi manera.

—No —negó con la cabeza—, si algo compartimos tú y yo, es que el miedo nos limita. Cada uno a nuestra manera. Lo que ocurre es que yo no era consciente de que lo tenía hasta que te conocí.

Estaba atardeciendo, no había nadie bañándose a nuestro alrededor y el mar nos mecía con tranquilidad.

—No creo que supere el miedo a perder a mi madre.

—Y no lo vas a superar. Pero debes luchar para que puedas disfrutar de tu vida al cien por cien junto a tu madre. No vivas solo para ella, vive junto a ella. Y sé que hablo por hablar, porque no la conozco e ignoro todo lo que habéis pasado, pero fue lo que creí entender esta mañana en tu conversación con ella. ¿No es así?

Asentí. Había dado en el blanco.

Volví a besar sus labios. Esta vez con un beso más largo y emotivo. Nada de rapidez ni desesperación, solo sentimiento. Más del que pensaba que podría llegar a experimentar junto a una mujer en algún momento de mi vida.

48

Leo

Aquella noche terminamos haciendo el amor en su cabaña. Habíamos cenado allí, y no paramos de regalarnos besos y caricias hasta que, al final, lo hicimos. Dos veces. Cada vez sentía una mayor conexión con ella, pero debía ser consciente de que ambos estábamos viviendo fuera de nuestra rutina habitual, y que cuando todo volviera a la normalidad, la magia desaparecía. Así que, mientras estábamos abrazados en silencio en la cama, le dije que me marchaba a mi habitación a dormir porque quería madrugar y no interrumpir su descanso. Alice no dijo nada, pero percibí cierta decepción en su rostro.

Cuando me levanté, salí a caminar un rato por la playa. Quedaban tres días para marcharnos y la situación era ya demasiado intensa entre nosotros. Me preocupaba qué pasaría después. ¿Nos seguiríamos escribiendo correos? ¿Nos seguiríamos viendo? ¿Seguiríamos juntos? En ese caso, ¿sería capaz de renunciar a mi preciada soledad para abrir mi vida a otra persona en el plano íntimo?

Después de darme una ducha tras la caminata, acudí a la cabaña de Alice. Llamé dos veces a la puerta, como de costumbre, pero parecía que no hubiera nadie. Di otros dos ligeros golpes con los nudillos, considerando que tal vez no lo había escuchado. Aguardé en silencio y, después de un momento, percibí pasos desde el interior. La puerta se abrió y, entre sorprendida y adormilada, Alice asomó la cabeza, envuelta en un edredón, a pesar del calor del verano, y con una expresión cansada en el rostro.

—Alice, ¿qué te ocurre? ¿Estás bien? —pregunté preocupado.

—No entres. Me encuentro muy mal, y me sentiría fatal si te lo contagiase.

—No digas tonterías. Déjame entrar, tienes un aspecto horrible.

—Vaya, gracias —dijo, abriendo la puerta del todo para dejarme pasar—, me siento mucho mejor.

Sonreí y, tras cerrar la puerta, la abracé.

—Estás ardiendo, pequeña —dije tras besarle la frente.

—Pues yo tengo mucho frío.

—Ven conmigo.

La conduje hasta la cama, se tumbó y la tapé con la sábana para después acomodarme junto a ella.

—Tienes fiebre. ¿Te duele algo?

—Todo el cuerpo y un poco la garganta. —Se acurrucó en mi costado y cerró los ojos.

—¿Has tomado algún medicamento? —La envolví con mi brazo.

—No. No tengo nada. He pasado una noche horrible.

—¿Por qué no me llamaste?

—No quería despertarte.

—Alice, sabes que no me hubiera importado —respondí mientras le acariciaba el pelo—. Vamos a hacer una cosa: voy a ir a recepción a ver qué puedo conseguir, ¿de acuerdo?

—Mmm… No te vayas. —Abrazó mi costado.

—Espero que esas ganas de mí no sean solo producto de la fiebre —bromeé.

Ella sonrió sin abrir los ojos, todavía abrazada a mí.

—Sabes que no. Pero igual es verdad y estoy delirando.

—Cuando se te pase la fiebre, lo discutimos. —Besé su coronilla—. Vengo ahora, solo será un segundo.

Me levanté y la dejé tumbada y arropada en la cama solamente con la sábana, ya que no quería que le subiera más la fiebre.

Salí de la habitación y acudí a la recepción. Un chico me recibió solícito. Le conté la situación y me informó de que el resort tenía un departamento médico. Dieron el aviso al doctor y me dijo que acudiría a la habitación en unos minutos. Se lo agradecí y regresé a la cabaña. Alice seguía en la misma postura, pero estaba dormida. La observé. Hasta indispuesta estaba preciosa.

El médico, efectivamente, no tardó en llegar. Nos dijo que era un resfriado, le dio medicación y nos dijo que, en principio, al día siguiente estaría ya mucho mejor.

Pasó dormida gran parte de la mañana. Yo me senté en el sofá y vi un poco la televisión, aunque de vez en cuando me acercaba hasta ella para tocarle la frente y comprobar la fiebre. El analgésico debía de haberle hecho efecto, porque le había bajado y descansaba plácidamente. Cuando despertó, yo estaba tumbado de lado junto a ella en la cama. Estábamos uno enfrente del otro. Al verme, sonrió.

—Buenas tardes, dormilona.

Se estiró, con los ojos cerrados y sin perder la sonrisa en el rostro. Después colocó las manos bajo su mejilla y volvió a mirarme.

—¿Cómo te encuentras? —pregunté.

—Mejor.

Entonces vi que fijaba la mirada en la marca que me había hecho en el cuello la tarde anterior en la playa.

—Qué cagada —dijo, acariciando la huella.

Me reí. Era tan surrealista que yo, el rey del control, hubiera permitido que me hicieran un chupetón…

—Yo disfruté mientras me lo hacías; ¿tú disfrutaste al hacerlo? —Asintió con una tímida sonrisa en los labios—. Entonces, eso es lo importante, ¿no? Aprender a dejarnos llevar. ¿No es eso lo que tú me dices?

—Así es.

—En ese caso, disfrutémoslo.

Me acerqué y deposité un beso en sus labios que recibió con agrado, poniendo su mano en mi nuca. Después se colocó sobre mi pecho y acomodé mi brazo bajo su hombro para envolverla junto a mí.

—¿Te apetece que te pida algo para comer? —quise saber.

—¿Tú has comido?

—No, te estaba esperando.

—Pero es tarde.

—Qué va, no tanto —le quité importancia.

Ella quería algo ligero, así que pidió una ensalada, y yo opté por pedir pasta y algo de pescado. Comimos sentados en el sofá, mientras me contaba lo mal que había dormido y lo bien que le había sentado el analgésico.

—Tienes mejor cara —dije.

—¿Quieres decir que mi aspecto horrible ha mejorado? —bromeó, fingiendo enfado.

Me reí.

—Vaya, ¿noto cierta ironía en tus palabras?

—Para nada. Es solo tu percepción.

—Digamos que no es que estuvieras horrible, es que estabas un poco menos preciosa.

—¿Intentas arreglarlo?

—¿Lo estoy consiguiendo?

—Puede. Te perdono si me das un trocito de ese pescado que tiene tan buena pinta —dijo melosa mirando mi comida.

—Si solo pides eso como compensación, estoy dispuesto a dártelo todo.

—¿Todo?

—Todo.

Nos miramos. Y los dos fuimos conscientes de que ese «todo» no se refería solo al pescado. Había mucho más. No podía frenarme. Con ella no. Había estado con bastantes mujeres, pero jamás me había pasado lo que me ocurría con ella. Mis palabras iban más rápido que mi pensamiento. El corazón ganaba por goleada a la razón. Pero es que me fluía de manera tan natural que me acojonaba no poder parar y pasarme de frenada. Solo nos quedaban un par de días juntos y ninguno hacíamos alusión a qué pasaría *a posteriori*. Después de vivir en nuestro minimundo, en el que solo existíamos ella y yo.

—¿Te apetece que veamos una película? —me preguntó, rompiendo mi disertación interna.

—Claro. ¿Alguna petición en particular?

—No sé. Lo que tú quieras estará bien.

—¿Una de acción? —Frunció un poco el ceño y sus pensamientos se fueron a años luz de allí. Como si se hubiera acordado de algo—. ¿Te apetece ver otra cosa?

Pero estaba totalmente desconectada. De repente, me miró. Tragó saliva y habló.

—No, de acción no. No me gustan.

Solté el aire retenido. ¿Era eso? ¿Que no le gustaban las películas

de acción o su respuesta solo era la punta del iceberg de algo que yo no era capaz de ver?

—Pues, si no te gustan, vemos otro género. ¿Comedia? ¿Terror?

—Mmm… ¿Comedia romántica? —Hizo un mohín.

—Venga, vale. Tú ganas.

Lo que ella no sabía era que, eligiera el género que eligiera, a mí me parecería bien.

Al acabar la película, salimos a la terraza y charlamos un rato sobre su trabajo. Qué rutinas debía tener, cuánto tiempo le llevaba terminar una obra o proyectos que tuviera en mente. Era formidable escucharla hablar con tanta emoción, sumida en la motivación más absoluta. Era evidente que su vida debía seguir ese camino. La forma en la que se expresaba, las ideas que tenía y los objetivos que se proponía podría conseguirlos, estaba seguro, porque las ganas que emanaban de ella podrían con cualquier obstáculo que se le pusiera por delante.

Al atardecer, le propuse salir a dar un paseo por la playa. Ya no hacía calor, y pensé que podría venirle bien que le diera un poco el aire y moverse. Aceptó y, tras darse una ducha, salimos a caminar por la orilla.

No habíamos avanzado ni un par de metros cuando su móvil comenzó a sonar. Me tensé. Y me sorprendí al ver mi reacción. Ella sacó el teléfono del bolso y, al ver quién llamaba, lo volvió a guardar.

—¿Es él? —dije, mirando al frente, sin detenerme, intentando que mi tono no dejara entrever que me sentaba como un tiro que siguiera insistiendo.

—Sí, era él.

Un silencio incómodo nos rodeó al tiempo que seguíamos caminando. Alice acercó su mano a la mía y entrelazó sus dedos con los míos.

—Me encantaría cogerle el teléfono y decirle todo lo que se merece.

Creo que soné más brusco de lo que me hubiera gustado. Pero omití gran parte de los adjetivos que le habría dedicado, por ella.

—Lo sé. Pero…

—Es tu batalla. Lo sé. Y estoy de acuerdo. Sin embargo, no puedo

evitar sentir una rabia cada vez mayor cuando pienso en lo que te hizo.

—Lo importante es que ya no voy a consentir que vuelva a hacérmelo más. Eso se ha terminado. Ya nada me va a unir a Cole. Recogeré las cosas de su casa y volveré a mi apartamento.

Entonces me paré, y, como íbamos cogidos de la mano, ella también dejó de caminar para colocarse frente a mí.

—No… no quiero que te justifiques —dije, acariciándome la frente, confuso—. Es más, no debes hacerlo. Es solo que no quiero que te hagan daño. Un tipo así no te merece.

Su mirada reflejaba preocupación. Algo normal, habida cuenta de la situación en la que se encontraba y a lo que debería enfrentarse a la vuelta.

—He tardado en darme cuenta, Leo. Pero ya he entendido que lo que Cole y yo teníamos no era una relación sana.

—Estoy seguro de que, desde fuera, es muy fácil hablar cuando no estás en esa espiral; no creo que sea tan sencillo darte cuenta.

—No lo es. Yo… te prometo que pensaba que su trato hacia mí era normal. No quiero decir que, cuando me puso la mano en el cuello lo considerara lógico. No lo era. No lo fue. Pero situaciones como hacerme sentir inferior o dominar todo tipo de circunstancias sin tener en cuenta mi opinión… Puede sonar raro e incluso puede que me arrepienta de contar esto por la intimidad que implica, pero hasta en el sexo dominaba él. —Tragué saliva y apreté la mandíbula, consciente de que las palabras que estaban por venir no auguraban nada bueno—. Él nunca buscó mi placer, ¿entiendes? Desde el principio, nuestras relaciones se basaban en la penetración, la delicadeza era bastante escasa. Tenía que estar con él cuando él quería, no disponía tampoco de la posibilidad de decir que no me apetecía. Apenas me había acostado con un par de chicos antes, y las relaciones habían sido, sobre todo, esporádicas y rápidas. Un polvo rápido, a fin de cuentas. Y estos días en los que he estado contigo ha sido como ser consciente de que existe otro tipo de sexo. Donde se tiene en cuenta al otro, donde se puede dedicar tiempo a las caricias, a los besos, a las miradas, a las sonrisas… —Se tomó unos segundos para respirar después de lo que acababa de confesar

—. Y todo eso me lo has enseñado tú.

—Te lo mereces todo, Alice. De verdad. Eres la mujer más especial que he conocido nunca, y sí, has tenido mala suerte con ese cabrón, pero estoy seguro de que, de ahora en adelante, todo va a ir a mejor. No necesitas a nadie que te ayude a hacerlo. Por ti misma conseguirás lo que quieras. Y descubrirás que ese miedo a estar sola es infundado. Vas a disfrutar de ser la única que dirija tu destino.

Me envolvió en un abrazo, y me reconfortó su gesto, ya que temía que, sin ese apoyo, pudiera decir cosas de las que luego podría lamentarme.

49

ALICE

Dos días después disfrutamos de una excursión organizada por el hotel a unas cuevas y a unas piscinas naturales donde casi nos lo montamos. Tuve que parar a Leo porque iba cuesta abajo y sin frenos, aunque no porque yo no tuviera ganas. Fue divertido ver cómo salía de la piscina detrás de mí para disimular su erección.

Por la noche fuimos a otra fiesta que organizaba el resort. Y esa vez aguantamos más tiempo allí que en la primera fiesta, que no sabía si habían sido diez minutos antes de irnos a desfogarnos a la cabaña. Esa noche bailamos, nos besamos, bebimos, reímos, disfrutamos. Sobre todo eso, disfrutamos. Pusimos a un lado todo lo que nos preocupaba para ser solo nosotros. Aunque dudaba de si, en algún punto, habíamos dejado de serlo. Dos personas con miedos e inseguridades que se habían comprendido a la perfección en un tiempo récord. Quizá ambos veíamos la soledad como algo distinto, pero algo teníamos en común, y era que esa soledad había sido forzada, elegida, como si no entendiéramos la vida de otra manera.

Estábamos encontrando el gris perla que tanto ansiábamos sin saberlo.

A la mañana siguiente fuimos a la playa; ese era el último día que pasaríamos juntos, porque al día siguiente marcharíamos cada uno a su casa, a su realidad.

—Estás muy callada —me dijo Leo mientras tomaba el sol boca abajo y me observaba de lado—. ¿Estás bien?

—No lo sé.

—¿Qué pasa?

—¿Es ahora cuando abordamos la típica conversación de qué será de nosotros cuando mañana nos vayamos? —Lancé una sonrisa triste.

Suspiró.

—En realidad, la tenía agendada para esta noche a las nueve, pero si crees que ahora es el momento, adelante.

Sabía que bromeando intentaba quitar un poco de tensión a la conversación, que utilizaba el humor como estrategia de protección, pero era algo que debíamos hablar. Al menos, yo lo necesitaba.

—¿Te apetece que nos tomemos algo tranquilamente en mi cabaña mientras hablamos? —propuse.

—¿Necesitas beber para tener esa conversación conmigo?

Sonreí y le di un suave golpe en el hombro.

Después se levantó y me tendió la mano para auparme.

—Vamos, pequeña.

De nuevo, las bromas. Supuse que le servían también como defensa. A mí me pasaba. En ocasiones, tirar de ironía facilitaba las cosas, sostenía el escudo de protección que, a veces, necesitábamos para enfrentarnos a según qué situaciones.

Sonreí. Porque agradecí que intentara ponérmelo más fácil. Era consciente de que para él tampoco lo era.

Recogimos las cosas y caminamos de la mano hasta la habitación. Esa normalidad que habíamos otorgado a ese gesto no lo hacía menos difícil. Y es que la naturalidad era el estado en el que vivíamos desde que había llegado allí. Había sido yo misma durante todo el tiempo, algo que no me pasaba desde hacía años. Sentí la libertad de poder elegir, de poder ser, de poder estar, sin preocuparme de que nadie me juzgara. No obstante, esa situación moriría esa misma noche, porque al día siguiente, por la mañana, la carroza volvería a convertirse en calabaza y debería enfrentarme a mis miedos, a mi soledad, a mi vida.

Entramos y, nada más dejar la bolsa de la playa sobre la cama, vi que Leo esperaba a mi espalda. Me di la vuelta y él abrió los brazos para acogerme entre ellos. Suspiré. Me había vuelto adicta a sus abrazos, como si fueran el refugio perfecto en medio de la tormenta. Me acunó y apoyó su cabeza sobre mi coronilla.

—No te agobies por nada, ¿de acuerdo? —susurró—. No me debes nada. No tienes que verte obligada a decirme nada que no quieras. O por el compromiso de lo que nos hemos entregado estos días, ¿vale? Lo único que quiero es que estés bien. De la forma que sea.

De la manera que tú consideres. Me vas a tener junto a ti de la manera que necesites. Por capítulos. Del tirón. O a ratitos.

Solté el aire que retenía en mis pulmones. No me esperaba esas palabras de Leo. No porque pensara que, para él, no era importante lo que había ocurrido entre nosotros, sino porque no estaba acostumbrada a que el hombre que estuviera a mi lado expresase así sus sentimientos. Se me escapó una lágrima. Estaba tan bien junto a él que no quería que esos días acabaran nunca. No quería regresar a la realidad y luchar contra algo que no sabía si conseguiría superar. Los miedos volvían a aflorar de manera inconsciente, y es que con Leo cerca todo era más fácil. Y separarme de él me iba a costar. Mucho.

Leo se apartó un poco y, al verme llorar, frunció el ceño.

—Eh, pequeña, ¿qué pasa? —Me limpió con los pulgares las lágrimas que caían poco a poco, mientras me resistía a mirarlo a los ojos—. Alice, mírame. —Lo hice—. ¿Qué ocurre?

Cogí aire mirando hacia otro lado para después soltarlo.

—Es que… Es que no. Joder.

Me separé de él y di un par de zancadas, poniendo distancia entre nosotros.

—Alice.

Él fue a acercarse y alcé las manos, como pidiéndole que respetara esa distancia. Al ver mi reacción, se quedó quieto con gesto preocupado y resignado.

—No puedo, Leo, no puedo.

—¿Qué es lo que no puedes?

—Volver. Retomar mi vida. Enfrentarme a algo que no conozco —dije con exasperación.

—Claro que puedes.

—No, no puedo. Me da pánico, ¿entiendes? ¡Me da miedo salir por esa puerta y bloquearme!

Leo me miraba suplicándome que le dejara acercarse a mí, pero eso solo habría empeorado las cosas. Me habría derrumbado aún más.

—Lo vas a conseguir, Alice. Puedes hacerlo. No sé cómo puedo convencerte de que el miedo que te paraliza es el que puede darte

fuerzas para afrontarlo.

—¿Y si no puedo? ¿Y si por miedo doy solo el primer paso y me tropiezo?

—No tienes que ver toda la escalera, Alice. Solo empieza subiendo el primer escalón. El resto irá poco a poco. Viniendo aquí ya diste el primer paso. ¿Es que no te das cuenta? ¿Cómo puedo hacértelo ver? Joder.

Leo se puso las manos en la nuca y cogió aire con fuerza. Tenía los labios apretados en una fina línea. Yo había entrado en pánico. Puede que, si Leo me hubiera dicho que no quería saber nada de mí y que, de puertas para fuera, seríamos de nuevo dos extraños, lo hubiera hecho todo un poco más fácil, o puede que justificarme fuera una excusa más para no enfrentarme a los problemas. Estaba nerviosa; era nuestra última noche, y estaba haciendo equilibrios sobre una cuerda demasiado fina como para aguantar el peso de mi mochila.

—Leo —dije seria señalando con la mano hacia la puerta—, no puedo salir mañana de aquí como si nada. Pensando en que tú y yo hemos sido solo dos desconocidos que se han puesto cara y han follado sin pensar en las consecuencias.

Le dolió. El gesto de su cara lo delató. Vi cómo tensaba la mandíbula y después se mordía el interior del carrillo derecho.

—Los dos sabemos que lo que hemos hecho no ha sido follar —respondió con una calma que escoció, por la realidad tan aplastante de su afirmación. Pero de alguna manera tenía que desmitificar nuestra historia en Avelbrook o acabaría volviéndome loca. Porque sentía algo por Leo, algo demasiado fuerte como para obviarlo, pero no podía decírselo así, a pecho descubierto, porque solo empeoraría la situación. Tenía ya demasiadas cosas en las que pensar como para sumar una más a mi lista de preocupaciones.

—No me gustaría que maquillaras todo lo que hemos vivido aquí para sentirte menos culpable —sentenció con calma.

—No es culpabilidad.

—¿De qué se trata entonces?

—De nosotros. De que estos días han sido tan intensos que me siento abrumada —dije acelerada—. Siento que en cualquier punto

voy a explotar y no voy a ser capaz de controlar la onda expansiva, y tú vas a ser uno a los que le afecte. Y te aseguro que no quiero lastimarte, pero a lo mejor tuvimos que pensar antes de actuar y dejarnos llevar como lo hemos hecho.

La manera en que Leo me miraba me destrozó el alma, pero quizá lo mejor era poner distancia ya y no esperar al día siguiente. El miedo a perderlo me había hecho reaccionar de una manera que no era la que más me hubiera gustado, pero no supe enfrentarme de otra forma.

—No lo dices en serio —dijo devastado.

No respondí. No fui lo suficientemente valiente como para decirle que no. Que no estaba siendo sincera. Que solo quería correr y abrazarlo hasta que llegara el momento de decirnos adiós.

—Entiendo que das por hecho que aquí se acaba todo —musitó. Volví a dar la callada por respuesta—. Está bien —dijo, dando un paso hacia atrás, camino de la puerta—, entonces ya está todo dicho. —Las lágrimas empezaron a rodar por mis mejillas sin que se moviera un solo músculo del rostro—. Que sepas que, para mí, si has sido más que una desconocida con la que he follado estos días. Sabes que no soy muy dado a expresar mis sentimientos, pero alguien, en estas vacaciones, me ha hecho ver que la soledad es mucho mejor si es compartida con alguien como tú. Me da pena que esto acabe así, pero si así lo quieres, no voy a ponerte impedimentos, aunque lo que más deseara ahora mismo fuera acercarme a ti, besarte, abrazarte, sostenerte y que pasáramos la mejor noche de nuestras vidas, aunque fuera solo hablando sobre la belleza de la luna o del gris perla. —Se dirigió hasta la puerta y, tras abrirla y salir, se dio la vuelta—. Adiós, Alice. Deseo con todas mis fuerzas que seas feliz. Ojalá lo seas.

Cerró la puerta tras de sí con delicadeza, mientras yo me dejaba caer con la espalda apoyada en la pared, llorando sin consuelo.

50

LEO

Entré en la cabaña furioso, enfadado conmigo mismo por no haber luchado en esa conversación, haberme rendido tan pronto y no haber explicado todo lo que se me pasaba por la cabeza cuando ella exponía sus razones.

Y es que estaba convencido de que era el miedo quien estaba hablando por ella. Sin embargo, había peleado mucho por aprender a convivir con la soledad y que la única compañía con la que me sintiera realmente seguro fuera conmigo mismo como para que ahora todo se tambaleara y me desestabilizara tanto como para plantearme si valía la pena luchar. Por ella, por lo nuestro, por mí. Eso era justo lo que me acojonaba. Encariñarme para que luego todo se fuera a la mierda y volver a estar jodido.

Me metí en la ducha y dejé que el agua caliente destensara mis músculos. Me hubiera gustado tener el gimnasio cerca para golpear el saco de boxeo hasta acabar reventado.

Salí de la cabaña y paseé por la playa; necesitaba estar al aire libre y no encerrado entre cuatro paredes. No supe el tiempo que estuve andando, pero en ese tiempo pasaron multitud de pensamientos por mi cabeza. Desde ir a su cabaña y terminar la conversación desarrollando mi punto de vista hasta coger la maleta y marcharme ya de allí. Todo me recordaba a ella: la playa, el jardín del resort, el restaurante y, sobre todo, la cabaña. Intentar poner distancia y pensar con la mente fría allí era imposible.

Fui directamente al restaurante, y lo primero que hice fue ver si ella estaba allí, pero no había ni rastro de la pelirroja a la que asustaba el mar y amaba el arte. Comí algo y me pedí una copa. Era consciente de que no eran horas de emborracharme, pero bebí con rabia, porque me recordó a que cuando mi hermana falleció traté de superarlo a través del alcohol, y eso me hizo estar todavía más

furioso.

Pedí otra copa, la consumí en pocos minutos y regresé a mi cabaña decidido a poner fin a la historia. Pero no acudiendo a hablar con Alice, no. Huyendo. Como siempre. Como mi padre. Haciendo el equipaje para marcharme de allí y poner la distancia que ella pedía.

Coloqué la maleta vacía sobre la cama y comencé a guardar la ropa sin ningún tipo de orden. Igual que mis pensamientos, que vagaban desordenados por mi mente.

Si es que llevaba razón en que no debía dar el paso como si nada con respecto a Alice. Ambos sabíamos que aquello tenía fecha de caducidad, pero nos olvidamos de mirarla.

Había guardado ya prácticamente todo cuando llamaron a mi puerta. Miré hacia allí. Volvieron a dar dos toques, como yo llamaba a la puerta de la cabaña de Alice. Debía de ser ella. Me acerqué y abrí sin mucha ceremonia. Allí estaba. Con el rostro compungido, los ojos hinchados de llorar y jugueteando con sus manos, como me había dado cuenta que hacía cuando estaba nerviosa.

No dije nada. Solo esperé. Aguardé a que ella hablara. Me limité a mirarla al tiempo que sujetaba con la mano el pomo de la puerta. Abrió la boca un par de veces como para hablar, pero en las dos ocasiones se echó para atrás. Hasta que, a la tercera, emergió un hilo de voz de su garganta.

—Lo siento, Leo. Lo siento de corazón. No sentía lo que decía, pero estoy asustada y he intentado…, no sé…, acabar con esto cuanto antes para que no sea más duro de lo que me está pareciendo ya. —Continué sin decir nada. Quería que soltara todo lo que llevaba dentro y no interrumpirla—. Entiendo que estés enfadado conmigo. He sido demasiado cruel y… no me arrepiento en absoluto de lo que ha sucedido entre nosotros.

Durante unos segundos estuvimos mirándonos, y aunque hubiera silencio, ambos seguíamos manteniendo una conversación a través de la manera en que nos observábamos.

—¿Quieres pasar? —pregunté, apartándome de la puerta.

Asintió y entró con cautela en mi cabaña. Me dolía verla así. Me jodía ser, en parte, el causante de su desasosiego.

Se acercó hasta la cama y se quedó inmóvil al ver la maleta casi

preparada frente a ella. Después me miró.

—¿Te marchas ya?

—¿Tú quieres que lo haga? No quiero hacerte más daño, Alice.

Mis palabras la hicieron reaccionar y se acercó a mí con rapidez para poner sus manos en mi pecho.

—No, no, Leo. Tú no me has hecho daño. Nunca. No pienses eso, por favor —dijo con cierta desesperación—. Es la situación, no eres tú. En realidad, eres lo mejor que me ha pasado en mucho tiempo.

Coloqué mis manos en su cintura y la atraje hacia mí. Ella me rodeó por la nuca.

—Jamás me perdonaría hacerte daño, pequeña. Y si estar cerca de ti o alargar la despedida te lo provoca, haremos lo que tú quieras. ¿De acuerdo?

Sonrió y asintió. Y ver su sonrisa me alivió.

—¿Sabes lo que quiero? —soltó.

—Lo estoy deseando.

—Besarte, abrazarte, sostenerte y que pasemos la mejor noche de nuestras vidas, aunque sea solo hablando sobre la belleza de la luna o del gris perla.

Entonces no hubo nada más que decir. Comenzamos a besarnos con desesperación, como si el tiempo apremiara y tuviéramos que aprovechar cada segundo que nos quedaba juntos. La alcé en brazos y ella enroscó sus piernas en mi cintura; fui hasta el sofá y me senté con ella a horcajadas sobre mí. Nos quitamos la ropa con rapidez, nos teníamos demasiadas ganas. Nos tocamos, nos acariciamos, y, cuando, tras ponerme el preservativo, estaba a punto de penetrarla, no pude evitar hacerle una pregunta.

—Un momento, pequeña. —Ella, jadeante y desnuda sobre mí, me miró—. Solo follábamos, ¿verdad? —Lancé una media sonrisa. Me dio un golpecito en el hombro sonriendo—. Solo por saberlo —añadí.

—Solo follamos la primera vez, Leo, el resto no. El resto de las veces nos hemos entregado el uno al otro.

—¿Hemos hecho el amor?

—Lo hemos hecho.

Y fue curioso que, después de esa conversación, bajáramos el ritmo del sexo. Lo hicimos mirándonos a los ojos. Fue jodidamente

erótico. Ver el placer en su rostro y saber que ella disfrutaba con mis caricias, mis dedos, mis embestidas. Nos dedicamos tiempo, como si quisiéramos acordarnos de cada movimiento, de cada jadeo o del orgasmo que nos sobrevino.

Cuando terminamos, ella cogió mi camiseta y se la puso. ¿Hay algo que a un tío le ponga más que ver a su chica con una camiseta suya y sin ropa interior? Me puse los calzoncillos y ambos salimos a la terraza. Esa noche la luna brillaba con intensidad y se reflejaba en el agua del mar.

Me coloqué detrás de ella y la abracé.

—La luna está preciosa, ¿verdad? —dijo ella mientras ambos la mirábamos.

—No más que tú. —Dejé un beso en su cuello.

Y es que la luna se veía mejor en compañía que en soledad, ya que, al igual que nosotros, brillaba con más fuerza cuando compartía su luz con alguien más.

—Creo que me voy a marchar a mi cabaña —dijo ella.

—¿No quieres dormir conmigo esta noche?

—Me encantaría, pero es mejor que no.

—De acuerdo. ¿Te apetece que mañana desayunemos juntos antes de irnos?

—Puede ser. Hablamos mañana, ¿te parece?

—Me parece.

Y le di un beso corto, enmarcando su rostro con mis manos. Después otro, y luego otro, y cuando la situación empezó a calentarse de nuevo, ella se separó entre risas y me dio las buenas noches al tiempo que la miraba salir de mi cabaña sin poder despegar mis ojos de ella.

Por lo visto, mi frase de esos días en Avelbrook era: «Estás jodido, Leo».

51

ALICE

Cuando me levanté por la mañana estaba inquieta. Apenas había pegado ojo, y probablemente hubiera descansado mucho mejor durmiendo junto a Leo, pero no quise alargar la situación más de lo necesario y más de lo que emocionalmente estaba preparada para asumir. Así que, tras levantarme, hice el equipaje, y, cuando ya tenía todo preparado para marcharme, mandé un mensaje a Leo para ver si estaba despierto mientras me fumaba un cigarro en la terraza. Enseguida respondió que llevaba levantado un rato. Así que, nerviosa, me dirigí a su cabaña con la intención de despedirme, decirle lo que me venía rondando la cabeza toda la noche y pinchar esa burbuja en la que habíamos estado viviendo durante esos últimos días.

Era una decisión muy meditada, y esperaba que no se molestara por ello, pero en ese instante era lo que necesitaba, lo que mi vida en ese momento me pedía, aunque mi corazón pidiera a gritos otra cosa. Porque con él respiraba diferente, el aire era menos denso, más ligero. En esos días de desconexión había podido hacer lo que me fluía en cada segundo sin temor a malos gestos o reproches.

Aun con todo, esa nueva vida que se me planteaba me exigía otras maneras de actuar, y tenía que hacerlo por mí. Por empezar a respetarme a mí misma. Por ponerme a mí en primer lugar.

Llamé a su puerta y me abrió enseguida. Estaba guapísimo, con un pantalón corto de deporte blanco y una camiseta azul marino. Iba con el pelo aún húmedo, y se le revolvía un poco por la frente. Desprendía ese aroma embaucador que sabía que asociaría a él durante el resto de mi vida. Me recibió con una sonrisa. Pero no era tan amplia como siempre, despedía un tinte agridulce, como lo sería nuestra despedida. Para ninguno de los dos era fácil afrontar esa situación.

—¿Podemos hablar? —propuse.

—Claro, adelante.

Se apartó para dejarme pasar y se me cayó el alma a los pies al ver todo su equipaje junto a la puerta.

—Esto se acaba —conseguí decir con un hilo de voz.

Cogió aire y lo soltó lentamente. Se metió las manos en los bolsillos del pantalón y me miró.

—Eso parece.

—Leo, yo… —dije acercándome a él y sacándole las manos para cogérselas— quiero darte las gracias por todo. No sé si lo que he conseguido en estos días ha sido solo resultado de mi esfuerzo personal, pero lo que sí tengo claro es que tú has sido la mecha que ha prendido mi cambio. Gracias por dejarme estar aquí contigo, por las risas, por las bromas, por hacerme ver que mi opinión cuenta, por descubrirme que el sexo puede ser maravilloso para los dos, por cogerme a caballito en el mar, por hacerme ver que soy capaz de más cosas de las que pensaba. Gracias por los mejores días de mi vida desde hacía mucho tiempo.

No pude evitar llorar. Era consciente de que podía elegir otro camino sin sentirme culpable.

—No tienes que darme las gracias por nada. Tú eres la que, poco a poco, te has ido descubriendo. Yo no he hecho nada. Solo te he acompañado en el proceso.

Colocó sus dedos pulgares en mi rostro y me secó las lágrimas. Cerré los ojos ante su contacto. Sus manos sobre mí me infundían tanta calma…

Aun así, coloqué las mías sobre las suyas y, despacio, se las retiré para volver a entrelazarlas.

—Sin embargo, creo que lo mejor es que no tengamos contacto una vez nos marchemos de aquí. —Su reacción fue llevar la mirada hacia abajo, dirigiéndola a nuestras manos entrecruzadas—. No quiero que te enfades… —añadí.

—Alice —me cortó para después devolverme la mirada—, no me voy a enfadar, y, si lo hiciera, sería problema mío. Quiero decir, no puedes medir siempre tus palabras solo pensando en la reacción de los demás.

Llevaba razón. Eso era algo en lo que debía trabajar, en dejar de dar prioridad a lo que opinaban los demás y en cuidar de mí misma.

—Creo que debo solucionar algunas cosas y poner mi cabeza en orden antes de comenzar algo con alguien.

—Lo entiendo, pequeña, de verdad.

—Si me llamas «pequeña», esto no va a ser fácil.

Ambos sonreímos con tristeza.

—Te guste o no, vas a ser siempre mi pequeña. Mi pequeña pelirroja de sonrisa rasgada, que un día se hizo amiga de un cangrejo que quiso saludarla en el mar.

Suspiré y miré nuestras manos enredadas. Me tomé unos segundos para respirar, lo necesitaba. Todo estaba siendo demasiado intenso.

—Leo, te mereces lo mejor. Has sufrido mucho como para cerrarte al mundo. Te aseguro que hay cosas maravillosas. No dejes de perderte lo que hay ahí fuera, porque el mundo se merece tener a alguien como tú en él. Conoce gente, diviértete, disfruta de tu madre. Elige la soledad como opción, no como imposición.

Observé cómo tragaba saliva y, por alguna razón, tuve la sensación de que estaba luchando contra las lágrimas. Entonces me regaló una sonrisa sincera, cálida, cómplice.

—Eres maravillosa, Alice. No permitas que nunca nadie te haga sentir lo contrario.

—Tú también. ¿Te puedo dar un abrazo?

—Ya estabas tardando en hacerlo.

Nos abrazamos con fuerza. Era evidente que era una despedida. Nos aferramos el uno al otro y nos fundimos como el calor hace con el hielo, nos convertimos en una sola persona.

—Disfruta de pasar tiempo a solas, pequeña. No necesitas a nadie más que a ti misma para seguir adelante. Y si quieres compartir tu vida con alguien, que sea porque quieres, no porque no te sientas capaz de hacerlo sola —dijo en mi oído.

—Gracias, Leo.

—Y si alguien te hace daño, llámame y ya me encargaré yo de decirle un par de cosas.

Sonreí. Esa manera de quitarle intensidad a las situaciones embarazosas solo podía conseguirla él.

Nos separamos y nos miramos con cariño. Con el cariño de dos personas que en pocos días se habían entregado el uno al otro con tanta fuerza que daba hasta vértigo.

—¿Sabes? —añadió, ladeando la cabeza con una sonrisa torcida—, puede que hasta me tatúe el chupetón antes que desaparezca la marca del todo.

—Qué tonto eres —respondí, dándole con suavidad en el pecho.

Cogió mi mano al vuelo y se la llevó a sus labios.

—Te voy a echar de menos, pequeña —confesó.

—Y yo a ti, chico triste.

Sentí que la situación se ponía demasiado profunda, así que con la única pizca de sangre fría que me quedaba decidí ponerle fin. De lo contrario, todo se volvería aún más complicado.

—Leo, será mejor que me marche. Quiero pasarme a ver a Nana y…

De repente, me puso las manos en las mejillas y me besó. Y yo le correspondí. Lo hicimos con pasión, vehemencia, deseo. Nuestras lenguas se buscaron por última vez con desesperación. Bajó sus manos hasta mi cintura y me atrajo hacia él. Tiré suavemente de su pelo y emitió un gemido que me incendió por dentro.

Pero alargar eso no era lo mejor.

—Leo… —dije, poniendo unos centímetros de distancia entre nuestros labios y apoyando mi frente junto a la suya—, lo mejor es que me vaya. Recordemos este último instante. —Leo me miraba con la respiración agitada, los labios hinchados y la mirada llena de deseo—. No creo que esto nos venga bien a ninguno de los dos —añadí.

—Tienes razón.

Nos separamos. Había que empezar a hacerlo en algún momento.

—Adiós, Leo.

—Adiós, pequeña.

Y con el peso del dolor en mi corazón reuní la fuerza suficiente para abrir la puerta y me alejé sin volver la vista atrás.

Tercera parte

52

ALICE

El camino de vuelta se hizo largo. Casi agónico. Cada vez me daba más miedo enfrentarme a mis fantasmas. Pero la angustia no se debía únicamente a eso: la despedida de Leo también favorecía a que la situación fuera más complicada. Fueron dos horas de trayecto en las que lloré de rabia, de pena, de frustración y de nostalgia. Y, en ocasiones, por todas esas sensaciones a la vez. Sentía un torbellino de emociones que no me daba tregua.

Una vez ya me adentré en Elysford, fui directamente a Memory Lane, a la vivienda que Nana me tenía alquilada. Al piso del «antes»: antes de empezar con Cole, antes de dudar sobre mi elección de futuro. Antes de abandonarme a mí misma.

Cuando entré, un halo de nostalgia me rodeó. Ver todo tal y como lo dejé me emocionó, porque me relajó volver al lugar de donde nunca debí haberme marchado. No era que me arrepintiera de haberlo hecho: al fin y al cabo, los inicios de mi relación con Cole fueron agradables, los disfrutamos, y yo me mudé voluntariamente; sin embargo, con el paso del tiempo, la relación comenzó a deteriorarse.

No podía echar toda la culpa a Cole. Pero un hecho innegable era que en los últimos tiempos su actitud se había vuelto cada vez más agresiva y provocaba que mi miedo a decirle determinadas cosas aumentara por temor a su reacción.

Después de haber pasado con Leo esos días había sido aún más consciente de ello, y no quería compartir mi vida con una persona que me anulara. No percibí todo eso, tenía una venda en los ojos y me quedaba mucho trabajo por delante, pero era el primer paso para empezar a pensar en mí y en lo que quería hacer con mi vida.

Puse la bolsa de viaje sobre el sofá y pensé en si Leo también habría llegado ya a su casa.

Antes de cambiarme de ropa y lanzarme a poner lavadoras, bajé a ver a Nana. Me moría de ganas de contarle lo que había pasado en Avelbrook y lo que había ocurrido con Leo.

Descendí por las escaleras hasta el primer piso y llamé al timbre. Nana preguntó quién era antes de abrir, respondí y la puerta se abrió enseguida. Según me vio, me recibió con una amplia sonrisa.

Imité su gesto y me acerqué a abrazarla. Ese olor afrutado. Ese olor a casa.

—Bienvenida, mi niña —dijo emocionada.

—No sabes cuánto te he echado de menos, Nana —respondí sin soltarme de su abrazo.

Ella era mi familia. La única que tenía, pero no necesitaba más. Con ella era más que suficiente, porque me daba todo.

—Ven, pasa. Estaba haciendo un pastel de carne.

A pasos cortos, Nana llegó hasta la cocina; la edad no perdonaba, y Nana no dejaba de tener ochenta y dos años. La cocina desprendía un aroma delicioso al entrar.

—¿Te quedas a comer? —preguntó mientras batía un huevo.

—No te preocupes, Nana. Solo he venido a saludarte.

—Pues me saludas comiendo conmigo. Esta vieja ya está cansada de comer sola. Hay pastel de carne para un regimiento. —Sonreí—. Además, mientras comemos me cuentas qué tal en el sitio ese adonde te has ido.

—Avelbrook.

—Bueno, qué más da. —Agitó la mano como quitándole importancia—. Y empieza a contarme qué tal con el muchacho ese, Logan.

—Leo.

—Pues de aquí en adelante para mí, será «el muchacho». Hoy en día ponen unos nombres muy raros a las criaturas.

—En realidad, hace veintiocho años que se lo pusieron.

Nana se dio la vuelta amenazándome con el tenedor.

—¿Quieres no corregirme y venir a ayudarme a terminar el pastel de carne?

Ella moldeaba la mezcla del pastel de carne mientras yo preparaba la bandeja y la colocaba en el horno.

De repente Nana rompió el silencio.

—¿Me vas a contar qué tal estos días o voy a tener que obligarte?

Sonreí con nostalgia.

—Ha sido genial, Nana.

—Ese brillo en los ojos te delata, querida. Pero mírame y respóndeme a una cosa: ¿te ha tratado bien?

—Mejor que bien.

—¿Es buen muchacho?

—Lo es, Nana.

—¿Es honrado?

—Claro. ¿Pero me vas a hacer un tercer grado?

—Si es necesario, sí. No me gustó cómo te vi llegar la última vez que estuviste en casa. Así que más vale que haya sido respetuoso contigo o tendré que ir yo misma a hablar con él.

—Te lo agradezco, Nana, pero no será necesario. Los días allí han sido muy especiales.

—¿Has sabido algo del otro?

—Me ha llamado y escrito, pero no he respondido ni leído sus mensajes.

—Haces bien. Ese no se merece nada de ti, ¿entendido? A ver si va a venir a decirte dos ñoñerías y tú vas a caer rendida en sus brazos otra vez.

No respondí. Nana me protegía como nadie lo había hecho nunca, pero mi cabeza estaba a punto de estallar. Así que preferí no seguir hablando de Cole y contarle lo que había vivido con Leo.

Mientras comíamos, le relaté por encima, sin entrar en detalles, la manera en que, poco a poco, la relación de amistad con Leo se estrechó hasta que ocurrió algo entre nosotros. Ella se puso tan contenta que hasta dio palmas, ilusionada.

—Pero le he dicho que lo mejor era que no nos viéramos más, Nana —confesé con tristeza—. Todo ha sido mágico entre nosotros, pero en este momento necesito calma en mi vida y tiempo para mí, para lograr aclarar mis dudas y cerrar algunos temas.

Ella pasó su mano sobre la mesa y cogió la mía.

—Alice, cariño, tienes que liberarte de lo que la gente espera de ti. De lo contrario, morirás en vida. Las cosas siempre pueden cambiar,

créeme, porque siempre lo hacen y serán diferentes, y no por ello tienen que hacerlo para mal.

—Me afecta mucho lo que Cole pensará de mí cuando lo vuelva a ver.

—Ser tan vulnerable te hizo la víctima perfecta, cariño, y Cole disfrazó su maltrato de amor.

—Él nunca me pegó.

—No hace falta poner un dedo encima de alguien para que duela. Las palabras también son cuchillos muy afilados. Y la indiferencia. Y otras muchas cosas más. Enamórate de ti y después de quien quieras.

Permanecí en silencio. Nunca había visto a Nana hablarme con un semblante tan serio. Supuse que ella querría haberlo hecho antes, pero esperó a que yo diera el paso. No le conté que Cole me agarró del cuello, eso fue algo que me guardé para mí. No quería que sufriera, y sabía que, si se lo contaba, sería un gran disgusto para ella.

Después de comer, subí de nuevo al apartamento y, tras poner una lavadora, me senté en el sofá, dispuesta a leer los mensajes que Cole me había mandado durante todos esos días.

Después de hablar con Nana, cogí fuerzas para dar el primer paso.

53

Leo

La vuelta a casa fue jodida. Parte del trayecto lo hice enfadado conmigo mismo por haberme entregado como lo había hecho. Por mostrar mis fortalezas, pero también mis debilidades. Por ser tan sincero en algunas ocasiones y no saber cerrar la boca a tiempo. Y la otra parte del viaje la hice recordando los buenos momentos que había compartido con Alice, como la situación surrealista con el señor Pinzas, las noches mirando la luna, las fiestas en el jardín, el masaje en pareja o cualquier otra vivencia que nos incluyera a los dos.

Sin embargo, ella me había pedido distancia, y yo lo había aceptado. ¿Cómo negar espacio a alguien que lo necesita? Pero yo quería seguir conociéndola, continuar mandándonos correos en los que contarnos nuestro día o las preocupaciones que ocuparan más espacio en nuestra cabeza del estrictamente necesario.

Ella me había demostrado que existía gente buena en el mundo, personas maravillosas con las que compartir el día a día, sin necesidad de sentir miedo. Con todo, nuestros caminos se habían separado en el instante en el que ella abandonó mi cabaña.

Solo deseaba que le fuera bien, que luchara contra sus propios fantasmas y que viera en el reflejo del espejo la misma persona que veía yo.

Acudí directamente a casa de mi madre. Teníamos una conversación pendiente, después de la discusión por teléfono tras su caída en el baño. Llamé al telefonillo y Olive me abrió enseguida. Después de hablar con ella y pedirle disculpas, me adentré en el piso. Mi madre aguardaba sentada en el sofá, parecía que eligiendo unas telas que estaban esparcidas sobre sus piernas. Al escuchar mis pasos, alzó la mirada y, al verme, me regaló una sonrisa.

—Hijo. Bienvenido a casa. —Dejó a un lado las telas y me prestó

atención.

—Adelante, regáñame. Estoy preparado. —Abrí los brazos.

—No voy a hacerlo, Leo. Puedo entender que te preocuparas; en tu lugar, yo también lo habría hecho, pero quiero que seas consciente de que no ocurre nada si no estás siempre cerca de mí. Aunque estés más lejos, sé que me sigues cuidando, que sigues preocupándote por mí. La cercanía no es sinónimo de una mayor preocupación.

—Lo sé, mamá, pero es muy difícil.

—Y lo entiendo, cielo. Solo espero que, a pesar de ese contratiempo, hayas disfrutado de tus días de desconexión.

—Siento haberme puesto como me puse. En la entrada ya me he disculpado con Olive. Fui muy duro.

—Lo importante es que hayas aprendido algo de todo esto. Pero, bueno, lo cierto es que quiero contarte algo. —Se acercó más a mí en el sofá y cogió mis manos.

—¿Estás bien, mamá? ¿Ocurre algo?

Su manera de actuar despertó la alerta que sentía continuamente presente en mi vida.

—Sí, sí, tranquilo.

—¿Entonces?

—Verás… He conocido a alguien.

Eso sí que no me lo esperaba. ¿Mi madre había conocido a alguien? Pero ¿cuándo? ¿Dónde? No me salían las palabras. Por mi cabeza pasaban un montón de pensamientos, como si la trataba bien, si era un buen hombre, si él también tenía hijos, a qué se dedicaba… Esperaba que no le hiciera daño, o se las vería conmigo.

—¿No dices nada?

—Joder, no me lo esperaba. No sé qué decir.

Mi madre sonrió y presionó con delicadeza mis manos.

—En ese caso, te lo diré yo. Se llama James, y lo conocí en las tertulias literarias a las que acudo todas las semanas.

—¿Estáis…, bueno, salís juntos?

¿Por qué me costaba tanto hablar con mi madre de eso?

—Puede decirse que sí. Algún día hemos salido a pasear, a tomar café…

Esa conversación siempre había sido al revés: ella era la que me preguntaba por mis relaciones. ¿Cómo enfocaba yo que la situación fuera al contrario?

—Mamá, perdona que no muestre mucho entusiasmo. Es que me ha pillado por sorpresa, y no pensé que tú…

—¿Me volvería a ilusionar con alguien? ¿Crees que las personas mayores no nos enamoramos también? Lo hacemos, cariño. No solo los jóvenes tenéis corazoncito.

—Lo sé, lo sé. No me malinterpretes. Es que es raro, ¿sabes? Esta conversación me resulta extraña, pero quiero que sepas que, si tú estás feliz con él, yo también. Que, si te trata bien, me tendrá para toda la vida. De lo contrario…

—Ya te sale la vena protectora. —Sonrió.

—¿Lo dudabas? —Alcé una ceja.

—Lo he hablado con él, y me gustaría que os conocierais.

—Estaré encantado, mamá.

Me acerqué a ella para abrazarla. Ver que la felicidad empezaba a ocupar cada vez un lugar más amplio en su vida era lo más importante para mí.

—Bueno, ¿y tú? ¿Qué tal han ido esas vacaciones?

Después de su confesión, pensé que sería un buen momento para que yo también lo hiciera.

—He conocido a alguien.

Y comencé a contarle, guardándome la parte más íntima del relato, lo que había vivido con Alice desde el principio. Desde aquella nota en la cafetería.

54

ALICE

Habían pasado dos meses desde que finalizaron esas vacaciones que tanto me ayudaron a abrir los ojos. No había sabido nada de Leo, y me agradó saber que respetó mi decisión de poner distancia entre nosotros. Lo echaba mucho de menos, eso era innegable, porque lo que viví con él durante esos días fue tan intenso que era muy difícil de olvidar. Todas las noches me acostaba pensando en qué sería de él. En cómo estaría la relación con su madre o si había abierto un poco su espacio personal a más gente.

El primer mes estuve bastante encerrada en casa, asimilándolo todo. Después de leer todos los mensajes que Cole me había mandado y escuchar sus audios fui realmente consciente de con quién estaba compartiendo mi vida. Los primeros eran bastante suaves, pero con el tiempo se tornaron más hostiles. Su enfado se iba acrecentando, hasta dedicarme en los últimos palabras que prefería no recordar. Pasé unos días realmente difíciles. Llamé a Nana y le expliqué que no debía preocuparse si no me veía en su casa o en la tienda, que necesitaba un tiempo para mí misma.

A la semana de estar aislada en el piso, cogí las fuerzas necesarias para ir a por mis pertenencias al domicilio de Cole. Y lo hice temblando, con mucho miedo; además, debía hacer varios viajes porque todo no entraba en el maletero de mi coche, pero no me importaba si eso suponía poner punto final a lo nuestro.

Le envié un mensaje para decirle que tenía la intención de ir a recoger mis cosas y le pregunté cuándo le venía mejor. A fin de cuentas, no dejaba de ser su casa. Su respuesta fue contundente. Que fuera cuando él no estuviera. Que no quería verme, y soltó unos cuantos improperios más.

Cuando entré en el chalé, inquieta por volver a ese lugar del que me había despedido tras una situación repugnante, vi que todas mis

cosas estaban tiradas en la habitación donde esculpía. Mi ropa, mis libros, mis accesorios de aseo…, todo. Los había lanzado, literalmente, por toda la habitación. Había frascos de colonia rotos y algún que otro cristal de color con el que hacía las esculturas hecho añicos. Me dolió. No me lo esperaba. Con todo, me limité a recoger lo que pude y meterlo en el coche.

Hice dos viajes. Cole me había confirmado que no estaría en casa, pero, aun así, sentía una ligera aprehensión de encontrármelo allí.

Cuando terminé, le escribí para decirle que ya había recogido todo y que le dejaba las llaves en el buzón, aunque en realidad me apetecía decirle que podía metérselas por donde le cupieran.

Dos días después me llamó de madrugada para decirme que sentía las formas y la manera en que había tratado mis pertenencias. Iba bebido. Le dije que ya hablaríamos y que ese no era el momento.

Insistió la semana siguiente, esa vez por la mañana. Yo estaba en casa, mirando unas revistas de arte, y le cogí el teléfono. Debía acabar con aquello de una vez por todas. Me exigió que le debía una conversación y le respondí que la tendría cuando estuviera preparada; sin embargo, en cuanto colgué el teléfono fui consciente de que yo no le debía nada. Él sí me debía algo. Respeto.

Le ordené que no me llamara más, y, de hecho, bloqueé su número en para no volver a recibir más llamadas suyas. Fue un paso importante para mí, aunque de puertas para fuera pudiera resultar insignificante anular un contacto telefónico. Yo no estaba solo borrando un número, sino que incomunicaba a una persona que me había hecho mucho daño durante un tiempo. Bloqueaba una parte de mi vida. Y eso no era nada fácil. Temía sus represalias y que se presentara en casa, en el taller o, peor, en casa de Nana.

A la semana siguiente, cuando comenzaba el segundo mes desde que Leo y yo nos despedimos aquella mañana en Avelbrook, Nana me vino a buscar a casa y propuso invitarme a desayunar donde yo quisiera. Argumentó que ya me había dado tiempo suficiente para mí y que no iba a permitir que me encerrara más tiempo en mí misma y que acabara enfermando de nuevo, como cuando me conoció tras la muerte de mi abuela.

Propuso que desayunáramos en la cafetería donde había coincidido

con Leo por primera vez; dijo que quería imaginarse la escena donde, según ella, fue el inicio de mi nueva vida. Yo no lo tenía tan claro, pero Nana insistía en que el movimiento se demostraba andando y que nunca dejara de caminar por mucho que se me interpusieran obstáculos en el camino.

Pedimos un café con galletas Oreo para mí y una infusión para ella y un par de *muffins* y nos sentamos a una de las mesas redondas que ocupaban el centro de la cafetería. Le expliqué dónde estaba sentado Leo aquella mañana y dónde me ubicaba yo. Al recordarlo, sonreí. Me vinieron a la cabeza muchos recuerdos bonitos junto a él, el chico triste. Cuánto lo echaba de menos.

—Esa sonrisa te delata, mi niña —dijo.

Suspiré.

—Hemos vivido días muy especiales, Nana. Cuando lo recuerdo, no puedo evitar sonreír.

—Me recuerdas a mí cuando conocí al señor Walsh: lo miraba y un millón de burbujitas explotaban en mi vientre. Él decía que sentía lo mismo. Nos mirábamos y sonreíamos como dos tontos —suspiró—. La vida nos regaló muchos años juntos y muy felices, de trabajo duro, pero siempre unidos, de la mano. Luchando por lo que queríamos. Estoy convencida de que él te puso en mi camino. La vida no nos dio el milagro de tener retoños, pero tú eres como la hija que no tuvimos.

Tomé su mano sobre la mesa. Sus ojos se llenaron de lágrimas y una sonrisa melancólica se dibujó en su rostro.

—Me vas a tener siempre contigo, Nana. Tú también eres mi familia, y esto demuestra que la familia no se limita a compartir la misma sangre.

Empezamos a comer los *muffins* y ambas nos reímos para afirmar, con total seguridad, que nuestros bizcochos eran mejores. Estábamos intentando adivinar los ingredientes que habían utilizado cuando una voz a mi espalda me provocó esas burbujitas de las que Nana había hablado antes.

—¿Alice?

Giré el rostro, algo impactada, para encontrarme de nuevo con él, con Leo. Fue como un espejismo, como si estuviera inmersa en un

sueño del que no quería despertar. Porque el hecho de haberle pedido distancia no guardaba relación alguna con las ganas que sentía de volver a estar con él. Me levanté despacio, agarrándome a la silla, debido a los nervios, que me hacían temer perder el equilibrio.

—¿Leo?

Él sonrió abiertamente y yo terminé haciendo lo mismo. No fui consciente de todo lo que lo había echado de menos hasta que lo tuve sonriendo frente a mí, de nuevo, como lo hizo aquellos días en Avelbrook.

—Qué coincidencia —dijo, abiertamente nervioso.

No venía solo; a su espalda, una mujer y un hombre compartían unas palabras en voz baja mientras no dejaban de observarme.

—Sí, es una casualidad.

Parecíamos dos adolescentes con más vergüenza que conversación. Estaba supernerviosa.

—He venido con la señora Walsh.

—Nana —me corrigió ella, haciendo el amago de levantarse.

—No se levante, por favor —dijo Leo, acercándose a ella y aceptando la mano que mi amiga le tendía para saludarlo—. Encantado. Soy Leo.

En el momento en que pasó por mi lado, me tembló todo, como una hoja a punto de caer en pleno vendaval. Seguía oliendo igual de bien, y tenerlo tan cerca de nuevo provocó que un escalofrío me recorriera el cuerpo de arriba abajo.

—El muchacho —añadió Nana, mirándome y alzando las cejas con complicidad.

—¿Perdón? —preguntó Leo.

—Nada, cosas de la señora Walsh. —Negué con la cabeza, con ganas de que la tierra me tragara.

Leo volvió donde estaba, y la mujer que quedaba tras él carraspeó para llamar su atención.

—Oh… Sí…, disculpa. Yo he venido con mi madre, Marjorie, y su pareja, el señor Anderson —nos presentó, apartándose para que nos saludáramos.

—James —añadió el hombre.

La madre de Leo me dio dos besos y su pareja me tendió la mano.

—Encantada. Soy Alice.

Después de unos segundos de silencio, en los que no sabía si salir corriendo, esconderme bajo la mesa o abrazarlo para no soltarlo jamás, Nana se me adelantó.

—¿Por qué no os sentáis a desayunar con nosotras y nos ayudáis a saber qué demonios llevan estas magdalenas?

Mis ojos se abrieron de par en par y, por reflejo, miré a Leo, quien también tenía una expresión de sorpresa similar a la mía.

—Eeeh… —murmuró Leo.

—Creo que… —intenté responder.

—¡Por supuesto! —interrumpió alegremente la madre de Leo—. Estaremos encantados de compartir mesa con vosotras, ¿verdad, James?

James añadió rápidamente tres sillas a nuestra mesa y, sin darnos opción, se sentaron, dejando dos lugares contiguos libres para que los ocupáramos Leo y yo. Él extendió la mano hacia la silla, indicándome que me sentara primero, y después él ocupó su lugar. Su mano, fuerte y varonil, era una combinación perfecta de fuerza y delicadeza, y observarla me condujo directamente a recordar lo que su contacto provocó en mi cuerpo; tenerlas de nuevo tan cerca de mi piel y, a la vez, tan lejos desencadenó en mí una oleada de calor irrefrenable.

—Eeeh… ¿qué queréis que os pida? —preguntó Leo a su madre y a James.

Cada uno dijo lo que le apetecía tomar y, tras levantarse, nos consultó a nosotras si queríamos algo más.

—Yo quiero otra infusión —dijo Nana enseguida. La miré extrañada, porque le quedaba más de la mitad—. Pero prefiero que sea Alice quien lo pida contigo, porque sabe exactamente cuál quiero, y soy muy quisquillosa para lo que tomo. Es lo que tiene ser una señora mayor.

Cogí aire antes de levantarla de allí y llevármela al baño a cantarle las cuarenta por muy mujer mayor que fuera.

Leo me dirigió una sonrisa torcida mientras yo me levantaba de la silla, sintiéndome completamente avergonzada. Los tres nos

observaban con una mirada cómplice, disfrutando de nuestro incómodo momento.

Él colocó su mano en mi espalda para permitirme pasar primero y la piel se me erizó. Su contacto me provocaba eso.

Nos pusimos en la fila, a esperar nuestro turno, y quedamos uno frente al otro.

—Siento si Nana os ha puesto en un compromiso para sentaros con nosotras —me disculpé.

—No te preocupes, mi madre está encantada.

—James parece un buen tipo.

—Lo es.

Vi a Leo coger aire para soltarlo lentamente sin dejar de mirarme.

—¿Cómo estás, Alice? —preguntó con voz ronca.

Escuchar de nuevo mi nombre salir de sus labios me enterneció.

—Mejor, supongo. Subiendo escalón a escalón, como tú me aconsejaste.

Sonrió y me dedicó una mirada llena de recuerdos.

—Me alegra que te sirviera algo de lo que te dije.

—Sabes que tus palabras me dieron fuerzas para enfrentarme a la escalera. —Si las miradas hablasen, nos habríamos dicho palabras mucho más profundas—. Gracias por respetar mi espacio —agradecí.

Negó con la cabeza.

—No me agradezcas que te respete.

Empecé a juguetear con las manos, nerviosa, afectada por volver a verlo y escucharlo. Advertí que mi nerviosismo no le pasó desapercibido y me fijé en cómo acercaba su mano a la mía lentamente, ambos con la mirada puesta en sus ligeros movimientos. Pude sentirlo antes de que llegara a tocarme. Sin embargo, cuando finalmente fue a poner su mano sobre las mías, el camarero carraspeó.

—Buenos días, ¿qué les pongo?

Leo apartó su mano como si estuviera a punto de tocar una superficie caliente, y yo, como un acto reflejo, miré al camarero sorprendida para perder el contacto visual con la mano de Leo a punto de rozar mis dedos.

Pedimos las consumiciones y nos dirigimos de nuevo a la mesa con

esa sensación, al menos yo, de haber estado a punto de acariciar una parte de los recuerdos que dejamos en las cabañas. Nos sentamos y nos incorporamos a la conversación que tenían Nana y Marjorie sobre costura. Por lo visto, ambas compartían esa afición. Aunque la madre de Leo contara solo con visión parcial, cosía con una serie de adaptaciones. Así se lo explicaba a Nana.

Mientras, Leo y yo escuchábamos, aunque lo que más me apetecía era seguir hablando con él y saber cómo le había ido durante ese tiempo.

Nos habíamos tomado el desayuno entre zurcidos, hilvanes y telas cuando la madre de Leo intervino para cambiar de tema.

—Bueno, pues nosotros nos vamos a ir ya, ¿verdad, James?

—Claro. Queremos dar un paseo antes de ir a casa —respondió el hombre—. Señora Walsh, ¿quiere que la acompañemos a su domicilio?

No, de nuevo otra encerrona no, pensé.

—Pues ahora que lo dices, si no es inconveniente, estaría encantada. Así le muestro a Marjorie mi última labor.

Nana se levantó y Leo y yo hicimos lo mismo.

—Vosotros quedaos, seguro que tenéis mucho de lo que hablar —dijo la madre de Leo.

—Mamá… —lanzó Leo como una advertencia.

Nana se acercó a mí para darme un beso y susurrarme que luego esperaba mi llamaba. Se adelantó y pasó por delante de James y Marjorie mientras estos se despedían de Leo. Observaba cómo se acercaba a la salida del local cuando, de repente, se me heló la sangre al ver que resbalaba y caía golpeándose contra la puerta.

—¡Nana! —grité mientras salía corriendo a recogerla—. ¡Nana!

Leo corrió detrás de mí.

Nana yacía en el suelo, su figura vulnerable en medio de la entrada de la cafetería. Había caído de costado, y su rostro reflejaba el dolor que la invadía mientras se agarraba la mano con gesto de angustia.

—Llamaré a una ambulancia —dijo Leo.

—Nana, dime algo. —Pero ella solo se sujetaba la muñeca y no pronunciaba palabra alguna. Solo miraba confusa a su alrededor. Algo no iba bien—. Nana, escúchame, ¿sabes quién soy? ¡Mírame,

Nana!

Ella lo hacía, pero de manera ausente, como si no supiera quién era yo. Estaba entrando en pánico.

Las lágrimas empezaron a recorrer mis mejillas a toda velocidad y mi respiración aumentaba su agitación por segundos. Leo se agachó a mi lado y puso su mano en mi hombro para hacerme ver que estaba conmigo.

—Señora Walsh, ¿qué le duele? —preguntó Leo, algo más calmado que yo.

También a él lo miraba de manera extraña.

—La mano y aquí. —Se sujetó un lado de la cabeza.

—Estese tranquila, señora Walsh. La ambulancia está al caer.

Leo se levantó con rapidez y salió para comprobar si llegaban los sanitarios. Después volvió a entrar.

—Nana —le puse la mano en el costado y la otra en la mejilla mientras lloraba, nerviosa, esperando a que apareciera el médico—, estoy aquí, ¿vale? No me voy a separar de tu lado.

Leo se arrodilló junto a mí y colocó su mano en mi nuca para después depositar un beso tranquilizador en mi sien.

La sirena de la ambulancia empezó a escucharse a lo lejos. Me pareció que habían pasado horas desde que Nana se había caído. De pronto, tres sanitarios entraron con premura en el local con una camilla.

Leo me levantó, sujetándome por la cintura, para dejar espacio a los trabajadores, y, sin soltarme y apoyando sus labios de nuevo en mi sien, me dijo:

—Tranquila, pequeña. Todo va a salir bien.

55

LEO

El enfermero le dijo a Alice que no podía ir en la ambulancia con la señora Walsh, así que le pedí por favor a James que acompañara a mi madre a su casa mientras yo iba a por mi coche. No lo tenía aparcado muy lejos de la cafetería, de tal modo que le dije a Alice, que temblaba como un flan, que viniera conmigo, que la acercaba al hospital.

—No hace falta, Leo. Cojo un taxi o… —dijo, algo desorientada, sin saber dónde mirar.

—No digas tonterías, vamos.

La cogí de la mano y caminamos rápido hacia donde estaba estacionado mi vehículo. Ella caminaba nerviosa, llorando y con gesto descompuesto.

—Se va a poner bien, Alice —dije mirándola mientras caminábamos.

Ella no respondió. Estaba muy asustada.

Llegamos a mi coche y le abrí la puerta del copiloto para que subiera, después rodeé el coche por la parte frontal y me subí. Ella estaba terminando de abrocharse el cinturón. Sin perder más tiempo, arranqué y me incorporé a la vía con rapidez. Iba a más velocidad de la que debía, pero la situación lo requería. Miré a Alice de soslayo y vi que observaba sus manos mientras jugueteaba con ellas. No dudé en soltar una de mis manos del volante y ponerla sobre las suyas. Ella me miró y yo articulé un «tranquila», al que ella respondió apretando mi mano. Estaba asustada, pero yo también. No había visto exactamente cómo la señora Walsh cayó al suelo, porque en ese momento estaba de espaldas a la puerta, pero el grito de Alice me alertó y corrí hacia ellas. No solo hacia Nana, sino hacia Alice también, que se había tirado al suelo de rodillas junto a Nana. Llamar a la ambulancia fue un impulso, y el recuerdo de

varias llamadas que en su día había hecho ya en otro punto de mi vida.

No tardamos mucho en ver la salida al hospital; apenas había tráfico y no quedaba muy lejos de nuestra zona. Alice me pidió que la dejara en la puerta y que, mientras yo buscaba aparcamiento, ella preguntaría en admisión por el estado de su amiga. Eso hice. Metí el coche directamente en el parking del hospital, ya que no quería perder tiempo. Pagar el parking era lo que menos me preocupaba.

Fui a urgencias con paso decidido, buscando a Alice con la mirada, y la descubrí sentada en una de las sillas de la sala de espera. Con los codos sobre las rodillas y el rostro cubierto por las manos.

Me aproximé rápidamente a su lado, me arrodillé y quedé en cuclillas frente a ella. Cogí sus manos entre las mías y me miró preocupada.

—¿Qué pasa, Alice? ¿Qué te han dicho?

Casi no le salía la voz, todo lo contrario a las lágrimas, que no cesaban.

—Está en observación, no me han podido decir mucho más. Que tenemos que esperar. Y yo, Leo… —sorbió por la nariz—, no quiero perderla. No quiero quedarme sola de nuevo, ¿entiendes?

Cogí aire y lo expulsé lentamente.

—Eh, Alice, mírame. Aquí nadie se va a quedar solo, ¿de acuerdo? Se va a poner bien, y yo voy a estar aquí contigo hasta que ocurra. Sé que estás preocupada, yo también lo estoy, pero vamos a esperar a que los médicos nos digan cuál es su diagnóstico, ¿vale? —Alice asintió sin dejar de mirarme. Lo hacía como un cervatillo asustado por los faros de un coche—. Voy a cuidar de ti igual que tú lo hiciste de mí, ¿recuerdas? —Volvió a asentir—. Bien.

Me levanté y me senté a su lado. Le pasé el brazo por los hombros y la atraje hacia mí. Besé su coronilla, y estuvimos así el tiempo que tardó el médico en salir para informarnos.

—Familiares de la señora Walsh. —Alice se levantó como accionada por un resorte y corrió hasta el médico. Yo fui tras ella—. Buenos días, soy el doctor Thomas. Vamos a ver… —Consultó el informe que sostenía entre sus manos—. A la señora Walsh vamos a realizarle un escáner de cabeza para descartar alguna posible lesión cerebral; por

otro lado, la radiografía de la muñeca muestra que tiene una pequeña fractura, así que hemos programado la operación para mañana. Si se descarta lesión cerebral, en un par de días podríamos darle el alta, siempre y cuando los resultados nos muestren que podemos hacerlo.

—Ella estaba desorientada…

—Es algo normal cuando, a estas edades, se dan algún ligero golpe en la cabeza.

—¿Se pondrá bien?

—El pronóstico es favorable, pero aún estamos a la espera de los resultados.

—¿Puedo entrar a verla?

—No, mañana podrá verla de camino al quirófano o ya cuando la traslademos a la habitación.

—¿Podemos saber a qué hora es la intervención? —quiso saber Leo.

—Déjeme ver… —El médico consultó unos papeles—. A las ocho de la mañana.

—De acuerdo, gracias —respondió Leo.

—Pueden dejar un número de teléfono en admisión por si hubiera que avisarles de algo. Buenos días.

Y el médico se fue por donde había venido y se perdió tras unas puertas abatibles. Alice estaba delante de mí. Coloqué mis manos sobre sus hombros y ella puso las suyas sobre las mías.

—Te llevo a casa.

Se dio la vuelta.

—Gracias. Pero antes quiero pasar por recepción a dar mi número de teléfono.

—Bien.

Tras dejar sus datos, fuimos hasta el coche.

—¿Estás bien? —pregunté antes de arrancar.

—Tengo mucho miedo, Leo.

Me giré para mirarla.

—Es lógico que te sientas así, Alice. Cuando alguien que es importante para nosotros está en peligro es normal sentir miedo.

Me miró mientras tomaba aire y lo soltaba con lentitud. Después,

cogió mis manos.

—Gracias por traerme y por estar conmigo en estos momentos.

Alcé sus manos y las besé despacio. Con cuidado de no expresar más de lo que debía. Ella estaba en una situación vulnerable, y yo no quería que pareciera que me aprovechaba de ello.

—Prométeme que comerás algo en casa y no estarás todo el tiempo dándole vueltas al tema.

Sonrió con lástima.

—No puedo prometerte eso. Además, tenía pensado ir hoy a comprar, porque la nevera anda algo vacía. Digamos que no he salido mucho estos días.

Estaba algo más delgada, y no quise saber qué había pasado con su exnovio para no ser muy directo ni agobiarla demasiado.

—¿Tú dónde vas a comer? —preguntó.

—Creo que voy a ir a casa.

—¿Te importa que vaya contigo? —consultó con timidez mientras los ojos se le humedecían—. No quiero estar toda la tarde sola pensando en Nana.

Dijo la última frase mientras el labio inferior, que yo me moría por besar, le temblaba.

—Eh, pequeña, claro que puedes venir conmigo —susurré—. Es más, estaba deseando que me lo pidieras.

Sonrió levemente, y cada vez era más consciente de que quería estar con ella.

—¿Nos vamos?

Asintió y se puso el cinturón de seguridad mientras yo no podía dejar de mirarla.

—¿No te vas a poner el cinturón?

—Oh, sí, claro.

Joder, me había pillado de lleno.

Conduje hasta casa con tranquilidad. Nada comparable a la velocidad con la que habíamos ido al hospital. Aparqué y, cuando Alice salió del coche, me acerqué a ella y le tendí mi mano. Ella la aceptó con una sonrisa y caminamos hacia el portal. Abrí con las llaves y subimos en el ascensor. Una vez en el descansillo del portal, solté su mano para abrir la puerta.

—Adelante —señalé el interior del piso—, estás en tu casa. —Mi gato salió a recibirnos entre maullidos y ronroneos entre nuestras piernas—. Te presento a Caramelo —dije, agachándome para acariciarlo.

—No sabía que tuvieras un gato —respondió, imitando mi postura para también agasajarla.

—Será de las pocas cosas que no sabes.

—Es muy bonito. Hola, chiquitín —se dirigió a él—. Eres precioso, ¿lo sabes?

El gato se tumbó en el suelo esperando más caricias de Alice, y yo la observaba imaginando que eso pudiera suceder a diario en casa. Esa escena no me daba miedo, no temía perder la soledad para ganar su compañía.

Me incorporé para borrar esa imagen de mi mente y fui hacia el salón. Alice me siguió unos pasos por detrás, guardando la distancia que a mí tanto me estaba costando mantener.

—Ponte cómoda.

—Gracias. —Se sentó en el sofá y miró a su alrededor—. Imaginaba tu salón exactamente así.

—Ah, ¿sí? —dije mientras ponía el móvil sobre la mesa del salón—. ¿Cómo exactamente?

—Con fotos de tu familia, con colores claros, todo muy ordenado… No sé, así.

—¿Y te gusta lo que ves?

—Sí —contestó mientras asentía.

—He de decir que mi madre tuvo mucho que ver en la decoración del piso. ¿Quieres que te lo enseñe?

—Claro, me encantaría.

Se levantó y empecé a mostrarle todas las estancias, hasta que llegamos a mi habitación. Me sentí algo expuesto al mostrársela. Al final, era una persona muy cerrada y no me gustaba que nadie entrara en mi vida más allá de lo que yo permitiera, pero, aunque estaba encantado de que Alice estuviera allí, no dejaba de ser algo a lo que no estaba acostumbrado.

—¿Te apetece que pidamos algo de comer? —dije para salir de la espiral de pensamientos en la que me estaba metiendo.

—Como quieras.

—Dime qué te apetece que pidamos. —Volvimos al salón y nos sentamos juntos en el sofá—. Tengo una aplicación en el móvil de comida para llevar.

Se acercó a mí para mirarla juntos y nuestros hombros se tocaron. Ese simple roce y el hecho de tenerla tan cerca empezó a ponerme nervioso, y esperaba que mis pantalones fueran lo suficiente holgados para no mostrar mi emoción.

—¿Te gusta la comida italiana? —me preguntó.

En realidad, yo estaba más pendiente de no excitarme que de la lista de restaurantes de la aplicación.

—Eeeh… Sí, me gusta.

—¿Te importa ir pidiéndola mientras voy un momento al baño?

—No, claro.

Agradecí que pusiera distancia, porque estaba hasta sudando. Me levanté, me coloqué el pantalón y pedí la comida. A los pocos minutos, Alice apareció de nuevo en el salón y se detuvo en la puerta de la terraza.

—Así que es desde aquí desde donde ves la luna.

Me coloqué tras ella.

—Y desde donde te he escrito muchas veces. —Giró el rostro y me sonrió. Me acerqué para abrir la puerta—. ¿Quieres salir?

—Sí.

Se asomó a la barandilla y, sujeta a ella, cogió aire con los ojos cerrados para después soltarlo con la mirada puesta en el horizonte.

—Es curioso estar en uno de los lugares donde se inició todo, ¿no crees? —divagó.

—Sí lo es. Hemos empezado el recorrido esta mañana en la cafetería. —Me coloqué a su lado y miré también al infinito.

—Cierto. Sin embargo, no creo que terminemos en Avelbrook.

—Es una pena. Volvería allí con los ojos cerrados.

Me salió del alma decirlo en alto. Junto a ella me costaba controlar según qué cosas. Ella me miró con anhelo al escucharme y después regresó al salón.

—Lo siento. Siento ser tan directo a veces, Alice —me disculpé, entrando detrás de ella.

—No pasa nada, Leo. Es que hoy estoy especialmente vulnerable y… también te he echado de menos, ¿sabes? —se puso frente a mí —, pero sigo necesitando espacio.

—Lo sé. No debí…

Me interrumpió con un abrazo y yo se lo devolví con decisión. Deseaba hacerlo desde que la vi cuando entré en la cafetería. Durante minutos no hablamos, solo nos mantuvimos abrazados con los ojos cerrados. Con mi cabeza en el hueco entre su hombro y su cuello. Aspirando su perfume como un jodido yonqui. No sabía el tiempo que había pasado cuando el sonido del telefonillo nos sorprendió a los dos. Nos separamos y yo, algo aturdido, salí a abrir la puerta.

Comimos en la terraza, hablando de banalidades: suficiente intensidad habíamos experimentado ya, y, además, me prometí no decir más de la cuenta. Por el bien de los dos.

Ella estaba triste, cabizbaja. No comió mucho, pero era lógico teniendo en cuenta su situación personal en ese momento. Recogimos la mesa y me pidió que la llevara a casa.

—¿Estás segura? ¿No quieres quedarte aquí más tiempo? Puedo llevarte cuando quieras.

—Estaré bien, no te preocupes.

No estaba seguro de que así fuera, pero decidí creerla a pies juntillas.

—Dame un segundo, que cojo las llaves y nos vamos.

56

ALICE

No pedí a Leo que me llevara a casa solo porque quisiera estar sola después del día tan difícil que estaba pasando. Lo que quise fue poner distancia porque me estaba costando la vida no besarlo, no decirle que lo echaba tanto de menos que quería volver a retomar el contacto con él.

Se mostró tan atento conmigo y tan preocupado que aún me puso más difícil distanciarme. Por ello no pude evitar abrazarlo y abandonarme a él. Cuando me envolvió entre sus brazos, sentí que nada malo podía pasarme, que estaba protegida, que le importaba a alguien más, aparte de a Nana. No quería separarme de él, pero el telefonillo nos obligó a hacerlo.

El camino a casa fue corto, y al final lo hicimos caminando, ya que no había tanta distancia entre su domicilio y el mío. Apenas hablamos, y no hizo falta. Solo caminamos dando importancia a los silencios.

Cuando llegamos a mi portal, quedamos uno frente al otro. No lo invité a subir por cuestiones obvias. La distancia que necesitaba.

—¿Seguro que estarás bien? —preguntó.

—Prometo intentarlo.

—Llámame si necesitas algo o te llaman del hospital, ¿de acuerdo? Estaré en casa.

—Claro.

Ese silencio y esas miradas.

—Quería saber si te apetecería que mañana te acompañara al hospital. No sé, por si no quieres estar sola durante la operación.

Me lo preguntaba dubitativo, como si yo fuera una bomba a punto de explotar si no decía las palabras adecuadas.

—¿No te importa?

—¿Tú qué crees, pequeña? —respondió con voz ronca.

De nuevo esas burbujitas de las que hablaba Nana.

—Está bien. ¿Te parece que nos veamos aquí a las siete y media?

—Genial, aquí estaré. Hasta mañana entonces, Alice.

—Hasta mañana, Leo.

Y se despidió de mí alzando la mano según daba un par de pasos hacia atrás. Entré en casa con sentimientos contradictorios; por un lado, en una nube al tener de nuevo cerca a Leo, y, por otro lado, abatida por la situación en la que se encontraba Nana.

Fui a mi habitación y, tras cambiarme de ropa y ponerme cómoda, salí a la terraza a fumarme un cigarro. Después me tumbé en el sofá e intenté ver algo en la televisión, pero nada conseguía engancharme lo suficiente para que mi cabeza dejara a un lado, por unos minutos, mi preocupación por mi amiga.

No supe nada de Nana el resto de la tarde. Estaba angustiada por el golpe en la cabeza y su despiste cuando me observó desde el suelo.

Antes de irme a dormir y, tras darle muchas vueltas por si no era un error hacerlo, decidí escribir un correo a Leo, como en nuestros comienzos.

«Hola, Leo.

Te escribo para darte las buenas noches y para recordar viejos tiempos de mensajes nocturnos. Y sí, lo hago frente a la luna, hoy menos brillante, supongo que como mi ánimo.

Para que no te preocupes de más, he pedido comida y he cenado algo. Me voy a ir a la cama, aunque estoy segura de que me costará conciliar el sueño, algo raro en mí, ¿verdad?

No he tenido noticias del hospital, así que supongo que todo estará estable. Llevo toda la tarde pensando en lo frágil que es la vida. Un día estás aquí y mañana no. Un accidente fortuito puede arrebatarte todo en cuestión de segundos. Pero, bueno, no me lo tengas en cuenta. Supongo que, a veces, las situaciones de la vida te ponen en un punto en el que no sabes por dónde tirar, y luchar contra una misma creo que es de las peleas más duras a las que te puedas enfrentar.

En realidad, el motivo del mensaje era agradecerte el

acompañarme en esta situación tan complicada para mí. Y quería contártelo… a ratitos».

Hablar con Leo resultaba tan sencillo… Podía contarle lo que fuera, sin medias tintas ni autocensuras. Simplemente, todo fluía con naturalidad. Porque lo que podía definir lo que fuera que tuviéramos era eso, la naturalidad.

Me puse el pijama, me lavé los dientes y, cuando fui a coger el móvil para llevármelo a la mesilla, sonreí con nostalgia al ver que ya tenía respuesta. Antes de leerlo, apagué todo, me fui a la cama y, una vez acomodada, abrí su correo.

«Buenas noches, Alice.

He de reconocer que me ha gustado que me escribieras. Yo también te leo frente a la luna. Costumbres que traen buenos recuerdos.

Me alegra que hayas comido algo, y estoy seguro de que tu estómago también lo habrá agradecido.

Es normal que pienses en Nana y en todo lo que rodea a lo que ha ocurrido hoy, ha sido todo muy inesperado.

En cuanto a lo efímero de la vida, sí, por desgracia, un día te pone en un lugar y al minuto puedes no estar más y dejar un vacío de por vida. Sin explicaciones. Sin motivos. Solo porque así lo ha querido el destino. Pero estate tranquila, porque mañana podrás ver a Nana y te sentirás más relajada.

La luna brilla menos, es cierto, pero me atrevería a decir que es por otro motivo. Pero permíteme que no lo haga, al menos por ahora.

Espero que no te hayas dormido leyendo el mensaje, que ya nos conocemos. Aun así, descansa, pequeña. Gracias a ti por permitirme estar a tu lado y contarme lo que sientes… a ratitos».

Sus palabras me relajaron tanto que apenas tardé en conciliar el sueño. Leo tenía ese efecto relajante en mí que conseguía hacerlo todo más fácil.

A la mañana siguiente, antes de esperarlo donde habíamos quedado, me acerqué a la cafetería y cogí dos cafés para llevar. Me había fijado en que el día anterior se lo había pedido doble. Después fui hasta mi edificio, y aún faltaban diez minutos para que se cumpliera la hora que habíamos convenido, así que me senté en un banco que estaba cerca del portal, mirando los coches pasar, nerviosa por el estado de salud de Nana.

No habían pasado ni cinco minutos cuando vi el coche de Leo acercarse. Lo estacionó a un lado para que yo pudiera subirme y, cuando abrí la puerta del copiloto, me recibió con una cálida sonrisa.

—Buenos días —saludó mientras yo me sentaba.

—Buenos días. Te he traído café.

—Vaya, gracias. No tendrías que haberte molestado.

Se acercó a mí y depositó un beso en mi mejilla que me trajo viejos recuerdos. Lo tenía que reconocer, agradecía cualquier gesto cercano suyo, aunque por dentro me odiara a mí misma por no ser capaz de poner distancia. O a lo mejor era que no quería ponerla.

—Café doble —me dijo con una mirada cómplice.

—Recordaba cómo lo pediste ayer.

Pensé que, como siguiera mirándome así, llegaríamos tarde al hospital, porque me abalanzaría sobre él, y no para que me dejara conducir precisamente.

—¿En qué piensas? —preguntó con una sonrisa canalla

—¿Yo? En nada, ¿por? —Tragué saliva, nerviosa.

—Te estabas poniendo colorada.

—No digas tonterías —le espeté, dándole en el hombro e intentando que no hablara del tema o me derretiría del calor interno —. Venga, vámonos.

—Está bien, está bien —respondió, riéndose abiertamente.

Me había pillado. De lleno.

Mientras conducía no podía despegar mi mirada de él; probaba a hacerlo disimuladamente, pero no supe si lo conseguí. Llevaba unos vaqueros claros y una camisa negra con las mangas remangadas hasta medio antebrazo. Conducía concentrado, con una mano en el volante y otra en el cambio de marchas, atento. Cada vez que miraba sus manos la imaginación se me iba a las noches donde esos

dedos me dieron tanto placer. ¿Habrían tocado a otra mujer en el tiempo que habíamos pasado sin vernos? Sería algo totalmente lógico, no podía reprocharle nada, pero el estómago se me encogió al pensarlo.

A medida que nos acercábamos al hospital, los nervios comenzaron a apoderarse de mí. Cuando Leo había venido a buscarme, había logrado distraerme un poco, pero en ese instante, al ver el edificio donde Nana sería operada, mis nervios se intensificaron aún más.

Leo metió el coche en el aparcamiento subterráneo, y se me heló la sangre al ver el que parecía ser el coche de Cole aparcado allí. Probablemente había sido producto de mi imaginación y mis nervios, pero, aun así, me sentí incómoda y más angustiada aún.

Salimos del coche directos a los ascensores y subimos hasta la sala de espera de quirófanos. Una vez allí, preguntamos a un auxiliar y nos dijo que aguardásemos allí, que cuando fueran a operar a Nana la veríamos pasar. De tal manera que le hicimos caso y nos sentamos.

El reloj de la sala marcaba las ocho menos cinco. No había nadie, estábamos solos. Yo miraba con insistencia la puerta del quirófano esperando a que, de un momento a otro, Nana apareciera.

Jugaba con mis manos y, como siempre, Leo puso la suya sobre las mías para infundirme confianza. Un lenguaje no verbal que venía a decir «Leo, estoy nerviosa»; «Tranquila, pequeña, todo va a salir bien». Sin una sola palabra de por medio. En ocasiones, el lenguaje del silencio era más poderoso que el de las palabras.

Vi una camilla entrando por la sala de espera y me levanté como accionada por un resorte: ¡era Nana!

—¡Nana! —Ella giró el rostro hasta mirarme. Esta vez sí que me recordó—. ¡Nana! ¡¿Estás bien?!

El personal sanitario paró unos segundos para que pudiera saludarla. La cogí de la mano y le di un beso en la frente.

—Mi niña, todo bien. Tranquila. —Sonrió.

Y se la llevaron por las puertas donde había un letrero en el que ponía *«Quirófanos».*

—¡Estaré esperándote hasta que acabe la intervención!

Lloré con una sonrisa en los labios mientras las puertas se

cerraban. Y Leo me regaló un abrazo reconfortante.

—¿Ves cómo está bien?

—Me ha reconocido.

—Es difícil olvidarse de ti, pequeña. Si no, díselo a mi cuello: el chupetón tardó en irse.

Me reí mientras me separaba de él y lo miraba. De nuevo, el humor para quitar intensidad a la situación.

—Al final voy a pensar que no te gustó.

Leo ladeó la cabeza, alzó una ceja y me miró de la forma más canalla que jamás le había visto. De nuevo, ese calor infernal dentro de mi cuerpo.

Nos sentamos y, cuando apenas llevábamos así diez minutos, aparecieron Marjorie y James. Leo y yo nos levantamos sorprendidos y fuimos hasta ellos.

—Mamá, ¿qué hacéis aquí?

—Yo también me alegro de verte, hijo.

—Buenos días, Marjorie. Buenos días, James —saludé.

—Buenos días, Alice. ¿Crees que no íbamos a venir a ver a la señora Walsh?

—¿Cómo sabíais…?

—¿A qué hora y dónde la operaban? Anoche llamé a mi amiga Cloe, ya sabes que nos hicimos buenas amigas cuando me trató aquí, y me dio los datos.

—Podrías haberme llamado a mí —dijo Leo.

—Lo sé, pero como me habrías dicho que no viniéramos, me he ahorrado la discusión.

Sonreí. La madre de Leo tenía carácter; se intuía en ella a una mujer fuerte.

Los cuatro esperamos a que alguien saliera a informarnos. Me sentí tremendamente afortunada de tener a Leo y su familia conmigo. Por mí y por Nana. No estábamos solas en aquello.

Una hora y media después salió un médico preguntando por los familiares de la señora Walsh y los cuatro nos levantamos, aunque me dejaron a mí estar al frente.

—La operación ha ido bien. Sin complicaciones. La paciente estará ahora un tiempo en reanimación, y después la subiremos a planta y

podrán acompañarla.

—¿Se sabe algo de los resultados del escáner?

—Déjeme ver —respondió mientras consultaba el historial de mi amiga—. Todo correcto —alzó la mirada—, no hay señales de lesión cerebral.

Emocionada, me cubrí la boca con las manos para evitar estallar de alegría.

—Muchas gracias, doctor.

Por fin había pasado el peligro, Nana estaba bien, y solo faltaba ver qué tal iba el postoperatorio. La madre de Leo y James se despidieron de nosotros para marchar a su casa, asegurándonos que al día siguiente vendrían a verla. Nosotros permanecimos esperando a que la subieran a planta.

Decidimos ir a la cafetería del hospital a comer algo; por la mañana solo me había bebido el café, y, tras haber pasado lo peor, ya me había entrado algo de hambre. Íbamos caminando por uno de los largos pasillos del hospital cuando me quedé petrificada al ver que de frente venía Cole. Miraba el móvil y no me había visto aún. Palidecí. Casi dejé de respirar. Las últimas horas juntos pasaron por mi cabeza a toda velocidad. Por un segundo pensé en esconderme donde fuera, en salir corriendo y evitar de cualquier forma cruzarme con él, en tener poderes y hacerme desaparecer, pero ese era otro escalón que tenía que subir. No podía evitarlo eternamente. Llegaría un día en el que nos cruzaríamos, o no, pero no debía esconderme o viviría siempre a su sombra.

Leo caminaba a mi lado, ajeno a todo el huracán emocional que mantenía en mi interior.

Cole alzó la miraba y me vio. Primero alzó las cejas, sorprendido; después sonrió de forma maquiavélica. Y yo me hice más pequeña. Miró a Leo y la sonrisa se le congeló. Faltaban pocos metros para estar uno frente al otro. Tragué saliva. *Alice, puedes hacerlo. Él ya no puede hacerte más daño.*

—Fíjate —dijo Cole, parándose a un par de metros de mí—, pero si es novia a la fuga…

—Cole —saludé con seriedad.

Pude sentir la tensión que le provocó a Leo escuchar decir el

nombre de mi expareja.

—Nunca creí que nos veríamos en un hospital después de la manera tan ruin en la que te largaste.

Leo dio un paso hacia Cole y yo puse mi mano en su antebrazo para evitar que interviniera.

—Mejor haberme marchado, ¿no crees? No quiero ni pensar en lo que habría ocurrido si me hubiera quedado.

Por mucho que intentaba crecerme ante él, era imposible. Las palabras salían de mi boca, pero a mi voz le costaba más emerger con fuerza.

—Cualquiera que te escuche pensará que te traté mal —respondió con soberbia.

—Me hiciste daño, Cole. Mucho más del que yo misma pensaba. Eres controlador, celoso y violento. —Alzó las cejas sin dejar de sonreír de manera perversa—. Sí, no pongas esa cara. Fuiste violento conmigo. Lo sabes. Pero es mucho mejor poner cara de póquer y hacerme pensar a mí que exagero las cosas, o, mucho peor, que me lo merecía.

—Fuiste una puta desagradecida. Te daba un futuro…

—No el que yo quería para mí —lo interrumpí—. Ni siquiera me preguntaste nunca qué era lo que yo quería.

—¿Para qué? ¿Para decirme que querías hacer dibujitos y juguetitos con la madera? Madura de una vez, Alice. —No respondí. Apreté la mandíbula con fuerza. No valía la pena encenderme más con sus provocaciones. Dirigió una mirada llena de desprecio hacia Leo y luego hacia mí—. ¿No me vas a presentar a tu… amigo?

—No.

—¿No? —Dio un paso hacia mí y el corazón casi se me desbocó.

Estaba muy asustada. Me temblaban las piernas y temía desplomarme ante él.

—No —afirmé de nuevo.

—Está bien, no seré yo tan maleducado como tú. Soy Cole —se presentó, tendiendo la mano a Leo, quien lo miraba con la mandíbula apretada y una cara de querer matarlo allí mismo—, el novio de Alice.

—Ex —intervine.

Leo no le dio la mano ni mucho menos le dijo nada. Con la manera en que lo miraba se lo estaba diciendo todo.

—Parece que estás guerrera, ¿eh? ¿Le has dicho cómo me ponía que fueras una estrecha?

—Basta, Cole. Ya es suficiente. Estás haciendo el ridículo. Tú y yo no tenemos nada de qué hablar. Lárgate de mi vida, para siempre.

Y cuando di dos pasos para irnos, empoderada por haberle hecho frente, le escuché decir:

—Te la has follado, ¿verdad? ¿Ya se te ha abierto de piernas? Porque conmigo tardó un tiempo.

Leo se dio la vuelta como un relámpago, y en décimas de segundo estaba encarado a Cole.

—Cuidado, Cole. No te imaginas lo que me estoy aguantando para no darte dos hostias y enseñarte dónde está la salida —siseó—. Pero ¿sabes qué? Ni eso te mereces.

—Vámonos, Leo, por favor —rogué, cogiéndolo de la mano y tirando de él.

Cole se quedó inmóvil. Leo le sacaba una cabeza, y, por lo que parecía, no se esperaba esa reacción por parte de mi amigo.

Caminamos unos metros hasta las escaleras para bajar a la primera planta, y una vez perdí de vista a Cole, rompí a llorar y mi respiración se volvió entrecortada. Me aferré a la pared para mantenerme en pie y evitar caer al suelo.

—Eh, Alice… —Leo me sujetó con fuerza—. Joder. Ese hijo de puta no se merece que estés así, ¿me oyes? Respira, por favor, respira con calma.

No podía parar de llorar. Había explotado: toda la presión que guardaba dentro había volado por los aires. Temí el instante en el que tendría que enfrentarme a Cole, y ese momento finalmente se había dado. No imaginé que pudiera llegar a ser tan ruin, tan rencoroso y tan… malo. Porque había sido malo conmigo. Y no me lo merecía.

—Ven, vamos fuera.

Leo me sujetó por la cintura y caminamos hasta la calle. Recibí el aire con agrado, porque me estaba ahogando. Nos sentamos en un banco de piedra que había en el exterior del hospital y nos

mantuvimos en silencio unos minutos mientras recobraba la tranquilidad, a base de respirar cada vez con más calma. Leo me había cogido de la mano y me miraba preocupado y maldiciendo a Cole por provocarme ese estado.

Pasamos fuera casi una hora. Cada vez estaba más tranquila, pero, al mismo tiempo, agotada por la crisis de ansiedad que acababa de sufrir. No era la primera vez que me pasaba; cuando era adolescente las padecí más de lo que me hubiera gustado, así que sabía que era cuestión de un rato encontrarme mejor y más calmada.

A los pocos minutos llamaron a mi teléfono, para avisarnos de que subían a Nana a planta. Entré en el lavabo, me lavé la cara y puse la mejor sonrisa para recibirla. Ya cuando pasara todo le contaría lo ocurrido.

Leo y yo esperamos en la puerta de la habitación que nos comunicaron. Tenía muchísimas ganas de verla y abrazarla.

—¿Estás bien? ¿Necesitas algo? —preguntó Leo con cautela, supuse que con la precaución de no adentrarse demasiado en el tema para no hacer saltar la ansiedad que se me había agarrado al pecho.

Sonreí lo mejor que supe hacerlo, en esa circunstancia era difícil hacerlo. Así que él, con todo el mimo que lo caracterizaba, se acercó a mí.

—Anda, ven aquí, pequeña.

Y me abrazó unos segundos. No hizo falta nada más.

Cuando nos separamos, vimos salir una camilla del ascensor y allí estaba ella, Nana.

La recibimos en la entrada de la habitación mientras la enfermera y el celador entraban con ella en el cuarto y colocaban la cama y el goteo. Mostraba un aspecto cansado y unas marcadas ojeras. El pelo no tenía nada que ver con cómo lo llevaba a menudo, con lo coqueta que era ella. Sentí algo de pena, porque, de no ser por nosotros, nadie la acompañaría en ese duro momento. Una mujer octogenaria cuya única familia eran un par de sobrinas de las que no sabía nada desde hacía años. De hecho, yo nunca había coincidido con ellas, y, desde que había conocido a Nana, jamás habían ido por su casa ni habían intentado ponerse en contacto con ella.

—Ya pueden pasar —dijo amablemente la enfermera—. En unos minutos vendrá el médico a informarles.

No dudé en acercarme a Nana y abrazarla con el mayor cuidado que pude.

—Nana, qué susto me has dado.

Ella hizo una mueca similar a una sonrisa.

—Estoy mayor para tanto ajetreo, hija. No te imaginas qué jaleo entre urgencias, quirófano, otra sala llena de abuelos… ¡Ya podrían haberme puesto con buenos mozos! —Esa era mi Nana.

—¿Tiene dolor, señora Walsh? —preguntó Leo a los pies de la cama.

—No —negó con la cabeza—, con estas cosas que me meten por aquí —se señaló la vía del brazo—, estoy estupenda. Miedo me da cuando me la quiten. Y no me hables de usted, muchacho, que me hace mayor, e intento no parecerlo.

—Está bien —respondió Leo con media sonrisa.

—Hija, tienes mala cara —ella siempre tan directa—, ¿te encuentras bien? —Apretó mi mano.

—Sí, Nana, es solo que estaba preocupada por ti, nada más.

—Ay, cariño, vete a casa, yo estoy bien.

—De ninguna manera —me negué—, me quedo aquí hasta que te den el alta.

—Pero eso no será hasta mañana como mínimo, hija.

—Me da igual. No pienso moverme de aquí hasta que puedas irte a casa.

—Leo, díselo tú, hijo —respondió, dirigiendo la mirada hacia él—. Esta niña es una cabezota. ¿Cómo va a estar aquí tantas horas? ¿Día y noche?

Leo me miró y, frunciendo los labios, me dijo:

—La señora Walsh…

—Nana —corrigió ella.

—Perdona, tienes razón —le respondió para después mirarme a mí —. Nana tiene razón; igual puedes venir por el día y dormir en casa por la noche. Estará bien cuidada, y si te sientes más tranquila, puedo quedarme yo con ella. Además, estoy de acuerdo con Nana en que deberías descansar. Entre ayer y hoy, tus días han sido…

intensos.

¿Era para quererlo o no? Con la palabra «intenso» sabíamos que incluía la aparición sorpresa de Cole, y agradecí que no dijera nada delante de mi amiga.

—Aquí no tiene que estarse nadie conmigo —intervino Nana—. Hay unas enfermeras muy simpáticas que me cuidan muy bien. Así que, si quieres venir por el día, me parece bien, pero luego a casa, ¿de acuerdo?

Cuando Nana se ponía seria, no había quien le replicara nada. Y a lo mejor tenía razón, pero el hecho de haber pasado por la posibilidad de perderla me hizo querer no separarme de ella.

—Está bien —asumí.

No valía la pena gastar nuestras fuerzas en discutir.

—Y ahora, muchacho, llévatela a comer algo, que está muy pálida. Tiene una cara horrible.

—Nana, eres la reina de los halagos, ¿eh? —respondí con molestia fingida.

—Llevo solo dos días fuera y mira cómo estás. —Volví a abrazarla con fuerza—. Quita, quita, que, si he salido de esta viva, me matas tú asfixiada.

Los tres nos reímos. Era agradable poder hacerlo después de tantos obstáculos.

57

ALICE

Al final pasé el día en el hospital con Nana. Después de que Leo y yo comiéramos algo en la cafetería, él tuvo que marcharse porque tenía que ir a trabajar. Había solicitado la mañana en el trabajo para acompañarme en la operación de Nana. Me dijo que cuando saliera de trabajar se pasaría por allí. A media tarde vinieron Marjorie y James.

Después de comer, Nana se quedó dormida un rato y yo vi un programa de sobremesa que ponían en la televisión. Cuando despertó, no tardó en preguntarme por Leo y por la relación que nos unía desde que el día anterior nos habíamos reencontrado.

—Nana, yo estoy muy bien con él. Es un chico encantador, atento, respetuoso…

—¿Pero?

—Pero estoy hecha un lío. Por una parte, quiero compartir más tiempo con él, y, por otra, no sé si estoy preparada para empezar algo con alguien.

—No seré yo quien te diga lo que tienes que hacer, Alice, pero piensa en ti. En lo que quieres. Vence ese miedo que tanto te paraliza.

—¿Y eso cómo lo consigo?

—No pierdas el contacto con el muchacho. Eso no quiere decir que mañana tengas que casarte con él.

—¿Y si fracasa?

—¿Vuestra amistad?

—Lo que sea que tengamos, Nana. No quiero volver a meter la pata y entregarme a algo que no sé si tiene futuro.

—Es un buen chico. Piénsalo. Te mereces ser feliz.

Lloré cuando me dedicó esa última frase. Y me abracé a su pecho como una niña pequeña que busca cobijo. Ella me acarició el pelo y

pasamos así un rato, en silencio, disfrutando de ese tiempo que ambas nos estábamos regalando.

Después recibió la visita de Marjorie y James, y aproveché para bajar a la cafetería a tomarme un café y algo de picar.

Cuando se marcharon y a Nana le estaban poniendo la cena, alguien dio dos toques a la puerta. Sus dos toques.

—¿Se puede?

Alcé la mirada con el tenedor en la mano y, cuando lo vi, no pude evitar poner una sonrisa tonta.

—Claro, hijo, pasa —lo invitó Nana.

—Tienes mejor aspecto —le dijo Leo a mi amiga.

—Tú que me ves con buenos ojos, muchacho.

—Vienes con la misma… —Señalé su camisa.

—¿Ropa? Sí, he venido directo del trabajo.

—Podrías haberte ido a casa. No era necesario… No sé…

—¿Y luego irte sola a casa a estas horas en el metro? —interrumpió Nana—. Quita, quita, te lleva Leo a casa, ¿a que sí, hijo?

—Por supuesto, si ella quiere. —Me miró a la espera de mi respuesta.

—¡Claro que quiere!

—¡Nana! —interrumpí—. Estoy aquí, ¿recuerdas? Y sé hablar por mí misma —bromeé.

—Tienes razón, tienes razón. Perdona.

—Pues ale, ya es hora de iros. Que estoy cansada y me voy a poner la televisión un rato.

—Se me olvidó añadir antes que, aparte de la reina de los halagos, también lo eres de la amabilidad. —Ella sonrió y me dedicó un guiño.

Nos despedimos de ella y salimos del hospital para dirigimos al aparcamiento subterráneo, donde Leo había aparcado su coche.

—¿Qué tal el día en el trabajo? —pregunté mientras caminábamos.

—Bien, he finalizado algunos documentos pendientes.

—¿Tienes facilidad para que te dejen pedir tiempo libre?

—Digamos que los años que llevo allí son un punto a favor. Nunca he tenido problemas para salir cuando lo he necesitado, pero también es cierto que he estado siempre cuando me han requerido.

—Supongo que eso facilita bastante las cosas.

—Así es. Y tú, cuéntame, ¿qué tal has pasado la tarde con Nana?

Según terminó de preguntarme, se me vino a la cabeza la conversación que había mantenido con ella. Había sido tan visceral y tan desde dentro que preferí no exponerme tanto.

—Hemos estado hablando un rato. Y han estado tu madre y James por aquí también.

Sonrió, negando con la cabeza.

—¿Y todo bien?

—Si te refieres a si ha hablado mal de ti o ha dicho algo que te pueda poner en un aprieto, tranquilo, eres libre.

—Vaya, pues no te creas, es algo que agradezco escuchar. Me la imaginaba con el álbum de fotos debajo del brazo con todas las imágenes de cuando era un niño, enseñándolas y añadiendo comentarios que, conociendo a mi madre, no me iban a dejar en buen lugar.

—Seguro que eras un bebé encantador.

—No tanto —añadió, esbozando una pícara sonrisa—. Con un año, según empecé a caminar, me puse los tacones de mi madre, me empotré contra el radiador del salón y me dieron tres puntos en la ceja. Con dos años pensé que era buena idea pintar los labios a Pink, la tortuga que teníamos en la mesa de la cocina, y no voy a entrar en detalles, pero la cosa no salió bien.

—Vaya, me sorprendes.

—¿Sí?

—Ajá. Pareces un tipo controlado, que no deja nada al azar…

—Lo soy. Supongo que la edad y las collejas de mi madre me hicieron cambiar de carácter.

Ambos nos reímos. Saber más cosas de él me gustaba, era como ir descubriendo casillas nuevas.

—La verdad es que no te imagino ahora pintando los labios a tu gato.

Una carcajada limpia salió de su garganta.

—Estoy convencido de que Caramelo acabaría pintándomelos a mí.

—Me lo creo. Al fin y al cabo, eres un trozo de pan.

Se detuvo y se me quedó mirando con una sonrisa torcida.

—¿Eso crees?

—Sabes que sí.

Entonces empecé a juguetear con las manos. A él no le pasó desapercibido.

—¿Qué ocurre, Alice? —Me las cogió entre las suyas.

—Es solo que…

—Dime —susurró, ladeando la cabeza en busca de mi mirada.

—Lo que ha pasado antes con Cole… ha sido… de muy mal gusto, y… que… gracias.

—Sabes que lo haría una y mil veces. No voy a permitir que ese tipo vuelva a hacerte daño, ¿me oyes? —Asentí—. Pues ya está.

—Me sabe mal que tengas que encontrarte en estas situaciones tan incómodas.

—Lo único que quiero es que estés bien, y siento si mi impulso te ha podido incomodar, pero es que ha llegado un momento en el que no he podido callarme. No iba a permitirle ni una sola falta de respeto más. Pero ¿sabes lo más importante de todo esto?

—¿Qué?

—Que tú te has enfrentado a él. Lo has hecho tú sola. Le has dicho lo que pensabas, lo que sentías, y lo más probable es que te hayas cuidado de decirle muchísimas cosas más, pero ya has subido otro escalón. No tengas miedo a ser tú misma, pequeña.

—A veces me gustaría ser más valiente.

—Ya lo eres. ¿Es que no te das cuenta? Joder —se tocó la nuca—, ¿cómo puedo hacer para que te veas como yo lo hago?

—Ojalá lo supiera. Facilitaría mucho las cosas.

—Date tiempo, Alice. Disfruta del proceso. Déjate llevar.

En ese instante, mientras Leo me miraba de esa forma tan personal, dejé de pensar en todo lo que nos rodeaba para centrarme en él, solamente en él. En un impulso, rodeé su cuello con mis manos y lo besé. Y lo hice casi con desesperación. Al principio él se mantuvo quieto, pero en décimas de segundo reaccionó abrazándome por la cintura, pegándome a él y recibiendo mi lengua con ansia. Nuestras manos se movían con rapidez por nuestros cuerpos. De arriba abajo y al revés, mientras nuestras bocas no se separaban ni un milímetro. Me apoyó en el capó de su coche y,

sentada sobre él, abrí las piernas para poder tenerlo aún más cerca. Percibí su erección enseguida y gemí. Volver a besarlo era como crear magia, era sentir que todo encajaba de nuevo entre nosotros, como si hubiéramos retrocedido a esos días de ensueño en Avelbrook. Pero, de repente, un carraspeo nos sacó de nuestra burbuja. Nos separamos, y un señor con un niño pequeño, que nos miraba sonriendo, nos reprendió. Y con razón. Me levanté del capó del coche como accionada por un resorte. Leo le pidió disculpas y ambos nos metimos en el vehículo con rapidez.

—Qué vergüenza —dije, una vez cerramos las puertas.

—He olvidado por un momento dónde estábamos —dijo, frotándose la nuca.

—Yo también.

Nos quedamos en silencio unos segundos, que a mí me sirvieron para recuperar el aliento. Nuestras respiraciones se mantenían agitadas y ambos mirábamos al frente sin decir ni una sola palabra.

—Leo, esto… Yo no estoy segura de… Si quieres, puedo pedir un taxi —musité para romper el hielo.

—No, yo te llevo.

Y sin pronunciar palabra alguna, condujo hacia mi casa. Durante todo el trayecto la única compañía sonora fue la música de la radio. No supe qué palabras usar. Puede que hubiera sido un error besarlo.

Aparcó el coche frente a mi portal y me quité el cinturón de seguridad. Me giré cuerpo para mirarlo.

—Leo… —Tenía el codo apoyado en la ventanilla y la mano masajeando su sien, mientras miraba al frente. No me respondió—. Yo… —añadí.

Entonces se desabrochó para girarse y mirarme como yo hacía.

—Alice, es posible que pueda sonar un poco egoísta lo que te voy a decir, no lo sé, pero necesito que sepas algo. —Esperé expectante—. Te quiero. —Los ojos se me pusieron como platos—. Te quiero, y no sé en qué punto está todo esto. Siento que nos hacemos daño con este tira y afloja. Yo sé que necesitas tiempo, y te voy a dar todo el que sea preciso, más incluso. Pero estoy hecho un lío. No… no entiendo qué hay entre nosotros.

—Somos amigos.

—¿Sí? ¿Estás segura de que somos *solo* amigos? Porque la sensación que tengo desde que nos reencontramos en la cafetería no es de ser solo amigos. Y yo no quiero presionarte, ni mucho menos, no me malinterpretes, pero necesito saber qué es lo que quieres. Porque yo te daré todo lo que te haga falta. Sin embargo, necesito escucharlo. Me acabas de besar en el aparcamiento, luego me dices que no estás segura…

Lo escuchaba atentamente, aunque en el fondo me estaba rompiendo por dentro. No podía seguir así.

—Está bien. Tienes razón.

Jugueteé con las manos, pero esta vez él no me las cogió. Dolió.

—Por favor, no te lo tomes a mal. Es que… no quiero lanzarme a por algo si tú no estás totalmente preparada y segura de que es lo que quieres. A mí me vas a tener siempre, de cualquier manera. Como amigo, confidente, pareja… Como tú quieras. ¿Me oyes?

¿Me había dicho «te quiero» y lo único que retumbaba en mi cabeza era «siento que nos hacemos daño»? ¿Cómo era eso posible? Me quedé sin palabras. Él estaba siendo sincero y yo no sabía qué responder a toda esa declaración de intenciones.

Así que hice lo más cobarde.

—Tengo que irme. Lo siento, Leo. —Abrí la puerta del copiloto, salí y me marché corriendo al portal mientras escuchaba de fondo la voz de Leo pidiéndome que esperara.

58

Dos meses después

Leo

No había sabido nada de Alice desde aquel día que se marchó corriendo de mi coche. No intenté ponerme en contacto con ella, ni ella tampoco conmigo. Acudí un par de veces por casa de la señora Walsh, junto con mi madre, para ver cómo se encontraba, pero en ninguna de las ocasiones coincidí con ella, como tampoco lo hice en la cafetería.

Había quedado con Kevin esa tarde en la Shamrock Tavern, para tomar una cerveza. Después de lo que ocurrió con Alice, decidí que yo también tenía que asumir y cambiar cosas que al final también me hacían daño. Y una de ellas era la soledad. Así que una tarde llamé a Kevin y le dije que si le parecía que fuéramos juntos al gimnasio por las tardes. Se alegró, o al menos eso me pareció. En los entrenamientos me hice otros amigos, y, bueno, digamos que poco a poco amplié mi círculo y derribé algunos muros. No hice lo mismo con las relaciones. No estuve con ninguna mujer desde Alice. Tampoco me sentí realmente atraído por ninguna. Alice había puesto el listón muy alto.

Cuando llegué a la cervecería, Kevin ya estaba allí, sentado en uno de los taburetes que había junto a la barra.

—¿Qué tal, amigo? —Me recibió tendiendo su mano para chocarla con la mía.

—Bien, ¿y tú?

Me senté frente a él y pedí al camarero que me sirviera una cerveza.

—Cansado. La semana se me está haciendo eterna. ¿Vas a venir a la fiesta que han preparado los jefes este viernes?

Bufé.

—No creo.

—Tío, no puedes abandonarme en estos eventos. —Cogí la cerveza que depositó el camarero frente a mí y le di un trago—. Va a ser divertido verlos a todos borrachos, anímate —me alentó.

—Me lo cuentas el lunes, así tendremos algo de que hablar.

—No me jodas, Leo. Además, estará la chica nueva del departamento de Recursos Humanos. Dicen que está soltera… —Alzó las cejas un par de veces.

—Kevin, ya sabes que no entro en esas cosas.

—Vamos a ver… Mírame. —Lo hice mientras daba otro trago a la bebida—. Tienes que empezar a asumir que Alice no va a volver. No puedes pasarte la vida esperándola.

—No lo hago.

—¡Oh! Claro que no. Desde que se marchó de tu coche la única mujer a la que has mirado es tu madre.

Suspiré exasperado.

—No todos tenemos la misma suerte que tú de haber encontrado a alguien con quien compartir la vida.

—Haz algo por conocerla, joder. No creo que la mujer de tu vida se presente en tu casa como si nada para pedirte un poco de sal.

No estaba para soportar sermones, así que cambié de tema y, tras dos cervezas, me marché a casa. Estaba cansado de escuchar que tenía que retomar mi vida sentimental, que no podía esperar eternamente a que Alice regresara. Cuando llegué a mi domicilio, Caramelo me recibió con suaves maullidos y ligeros restregones en mis piernas. Era agradable saber que alguien me esperaba en casa. Me di una ducha, me preparé un sándwich y cené frente a la televisión. Recogí el plato y lo llevé a la cocina. En ese momento llamaron a la puerta. Era raro que a esas horas alguien viniera de visita. El único del que me lo podía esperar era Kevin, así que abrí la puerta con decisión, con la intención de soltarle alguna broma, cuando a quien vi fue a Alice. Traía un pequeño paquete envuelto en papel entre sus manos.

La miré expectante. Habían pasado dos meses y, de pronto, aparecía en la puerta de mi casa. Estaba preciosa, como siempre.

—Te he traído un bizcocho de limón y chocolate. Te lo prometí por

tu cumpleaños.

Negué con la cabeza, sonriendo.

—¿Estás segura de que «te he traído un bizcocho de limón» es lo primero que quieres decirme? —bromeé.

—Supongo que es lo que primero que me atrevo a decir.

—¿Quieres pasar? —musité.

—Gracias.

Le cedí el paso y Caramelo la recibió con el mismo cariño que conmigo. Cogí el bizcocho de entre sus manos y lo deposité sobre la mesa del comedor. Tras saludar a mi gato, Alice permaneció inmóvil y jugueteando con las manos.

—¿Te apetece sentarte? —pregunté mientras yo lo hacía.

—Claro.

Se acomodó junto a mí. Su mirada seguía puesta en sus manos, que se movían nerviosas. Estábamos sumidos en un silencio tenso; era evidente que ella quería decir algo, y yo deseaba que lo hiciera, pero parecía necesitar tiempo para hacerlo.

—¿Quieres un café?

—No, gracias.

—¿Una infusión, agua…?

—Estoy bien.

—De acuerdo.

En ese instante alzó la mirada y la dirigió hacia mí. Fue ella quien tomó mis manos en ese momento.

—Lo siento, Leo. Siento haber desaparecido como lo hice y no haber sido clara desde el principio, pero es que ni yo misma sabía lo que quería. Por un lado, mi cabeza me decía que necesitaba tiempo, y, por otro, mi corazón me gritaba que no me separara de ti. Era todo tan contradictorio que, al final, lo estropeé todo.

—No. Eso no es cierto. Para empezar, no tienes que pedir perdón por nada. Solo nos dejamos llevar, y eso, que yo sepa, no es ningún delito. Y segundo, no estropeaste nada. Yo disfruté cada segundo que estuvimos juntos. Quizá fui un poco brusco en mi manera de enfocarlo o no encontré las palabras correctas, pero tenía miedo de que, si comenzábamos algo juntos, tus inseguridades te hicieran sufrir y, como resultado, ambos nos hiciéramos daño. Mi única

intención era que disfrutaras de tu tiempo a solas, que vieras que podías hacer lo que desearas por ti misma y que eras capaz de enfrentarte a cualquier desafío que se te presentara.

—He vuelto a abrir la tienda y he retomado la escultura —confesó con cierta timidez, mirando hacia abajo.

Sonreí.

—No te imaginas cuánto me alegro. ¿Y cómo te sientes?

—Uf, no sé. —Me miró—. Bien, supongo. Con un poco de vértigo al no tener muy claro dónde agarrarme.

—Tienes muchos apoyos para hacerlo. Créeme.

—¿Y tú? Cuéntame, ¿cómo estás? Sé por Nana que tu madre está bien. A veces quedan para tejer juntas, ¿sabes?

—Sí —sonreí, asintiendo—, lo sé. Mi madre me tiene al tanto de todo, y he pasado un par de veces con ella a ver a Nana.

—Sí, me lo dijo.

—Ya no voy al gimnasio solo —dije como sintiéndome orgulloso—. Gracias a Kevin he conocido gente nueva, y hasta en alguna ocasión he ido a tomar algo con ellos. Eso en mí es un gran avance.

Ella sonrió condescendiente.

—Vaya, eso es genial, Leo. De verdad. Estoy muy orgullosa de ti.

Había una pregunta que no paraba de rondarme la cabeza, pero no sabía si era el momento de hacerla. Sin embargo, para comprender del todo cómo estaba Alice, debía preguntárselo.

—¿Has sabido algo de…?

—¿Cole? No. Lo había bloqueado en el móvil, y, desde que coincidimos en el hospital, no he vuelto a tener contacto con él.

—Debo decir que me alegro.

—Yo también me alegro. ¿Y tú? ¿Has conocido a alguna chica que…?

—No. Supongo que no me ha apetecido entrar en relaciones.

—Ya.

De nuevo ese silencio.

Alice, suéltalo. Sea lo que sea, suéltalo.

Entonces, como si me hubiera escuchado, irguió la espalda, cogió aire y, mirándome fijamente, lo soltó.

—Te echo de menos, Leo. Mucho más de lo que me gustaría

admitir, y no quiero tenerte lejos. Quiero que estemos cerca, que hablemos, que nos tratemos con la naturalidad que lo hacemos, que nos escribamos correos, que… que nos hagamos chupetones.

Alcé las cejas, divertido.

—¿Chupetones?

—¿Eso es lo único con lo que te has quedado? —fingió ofenderse.

—A ver…, es que…

—¿Y lo de que hablemos? ¿Que nos escribamos?

—Eso está sobrevalorado. Es que un chupetón tuyo…

—Leo…

—Dime, pequeña.

—Te quiero. En estos dos meses me he dado cuenta de que estoy enamorada de ti, aunque creo que lo estaba antes de ser consciente. Y, si tú quieres…, podemos empezar poco a poco. Despacio.

No podía parar de sonreír. Alice, con las mejillas sonrosadas, acababa de confesar que me quería. Y luego decía Kevin que no podía esperar a que la mujer de mi vida llamara a mi puerta…

—Alice, escúchame: yo lo único que deseo es verte feliz. No quiero que dejes de hacer tus planes, tu independencia, tus amistades, tus proyectos. Me asustaría que mi presencia conllevara pérdidas en tu vida. En tu futuro. No quiero en ningún caso que mi presencia en tu vida te reste nada. —Sus ojos se humedecieron y miró al suelo. En ese instante, con mi dedo índice en su barbilla, le alcé el rostro con delicadeza—. Siéntete orgullosa de quien eres, Alice.

Entonces me besó.

Y yo a ella.

Y comenzamos una vida juntos, contándonosla unas veces del tirón, otras por capítulos y casi siempre a ratitos.

Fin

Epílogo 1

Nueve meses después...

Leo

Aquel día se cumplían once años de la muerte de Ayla. Sin embargo, esa vez fue diferente. No me desperté tan angustiado ni con la misma rutina que llevaba realizando durante los diez últimos años. Todo cambió tras el verano pasado. Después de que Alice se cruzara en mi camino y pusiera en jaque todas mis convicciones.

Era temprano cuando desperté. Ella estaba dormida, junto a mí, apoyada sobre mi pecho desnudo. Sentía algo de inquietud, pero era bastante más llevadera que los anteriores años. Al fin y al cabo, era el aniversario de la pérdida de mi hermana, pero la cercanía de Alice en esos meses había conseguido que relativizase todo de algún modo.

Me levanté con cuidado de no despertarla, me preparé un café y, tras una ducha reparadora, salí de casa. Había quedado y no quería hacerla esperar.

Mi madre aguardaba en el portal, junto a Olive. Cuando me vio salir del coche, sonrió. Su gesto me encogió el corazón. No era justo que una madre tuviera que ver marchar a su hija. No formaba parte de la ley de vida. Era cruel.

Me recibió con un fuerte abrazo y yo correspondí a su gesto.

—Buenos días, mamá —susurré en su oído.

—Buenos días, cielo.

Nos separamos y, tras despedirnos de Olive, paseamos hasta mi coche, aparcado a unos metros de su portal. Ella iba cogida de mi brazo, y caminamos esos metros con serenidad. Íbamos juntos, eso era lo importante. Lo demás era secundario. Hasta ese momento siempre había querido ir solo al cementerio. Una protección autoimpuesta. No obstante, mi vida había cambiado tanto durante

ese año que percibía algunas cosas de manera diferente.

Llegamos al cementerio en pocos minutos, nos bajamos y, nada más ver la amplia puerta de acceso, noté un tirón en el pecho. Jamás sería capaz de superarlo. El dolor podría variar de intensidad, pero nunca desaparecería. Mi madre, con esa intuición que solo ellas tienen, me puso la mano en la mejilla, me miró con ojos vidriosos y, sin decir nada, besó mi mejilla.

Era la primera vez que íbamos juntos desde lo ocurrido. Ella acudía muy a menudo; aunque no me lo dijera, yo lo sabía. Pero yo era un jodido cobarde que solo me atrevía a hacerlo en el aniversario de su muerte. Ella me repetía que no me fustigara por ello, que cada uno gestionaba el duelo de una manera, y todas eran completamente válidas.

Mi madre se detuvo ante una vendedora de flores junto a la entrada y compró un par de rosas rojas. Una de su parte y otra de la mía, me dijo. Recorrimos ese desolador camino en silencio. Hasta que llegamos donde yacía mi hermana. De nuevo este tirón en el pecho. Mi madre colocó con delicadeza su mano sobre el nombre grabado de mi hermana y paseó las yemas de sus dedos despacio sobre él. Yo la observaba desde atrás. Quieto. Contraído. Sin saber muy bien cómo actuar. Mi madre besó las flores, las colocó sobre la lápida y sonrió con tristeza.

—Ya estamos aquí, cariño —dijo—. Te echamos mucho de menos, mi niña.

Una lágrima se deslizó por mi rostro mientras trataba de mostrarme impasible. Tenía que ser el fuerte de la familia, ¿no? Eso me habían enseñado.

Mi madre se dio la vuelta como si estuviera escuchando mis pensamientos y yo bajé la cabeza por instinto, en un intento de esconder mi fragilidad ante ella.

—Llora, hijo. Puedes hacerlo, date permiso. Para mí vas a seguir siendo mi niño. La persona más fuerte que he conocido en mi vida. —Alcé la mirada, la miré y ya no pude frenar las lágrimas—. Estoy segura de que ella está tan orgullosa de ti como lo estoy yo.

Me retiré las lágrimas con el dorso de la mano para mantener la compostura.

Entonces, mi madre me abrazó. Y me derrumbé. Como lo hice aquel día con Alice en Avelbrook.

No supe cuánto tiempo estuvimos así, y me dio igual. Lo más importante era el tiempo que nos acabábamos de regalar juntos. Mi madre y yo. Por primera vez en once años.

Salimos del cementerio y fuimos directos al Café Harmony. Allí habíamos quedado con las personas más importantes de nuestra vida. Éramos conscientes de que no era un día para celebrar nada, pero sí lo era para estar arropados por ellos.

Alice y yo estábamos juntos. Desde aquella noche en la que se presentó en mi casa con un bizcocho de limón y chocolate tardamos un par de meses en empezar a salir como pareja. Antes lo hicimos como amigos, pero nunca dejamos de vernos desde entonces. Ni de mirarnos como lo hicimos en Avelbrook.

Vivimos juntos. Llevábamos tres meses compartiendo piso, en particular el que alquiló a Nana. Ella se sentía feliz y cómoda allí y yo, con tal de estar junto a ella, me dio igual el lugar. Porque en esos meses había sido consciente de que la felicidad no te la daba el sitio, sino la persona con quien lo compartías.

Habíamos ido poco a poco, respetando nuestros tiempos, siempre teniendo presente que ambos queríamos empezar una vida juntos, pero también que tanto ella como yo nos enfrentábamos a temores internos que necesitábamos superar. Alice seguía con su negocio de arte en el local de Nana, vendiendo sus obras y trabajando en ellas, y empezaba a despegar. Por otro lado, había entablado buena relación con la mujer de Kevin y sus amigas, y de vez en cuando hacía planes con ellas.

Por mi parte, continuaba en mi trabajo, seguía entrenando y también salía de tanto en tanto con mis compañeros de gimnasio. Aunque aún me costaba abrirme a los demás, ya no siempre lo veía como una amenaza.

Mi madre era feliz junto a James, y se le notaba en el brillo que desprendían sus ojos. Era un buen hombre y se desvivía por ella.

Aparcamos cerca de la cafetería y caminamos juntos hasta el local. Nada más abrir la puerta, vimos que Nana, Alice, James, Kevin y su familia nos esperaban en la misma mesa donde una mañana Alice se

fijó en mí y mi vida dio un giro de ciento ochenta grados.

Epílogo 2

Alice

Aquella mañana se cumplían once años del fallecimiento de Ayla, la hermana pequeña de Leo. Sabía que iba a ser un día difícil, pero no me iba a separar de él de ninguna manera, salvo que me lo pidiera.

Cuando desperté, ya no estaba en casa. Había quedado con su madre para ir al cementerio, y, aunque era evidente que sería un mal momento, estaba segura de que juntos lo superarían.

Me preparé y bajé a buscar a Nana para ir juntas a la cafetería donde una mañana me encontré con un chico triste a tan solo unos metros de mí. Si entonces me hubieran dicho lo que iba a cambiar mi vida en esos meses, no lo habría creído.

Hacía un tiempo que vivíamos juntos. Casi me desmayé el día que Leo me lo pidió. Estábamos en mi tienda; acababa de cerrar y estaba recogiendo las cosas cuando Leo se acercó a mí, me cogió de la mano y me entregó un paquete pequeño, envuelto en papel de regalo.

—¿Y esto? —pregunté con un nudo en la garganta.

—Ábrelo y lo sabrás. —Sonrió canalla.

Ya con esa sonrisa, hubiera lo que hubiera dentro, me tenía ganada. Abrí el paquete, expectante, y vi una cajita transparente en la que había un llavero en forma de cangrejo. Lo miré sonriendo y algo desconcertada.

—El señor Pinzas quería estar presente en este gran momento —dijo sin dejar de sonreír.

—¿Presente?

—Alice —se puso serio—, llevo días dándole vueltas a algo, pero no estoy seguro de que tú quieras hacerlo.

—Me estás asustando.

—Tranquila, pequeña —respondió, rompiendo la distancia entre nosotros y atrayéndome hacia él con las manos en mi cintura—. Lo

que quiero decirte es que, si tú quieres, avancemos un paso más en nuestra relación y nos vayamos a vivir juntos.

Evidentemente, le dije que sí, y, tras un abrazo y muchos besos que nos hicieron terminar desnudos y extasiados en el sofá de la trastienda, decidimos que sería él quien se mudara conmigo.

No podía ser más feliz. En ese instante sí que contaba con lo que quería en mi vida. Incluso más de lo que hubiera podido imaginar. Tenía una pareja con una relación sana. Había vuelto a salir con amigas. Vivía junto a Leo en un piso donde me sentía plena. Era mi lugar. Nana había encontrado en Marjorie una amiga con la que tejer y compartir tardes de café y bizcocho. Y Cole había desaparecido de mi vida como una pesadilla que se disuelve al despertar.

Cuando llegamos a la cafetería ya estaban todos allí, menos Leo y su madre, que todavía no habían llegado. Nos acomodamos junto los presentes y, unos diez minutos más tarde, ambos entraban en la cafetería.

Leo me miró, esbozó una sonrisa ladeada, me guiñó un ojo y me levanté enseguida para darle un abrazo. De los grandes. De los que aprietan. De los que reinician. Me estrechó con fuerza y mis pies se levantaron unos centímetros del suelo.

—Hola, pequeña —susurró junto a mi oído al tiempo que aspiraba el olor de mi pelo en el hueco entre mi hombro y mi cuello.

—Hola, pequeño —respondí en el mismo tono—. ¿Estás bien?

—Sí, estate tranquila.

—Me alegro.

—Te quiero, Alice.

—Yo también te quiero, Leo.

Y así, abrazados, nos sentamos con los demás en ese día tan complicado para Leo y su madre, pero que, a partir de ese año, iban a vivir acompañados, acogidos y únicamente solos siempre y cuando ellos lo eligieran así.

Agradecimientos

Estos agradecimientos no van a ser muy largos.

Quiero ser breve y agradecerles de manera inmensa e infinita a mis hijos, Leire y Álvaro, todo lo que aportan en mi vida. Ellos son mi motor, mi refugio, mi soporte. Gracias a ellos soy quien soy. Cada día aprendo algo nuevo de ellos y con ellos. Y espero seguir haciéndolos felices siempre. Porque os quiero hasta el infinito, vuelta… y un poquito más.

A mi padre y a mis hermanos, por estar siempre conmigo, en lo bueno y en lo malo. Juntos somos más fuertes. Y ya sabemos que «la jefa» nos controla desde arriba.

A mi sobrino, Álex, mi guardaespaldas particular, que no duda en salir corriendo cuando necesito su ayuda. Ya sabes que eres mi hijo adoptado y que te quiero mucho.

A Lorena y Andrea, mis sobrinas, por ser luz, por ser tan empáticas, divertidas, curiosas y tan importantes en mi vida.

A Conchi Gábana y Carlos Alonso, por darme la oportunidad para volver a publicar con vosotros y darme tantas facilidades cuando la situación lo ha requerido. Para mí sois un regalo.

A mis lectoras, por escribirme y darme vuestras opiniones, por apoyarme, por darme ánimo cuando lo he necesitado, por preguntarme por próximas publicaciones, por ser muchas de vosotras amigas para siempre.

A todo el mundo Bookstagram, por la visibilidad, por vuestro trabajo, por vuestro respeto, por vuestro esfuerzo.

Y me lo dedico a mí, por qué no.

Cuando la luna nos encuentre

María Beatobe



A veces el destino susurra en las esquinas más inesperadas.

Para Leo y Alice, ese susurro llega en forma de una servilleta con un mensaje escrito a mano en el Café Harmony.

Él, atrapado en un pasado que lo atormenta.

Ella, buscando un escape de una vida que se siente cada vez menos suya.

Ninguno imaginó que unas simples palabras podrían abrir una puerta hacia algo más.

Entre correos electrónicos, noches en vela y confesiones a la luz de la luna, ambos comienzan a descubrir que, a ratitos, el dolor pesa menos cuando se comparte…

Y que quizás, solo quizás, el amor también puede ser una forma de salvarse.

Biografía de la autora
María Beatobe



María Beatobe nació en Madrid un 14 de febrero de 1979. Educadora Infantil de profesión y graduada en Educación Social, practica la docencia en un centro educativo desde 2002.

Su vida diaria se desarrolla entre su familia, el trabajo en una Casa de Niños, los estudios, el voluntariado y la escritura.

Recuerda su afición por escribir relatos desde su infancia hasta que un día decidió dar el salto y escribir su primera novela en 2014.

Amante de caminar descalza, de las velas, del cine, de la música y de los gatos.

Disfruta escribiendo y creando historias que, como ella dice, le dicta «la imaginación a cualquier hora del día, ya que la inspiración no tiene horarios».

Cuando la luna nos encuentre es la tercera novela de la autora en Phoebe después de *Violet Bay* (2023) y *Lo que nunca nos dijimos* (2024).

mariabeatobe.com
IG: mariabeatobe_escritora
FB: mariabeatobeescritora
TW: mariabeatobe
GR María Beatobe

Otros títulos de la autora en Phoebe romántica



Violet Bay
Sinopsis



Es el primer año de universidad de April Miller en Violet Bay. La solución perfecta para poner distancia con su padrastro, con el que no tiene una relación en absoluto cálida.

Noah Lowell comienza su segundo curso en la misma universidad que April, sin embargo, su cabeza está a muchos kilómetros de allí: tiene un problema familiar grave y no termina de centrarse en los estudios por mucho que intente aparentar que no pasa nada.

Un encontronazo en una fiesta provoca que no se conozcan de la mejor manera posible, pero un par de situaciones delicadas, una exnovia persistente y unos mensajes por Instagram harán que poco a poco vayan cambiando la percepción que tenían el uno del otro y comiencen a sentir una fuerte atracción. ¿Pero podrá sobreponerse a todos sus problemas eso que crece dentro de ellos y que no quieren pensar que es amor?

Aroma a Ylang Ylang, amaneceres en secreto, fiestas universitarias, tarta de zanahoria casera, mensajes sugerentes y divertidos y una azotea con demasiados recuerdos darán vida a esta historia donde los abrazos serán mucho más que una muestra de cariño.

Captura en el código
los primeros capítulos de
Violet Bay

Lo que nunca nos dijimos
María Beatobe



Marta, una joven artista de espíritu libre, vive entre pinceles y copas, trabajando en una discoteca mientras lucha por hacerse un nombre en el mundo del arte. Aunque parece tenerlo todo bajo control, guarda un secreto que la atormenta: pesadillas recurrentes que la dejan exhausta.

Lucas, un atractivo y prometedor fotógrafo con la reputación de ser un iceberg, llega a Madrid por trabajo y termina compartiendo piso con Marta, la mejor amiga de su hermana.

¿Qué podía salir mal? Pues, al principio, todo.

Entre bromas irónicas y miradas intensas, Marta y Lucas descubren que tienen más en común de lo que pensaban. Su amor por las series crea momentos divertidos y relajados donde las barreras comienzan a romperse. Lucas, decidido a proteger a Marta de sus pesadillas, empieza a derretir su propio corazón helado. Y Marta, con su calidez y humor, empieza a desarmar las defensas emocionales de Lucas.

¿Quién sería capaz de afirmar que el hielo no se derrite con una buena pizza barbacoa?

Captura en el código
los primeros capítulos de
Lo que nunca nos dijimos


MARÍA BEATOBE
LO QUE
NUNCA
NOS
DIJIMOS
Phoebe

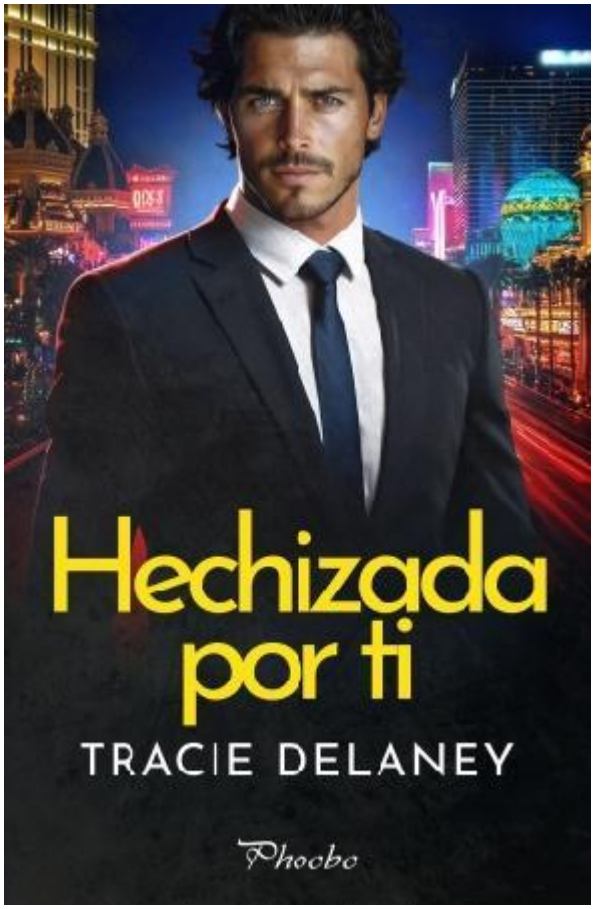
Lo que nunca nos dijimos

Beatobe, María
9788410070707
310

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Marta, una joven artista de espíritu libre, vive entre pinceles y copas, trabajando en una discoteca mientras lucha por hacerse un nombre en el mundo del arte. Aunque parece tenerlo todo bajo control, guarda un secreto que la atormenta: pesadillas recurrentes que la dejan exhausta. Lucas, un atractivo y prometedor fotógrafo con la reputación de ser un iceberg, llega a Madrid por trabajo y termina compartiendo piso con Marta, la mejor amiga de su hermana. ¿Qué podía salir mal? Pues, al principio, todo. Entre bromas irónicas y miradas intensas, Marta y Lucas descubren que tienen más en común de lo que pensaban. Su amor por las series crea momentos divertidos y relajados donde las barreras comienzan a romperse. Lucas, decidido a proteger a Marta de sus pesadillas, empieza a derretir su propio corazón helado. Y Marta, con su calidez y humor, empieza a desarmar las defensas emocionales de Lucas. ¿Quién sería capaz de afirmar que el hielo no se derrite con una buena pizza barbacoa?

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)


Hechizada por ti
TRACIE DELANEY
Phoebe

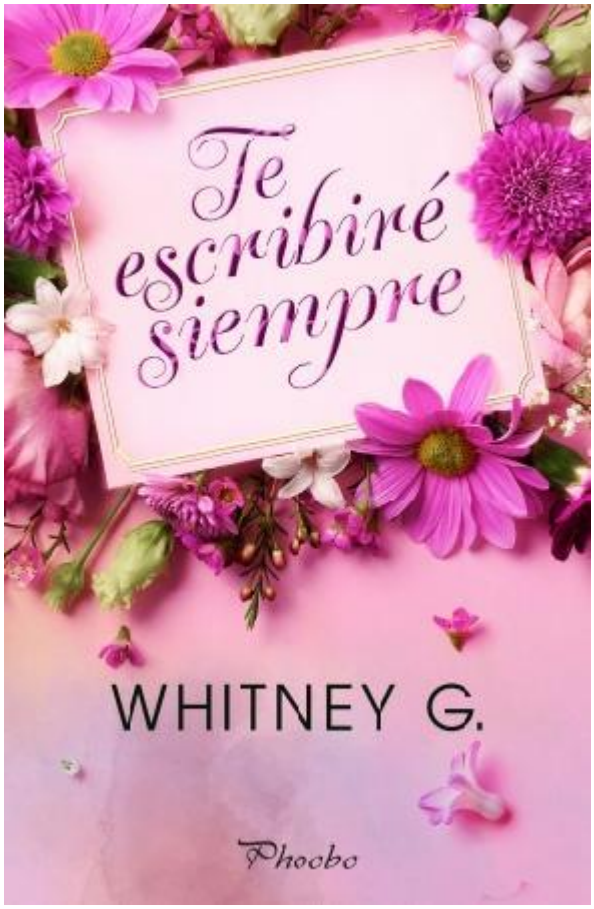
Hechizada por ti

Delaney, Tracie
9788410070851
320

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Él me prometió amarme siempre. Me mintió. Conocí a mi alma gemela cuando yo tenía ocho años y él, seis. Cuando cumplí doce me pidió que me casara con él. Cuando celebré mi decimosexto cumpleaños me regaló un anillo hecho con margaritas. Al marcharme a la universidad, a los dieciocho, lloró. Y a los veinticuatro me rompió el corazón. Lo destrozó en mil pedazos. Sin embargo, este no es el final de la historia. Una década después nos hemos visto obligados a reencontrarnos, y mi futuro vuelve a estar en sus manos. Solo que esta vez tengo más años y más experiencia. Finge ser inocente, pero yo sé la verdad. Esta vez tengo el control. Ya no puede hechizarme. Además, el Señor Supermillonario está a punto de aprender que nunca podrá conseguir lo que quiere. A mí.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)


Te escribiré siempre
WHITNEY G.
Phoebo

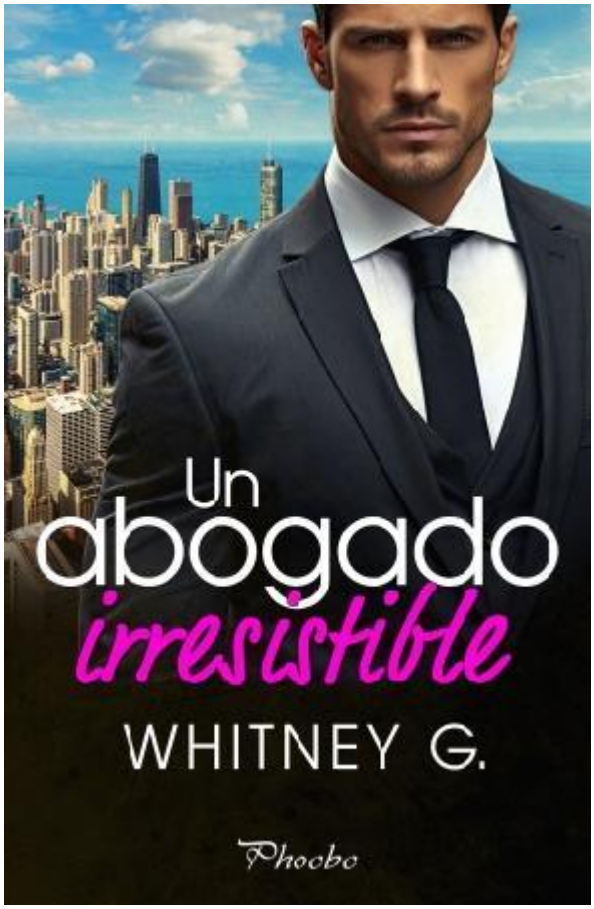
Te escribiré siempre

G., Whitney
9788410070868
145

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Mi exnovio —y también mi primer amor— estaba a punto de casarse, pero su prometida lo engañaba. Sentí la tentación de enviarle un mensaje para contárselo, pero no sabía si eso me convertiría en una mala persona. Echando la vista atrás, debería habérmelo pensado dos veces antes de actuar. Si no me hubiera entrometido y lo hubiera dejado estar, habría podido dedicarme a curar mis heridas del pasado y a centrarme en mi patética vida. Pero, claro, a lo mejor él tampoco debería haber respondido…

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)


Un
abogado
irresistible
WHITNEY G.
Phoebo

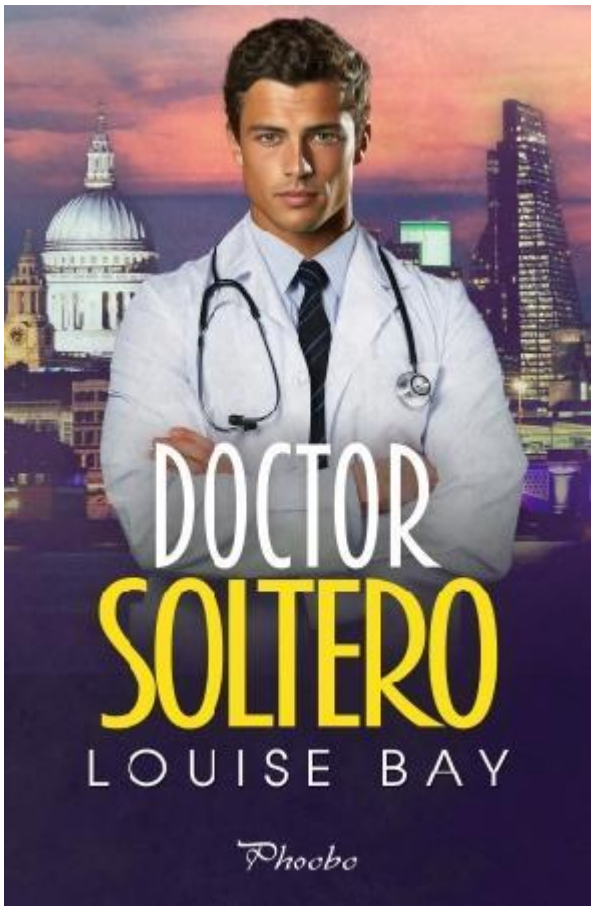
Un abogado irresistible

G., Whitney
9788410070233
260

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

En el trayecto a la entrevista más importante de mi vida acabé chocando con mi destartalado Honda contra la parte trasera de un McLaren negro personalizado, y al superatractivo bastardo de su dueño no le hizo ni la más mínima gracia. Sobre todo cuando escapé de la escena del delito tras haberle dejado como pago un cheque sin fondos, veinte dólares y un paquete de condones de los que brillan en la oscuridad (estoy tan arruinada que no puedo permitirme contratar un seguro). Conseguí llegar a la entrevista con unos segundos de margen, pero el socio de Hamilton y Asociados con el que esperaba encontrarme no estaba. En su lugar, me recibió, sorpresa…, el espectacular tío con el que acababa de chocar: Damien Carter. Tras escuchar su primera pregunta («¿Sabe que huir del escenario de un accidente es un delito?»), supe que no iba a conseguir el trabajo. Pero, para mi desgracia, me dieron el puesto y no tardé en darme cuenta de que Damien, mi jefe, y yo teníamos muchas más cosas en común de las que imaginaba. A pesar de que ese cabrón malencarado se pasa la vida amenazándome y dándome órdenes. Su bufete parece sacado directamente de El padrino, nada que ver con los «hombres buenos de la justicia» que muestran sus carteles promocionales. Entre sus paredes se esconden oscuros secretos, sus clientes siempre son culpables y Damien Carter representa todo lo que anda mal en el sistema legal. O al menos eso pensaba yo hasta que empezamos una turbulenta relación de amor-odio y descubrí su mayor secreto…

[Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)]



Doctor Soltero

Bay, Louise
9788410070226
305

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Cuando la mujer con la que tuve una aventura de una noche me anuncia que acabo de ser padre, mi mundo se viene abajo. Tengo que elegir entre ser padre soltero de una recién nacida o firmar los papeles para que alguien la adopte, y la decisión es fácil: tras apenas unas horas cojo un avión para ir a buscar a mi hija. El problema es que apenas soy capaz de distinguir la cabeza de los pies de un bebé, y esta situación me supera, pero tengo un plan: voy a contratar a una niñera, a ocuparme lo mínimo posible de la niña y a seguir con mi vida. Por fin encuentro una niñera que está a la altura de mis exigencias, pero todo se complica porque, cuando la miro, el futuro que creía desear empieza a desmoronarse. Nada en mi vida va según lo previsto, y la máquina de ensuciar pañales que tengo en los brazos se ha abierto camino inesperadamente hasta mi corazón. Mi vida era ordenada y lógica hasta que me encontré con dos compañeras de piso y me empecé a enamorar de las dos.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)